

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

E.A.P DE LITERATURA

**La idea de nación en La Guerra del Pacífico (Lima,
1880) de Ramón Rojas y Cañas**

TESIS

para optar el título profesional de Licenciado en Literatura

AUTOR

Juan Manuel Chávez Rodríguez

ASESOR

Marcel Velázquez Castro

Lima – Perú

2008

*Para mis viejos, con amor;
porque este centenar de páginas sea la tesis de ingeniería que tanto esperaron.*

ÍNDICE DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN	5
PRIMER CAPÍTULO	
1. Liminar	14
2. El autor	14
3. La obra	31
3.1. <i>Vicios y virtudes del Gran Mariscal D. Ramón Castilla</i>	32
3.2. <i>La Guerra del Pacífico</i>	37
3.3. <i>Museo de Limeñadas</i> y otros cuadros de costumbres	38
3.4. Rojas y Cañas, prologuista y editor	49
3.5. <i>Serenata al Murciélago</i>	50
4. Rasgos de estilo	55
SEGUNDO CAPÍTULO	
1. Liminar	59
2. Análisis y significaciones del texto	60
3. Las estrategias de enunciación	98
3.1. Las figuras retóricas	98
3.2. El plano gramatical	102
3.3. El mecanismo historicista y el alcance de la inexactitud	103
4. La memoria, la imaginación y el argumento	107
5. El discurso conmutado	109
TERCER CAPÍTULO	
1. Liminar	114
2. <i>La Guerra del Pacífico</i> y el contexto de publicaciones humanistas	115

3.	El devenir de la República fragmentada	126
3.1.	La nación peruana y los sujetos que la representan	127
3.2.	La nación boliviana y los sujetos que la representan	133
3.3.	La nación chilena y los sujetos que la representan	136
4.	La idea de nación en <i>La Guerra del Pacífico</i>	139
4.1.	La nación: marcos de referencia conceptual	140
4.2.	La patria, la identidad y la idea de nación	142
	CONCLUSIONES	161
	BIBLIOGRAFÍA	168
	ANEXOS	
1.	<i>La Guerra del Pacífico</i> de Ramón Rojas y Cañas (Trascripción fiel al original)	179
2.	Ramón Rojas y Cañas en la prensa	212
3. a.	Guía de la expansión chilena	221
3. b.	«Soldado y su esposa»	222

INTRODUCCIÓN

A los pocos días de culminar esta tesis y cuando la introducción era un conjunto de páginas escritas y rescritas, la prensa local notició la devolución de los libros que el ejército chileno se llevó del Perú durante la Guerra del Pacífico, hace más de un siglo. Tres mil setecientos ochenta y ocho volúmenes se han venido a ubicar en cajas hasta la Biblioteca Nacional, otra vez. La cifra parecía exigua, cuando los relatos de historiadores dan cuenta de cantidades mucho mayores, y, sobre todo, refieren el desenlace ignominioso de tantos incunables que la soldadesca vendía al peso en los mercados para envolver especias o pescado.

Los libros se han comerciado bien y mal durante siglos, algunos desaparecen por años y otros se pierden para siempre a través de las tinieblas del tiempo. En los periódicos, la devolución es reseñada como un gesto a favor de la recuperación del patrimonio cultural de un país que es el Perú. Las páginas, como el encuadernado quizá apolillado ya o la tipografía deslucida por el moho, son más que objetos inertes entonces, son un signo.

Al caer en el olvido, un libro pasa a ser el documento que tal vez nunca existió; si la memoria del mismo desaparece, su aporte se va velando como la Luna por las nubes en la noche. Hasta eclipsarse, lo que un libro postulaba o reclamaba, es un grito que se hunde paulatinamente en el silencio. Los tres mil setecientos ochenta y ocho volúmenes que se han venido a ubicar en cajas hasta la Biblioteca Nacional, otra vez, reprocharán alguna situación virreinal, contarán algún detalle sobre la conquista española o disertarán con entusiasmo sobre la gastronomía afroperuana dieciochesca. Lo importante es que hablarán de nuevo a una comunidad inédita al cabo de ciento veinte años y más.

A veces, si no siempre, es importante que los libros hablen fuera de su tiempo e, incluso, lejos de su territorio. Es probable que lo que digan, alcanzando un sentido diferente bajo contextos alternativos, pueda esclarecer pensamientos y delimitar otras perspectivas. Siendo un signo, un libro recuperado es también una oportunidad.

Esta tesis evalúa, analiza e interpreta *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880) de Ramón Rojas y Cañas, un texto sin reediciones posteriores ni menciones exhaustivas entre los estudiosos de las letras en el Perú. Omitido, prescindible en el pasado, acaso es momento de que su voz muestre la perspectiva patriótica de un hombre ante un conflicto de armas y describa las heridas de un conflicto fratricida para un país sin unidad. Si bien *La Guerra del Pacífico* no ha viajado desde Santiago de Chile en el fondo de una caja para regresar a su casa en la Biblioteca Nacional, como es el caso de otros volúmenes, su situación no es distintiva a la de los libros repatriados: Durante años ha pasado desapercibido, convertido en silencio, eclipse de sí mismo.

La Guerra del Pacífico de Ramón Rojas y Cañas es un documento de relativa hibridez que, en una treintena de páginas, sostiene la defensa de la dignidad nacional por encima de la firma de paz con el invasor. Apasionado, el texto es un recuento del devenir de Chile y Bolivia durante el siglo XIX, tanto en los desacuerdos limítrofes como en los tratados en común; a su vez, es la narración del conflicto como una crónica de sucesos luctuosos, y, sobre todo, es la plataforma ideológica donde su autor reclama una permanente actitud beligerante frente a las acciones del invasor. De ese modo, cuando Rojas y Cañas relata los enfrentamientos desde la perspectiva del soldado anónimo y, con menor frecuencia, de sus oficiales; cuando desaprueba las decisiones de las autoridades peruanas mientras alaba la participación de la mayoría civil con donativos que subvencionan la adquisición de armamento; construye una imagen de nobleza, entrega y desprendimiento en torno a las clases subalternas, esencialmente. Así, *La Guerra del Pacífico* prefigura en el contexto de publicaciones de su época, una discrepancia de enfoque con el discurso de la elite dirigente. Y es que, si bien los proyectos nacionales hegemónicos del siglo XIX solían sostenerse en el paradigma social de lo masculino, occidental y letrado; en una artificialidad de lo criollo circunscrita a la capital o, cuanto menos, a zonas costeras en desmedro del ande y la Amazonía, percibidos como ajenos aunque exóticos;

Rojas y Cañas rearticula ese enfoque a favor de una aspiración más inclusiva de la nación en el orden de lo humano y lo territorial.

Entonces, el objetivo central de la tesis es desentrañar la idea de nación que se desprende de *La Guerra del Pacífico*, a la vez que se revela un libro poco conocido a la comunidad académica y se exponen las fisuras del discurso letrado-capitalino durante la ocupación extranjera. De tal manera que conceptos como patria, pueblo, nacionalismo e identidad; así como las categorías de Discurso conmutado y Épica del tremendismo, servirán de norte en el transcurso de los capítulos de este trabajo para establecer las características del texto de Ramón Rojas y Cañas y prefigurar una interpretación a la luz de su propuesta.

Sostiene Fidel Tubino en *Batallas por la memoria* que «una identidad sin memoria es una identidad sin proyecto. Es una identidad sin sentido, una carencia de identidad» (2003: 96). Por ende, estudiar un libro como *La Guerra del Pacífico* de 1880, con sus cualidades ensayísticas y narrativas, historicistas y documentales, es ahondar en el pasado con miras a establecer una comprensión más completa del siglo en el que el Perú vio naufragar los sueños republicanos en la bancarrota de la arcas y la ruina de la sangre derramada sobre territorios perdidos tanto en el orden de lo real como el orden de lo moral.

La Guerra del Pacífico es un texto tangencialmente mencionado por especialistas en las letras del siglo XIX peruano como Alberto Varillas, Jorge Cornejo Polar, Manuel Zanutelli Rosas y Romero del Valle. En cierta medida, esta notoria omisión podría explicarse por el hecho de que no existe una reedición del texto, así como por su difícil acceso en bibliotecas públicas nacionales; también, por un prejuicio en torno a las calidades literarias del autor. Sin embargo, solo son menciones y nunca un estudio que desentrañe a profundidad sus significaciones e implicancias. En cuanto a Ramón Rojas y Cañas, destacan los trabajos de Jorge Cornejo Polar; en primer lugar con un artículo publicado en *Homenaje. Luis Jaime Cisneros*, donde realiza un acercamiento muy documentado en el

ámbito biográfico y esboza algunas peculiaridades discursivas de su labor como escritor; en segundo lugar, con la reedición de *Museo de Limeñadas* a fines del año 2005, donde se vale de un Estudio preliminar para sus miras sobre la producción específicamente costumbrista del autor.

También son de relevancia el artículo de Roy Tanner sobre *Museo de Limeñadas* como prefiguración de las *Tradiciones Peruanas* de Ricardo Palma y las pinceladas que brinda Maida Watson Espener sobre Rojas y Cañas al justipreciar los artículos de costumbres; a lo cual habría que anexar un par de escritos de mi autoría en dos libros colectivos de años anteriores. Finalmente, la inclusión de Ramón Rojas y Cañas en el itinerario biográfico *Periodistas peruanos del siglo XIX*, permite vislumbrar la labor en prensa escrita del autor, así como sus vaivenes y contramarchas en el plano social.

Por otro lado, en cuanto a la idea de nación en una obra literaria, existen diversos análisis de relativa vecindad con esta investigación: *Sociedad e ideología en Enrique Congrains* de Duilio Carrera, *Lo peruano en la literatura virreinal: el caso de “Lima fundada” de Pedro de Peralta y Barnuevo* por Ricardo Falla, *El tema de la patria -el Perú- en dos libros de Alejandro Romualdo* por Wiston Orrillo, *El Perú en trance de novela: Mercedes Cabello de Carbonera* por Augusto Tamayo Vargas, y, muy especialmente, *Novela y nación en el Perú Republicano (1845-1879)* por Marcel Velázquez Castro, todas tesis presentadas a la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos. A su vez, han sido de suma utilidad en cuanto al método y el fundamento teórico, los artículos «Novela romántica y nación: memorias f(r)icciones y subjetividades protésicas» de Marcel Velázquez, «Un deseo de historia. Notas sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de *La Revista de Lima* (1859-1863)» por Daniel del Castillo, «La idea de nación en la crónica de Felipe Guamán Poma de Ayala» de Jean-Philippe Husson, las exploraciones sobre el *Mercurio Peruano* de Jean Pierre Clément, las de Tomas Ward en torno al ensayo en América Latina, la perspectiva de Fidel Tubino en «La recuperación de

las memorias colectivas en la construcción de las identidades» y los lineamientos de Mauricio Novoa en «La *civitas* inconclusa: ideas sobre la soberanía de la nación en 1860-1900».

Valga anotar que estudios de otras disciplinas humanísticas como los de Peter Klaren, Carmen McEvoy, Critobal Aljovín de Losada o Karen Sanders, sobre el periodo histórico y el impacto de la guerra en la idea de nación que mantuvo el Perú durante la invasión chilena, también son antecedentes que aportan para la resolución de la hipótesis y el objetivo que se impone esta tesis.

Así, la hipótesis que guía esta investigación intenta responder a la idea de nación no de un texto solamente, sino de un documento escrito al calor de una guerra fratricida por un autor capitalino que en el pasado se había valido del anónimo para denigrar, que despreciaba al universo provinciano, que gustaba de criticar las costumbres de su coterráneos y alquilaba su pluma como un mercenario profesional de la palabra para opinar a favor o en contra de la verdad. Un documento publicado el primer día del segundo año de la guerra, cuando ya la alianza entre Perú y Bolivia se había resquebrajado con el abandono del Presidente altoandino de las zonas de batallas y del mismo Presidente peruano, dirigiéndose a comprar armas a Europa para no regresar; cuando el invasor ya había usurpado territorios extranjeros y marchaba victorioso hacia Lima sin que un ejército tuviera capacidad de hacerle frente. La hipótesis de trabajo para esta investigación centra la perspectiva en un solo tema; pero con amplios ribetes, pues la idea de nación en *La Guerra del Pacífico* de Ramón Rojas y Cañas contempla el territorio como un espacio soberano, imaginando la totalidad nominal como una realidad a defender; sin embargo, ese espacio no implica esencialmente a todos sus habitantes, donde el atributo ciudadano ha de seguir circunscribiéndose al elemento urbano. Centrando la noción en disertaciones sobre territorialidad y soberanía, el autor establece una tutela de la capital sobre los destinos del conjunto, presentándose una visión fragmentada y quebrada del país, simplificando de

manera indirecta el camino en el plano de las mentalidades ante la violenta invasión extranjera.

La tesis está dividida en tres capítulos y se complementa con materiales anexos. En el primer capítulo se asedian algunas particularidades biográficas del autor y, sobre todo, se analizan sus escritos costumbristas y no costumbristas.

Considero que los sucesos cotidianos de un literato pueden ser irrelevantes a la hora de interpretar su producción y, bajo muchas perspectivas, es inválida para justipreciarla; sin embargo, para textos de filiación ensayística y más aún, para los panfletarios, estos hechos sintetizados en disputas personales, querellas judiciales, redacción alquilada y apetitos profesionales, conforman una fuente razonable para comprender a cabalidad el silencio que se esconde entre líneas en tantas páginas publicadas. De tal forma que, ante la pobreza documental para establecer una biografía, elijo construir un anecdotario del autor, donde sus pretensiones y bajezas den luz sobre la personalidad que llegará a escribir *La Guerra del Pacífico*. Así, el anecdotario tiene su origen en la dudosa verdad de las palabras: narran una historia posible y a la luz de esa historia se desentraña la obra.

En el segundo capítulo se analiza ya *La Guerra del Pacífico*, señalando los vínculos con publicaciones periodísticas del escritor, para luego ubicar sus líneas temáticas y argumentativas. En ese sentido, se evalúa el texto tanto en el plano discursivo como en las significaciones de orden histórico, filosófico y social. Por ende, los asedios al texto se realizan desde la óptica de la retórica y la lingüística así como bajo conceptualizaciones de la memoria, el olvido y la ficcionalización.

El tercer capítulo ubicará a *La Guerra del Pacífico* en el contexto de publicaciones humanistas de su época, por un lado; y, por otro, enfrentará las definiciones de nación postuladas por algunos teóricos desde Mancini (1851) hasta Anderson o Todorov, con las nociones del texto, tanto en los atributos de este concepto como en los de ciudadanía,

tradición, identidad, patria, nacionalismo, entre otros, formulando una interpretación que no desoye la excepcionalidad histórica del periodo ni la complejidad del Estado decimonónico finisecular. De resultas que, la tesis aspira a mejorar el conocimiento imaginado sobre una etapa fundamental de nuestra República.

La tesis se complementa con una transcripción literal –respetando la gramática de Rojas y Cañas amén de la reproducción de la portada original y su advertencia al lector– y pautada de *La Guerra del Pacífico*, como anexo 1; una selección de fragmentos periodísticos del autor con respecto al Perú y su percepción de lo nacional como anexo 2; y dos ilustraciones alusivas al tema a manera de aporte gráfico a la investigación en calidad de anexos 3A y 3B.

Desentrañar la idea de nación en *La Guerra del Pacífico* de Ramón Rojas y Cañas permitirá conocer mejor las pulsiones ideológicas durante el conflicto bélico, aportar un punto de vista más para la discusión de la peruanidad y equilibrar la producción literaria en cuanto al ensayo o composiciones híbridas con otras latitudes de la región, donde textos como los de Sarmiento o José Martí discuten en tiempos cercanos, conceptos similares que en nuestro país y sobre el tema, parecían exclusividad de González Prada, las tertulias de Juana Manuela Gorriti y las cartas de Ricardo Palma en trabajos muy valiosos pero sin unidad. Además, la contribución en datos y afirmaciones que brinda el autor como testigo privilegiado en su calidad de periodista, soldado de juventud y escritor, sirven de base para futuras indagaciones en torno a la tirante relación diplomática entre Perú y Chile, que devino en la zigzagueante fractura continental. Asimismo, creo también que la importancia de esta tesis reside en que es una evidencia más de la apertura interdisciplinaria que mantiene la Escuela de Literatura y la Facultad de Letras de San Marcos en sus investigaciones, pues la bibliografía que he requerido y los conceptos desarrollados, filian la labor con saberes de historia y derecho; en consecuencia, siendo *La Guerra del Pacífico* un escrito precariamente frecuentado por la crítica nacional, es un aporte por la novedad y

singularidad que ofrece, donde la ambigüedad en cuanto al género –la narración se abre paso entre la pesquisa documental y la apuesta opinante de todo ensayo, amen de la pretensión objetiva de la historicidad–, hace que el análisis discurra por múltiples marcos teóricos.

A manera de confesión de parte, es oportuno justificar en estas páginas introductorias la opción discursiva que en algunas ocasiones prevalece en la tesis *La idea de nación en La Guerra del Pacífico (Lima, 1880) de Ramón Rojas y Cañas*, donde el registro académico cede, especialmente en el primer capítulo, al tono ensayístico. Y es que, la revisión biográfica del autor decimonónico así como la singularidad de su anecdotario, articulan una condición conjetural en la información. Tal condición, supeditada a un plano provisorio y tentativo, es más proyecto que prueba en varios pasajes; por ende, el primer capítulo le debe tanto al ensayo con su cualidad de provocación que sentencia como a la tipología de las estrategias enunciativas del trabajo de investigación.

Finalmente, quiero dejar constancia en estas líneas apretadas de mi gratitud al asesor de esta tesis, el Magister Marcel Velázquez Castro, por la sugerencia de la investigación hace ya varios años cuando tenía mi universo sumergido en miles de periódicos y, además, por su apoyo tan animado como riguroso para la conclusión de la misma. También, mi agradecimiento a los profesionales de la Universidad Científica del Sur, encabezados por el licenciado Gustavo Luján, quienes han esperado esta tesis durante varios semestres académicos con el respaldo indudable de la fe y la paciencia indeclinable de la fraternidad. En otro orden, al recordado Jorge Cornejo Polar las gracias en este mundo y en el otro, porque tuvo la atención de invitarme a indagar con él las publicaciones del siglo XIX con un afecto y un patrocinio docto tan altos como su amistad. A él se debe que, durante media década, leyera con rigor a menudo y entusiasmo siempre, los documentos que nutren todas estas páginas con el fin último de encontrar una nación entre la guerra y la sangre.

La Idea de Nación en
La Guerra del Pacífico (Lima, 1880) de Ramón Rojas y Cañas

P r i m e r C a p í t u l o

1. LIMINAR

Ramón Rojas y Cañas nació a los pocos años de proclamarse la independencia del Perú. Así, durante su niñez y su adolescencia, contempló el discurrir de un país tironeado por los caudillajes efímeros y los héroes reemplazables, donde el virreinato abolido henchía a Lima de suspiros nostálgicos entre las castas poderosas y de expectativas desordenadas entre los pobres sin voz. La esclavitud era rigor; la saya y el manto, una virtud en el vestir; y soñar con Europa, disciplina de lo cotidiano en la capital. La peruanidad implicaba un ejercicio constante de proyección; donde el indígena y los linderos de Puno, por ejemplo, también formaban parte del territorio nacional; donde las fronteras patrias se mudaban al cabo de una batalla o el infame pacto gubernamental. La nación entonces, imaginada con imprecisión, retaba al ciudadano a pensar las fraternidades con lo desconocido y el lejano. Rojas y Cañas, hijo de su tiempo, tuvo que contrapesar como cualquier otro estas circunstancias; pero su actitud de escritor público –pasión malhadada muchas veces–, le brindó un punto de mira distinto y la oportunidad de utilizar palabras a favor mientras lo hacía en contra. Incoherente, quejumbroso y opinante, el autor que forjó en páginas de diarios y algunas publicaciones olvidadas, se entregó a la voluntad de vivir de su oficio en un Perú adolescente; de resultas que, la fortuna tocó su puerta cargada de vagos desastres.

2. EL AUTOR

Contradicciones, lamentos y propaganda de un escritor público

Lo que es la firma, ya es cuestión que no me atañe
Ramón Rojas y Cañas (*El Comercio*, 30 de marzo de 1857)

En el Archivo General del Ejército del Perú, se conserva el expediente militar de Ramón Rojas y Cañas, nacido en Lima en 1827 y Capitán en 1854, cuando participó en conflagraciones bélicas bajo las órdenes del general Domingo Elías. El expediente también precisa datos sobre su matrimonio, el ascenso a Mayor y las ocupaciones diplomáticas en el extranjero. Finalmente, su deceso a raíz de una afección coronaria el 18 de julio de 1883 en

la capital de la República. Sin embargo, no debió a las armas su fama enlodada ni el fragor de su existencia se explica por alguna batalla, su singularidad se sustenta en el ejercicio constante de la escritura: perentoria, agresiva, voluble y, en contadas ocasiones, honorable.

Los únicos datos fiables para una biografía de Ramón Rojas y Cañas (a pesar de dos fechas a todas luces erróneas) están en su expediente militar. Es decir, la consignación de cada una de las ocupaciones que realizó para el Estado peruano. Empero, la peculiaridad de su vida y, en consecuencia, los caprichosos objetivos que evidencian sus escritos, emanan de sus colaboraciones en los periódicos nacionales durante treinta años.

A partir de 1849, probablemente, comenzó Ramón Rojas y Cañas su carrera de escritor («el que ha pasado ocho años siendo útil á tantos sujetos sin interes alguno», escribía en *El Comercio* del 3 de octubre de 1857), redactando algunas necrologías y no pocos denuestos a la sombra del anonimato gratificado, mucho antes de todos los artículos costumbristas y la crítica teatral, en especial. Con veintidós años, inicia su carrera para que, al correr de siglo y medio, su nombre no ocupe catorce líneas en las enciclopedias literarias del Perú. Sería injusto decir que su oficio se agotó en la persecución de la fama; menos cierto, sostener que la consiguió. Sin embargo, el encanto de sus textos no radica en la convicción de sus ideas sino, de su vocación. Escritor en cada suceso de su existencia, la ficción contrarió la veracidad de sus páginas, ocupado en magnificar sus decisiones ordinarias y explicar su trato con el mundo. París, Lima y su gente, cuartillas asalariadas, alabanzas o denuestos, litigios mal resueltos, disparos, fueron sucesos que no conforman el grueso de su novelaría, pueblan el anecdotario de sus mejores días. Así, sostenido en la dudosa verdad de las palabras, la primera parte de este capítulo narrará una historia posible.

La primera vez que se consigna su nombre completo a los pies de un texto, es en *El Comercio* del 24 de diciembre de 1852, vísperas de navidad, explicando una confusión de inusitada importancia: «aparece en el “Comercio” de anoche un comunicado en que se hace referencia á un señor Rojas; y como la circunstancia de llevar yo igual apellido, y no estar

aquel acompañado del nombre, pudiera suscitar algún equívoco, me veo precisado á poner un aviso en el diario para que no se me tenga por el señor Rojas conductor del artículo del que se hace mención anoche y á quien no conozco absolutamente. Ramon Rojas». Antes, solo siglas y anónimos para la conjetura sobre su existencia durante largo tiempo en los periódicos de Lima. La festividad navideña donde las tradiciones arcaicas y las postizas conviven, unida al embrollo que tomaría dimensiones judiciales, obliga al jovenzuelo a retirarse la máscara. La conjunción fortuita de costumbres y problemas, devela a Rojas y Cañas. Y es que, no es desconocida la persona que se vale de páginas impresas para manifestar su nula filiación con escritos previos: Nuestro autor ya transitaba la espinosa ruta del reconocimiento popular. Varias son las ocasiones en que Rojas y Cañas merece la atención de terceros, quienes desmenuzan alguna virtud y, las más de las veces, recriminan sus defectos. Sería el 3 de abril de 1852 la fecha en que, mediante una amenaza en *El Comercio*, se resalta sus malas artes de manera inicial: «Este mocito ignorante y bruto que de la noche á la mañana se ha improvisado de escritor, creyendo hacerse mas notable con los insultos que son su arma favorita, y animado por lo bien que le han salido sus primeros cálculos, sin advertir que sujetos respetables y de otra categoría, no se ridiculizarían hasta el extremo de contestar sus muy despreciables artículos». Completando la idea entonces, su nombre se liga a las costumbres y los problemas; aunque además, al descontento particular de los ofendidos que comienza a cosechar. Costumbres, problemas y enemigos, satisfacen la tríada motriz de su vida, desde el principio de su carrera hasta el final.

Por supuesto, vuelve a esconder sus oficios tras el seudónimo y la sigla dudosa en los primeros meses de 1853, cuando «no deba ni pueda usar todavía el honorable título de escritor público», confesando además para la contradicción futura que «la multitud de errores tipográficos y cambio de palabras (...), accidentes incoherentes a la pluma del redactor, son la muerte literaria de todo hombre que escribe en periódicos» (28 de enero de 1853). Así, aplaude la aparición de publicaciones periódicas de corta vida y exalta la

actuación de una ACTRIZ mediana. Pronto, la circulación del *Museo de Limeñadas*, primer libro de cuadros costumbristas del Perú y oportunidad para establecer su valía como escritor o inspiración que desbarrancará las ambiciones de cada día en el olvido editorial. Antes, fue agredido a garrotazos en el Portal de los Escribanos por un usurero de apellido Otaiza, quien no sobrellevó los insultos en pluma verdulera por su color de piel y arribismo. Y más, en contraparte, la virilidad de Rojas y Cañas tuvo que tolerar un artículo firmado por su hermano Ignacio, donde la familia en pleno anunciaba al agresor los precios de la venganza: «Tenga presente (...) que somos cuatro hermanos, que no á todos nos alcanzan sus traiciones porque no todos estamos enfermos ó debilitados». Escandaletes de carácter doméstico, donde su juventud y canijo estado de salud eran auxiliados con impudicia en *El Comercio* de Lima, escoltaron la aparición de sus primeros textos de mérito estrictamente literario hasta la irrupción propagandística montada por el autor para su «modesto *almácigo de costumbres*», proyectando las ventas, los lectores.

El jueves 6 de octubre de 1853 y durante cinco días hacia adelante, *El Comercio* publicó en la sección de avisos, el siguiente texto promocional:

BIBLIOGRAFIA NACIONAL -*Museo de Limeñadas*- Bajo este título, me he decidido á publicar una serie de artículos de costumbres, en un volumen de doscientas paginás, ilustrado con varias litografías y grabados. Siendo esta publicacion la primera en su jenero que se imprime en el pais, confía mucho en la acogida que le dispensen mis compatriotas.- Yo tengo la vanidad de felicitar me anticipadamente, persuadido de que el escito que merezca mi modesto *almacigo de costumbres*, no será tan triste y desapercibido como el que han tenido otras de distinto jenero.- No sé en que me fundo; pero un presentimiento muy grato acaricia mis esperanzas á este respecto.

A este fin yo confío bastante en mis numerosos amigos y conocidos, para la convocatoria de suscritores, y cuando se trata de una abra nacional, no hallo embarazo en encontrar en cada amigo un suscriptor.

Los puntos donde se admite la suscripcion son los siguientes:

Tienda del Sr. Bolívar portal de Botoneros.- Almacén de los SS. Pedro y Ramón Vinales calle de las Mantas.- Tienda del Sr. Suárez portal de Escribanos.- Tienda del Sr. Durrien calle de Palacio.- Y librería del Sr. Soto calle de las Mantas.

El precio son veinte reales.

Los suscriptores recibirán el libro en sus domicilios.-

Por vez primera, Ramón Rojas y Cañas desnuda temores, dudas prudentes, apelando a los amigos para impulsar la edición; disfrazando de presentimiento las bondades de su trabajo, se reclama escritor, escritor empresario. Ofrece un precio razonable (el costo de suscripción a *El Comercio* también era de 20 reales) y un servicio de entrega en casa. Los méritos explícitos: ser obra inaugural en su género, ilustrada y nacional. Invirtió tiempo y dinero en avisos diarios, colocó su publicación en establecimientos importantes, desde almacenes a librerías con nombre propio: Apostó a vender. La literatura en Rojas y Cañas, era el oficio de vivir por escribir, un sendero de incipiente origen profesional.

Museo de Limeñadas, primer libro orgánico de la prosa costumbrista peruana, no complace la expectativa del público lector antes de situarse en plaza: «A nadie he leído todavía una página de la obra que voy a publicar; y ya en el “Comercio” de ayer aparecen estrofas con ínfulas de EPIGRAMASⁱⁱ, tratando de ridiculizarla. ¡Esto me conviene! Una crítica necia, balandrona y desnuda de fundamento es el agente de mas acción para dar importancia a mi libro, sembrando en el pueblo la ansiedad de leerlo», declara Rojas y Cañas un mes y medio después de anunciar su salida. Pero no se agota en su trabajo la burla satírica, sino también en su figura: «Liso, pechugón y feo», es el título del poema sin firma que canta a sus vanidades y defectos. Entonces, llama la atención un contrasentido: Está por cerrar el mes de noviembre y su volumen con prólogos, artículos y grabados continúa siendo una promesa publicitaria, un desierto de suscriptores.

La vida del autor está irrigada por contradicciones, ya sea en sus ideas como en sus actos. Cuando fue acusado de imprimir pasquines contra el Presidente del Perú –también se acusó al poeta Luis Cisneros por el peligroso hecho de ser su compañía en un palco de la

ópera— quedó libre por falta de pruebas; sin embargo, en su defensa, Rojas y Cañas sostiene que su «odio tan marcado contra el anónimo, contra todos esos recursos nefandos propios de los cobardes», su diestro dominio del lenguaje y la delicadeza que se debe a los grandes temas, impiden un proceder tan infame; garantizando casi en proclama que: «insultos ¡nunca! anónimos ¡jamás!» (19 de noviembre de 1853). A la sazón, la certeza de Rojas y Cañas ofrece el descaro de las certezas de barro, volubles y maniqueas; pues durante años, el anónimo se ligó a su obra.

Meses después, luego de la publicación de algunos artículos costumbristas en *El Comercio* y un anuncio escueto sobre el Museo de *Limeñadas*, invitando otra vez a los suscriptores ya que la edición se agota, instigando en un por favor sincero ya que el tiraje quedará corto; desnuda algunos aspectos esenciales de su carácter y establece el recurso de su oficio:

- a. *La religión* es virtuosa como doctrina («el más grandioso de todos los dogmas, el cristianismo» 22 de noviembre de 1853), poniendo reparos a la práctica que instauran los curas y que mantienen los feligreses.
- b. *Discrimina* a partir de prejuicios y caprichosas caracterizaciones («los jorobados están dotados en general de mala índole» 13 de febrero de 1854, «negros corazones encerrados en cuerpos del mismo color... ridículo macaco»).
- c. *El Perú* y, sobre todo *Lima*, es «un país de jente civilizada» una veces, y otras, el «pueblo imbécil» de una ciudad que «sabe apellidarse ilustrada cuando solo es... la sociedad limeña» (*El Herald*o, 6 de marzo de 1854).
- d. *El autor de costumbres* tiene libertad para la hipérbole («exagerar la parte viciada»), con el fin de conseguir el escarnio; es decir, «sacudir por medio de la sátira y la burla, los pingajos de estupidez» (*El Herald*o, 6 de marzo de 1854)

La virulencia de Rojas y Cañas no es producto de una indignación honrada y cantada en tercera persona con estrategias de fabulador: «Hay un hombre que arriesgó su libertad y su existencia acaso, para clamar en alta voz en pos de los derechos de este ingrato pueblo. Es un joven que levantó su acento impreso y firmado, con audacia noble y aplaudida», incluso en la «desigualísima lucha de un hombre solo, sin apoyo ni oro, contra un gobierno que es el número, la fuerza, el poder, la riqueza» (*El Herald*, 20 de marzo de 1854); sino, resultado de la cerrazón de un personaje apasionado por sus opiniones hasta un nivel cuestionable por lo obtusas, inaceptable en lo superfluas, lamentable por lo intrascendentes.

En abril de 1854, Rojas y Cañas anuncia a los lectores de *El Comercio* el viaje salvador a su condición de incomprendido: «Pueblo de Lima. Adios- Jeneroso Ministro de la Francia!- aceptad mi lagrima de gratitud y mi abrazo de partida» Esboza como motivos la poca atención, el triste aprecio a su labor de ciudadano y escritor, pues a un hombre de su temperamento nadie debía acusarlo de traidor, de pluma vendida a los encantos del poder: «Quise levantar alta mi voz, clamando en pro de los derechos de un pueblo que tal vez, hoy al contemplarme lacrimoso y mustio, ir á implorar clemencia á clima ajeno, rie y forma un espectáculo de titeres, ó hace chacota como de irrisoria farsa, del sacrificio de patria y libertad que acabo de hacerle.» Y así, desde el 19 de abril de 1854 hasta trece meses después, nada se sabe infaliblemente de él por comunicados en la prensa nacional ni en trámites de extranjería, asomando sí en el expediente oficial del ejército: defiende la ciudad de Arequipa el 1 de octubre de 1854 y participa en la batalla del Alto del Conde, el mes siguiente. París: ¿promesa falsaria o anhelo contravenido? Antes de alejarse de la capital, se ocupa de la «opinión razonada» de *SU PERIÓDICO*ⁱⁱⁱ (*El Correo de Lima*), el cual creció en polémica, fue cerrado por el Estado. Y, durante el tiempo de ausencia, se divulgó dos veces su nombre: una, forjando nueva publicación en el departamento de Tacna (*El Independiente*), según corresponsalía sin firma en *El Comercio* del 4 de enero de 1854; otra, denunciando su hermano Ignacio la persecución de la cual ha sido víctima desde Lima

hasta el puerto sureño de Islay (*El Herald*, 18 de mayo de 1854). En consecuencia, las fechas se entreveran, poco se ajustan a una travesía hasta Europa cuando debe huir de la represión a lo largo de las costas peruanas, cuando alista rotativas fuera de la capital, cuando empuñó el arma como Capitán. Asoma la decepción o la patraña.

El autor que repudia por deshonrosa la práctica del anónimo que tanto ejercitó y ejercitará, también envilece los rudimentos que la imaginación pone a su servicio para divulgar los preámbulos de un viaje a Francia que nunca lograría realizar.

Ramón Rojas y Cañas fue un escritor cabal en el más penoso sentido del término, fundamentalmente, ya que las verdades de su conducta se terminaban por ajustar a la buena salud de sus necesidades; mientras que las revelaciones de su intimidad tan pública, a las ilusiones particulares por crecer o prosperar. Fecundo en la imaginación, convierte su mundo cotidiano en la ficción del día a día, convierte sus opiniones en la ficción extravagante de la irresponsabilidad.

Tal vez, el sostenido hábito de mentir o, cuanto menos, negar acciones del pasado como si la amnesia ciudadana fuera pandémica, no sea la patología de un farsante, sino la conducta original de un hombre que entiende la ficción como universo vital. Rojas y Cañas fue además un militar que reclamó grados y jerarquía durante toda su vida aunque sus merecimientos fueran escasos; se vanagloriaba de conquistas literarias que a la vista de cualquiera pasaban por elucubraciones de asalariado; escribió sobre demasiados temas con el arrojo percutido de un profeta, guiado por la fe en la algarabía de la frase antes que en la contundencia de sus argumentos. La pasión entonces, fue la guía de sus palabras (formalización verbal de sus afectos y pensamientos); guió así, los momentos de su existencia.

Un escritor que asume su espacio como una creación completa del ingenio, al margen de la página semanal, se enfrenta a un insalvable problema: la vida real; pues el mundo que

lo circunda con sus reglas y mediocridades, no atenderá y más, sancionará a quien transforme con la simple satisfacción de la sintaxis, los hechos vistos o proyectados. El mundo, o sea el lector, el colega del oficio, el empresario que contrata sus virtudes en la pluma y la autoridad nacional, será cómplice de sus excentricidades mientras no afecten de manera perdurable los intereses particulares. Así, los denuestos y contradicciones desmesuradas de Rojas y Cañas lo llevaron a pelearse en frases y goliardías con una lista de nombres que acumuló durante décadas: «Una paliza. Hasta aquí es de lo único que estoy acostumbrado» (*El Comercio*, 9 de agosto de 1855).

Al regreso de Tacna o su París personal del auto exilio, Ramón Rojas y Cañas ocupa sus días en la vida militar mientras escribe textos personales y textos costumbristas en *El Comercio*. La variedad de los primeros es sorprendente, pues durante mayo y junio de 1855 se esforzó en convencer a sus lectores de los naufragios teatrales de Nicolás Corpancho. En diciembre de 1856 discutía la eficiencia del servicio de gas en Lima y, al año siguiente, la importancia mundial de la telegrafía eléctrica, apremiante para nuestra capital si aspira a una condición universal donde el Gobierno debía facilitar los permisos de ley. Halagó a fotógrafos de la calle Plateros el 2 de marzo de 1857 y a escultores en yeso un mes antes. Se peleó con insultos de baja calaña por asuntos municipales con Manuel Atanasio Fuentes, el Murciélagos, y disculpó toda su vergüenza por echar palmas escritas en seudónimo a un MAGO EXTRANJERO^{iv} que de hechicería no sabía nada. Además, promocionó su talento de escritor en algunas ocasiones: «El que suscribe avisa á las personas que necesiten de sus servicios, que ha trasladado su domicilio a la calle Trujillano (por la Baratillo) casa núm. 235 en los bajos» o «Avisa á las personas que tengan necesidad de su pluma, que ha trasladado su domicilio á la calle de Llanis casa N° 31 en los altos -al lado de la casa del señor Perales». Y se enmarañó en muchas más especulaciones, pues mientras ensalzaba a un cuidador de caballos, firmaba por encargo los insultos de otro profesional.

Sus artículos suelen ser urgentes, ya que sus testimonios no logran ir más allá de la coyuntura que los motiva, incapaces de alcanzar perdurabilidad, arrastrados muchas veces por la moneda en pago y, en otras, las nobles ocasiones, por la convicción sincera frente a los actos perniciosos del Estado o individuos nefastos. Rojas y Cañas, el escritor, también fue un ciudadano que mientras promocionaba su pluma desnudando sus carencias económicas, confió en una patria mejor; cuanto menos, lo que su razón entendía por progreso en democracia plena y legalidad sin mancha. Positivista al fin, la educación y la piel blanca del costeño parecían la única solución a cada desastre nacional, donde el indígena inexistente y el negro bandido no abonaban al futuro del Perú. Lima, el país Lima como le llamó en dos artículos tempranos (26 de setiembre de 1853 en «Los proscriptos» y el 22 de noviembre del mismo año en «Los padres misioneros»), representaba la idealidad pero también, en su condición de «capital de este mundo» (24 de mayo de 1873 en *El Correo del Perú*), concentraba las miserias y virtudes cotidianas. Lima, motivo de su único libro de costumbres, núcleo de retornos y trabajo, merece su aprecio muchas veces; pero las más, su encono, su dolor, su repudio, su insatisfacción, amparado en la justicia de sus aseveraciones y también, saltando sobre ella.

Ramón Rojas y Cañas fue un escritor público; y sus razones vienen a ser «la verdad, la justicia y la utilidad» (*El Comercio*, 27 de febrero de 1857). Un escritor público está dotado para la frase rápida y la sentencia inquisitiva en general; sabe tomar la vía contraria cuando le estorban los escrúpulos a la hora de comentar un tema cuestionable o convertir sus parlamentos en halagos para satisfacer el interés personal; maquilla los sucesos cotidianos con el fin de insuflarles atractivo literario aunque no persiga novelarlos; reclama un pago monetario por su trabajo y realiza demasiados artículos por encargo donde la firma se falsifica en seudónimo o, sencillamente, la resguarda en la anonimia; por supuesto, exhibe ideales patrióticos y mantiene una disciplina constante de redactor que nada tiene que ver con el rigor gramatical. No obstante, considera que su función dentro de la sociedad

es guiar la conciencia de los lectores mediante denuncias, consejos y algunas loas; qué duda cabe, se siente cosmopolita. En consecuencia, disfruta de la polémica, iniciarla tanto como avivarla; se expone a la represalia verbal y física como despliegue de heroicidad; y esclaviza sus posturas ideológicas con la intransigencia de sus apetitos insatisfechos, los francos anhelos colectivos y el precio comprometido por sus cuartillas. En suma, un profesional del todo terreno escrito, investido en ropajes de lobo pero con instinto de hiena.

Pese a todo, la imagen de Rojas y Cañas como hombre público nunca encontró un consenso ni a favor ni en contra entre los contados autores que se ocuparon en mencionarlo. El más famoso de todos y, también desconcertante, es Ricardo Palma en *La bohemia de mi tiempo*, quien lo considera el «limeño de más sal criolla» entre sus conocidos, precisando en una nota a pie de página que fue «periodista y escritor de costumbres. Su estilo un tanto desmañado, era chispeante y con frecuencia cáustico. El más notable de sus opúsculos es el *Museo de Limeñadas*» (Palma 1899:136). Desconcertante, pues Holguín Callo sostiene que Rojas y Cañas era «conspicuo camarada de Palma» (1994: 354) y, en buena cuenta, podía ser visto como «un verdadero “compinche”» con quien realizaba «tareas conjuntas de crítica teatral» (161) hacia 1855. Desconcertante, como se deduce de la opinión de Jorge Cornejo Polar, cuando revela que «aumenta nuestra extrañeza por la no inclusión de Rojas en la relación de miembros de “la bohemia”» (2005: 22).

Una explicación conjetural de Cornejo Polar para tan ceñida alusión en *La bohemia de mi tiempo*, se sostiene en la posición del estudioso norteamericano Roy Tanner al considerar los cuadros del costumbrista «en su papel precursorio con relación a las tradiciones» (2001: 79). El celo profesional o el simple acto de silenciar un trabajo previo, explicaría las escasas líneas que Ricardo Palma dedica al personaje y la producción de Rojas y Cañas. Cabe anotar que, a inicios de la segunda mitad del siglo XIX, cuando Palma todavía firmaba como Manuel Ricardo sus artículos en *El Comercio*, nada esboza sobre el

costumbrista aunque recoja nombres y justiprecie escritos de autores que hoy, están allanados en el olvido

Por supuesto, discutir la conjetura de Cornejo Polar es instaurar una nueva donde las razones no tendrán más defensa que la inquietud, y los motivos, más intención que lo anecdótico. Empero, otra posibilidad se abre al atender el culposo aprecio que Palma le debe a la producción literaria de Rojas y Cañas, donde además de llamar opúsculo (obra científica o literaria de corta extensión) a su *Museo de Limeñadas*, publicado en octavo y con 128 páginas en la edición príncipe, recalca el «desmañado» estilo que en muchas ocasiones vence a la prosa. Es oportuno considerar a su vez, que no sería un prurito genésico lo que acalla al tradicionista, sino la voz crítica de un amigo defraudado que al cabo de los años, se ve forzado a reseñar la personalidad compleja y obra intermitente que si bien alcanza algunas notables conquistas, se enterró en el tono mordaz y provocador del panfleto. Así, no el recelo sino la decepción, explicarían una posición tan constreñida.

Considerar el libro costumbrista de Rojas y Cañas como antecedente de las tradiciones de Palma, es una postura que se remonta a Ventura García Calderón, quien mientras saluda el ritmo «satírico de aguda vena» en sus mejores páginas, sostiene que «puede considerársele (...) precursor en el análisis minucioso y socarrón de la realidad limeña a mediados del siglo XIX» (1938: 268).

Oros autores como Manuel Ascencio Segura, por un lado, y Nicolás Corpancho junto a Manuel Atanasio Fuentes, el Murciélagos, por otro, exhiben posturas de mayores extremos y justificaciones menos oscuras con respecto a Rojas y Cañas. El primero sostendrá en una carta publicada en *El Comercio* del 24 de octubre de 1855: «U. que estudia tan detenidamente nuestras costumbres, y que se ha propuesto corregir sus vicios por medio de artículos periodísticos, está llamado a desempeñar también esta misión animando su crítica

en la escena, para lo cual tiene U. inteligencia, gusto, y además la fortaleza de alma necesaria para despreciar las hablillas de la jente retrógrada é ignorante».

El elogio al espíritu y la labor del escritor en ciernes es contundente, incluso intachable si obviamos la información de que la carta de Segura es una respuesta a la crítica laudatoria que Rojas y Cañas publicó en el mismo diario algunos días antes con motivo de la representación sabatina de su comedia *Nadie se la pega*. Jorge Cornejo Polar postula que aquella sentencia tiene esencial importancia ya que es «junto con la muy breve nota de Palma, la ÚNICA OTRA OPINIÓN FAVORABLE^v que sobre Rojas y Cañas hemos encontrado publicadas en vida de éste» (2005: 23).

Por el contrario, Nicolás Corpancho con indeclinable elegancia, sancionará la ponzoñosa labor crítica que practica Rojas y Cañas (desde el anónimo) en su afán por desprestigiar el drama *El poeta cruzado*. Ante expresiones como «malísimo», «mamarracho», «estraña aberración», «plagiado» y el muy ingenioso remoquete: «estupenda colección de corpanchadas», que asoman desde el 24 de mayo de 1855 hasta un mes después, el jueves 21 de junio; Corpancho prefiere sostener que «no había contestado á los sofismas que engalana vanidosamente con el epígrafe de Juicio Crítico, por no creerlos dignos de una refutación y desperdiciar en esto el tiempo». Respuesta a un ataque sistemático, respuesta altiva del joven dramaturgo, respuesta medida pero no insulsa.

Un año después, Rojas y Cañas decide explicar los motivos extra literarios de la polémica que inició en torno a la obra teatral *El poeta cruzado*, donde no se inmiscuyó directamente su autor Corpancho; pero sí un gran número de sus amistades, estableciendo la defensa. «Si escribí bajo el anónimo, fue para aprovechar del prestigio que goza el anónimo en Lima», explica contra toda perplejidad, anotando que la mayor responsabilidad sobre agravios e insultos es del mismo Corpancho, quien desde su tribuna en *El Herald*

«me calumniaba, se tocaba mi honra, se me decía tramposo». Es decir, las razones para la crítica artística estaban instaladas en el cicatero sillón de la revancha personal.

Así, el tiempo no mitiga los rencores y menos, las disputas que entabla Rojas y Cañas; donde la más notoria, perdurable e infame, es la que mantiene por una década con Manuel Atanasio Fuentes, el Murciélago, mediante artículos de prensa, algunos panfletos y un libelo de treinta páginas sinfónicas. Problemas particulares, literarios, profesionales, judiciales y penales, conforman la intersección del anecdotario de ambos personajes¹.

Cabe agregar que, ni siquiera el mismo Rojas y Cañas fue capaz de mantener un juicio equilibrado sobre su personalidad y oficio, pues frente a la grandilocuencia, no faltaron ocasiones en que una sinceridad de espectáculo inundó sus comentarios de bochornosa acritud: «he llegado á hacerme como una cosa pública, pues he tenido la fortuna de acostumbrar al pueblo á que me mire como un animal que le presta alguna distraccion ó interes cada vez que abre el pico para graznar». (*El Comercio*, 10 de diciembre de 1855).

Sobre la dificultad de estudiar una obra enclaustrada en colecciones privadas y bibliotecas públicas, siempre en ediciones príncipes² de intrincado acceso donde el grueso de la producción periodística continua dispersa, son Ángeles Caballero, Zanutelli Rosas, Romero del Valle, Varillas Montenegro, Watson Espener, Arriola Grande y González Vigil, quienes también han apuntado datos biográficos y cotejado títulos de Rojas y Cañas en las últimas décadas, sin profundizar ninguno en virtudes o defectos, glosando ideas ajenas unas veces, y otras, arriesgando alguna hipótesis novedosa.

Con quince años de diferencia entre los textos de *El Comercio* o *El Herald*o y las colaboraciones en *El Correo del Perú* (1873), Ramón Rojas y Cañas mantiene el estilo,

¹ La polémica entre estos dos autores tiene su punto culminante con la publicación *Serenata al Murciélago con motivo de su corona fúnebre* (Lima, 1967) de Rojas y Cañas, que será analizada páginas más adelante.

² Bajo el sello editorial de la Universidad del Pacífico, la responsabilidad académica de Jorge Cornejo Polar y el cuidado de textos a mi cargo, salió a luz en noviembre de 2005 la segunda edición de *Museo de Limeñadas*

persiste en el seudónimo, no descuida el costumbrismo y adecua su ingenio a ejercicios de composición. Los ejemplares del semanario cotejado –hoy parte de la colección Pinto–, presentan artículos firmados unas veces por Roberto, otras por El leguito del Convento y en alguna ocasión por el Ante-Cristo. Así, las sombras se desvanecen ante la prosa reconocible y también, por una circunstancia accidental: Ricardo Palma, en su calidad de director de la Biblioteca Nacional y confrontando lecturas, seguramente, consignó en notas hechas a mano frases como: «Este seudónimo pertenece a Ramón Rojas y Cañas». Lejos de ser una regla incuestionable, los apuntes del tradicionista son aportes sustantivos a la hora de sopesar la peculiaridad discursiva entrevista en varios textos a fin de dar con su autoría.

Ramón Rojas y Cañas recorrió periódicos como viviendas de alquiler para seudónimos. *El Correo del Perú* sirvió de vitrina al renacimiento percutido de su afición costumbrista, mientras jugaba a ser un malabarista del vocabulario castellano. Escribió sin grandes luces y con erratas, sobre el uso de las vocales y algunas consonantes, valiéndose de ejemplos insípidos de REDACCIÓN NUMERADA^{vi}. La idea parece ingeniosa y su resultado, muy insulso: Mediante un prologuillo justificando la preferencia por tal o cual letra, procede a redactar diez escuetas adivinanzas para las correspondientes diez palabras que haya formado a partir de la grafía elegida. Siguiendo el orden del alfabeto con algunas faltas, Rojas y Cañas practica un humor alicaído, ocioso, sobre frases que no tienen en la analogía su encanto como expectativa a cumplirse, sino el tedio de la reincidencia en el error. Sin embargo, cuando deja de lado la travesura vana con el idioma, asoma el personaje controversial, retirado ya de jaleos y ofensas del pasado. Las páginas del mismo semanario revelan a un escritor otoñal preocupado por los destinos colectivos, antes que por ventilar hostilidades íntimas. «Carta democrática» es el título que utilizó para trece textos donde la

de Ramón Rojas y Cañas, acompañado de un nutrido conjunto de cuadros de costumbres y una actualización gráfica de los grabados originales.

condición de ciudadano es la plataforma para opinar, enjuiciar, defender. El autor de valía literaria se encuentra en la mayoría de sus páginas tempranas; el hombre comprometido con la vida noble recién asoma a cabalidad en los años finales, con o sin publicaciones rutilantes, entre esas misivas publicadas y *La Guerra del Pacífico*.

3. LA OBRA

Jorge Cornejo Polar en la nota biográfica a la reedición del *Museo de Limeñadas*, establece las tres actividades que cultivó Ramón Rojas y Cañas en el campo de las letras: «como periodista, como autor de textos históricos y como escritor de costumbres» (2005: 18). El primer campo incluye «crítica social, reseña teatral, notas polémicas, comentarios diversos» (19). Es de suponer que los textos históricos son *El reloj de Pedro Ruiz. Algunas consideraciones sobre esta gran obra monumental y sobre los trabajos del insigne autor. Pinceladas superficiales sobre el estado del país* (Lima, 1871), *Vicios y virtudes del Gran Mariscal D. Ramón Castilla. Compilación de hechos, dichos, aventuras, ocurrencias y demás rasgos histórico-aneecdóticos de este ilustre guerrero* (Lima, 1874) y *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880). La vertiente costumbrista corresponde al mencionado *Museo de Limeñadas* (Lima, 1853) y a los más de cincuenta cuadros publicados originalmente en periódicos locales entre 1853 y 1873. Cumplió además la función ocasional de editor (atribuido a partir de una nota a manuscrito en la portada y elementos textuales de juicio) con *El aguinaldo* (Lima, 1867), opúsculo del artista y diputado Francisco Lazo. Menos sujeta a clasificaciones es *Serenata al Murciélago con motivo de su corona fúnebre. Réplica escrita por Ño Pajuelita. Spartite literario con acompañamiento de verdades, coro de razones y orquesta de argumentos innegables* (Lima, 1867).

Sin embargo, hablar de una vertiente histórica en la obra de Rojas y Cañas es atribuir características que exhibe con indigencia. El afán de veracidad o la documentación responsable como sustento para la prosa argumentativa, son condiciones incipientes dentro

de los rasgos de su trabajo; pues habrá ocasiones en que el rumor de plaza sea la fuente y, en otras, la manipulación de los datos originales una manera de sostener posiciones. Rojas y Cañas se ajusta al ritmo del cronista, lindando sus intentos con el ensayo literario; aunque la preocupación estilística es menos importante que el afán de afirmar sin justificación.

Atendiendo al título *El reloj de Pedro Ruiz*³. *Algunas consideraciones sobre esta gran obra monumental y sobre los trabajos del insigne autor. Pinceladas superficiales sobre el estado del país*, se reconocen dos elementos frecuentes en las publicaciones no costumbristas de Rojas y Cañas: Asediar la biografía de personajes prestigiosos para evaluar su labor (por el contrario, sus cuadros delinean arquetipos) y disertar en torno a la situación del Perú (sus cuadros evalúan lo perentorio del carácter ciudadano).

3.1. *VICIOS Y VIRTUDES DEL GRAN MARISCAL D. RAMÓN CASTILLA*

La alabanza póstuma, cuando no es justa es también una calumnia
Ramón Rojas y Cañas

Rojas y Cañas siempre adiestró su prudencia a la hora de enfrascarse en disputas contra personajes poderosos; inclusive, llegó a negar sus frases o acusar de malentendidos algunos insultos del pasado, más aún cuando la jerarquía militar era capaz de ponerle precio en rejas o muerte por los exabruptos. Así, cuando publica *Vicios y virtudes del Gran Mariscal D. Ramón Castilla* en 1874, la figura del fallecido presidente y caudillo es motivo de alabanza, donde los defectos también pueden ser aplaudidos como rasgos consustanciales de una personalidad compleja pero grande entre todas, «proporcionalmente á nuestra jóven República» (3).

La prosa que guía la lectura es rumbosa y divertida, aunque el estilo del texto está desprovisto de ironía; donde su punto más elevado se encuentra en la ficcionalización de

³ Reunir toda la obra de Rojas y Cañas es tarea pendiente. Así, en el actual estado de esta investigación, no se ha podido encontrar el folleto en torno a Pedro Ruiz Gallo; tampoco algunos panfletos citados en *El Comercio* por el autor o detractores: *Novoa y Espinosa contestados* (promocionado el 27 de setiembre de 1856), *El*

algunas frases de Ramón Castilla, reproduciendo su lenguaje en sentencias: «Los viejos, decía, hablan sobre lo que hicieron, las mujeres y los necios sobre lo que piensan hacer. El hombre de estado habla para ordenar lo que se debe hacer» (9) y diálogos: «Se equivoca usted! Dejando yo de ser presidente de la República, es cuando, hoy como antes, empieza mi carrera política» (24). El texto no pretende historiar biográficamente la vida del Mariscal, sino narrar «hechos y lances anecdóticos» (4), luego de un «paciente trabajo de compilación» (4). De tal forma, la estrategia supone «conservar la precisión en el asunto fundamental y no en ciertos pormenores u orígenes» (4). Así, el autor apela en todo momento al lector, tan cómplice que entreve muchos de los sucesos relatados. El opúsculo⁴ entonces, se despliega como una vitrina donde el murmullo popular se exhibe con propensión literaria. No hay novedad en lo que cuenta ni disimulo en el proyecto; por el contrario, es el compendio de la memoria en torno al héroe que ya no está.

De tal forma, *Vicios y virtudes del Gran Mariscal D. Ramón Castilla* tiene otros méritos también en la construcción de las escenas, fragmentadas y arbitrarias frente al orden cronológico o temático, organizando estampas que reflejan solo en su conjunto, las peculiaridades del protagonista. No obstante, esta agradable desorganización textual de hazañas narradas con brevedad, engendra contradicciones de página a página, donde una característica matizada como virtud, puede asomar pronto como defecto cada vez que está supeditada a la anécdota. Así, se pasa revista a tantos periodos de su vida que parece incoherente la conducta pública de Castilla. Por otro lado, los personajes que le rodean, cuando no son dignatarios o autoridades, están generalmente desprovistos de nombre propio y encarnan solamente un oficio o una condición (“un hombre”, “un soldado”, “una

Municipio en cueros (anunciado el 31 de enero de 1859) y *La municipalidad transparente* (promocionado el 19 de febrero para su primera edición de 500 ejemplares y el 4 de marzo de 1859, divulgando la reimpresión).

⁴ Se ha cotejado la única edición príncipe que se conserva en la Biblioteca Nacional del Perú. Lamentablemente su treintena de páginas no cuenta con la parte final del segundo capítulo: es un ejemplar incompleto.

señora”, etc.), abstrayendo al ciudadano, impidiendo el balance entre los demás sujetos representados y la luz intensa de los prohombres.

Cabe anotar que, como en otras ocasiones, Rojas y Cañas reconoce los defectos de su texto; pero reduce estos yerros a la simple apariencia, postulándolos como peculiaridad del género e incluso, de la historiografía: «Un lector atento, por poco que lo sea, tendrá ocasión de tomarnos alguna pequeña contradicción respecto al carácter de Castilla; pero en esta misma aparente inconsecuencia, estriva la exactitud del bosquejo histórico; porque sobre ese carácter, como sobre el de la mujer en general, no es posible sentar reglas fijas» (29).

La personalidad de Ramón Castilla se desnuda entre defectos y un cúmulo de virtudes. Entre los primeros, prevalece su condición de «hombre algo rústico» (20) con una discutible moralidad íntima. El Mariscal era «algo dado a devaneos o distracciones» (14), donde su arrojo «demasiado galante y delicado para con el bello sexo» (30), generaba comentarios de índole diversa. Por lo demás, la pasión espolea muchas veces su conducta, «imprimiendo marchas y contramarchas en sus decisiones». Sin embargo, estas características no eclipsan las facultades del «hombre Perú» (21), el *taita* de los soldados indígenas (11), el protector y padre mimoso de cada soldado raso. Rojas y Cañas sostiene que Ramón Castilla «se creía, (y no lo disimulaba), la personificación del gobierno» (11), donde una moral pública intachable y su entusiasmo «con los hechos de los hombres de genio» (20) hasta el punto de querer «imitarlos» (20), lo eleva sobre el común. Poco dado al aprendizaje académico, «su carrera fatigosa no le dejaba tiempo para estudiar en los libros, y se lanzó ardoroso á estudiar en el libro del mundo» (16); con lo cual, su comprensión del otro era resultado de la observación y su sentido común, un ejercicio constante de crecimiento personal. Así, dos cualidades delinean al prohombre: despreciaba el anónimo pues ningún enemigo sin rostro era digno de lucha; y además, su escrupulosa astucia a la hora de respetar la ley. Narra Rojas y Cañas que ante un fraude de grave trascendencia, Castilla abdicó de la autoridad suprema y declaró ante el juzgado en traje de civil. Con lo

cual, la transparencia en la conducta, exigible a su persona como a las demás, cercana u opositora, marca su personalidad. Taimado sí, entendía la diplomacia como el olvido del decoro si era en bien del país, porque el fin debería cumplir con la «vanidad de triunfar» (22).

En pluma de Rojas y Cañas, Castilla es un hombre perseverante y ambicioso, sereno y de temple, rudo y festivo a una vez; cuyas actitudes frente al poder son las del «prestidigitador político» (8) y su vocación por la patria, entrega de «viejo guerrero» (13). Sobre todo, Castilla es un varón honrado, virtuoso, que «por más de cuatro lustros, dominó al Perú» (8), y para quien la muerte, elevado sobre el nivel común, «no existe» (5). Por lo tanto, cuando el opúsculo establece una analogía: Si la culta Francia tiene a Napoleón el grande, nuestra historia cuenta con Ramón Castilla; lo hace en la seguridad de cumplir con el recuerdo colectivo y el justo retrato de su protagonista.

De tantas escenas que relata Rojas y Cañas, dos en especial merecen rescatarse, pues son pinturas del ingenio burlón de Castilla aunque también, a contra corriente, de sus dotes autoritarias y su poder de negociador.

Luego de haber prestado servicios en gestas revolucionarias al Mariscal, un joven pretende cobrar su fidelidad con un cargo gubernamental. Insiste, durante meses y meses. Hastiado ya, pero no lo suficiente para cerrar de manera definitiva la puerta de su despacho a la ambición del soldado, manda llamar a su ordenanza con fusil: «Al primer subprefecto que U. vea pasar, tírele y mátelo porque necesito su puesto para dárselo á este caballero». (24). La compresión se convierte en vergüenza para el aspirante que no retornará jamás.

La capacidad política del hombre de Estado se revela en «la memorable frase del Mariscal Castilla, en ocasión de jurar la Constitución del año 56 (...) Juro, dijo, la Constitución en todo aquello que no se oponga al bienestar del pueblo» (27-28). Experto en el juego

del rocambor, no era menos al maniobrar la elasticidad de las leyes con malicia tan fina como su apego a la colectividad, convirtiendo en perplejidad e ironía al compromiso.

Vicios y virtudes del Gran Mariscal D. Ramón Castilla fue «Escrita por una sociedad de literatos», según revela su carátula; sin embargo, la crítica a partir de Ventura García Calderón (1938) asigna la autoría del texto a Rojas y Cañas. Nada extraño entonces que las ocurrencias relatadas no le envidien originalidad a las *Tradiciones* de Palma (fuera del enmarañado estilo y la endeble sistematización narrativa), conformando una miscelánea que brinda imágenes aproximadas de la personalidad y actitudes del Mariscal. El opúsculo prefiere acumular sucesos cotidianos antes que embarcarse en frescos bélicos; por lo tanto, la autenticidad que tanto propugna en sus páginas («si la tumba es sagrada, también lo es la verdad», 5) y la imparcialidad que garantiza, se ancla en la brumosa estabilidad del dominio popular. Llevando a cabo un balance de intenciones, el texto es un trabajo laudatorio a la memoria Ramón Castilla (infiriendo algún interés de orden personal), donde la lisonja se vuelve instrumento por encima de la objetividad historicista. Escritor al fin, pudo acomodar el halago hacia una composición literaria de categoría ficcional para liberar a las páginas de su hibridez incompetente; pero lo alinea con el veredicto y el divertimento anecdótico.

3.2. *LA GUERRA DEL PACÍFICO* ⁵

¡Existir ó dejar de existir!
Ramón Rojas y Cañas

El ejemplo amenazado de la visión patriótica de Rojas y Cañas, ya lejos de las pretensiones íntimas, la fiebre juvenil de los halagos pagados o los insultos gratuitos, está en su última publicación: *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880); escrita al calor de la batalla, con el ejército chileno marchando sobre el Sur luego de la captura del Huáscar, los enfrentamientos en Tarapacá y el repliegue del presidente boliviano Daza; escrita con el

⁵ Las líneas que siguen, no son más que un ceñido preámbulo al análisis del texto en los otros capítulos de esta tesis.

comprensible temor de un hombre de armas pero antes, un hombre solamente, que entiende el presente como el final de una época que se acerca con botas militares y fusiles.

La Guerra del Pacífico de Ramón Rojas y Cañas no es un pasquín en honor de la victoria acaso posible ni un panfleto que reclama la paz en un conflicto que considera fratricida; es un ensayo de representación esencialmente histórica y literaria, donde los motivos de la guerra, sus cifras y los sucesos todavía irresueltos, sirven para reflexionar, conjeturar y arriesgar opinión sobre el destino de nuestro país en especial, ante la inminente llegada del ejército chileno a Lima. Así, la nación se exhibe como la concretización de la dignidad sin entrega ni sumisión, englobando los conceptos de soberanía y límites. La tesis parece suicida: No corresponde a las autoridades del Perú firmar un acuerdo bilateral que asegure el cese del enfrentamiento, ya que nuestra estirpe (se alude a la heredad histórica) rechaza la cabeza inclinada del sometido, reclama la lucha hasta el final. Podemos perder la capital incluso, nunca la voluntad de defendernos y con ésta, los territorios de frontera ya pisoteados por el invasor. Se pondera virtudes del enemigo y se engaña sobre tratados pasados; se pasa revista sobre las actitudes briosas del soldado sin nombre peruano y se demanda firmeza del Estado; se lamenta el futuro, se proyecta el futuro. El Pacífico Sur, al margen de victorias o derrotas, no volverá a ser un espacio de armonía, sostiene con más melancolía que reproche.

Rojas y Cañas fue cónsul en La Serena (Chile) en 1868 y también en Oruro, un año después. Por tanto, diplomático por esfuerzo propio, escritor vital y pensador revuelto, la redacción *La Guerra del Pacífico* conllevaría un atrevimiento complicado: franqueza, tristeza y persuasión. Todo aquello que en muy pocas situaciones había intentado, pues su método de fabulador rozaba la fanfarrea con auditorio escaso. En esas páginas descuidadas y levemente contradictorias, pervive un hombre a tres años de su muerte, un individuo que espolea el caballo timorato de la vacilación patria, un ciudadano que eleva un discurso contra todas sus dudas, sobre cada uno de sus defectos.

3.3. *MUSEO DE LIMEÑADAS* Y OTROS CUADROS DE COSTUMBRES

El que satiriza los defectos que hay en su país es porque lo ama
Ramón Rojas y Cañas

Bajo el título de *Museo de Limeñadas*, publica Ramón Rojas y Cañas en 1853 sus «artículos de costumbres»⁶, según reza en la portada del libro y los textos promocionales que durante algunos días aparecieron en el diario *El Comercio*: 128 páginas más siete ilustraciones con leyenda al pie.

El investigación en torno a la obra costumbrista de Rojas y Cañas, donde sobresale *Museo de Limeñadas* junto a las decenas de cuadros que publicó entre 1853 y 1860⁷, ha sido una tarea casi exclusiva de Jorge Cornejo Polar, quien fue además responsable académico de la segunda edición del libro, del Estudio preliminar que le antecede y la selección de textos que se incluyen en el volumen. Así, cualquier análisis ha de tomar como referencia sus opiniones. Cornejo Polar evaluó el discurso, los personajes y el mundo representado en la obra costumbrista de Rojas y Cañas, plateando incluso un lector ideal y discutiendo los textos programáticos del autor (prólogos y otros).

Buen conocedor de la producción literaria y no literaria de Rojas y Cañas, además de ser especialista en literatura peruana del siglo XIX, causa extrañeza que Cornejo Polar se valga indistintamente –con algún descuido, si cabe– de la palabra artículo y cuadro como un solo concepto sin matices ni diferencias, cuando tanto él (Cornejo Polar 1998) como Watson Espener (1980: 9) los distinguen de manera bastante eficaz para el periódico *El espejo de mi tierra* de Felipe Pardo y Aliaga: Los cuadros tienen menos trama y no poseen

⁶ Jorge Cornejo Polar indica erróneamente en su Estudio preliminar a la segunda edición, que «En la portada del libro se lee “Museo de Limeñadas. Colección de *cuadros* de costumbres. Obra ilustrada escrita...”» (p.29. El énfasis es mío).

⁷ A la muerte de Cornejo Polar, tomé el encargo de completar el Estudio preliminar con el análisis de los cuadros de costumbres publicados en *El correo del Perú* (1873), así como el cuidado final de los textos del volumen.

un punto culminante, mientras que en el artículo hay un afán por narrar un suceso y no solamente reconstruir un ambiente. En el Estudio preliminar a *Museo de Limeñadas* se reducen ambos contrastes:

El cuadro o artículo de costumbres puede describirse como un texto breve en prosa en el que sobre la base de una anécdota mínima se describen costumbres características o se presentan personajes típicos (o ambas cosas a la vez) de la sociedad a que pertenece el autor. La intención de crítica o corrección es frecuente. El tono es ligero y muchas veces humorístico. El lenguaje coloquial hace posible que muchas veces el autor se dirija directamente al lector y lo involucre en la historia. (34)⁸.

Agrega con acierto más adelante, que Rojas y Cañas no construye la figura del narrador ficticio: «el autor asume directamente y en primera persona la función de narrador (...) y así entabla en ocasiones el diálogo directo con los lectores o, más convencionalmente, narra en tercera persona» (35).

A juicio de este trabajo, Rojas y Cañas no escribe artículos de costumbres (ejemplar sería en su variedad de personajes y sucesos «El paseo de Amancaes» (1840) de Pardo); sino, cuadros de costumbres: narración restringida y existentes superficialmente (re)tratados.

El conjunto de cuadros costumbristas de *Museo de Limeñadas* está precedido por cuatro textos prologales y tres más de carácter híbrido, donde se exhiben intenciones y justificaciones mientras se esboza alguna situación risible. Los cuatro primeros son el «Prólogo», «Vice prólogo», «Sub prólogo» y «Contra prólogo»; los otros: «Este libro es bueno», «¡El desnaturalizado! ¡El simplón!» y «Parte seria». De la estructura fragmentada, se destaca ya el tono burlesco que gobernará cada página. La «*poli-nominación*» (75) tiene una razón corriente, pues siendo el autor un conocedor del carácter limeño renuente a los escritos muy extensos y poblados de pretensiones ajenas: «Con esta patraña (...) engañando

al lector y jugando con la curiosidad de las lectoras, tal vez lo han recorrido hasta el final» (75).

La personalidad de Rojas y Cañas en el traje de escritor público, tiene una amplitud de gradaciones que van de la seguridad hasta la confesión desinhibida. El impulso para escribir se encuentra en que sus «méritos», «capacidad» y «honradez» en la práctica militar no bastan para «un mísero empleo en el Estado» (70); así, publicar las composiciones costumbristas responde, dice, a «la necesidad, el deseo de procurarme algún dinero sin recurrir a los infames recursos de petardearlo» (69). Entonces, será capaz de sostener con ruidosa imprecisión y maniquea amnesia que su *Museo de Limeñadas* es una «aventura de inauguración, como una partida de azar y sueño» (72).

Museo de Limeñadas es el primer libro sistémico de cuadros costumbristas pero bajo ningún concepto puede considerarse un acercamiento inicial al costumbrismo en el Perú. Cornejo Polar es categórico: «resulta inaceptable» (37), pues periódicos como *El espejo de mi tierra* (1840 y 1859) de Pardo y *El Cometa* (1841-1842) de Segura, habían dedicado la exclusividad de sus contenidos a la presentación de cuadros y artículos.

Rojas y Cañas entonces, devela otra vez sus penurias económicas intentando apropiarse de una contingencia que le es ajena. Sin embargo, su estrategia no acaba ahí, pues sostenido en la falsa modestia y previniendo la saña de los críticos, considera que «no podrían encarecer tanto mi modesta publicación, pobre almacigo de costumbres» (69). Sabido es que la falsa modestia es vanidad redundante, ya que excusa méritos con el afán de una réplica que acreciente el halago. Por tanto, retaceando superficialmente las conquistas literarias del libro, pretende mostrarse como timorato jovenzuelo que al cabo de un intento contrahecho no debe ser juzgado con la dureza del observador diestro. Rojas y

⁸ Las sentencias de Cornejo Polar en torno a la prosa costumbrista de Rojas y Cañas, como también los fragmentos del *Museo de Limeñadas* utilizados en las citas, son extraídos indistintamente de la publicación realizada por la Universidad del Pacífico (Lima, 2005)

Cañas, contradictorio, dirá como expresión de propios y extraños: «Mi obra será buena. ¡Concedido!» (69), encontrando las virtudes en la «humilde franqueza, la expansión, la ingenuidad» (69) de la expresión.

En conclusión, no se ofrece «bellezas» sino «verdad» (70): Literatura documental donde alguna singularidad discursiva sobresale («no tengo, pues, estilo, o por mejor decir, tengo mi estilo peculiar, característico, exclusivo» 74), donde las intenciones íntimas están por encima de las pretensiones artísticas, donde la contradicción es la guía programática y los defectos colectivos de la patria chica son el núcleo de evaluación.

En cada uno de los prólogos, Rojas y Cañas establece el universo referencial para su crítica y esboza los mecanismos que pone en práctica para elaborar su discurso.

Sobre lo primero, atraerá la analogía al yerro: «escribe los acontecimientos de su país (su casa) las costumbres de su sociedad» (72); resbalando en una equivalencia falaz y divulgada, por eso mismo tendenciosa. Rojas y Cañas generaliza la escena íntima como metáfora de la conducta nacional y amplifica las filiaciones íntimas como representación de las relaciones entre ciudadanos. Así, el consejo que se infiere (y no pocas veces se manifiesta) de sus cuadros, discrepa con el afán homogenizador de las críticas. El Perú de Rojas y Cañas no solamente es Lima; en muchos de sus pasajes, Lima no pasa de ser el teatro de moda o la procesión de otoño, cuando no es más que el hogar de una vecina inventada.

En cuanto a lo segundo, Rojas y Cañas sostiene que su estilo es «su lenguaje, su método y sus manías» (74); y si bien considera al suyo incompetente para desarrollar las ideas, la virtud del costumbrista se encuentra en ajustar la prosa a la oralidad: «escribe lo mismo que habla: ya tiene ganado su estilo» (74). Así, su lenguaje es el castellano coloquial, incluido el refranero popular, rápido en el fraseo y fácil de comprender, privilegiando el diminutivo unas veces cariñoso y otras, sarcástico; o inclinándose hacia la hipérbole: «Mil y quinientas veces al mes, hemos oído decir a quinientas y mil personas»

(82) El método consiste en la acumulación de ejemplos y personajes ajustados a la situación que narra; además, la caricaturización («la abuelita... narigada de rape colorado... y su chupetón de cigarro largo» 79) de los últimos mediante la reproducción del habla y algunos aspectos de su conducta o cosmovisión. Finalmente, su discurso se vale del tono dialogante donde el narrador se dirige fundamentalmente al lector (incluso, lo interroga); pero también, en algunos casos, los parlamentos se entablan sin acotación entre los personajes, alcanzando un tono coral donde las diferencias etarias, sociales y de género improvisan un carnaval de voces que organiza el ambiente del cuadro. La propensión de Rojas y Cañas es hacia la redundancia en torno a la idea central del texto, estableciendo desaliñadas opiniones secundarias cuando las emplea y repitiendo lo manido hasta abrumar al lector sin abonar a la comprensión.

Levedad («nadie reproche la insustancialidad de mis artículos», sugiere en más de una ocasión) y vaciedad, donde se emite palabras mientras se dice poco o nada, son dos características del discurso en *Museo de Limeñadas*. Sin embargo, un rasgo de la personalidad de Rojas y Cañas asoma como virtud en su prosa: la ironía y algún cinismo, incluso («ridiculizar las mil pequeñeces viciosas, que tienen cabida en la sociedad» 81). La ironía, que da a entender lo contrario de lo que se dice a partir de un contexto, plaga los cuadros de costumbres: «Mi culta y progresista ciudad de Lima» (84), cuando la defenestra; «¡Gloria y honor a nuestros bailes de Palacio!» (87), que tanto desprecia en su ornamento petulante; el escritor, el «*ocioso*» (83), a quien nadie ve trabajar. Así, a partir del contraste entre el pensamiento y la expresión, Rojas y Cañas denuncia. La verdad del autor entonces, no solo está explícita en la crítica de conductas personales o colectivas, sino también se sostiene en figuras retóricas que desarticulan la realidad del universo representado para lograr a partir del humor, exaltar al lector mientras lo hiere. El mejor Rojas y Cañas está en la actitud irreverente, consigo mismo y su oficio, pero también con la sociedad: «A un país de *porquerías* un escritor de *adefesios*, le viene como pedrada de ojo tuerto» (90).

Rojas y Cañas es respetuoso con las instituciones tradicionales, ya sea el Estado, el ejército o la Iglesia (no se puede tomar «al clero por la religión misma» 140), mas no de la práctica de los hombres y mujeres dentro de éstas. Cabe inferir que el autor supone la trascendencia que tiene cada una de las instituciones; pero también, comprende la irrelevancia de un nombre transitorio en cargos o actividades provisionales. Cuando describa las procesiones limeñas, se burlará de la conducta que tienen los curas («*mercachifleo* de religión» 133) o feligreses, incluso sancionará como llevan el anda y los requiebres de las imágenes con la música del cortejo; no obstante, toda la crítica tiene como intención exigir «más sublimidad en nuestras ceremonias cristianas» (94). Es decir, el dogma, la bota y la ley, están por encima de nuestros antojos y manejos. Cauto entonces, Rojas y Cañas juzgará a individuos sin nombre extraídos de la realidad, seguramente, evitando condenar los soberanos aparatos del poder. Rojas y Cañas, un costumbrista, sin más ni menos.

Museo de Limeñadas está compuesto por una veintena de cuadros que van desde la crítica a los dulces limeños, el regusto por los apodos, la conducta en auditorios públicos, los interminables saludos callejos en la capital (resalta la visión fanfarrona de la Metrópoli: «Lima es un todavía un gran pueblo con el genio de una provincia... de un *pueblecito* de por el interior» 112), la práctica médica de algunos individuos (se desliza el racismo del autor cuando el profesional tiene rasgos afroperuanos) y la recepción aparatosa que se tiene siempre al extranjero («Lima es madrastra de los limeños» 116), hasta el halago a las damas que todavía se lucen con la saya y el manto («Una verdad como un templo» 144). De variada índole, cada uno de los textos desarrolla un tema pero no lo agota; donde la táctica de preguntar al lector, a sí mismo, a un personaje, y responder tibiamente, enredado en balbuceos, cumple a cabalidad un principio literario: Rojas y Cañas solo denuncia, no proyecta la reforma y, menos aún, la alternativa.

Entretenida las más de las veces, la prosa del *Museo de Limeñadas* está anclada en la pésima redacción, en la desorganización textual con una tildación y puntuación caprichosas: «Que yo, siendo limeño, desatendido por el gobierno de mi patria, que es mi patria misma, desatendido sin motivo ó causa alguna, lejos de esto, cuando merezco que se me proteja y atienda, clame contra la justicia, esta muy en el orden»⁹ (En la segunda edición, 2005: 117). Sin embargo, en destacadas ocasiones, Rojas y Cañas se despoja del humor socarrón para tratar con franqueza problemas de su arte o su ciudad; incluso, arropado en un tono confesional que aúna la ligereza del susurro con la resonancia de la proclama: «Cuando se escriben *cuadros* de costumbres generales, tienen algunos la simplicidad de reconocerse y de apuntarse en los caracteres fantásticos que uno forja»¹⁰ (125) O: «Todavía no somos más que una gran provincia con nuestros ribetes de preocupación y de aldeanismo» (125).

Sobre todos los cuadros, prefiero resaltar uno de nombre ambiguo y lúdico: «Oficios de una cartera». El objetivo es divertir (alegar) a partir de cada una de las rarezas que lleva el limeño dentro de ese objeto, jugando incluso con las consecuencias que genera el contenido según el dueño y la ocasión. Así, enhebrando un conjunto de escenas bajo la conducta de un personaje guía bien delineado («Mi cuñado Diego»), se construye un fresco creativo donde el eje temático de un solo bien suntuario (no por eso menos necesario) como *leiv motiv*, reto en su ceñida estrategia, queda superado con méritos estructurales: organización textual, acumulación ejemplificadora, sentido de la trama; y de estilo: transparente, inquisitivo, dialogante. La ironía atraviesa cada párrafo, tanto que es capaz de dar voz a los potenciales críticos del libro, parodiados en sus páginas: «estos escritorzueros de costumbres son unos ociosos de cuenta» (135), eligiendo tan pobre inspiración para redactar. Empero, el atributo que unifica todas las características hacia un resultado óptimo, es el HUMOR^{vii}. En «Oficios de una cartera», el humor es fresco aunque sin grandes

⁹ En este único caso, transcribo la frase desde la edición príncipe del *Museo de Limeñadas* (Lima, 1853).

¹⁰ El énfasis es mío

pretensiones, sintetizando la alegría tragicómica de una ciudad (Lima en el *Museo*) relajada e hipócrita, fatua pero entrañable. Diego, un mentiroso, un truhán sin dinero y galante, no es mera excusa, herramienta narrativa para recorrer frase a frase salones y damas, abanicos y coqueterías como en el más ortodoxo costumbrismo; es por fin el bosquejo cabal de un ser humano que se libra de la referencialidad anónima y existe para la memoria. Y con él, el universo representado –por una vez y contadas las otras en todo el conjunto– abandona la imitación de la realidad, pretendida veracidad bajo la estrecha analogía homogenizadora, para ser manifestación desnuda de la ficción. *Museo de Limeñadas* ya no es un escaparate de pantomimas, se convierte en teatro de la vida.

La obra costumbrista de Rojas y Cañas merece una atención mucho más amplia que este apretado acápite. Cornejo Polar lo hace en su Estudio preliminar y también Roy Tanner en su artículo «Museo de Limeñadas, libro de costumbres y prefiguración de las Tradiciones Peruanas», discutiendo las peculiaridades de los grabados que acompañan a la edición original, desmenuzando la parodia y la caricatura en el texto «mediante un diálogo o un monólogo» (69), precisando la estrategia de las «cláusulas anafóricas y las preguntas retóricas» (69); incluso, planteando un «meta-costumbrismo» (68) en el libro, ya que es propenso a analizarse a sí mismo, llamándole al autor, «amigo» (80) de Palma. Sin embargo, las perspectivas de este capítulo están en desentrañar la personalidad del autor y esbozar algunas líneas de su obra con el fin de prefigurar al literato que redacta *La Guerra del Pacífico*. No así, agotar las posibilidades de un libro imperfecto y complejo.

Sobre lo expuesto, cabe agregar que los textos del *Museo de Limeñadas* asoman como algo discontinuo en el tiempo de redacción, trabajo de marchas y contramarchas donde la estructura y el estilo; pero, sobre todo, la seguridad cabal sobre los argumentos que sustentan la crítica, están sometidos por la duda razonable de un autor joven, apasionado, vanidoso y solamente mediano, que reúne sus escritos para editarlos en conjunto. El libro no es un conjunto orgánico al final, donde incluso la sanción sea la

norma: es un amasijo disparejo de pretensiones, esfuerzos y atracción. Me inclino a pensar que la composición pertenece a un largo periodo –remontado a los días de las necrologías y los anónimos traficados–, donde a la certeza no le queda más que convivir con la vacilación no en la idea central y guía exclusivamente, sino en el oficio o su impacto, en el rudimento que significa el lenguaje o todos sus elementos discursivos.

Como ácido costumbrista, la misión de Ramón Rojas y Cañas fue detallar las conductas reprochables de la sociedad limeña y aludir con mezquindad sus aciertos, descubriendo que en la geografía minúscula de cosmovisiones, tradiciones y vínculos, estaba la metáfora perfecta de la grandeza peruana –limeña– aunque también, la explicación rotunda ante las caídas de siempre. O así lo quiso entender en el *Museo de Limeñadas* y el resto de cuadros que redactó con interrupciones, a lo largo de veinte años.

Por supuesto, la obra en prensa escrita de Rojas y Cañas no puede ser evaluada como un conjunto completo y cerrado, ya que solo se justiprecia aquello que las investigaciones han dado luz. Los textos en *El Comercio* (1853–1860), *El Heraldo* (1854) y *El Correo del Perú* (1873)¹¹, donde medio centenar tiene filiación costumbrista, refieren más sobre su vehemencia como escritor, tenacidad contra las negativas ocupacionales y el salario inexistente, que méritos literarios objetivos. Cornejo Polar lo resume así, luego de apuntar la heterogeneidad de los contenidos: «Varios son artículos de costumbres, en el sentido más estricto del término, mientras que otros, sin dejar de serlo, se inclinan más a la censura directa de usos o instituciones sociales. Hay también algunos que tienen el carácter de toma personal de posición» (2005: 45), donde cada uno le parece «en general y con las excepciones del caso, menos logrado que los de el *Museo de Limeñadas*» (56); porque los temas asedian otra vez los tópicos del mencionado libro, sus estrategias se supeditan a las que ya utilizó en el pasado –solo cuatro textos anteceden al *Museo*–, y su estilo está

¹¹ Recogidos en *Museo de Limeñadas* (Lima, 2005), bajo el rubro de «Artículos periodísticos firmados por Rojas y Cañas» y «Artículos periodísticos atribuidos a Rojas y Cañas»

marcado por la pobreza creativa, a pesar del oficio. Cornejo Polar resalta que, la falta de caracterizaciones como la ausencia de diálogos, desvirtúa las publicaciones en *El Comercio* y *El Herald*o.

Mención aparte merecen los cuadros correspondientes a *El Correo del Perú*, donde una «distancia cronológica, programática y temática tan delimitada» (Chávez 2005: 57), los alejan del conjunto, incluso del propio *Museo de Limeñadas*. Desde ya, ninguno está firmado por el autor, sino, cada uno tiene a sus pies un seudónimo: El leguito del Convento, Roberto, el Ante-Cristo.

A grandes rasgos, se pueden dividir los textos costumbristas de *El Correo del Perú* en dos grupos, el primero conformado por el conjunto de textos numerados que llevan el nombre común de «Carta democrática», correspondencia que Roberto dirige públicamente a su “Querido Leandro” en tono coloquial e íntimo, pasando revista en cada una de las trece misivas a temas de actualidad, las más de las veces, o transcribiendo grandes párrafos de filosofía e historia, para plantear ideas a partir de autores connotados. El interés principal de los textos radica en el destinatario, oscuro y distante, quien se eleva como «un lector ideal sobre el cual cimienta sus argumentos [Rojas y Cañas]» Verosímil, «dota de plasticidad, de agilidad a los escritos, haciendo que su presencia casi fantasmal sea el atributo mayor en el ejercicio discursivo» (Chávez 2005: 60) de sus cuadros.

Por su carácter epistolar, este conjunto de textos se aleja de la obra costumbrista del pasado; sin embargo, con su escaso número —solamente ocho— y apreciable diversidad temática, tiende puentes sobre una problemática que ha ocupado ya muchas páginas del autor, pues la función de la crítica socarrona pierde en la capital su móvil y razón: «Acostumbraban los escritores de los tiempos en que había costumbres sobre las que se escribía» (257). Así, tienen un «carácter meta-literario, donde el objeto escrito sirve para discutir su pertinencia, alcance y estilo» (Chávez 2005: 58) Esta circunstancia no es nada

nueva en Rojas y Cañas, pero sí es singular la reiteración que tendrá en contados meses de trabajo.

Un escritor costumbrista que redacta sin sueldo y con él, textos que los lectores ya no reclaman ni esperan. Rojas y Cañas, un costumbrista que se creyó inaugural y adelantado, se resiste a abandonar la trinchera que muchos ya dejaron; pero en esta lucha donde las armas parecen trasnochadas, el motivo central sigue vivo: «Que desaparezcan en buena hora todas las ridiculeces, todos los abusos, todo en fin, lo que hay de grotesco en algunas de nuestras costumbres» (256). Rojas y Cañas, como siempre, como antaño y hogaño, pretenderá no solo quitar la «mancha recortándola porque en tal caso quedará el agujero»; entregado a la generalidad, luchará contra una conducta con el fin de «componer este mundo» (257), según el verso que le atribuye a algún Ño Bracamonte, que está en pluma de su Roberto, brotando de su enardecimiento.

3.4. ROJAS Y CAÑAS, PROLOGUISTA Y EDITOR

Dado a la imprenta por un patriota
Ramón Rojas y Cañas

En 1867 se reedita *El aguinaldo* de Francisco Lazo («Colección de recriminaciones, ultrajes y denuestos, inferidos al Perú y a su sociedad», indica la portada), artista y diputado por Lima ante el Congreso Constituyente. El responsable de la publicación, además de redactar tres páginas liminares, es Ramón Rojas y Cañas eclipsado en el anónimo. Al cabo de trece años, recoge el original impreso en Europa con la manifiesta intención de evidenciar los propósitos del ocasional autor para su «inmundo folleto», quien valiéndose de «las mas espantosas calumnias presentaba á los peruanos como seres corrompidos, abyectos y miserables». Rojas y Cañas considera imperioso demostrar el error que cometía cada capitalino al encargar su representación a un personaje que lo desprecia, mofándose de sus tradiciones a pesar de haberse educado a «espensa de la nación», desprestigiándola.

Bajo el título de «Dos palabras», Rojas y Cañas destila virulencia de prologuista. Su estrategia tiene como bastiones la conjetura, la hipérbole y el epíteto («desgraciado», «pérfido», etc.) Entre lo primero, siembra la duda sobre la transparencia de los comicios que llevaron a Lazo al Congreso («no por medios legales») y, sobre todo, arroja suspicacias sobre la nacionalidad del personaje («su condición de boliviano, como se asegura»). En torno a lo segundo, convierte al Perú en un país de excepción con el afán de contradecir las injurias que Lazo esgrime en el contenido del texto: Plantea Rojas y Cañas que los «hechos históricos de la mayoría de los peruanos» son «asombro del universo», centrando la mirada en la Independencia, donde las batallas de Junín y Ayacucho sintetizan «la mayor epopeya del siglo» y la victoria contra España, no es menos que la derrota de «una nación mil veces más fuerte». Insinúa también malos manejos financieros de Lazo en sus funciones municipales, exige la intervención del fisco para esclarecer estos sucesos y declara la incompetencia del artista a la hora de cumplir altos encargos. Rojas y Cañas asegura que el gobierno peruano envió al personaje a Europa, con el fin de que su aprendizaje deviniera a su retorno en la fundación de la Academia de Pintura.

«Para conseguir el objeto menguado de desprestigiar al Perú, el señor Lazo ha recurrido á las escenas del hogar doméstico, escenas que raras ó falsas en nuestra sociedad no pueden ser un argumento para su descrédito, porque las costumbres en su país por raras que sean no significan mas que la índole de sus individuos», sostiene Rojas y Cañas en el prólogo, olvidadizo por estrategia, enjuiciando una conducta que también le ha sido propia durante tantos años. La confianza depositada en un individuo de múltiples caras, es motivo de indignación en el hombre que utilizó una década atrás *El Comercio* para bromear con la posibilidad de ser candidato también¹², comentando al desgaire el interés de sus coterráneos

¹² En otra ocasión (*El Comercio*, 18 de enero de 1860), solo indiferencia: Rojas y Cañas 2005: 227-228.

por verlo aposentado en una CURUL NACIONAL^{viii}. Los apetitos timoratos de Rojas y Cañas, ya sean en el campo literario, militar o político, movilizan sus actitudes por encima de las verdades esgrimidas o las mentiras ingeniadas. La obra –su vida– es producto de sus intenciones solapadas, pocas veces de sus convicciones. Entonces, el trabajo que realiza en calidad de editor, exige justipreciarse a luz de un contexto hoy velado, a caballo sí entre la inquina y el cálculo.

3.5. *SERENATA AL MURCIÉLAGO*

¡Chúpate esa, con ají verde!
Ramón Rojas y Cañas

La imprenta de Aurelio Alfaro y Cia. publica también en 1867 otro trabajo de Ramón Rojas y Cañas en seudónimo: *Serenata al Murciélagos con motivo de su Corona Fúnebre. Spartite literario con acompañamiento de verdades, coro de razones y orquesta de argumentos innegables*. Bajo el disfraz de Ño Pajuelita y con una estructura organizada e ingeniosa a lo largo del folleto, Rojas y Cañas toma la excusa de escudar al desconocido coronel y poeta Justo Román Valdez contra los insultos impresos de Manuel Atanasio Fuentes, El Murciélagos, quien editó meses atrás un pasquín plagado de críticas burlescas¹³. Entonces, Ramón Rojas y Cañas saldría en defensa de la obra mendiga de un colega en armas y letras: «El señor Valdez no es ni un gran poeta, ni un gran literato» (3); sin embargo, es «hombre de corazón patriota y entusiasmo ardiente» (3). Así, los méritos artísticos de Valdez se concentran en voluntad y pasión para consignar los hechos de la guerra con España de 1866, motivo de sus Ensayos Poéticos.

Rojas y Cañas opera una estratagema paradójica a la hora de defender el texto de Valdez, pues confesará que «no es un poema, ni es un drama, ni tampoco es una obra de imaginación. Simple y modestamente es un ensayo; pero un ensayo que envuelve un cuadro

¹³ Texto que no se ha podido ubicar. Su contenido se infiere de los comentarios de Rojas y Cañas.

estereotípico de nuestro último medio lustro» (3), donde se reconstruye sucesos «con una fidelidad asombrosa de memoria» (3); es decir, lo disculpa. Aunque, ante el resultado final asalta una pregunta de carácter moral, lejana de la conquista literaria e historiográfica: «¿Qué daño ha hecho el Señor Valdez á nadie con haber publicado su ensayo por malo y pésimo, que se le quiera suponer?» (4) Cabe inferir que el Murciélago ha sido mordaz en sus expresiones; pero no injusto en lo que toca al valor artístico. Entonces, también se infiere que Rojas y Cañas justificará el texto de Valdez con el «noble y patriótico esfuerzo» ejecutado en la escritura. Su argumento se sostendría así en la endeble retórica de las buenas intenciones, ya que su eximido no es más que «el más pobre de los escritores» (17).

No obstante la sincera declaración de Rojas y Cañas, donde cabría esperar una evaluación del texto de Valdez ponderando el recuento nacionalista contra todo estropicio creativo; eso no ocurre en *Serenata al Murciélago*. Fuera del tono burlón que asoma en el título, desplegado en cada una de las páginas del contenido bajo una estructura lúdica que remeda una pieza musical clásica con obertura, caballeta, romanza, etcétera, a manera de subcapítulos, que hacia el final se conjugan con titulillos en habla popular: conchito, gusaparos; la razón central radica en que los *Ensayos Poéticos* del coronel son la excusa para un rosario de agravios contra Manuel Atanasio Fuentes.

Rojas y Cañas, quien no oculta su deseo de ganar dinero con la venta de *Serenata al Murciélago*, será mucho más explícito con su animadversión por Fuentes; tachándolo solo en una página de «payaso ordinario» (7), «animalejo chupante» (7) y «pajarraco implume» (7) que ostenta «causticidad grosera é indecente» (5) con una producción literaria de «tristísima gloria» (20). Rozando la ironía y enfundado en la burla, la parodia y el insulto que frisa la grosería, Rojas y Cañas expondrá ideas contradictorias sin ocuparse de los argumentos. Sintetizando su enfoque, podría estructurarse en cuatro vertientes:

- a. *La obra literaria*: «Lo que al Murciélago le falta de ingenio, lo añade con esa causticidad grosera é indecente» (5)
- b. *La conducta pública*: «Le afronta el robo de las potencias del Cristo de Huánuco y otras varias proezas de uña» (7), donde Rojas y Cañas convertido en colectivo, sostendrá: «Nosotros no somos jueces del crimen para entablar proceso criminal» (10).
- c. *El carácter personal*: «Elije para cebar su saña, ó bien á infelices [¿Valdez?] (...) ó bien elije personajes elevados, que por respeto á la posicion que ocupan y al nombre que llevan, no pueden abatirse hasta el punto de descender al nivel del difamador jurado» (6)
- d. *Las características físicas*: «A lo menos, no le gustaría tener en su faz ese color ceniciento, bajo cuyo manto se cobija el rubor africano». (8), cuando «por razones de raza, no puede ponerse colorado» (8).

Lo que sorprende de Rojas y Cañas, sí es que la sorpresa cabe para su actitud de escritor público, es el descaro insultante con el cual defiende su perspectiva: «Aspiramos a que el lector nos crea imparciales, justos y verídicos, porque hasta aquí hemos probado con hechos que no es la pasión del rencor la que nos mueve contra el *Sparafucile* de la Imprenta» (10); pruebas que nunca facilita, sembrando el desconcierto en el lector con afirmaciones calibradas por adjetivos vejatorios.

Así, una de las tácticas que reitera Rojas y Cañas, aprovechando el sobrenombre de su antagonista, es animalizar a Fuentes, acercando la ironía al cinismo: «Queremos tratar á este personaje bajo el concepto de ser racional, considerándolo en todas las condiciones del hombre, y como á tal hombre, fisiologizarlo y analizarlo» (8), expone para dejar sentada su intención impracticable. En este Rojas y Cañas, la pretensión es afrenta, negando condiciones mientras las afirma.

Empero, a partir de su posición contra el Murciélago, Rojas y Cañas deja sentada su preocupación frente al oficio literario, donde la práctica habitual está en «infamar, injuriar, disparar á sangre fria» (9), sancionando la crítica literaria que no se aleja nada ya de «esas carnicerías del mercado que mejor cortan la honra con sus lenguas, que la carne de res con sus machetes» (9). Por supuesto, Rojas y Cañas habla de otros autores, nunca de sí mismo, ya que si fuera el odio su guía habría «mencionado las estafas» (10), «recordado la pegata hecha al conde de Castel Bravo» (10), el «plagio material de objetos» (10). Así, el crítico debe poseer «dotes literarias» (11); siendo además «una persona moral, que corrige enseñando y que para enseñar aconseja» (11).

La práctica de la deshonor como herramienta de lucha, el destierro de la demostración y la prueba, el olvido de la defensa profesional (contadas veces asoma Valdez luego de las páginas iniciales); en suma, la literatura enterrada bajo la pasión personal, la rencilla o el desprecio, si es que no anida también la envidia. Rayando en la infamia, Rojas y Cañas cita a Chesterfield: «“El sostenimiento de cualquier vicio, cuesta tanto como la manutención de tres hijos” Ergo... ¡Pobre Murciélago (...) con 18 hijos!» (11), para que la sentencia se acomode a la insinuación, y ésta se convierta en evidencia.

El texto entonces, se torna redundante, reiterando con diferentes tonos y términos, tanto los defectos y como los vicios del autor y ciudadano Fuentes. El estilo además es descuidado, donde la arquitectura ingeniosa de la pieza musical no basta para elevarlo sobre su pobreza léxica y limitado encanto metafórico.

Serenata al Murciélago es también una prueba impresa para el lector testarudo: contra su escaso mérito artístico, la lectura no se continúa por la experiencia del conocimiento ni la seducción de los parlamentos, se prosigue bajo el imperio de la pedestre curiosidad. Ofensivo, vengativo o dramático en su pretendida superioridad, Rojas y Cañas satiriza por más de veinte páginas el «triunfo [crítica literaria] del león [Fuentes] sobre el

ratón [Valdez]» (20), porque la tristísima gloria de la empresa, ordinaria en su resultado, ya incubaba en su seno el sarcasmo de la que es víctima. Cuando Rojas y Cañas enjuicia en un par de carillas la pobreza en parodia y picaresca del opúsculo de Fuentes, así como el uso «empalagoso» (12) del yo y la «hipertrofia de la vanidad» (13) en sus escritos, desprovistos de «figuras de retórica» (15) e hinchados de «palabras soeces y asquerosas» (16) donde suele cumplir la función de «un acomodador, un aplicador, un disfrazador de las ideas de otros ingenios preteritos» (14); demuestra una estimable habilidad para analizar textos ajenos. Cuando Rojas y Cañas reconoce la destreza de Fuentes para imitar el estilo de Valdez («[lo] menos malo» 18) en son de parodia; pone en práctica la honradez de la censura. Cuando Rojas y Cañas entonces, reconoce que «la grosería y el insulto, no pueden ser admitidos» (17, aunque aluda aquí al ejercicio de su antagonista), su pluma pierde en socarronería pero gana en credibilidad. Capaz de profundizar en el discurso del Murciélago, prefiere sobrevolar la superficie de sus frases y acciones entredichas, alojándose en el territorio de lo infundado y lo trivial.

En otro orden de lo literario, es oportuno subrayar el uso que Rojas y Cañas da al término ensayo. Si bien lo extrae del título de Valdez, su postura se ancla en dos frentes, en primer lugar lo valora como valoraba Alfonso Reyes al género cuando le definió como un centauro, donde hay de todo y cabe todo, tan híbrido y múltiple; en segundo lugar, es un proyecto perpetuamente inacabado, la tentativa sin respuesta, un sondeo que verifica solo hasta los umbrales de la solución definitiva.

En conclusión, *Serenata al Murciélago con motivo de su Corona Fúnebre* es una muestra más de las LUCHAS INTESTINAS^{ix} del costumbrista, disputa que ya había ocupado páginas de *El Comercio* durante la década anterior y que ni siquiera los años menguaron. Libelo en ajustada proporción, Rojas y Cañas alcanza el nivel más alto de su prosa viperina y una posición rastrera por las sospechosas intenciones que gobiernan sus ideas, fuera de la hostilidad y una u otra diatriba.

4. RASGOS DE ESTILO

Este capítulo, que ha sido una oportunidad para dilucidar la personalidad de un escritor público a través de sus páginas y además, para ejecutar un somero análisis de su obra, quedaría inconcluso si no se profundiza en el aspecto más evidente de su producción literaria; producción literaria como en sus ejercicios publicitarios o críticos, en sus folletos o su libro costumbrista: el descuido soberano de la gramática castellana. Anclado en el siglo XIX, Ramón Rojas y Cañas no fue Ricardo Palma, tampoco Manuel González Prada; pues nunca demostró el respeto rítmico del tradicionista por la norma idiomática, respeto que le permitió a Palma aventurarse hasta el neologismo y coleccionar los peruanismos como joyas para la comunidad continental; pues tampoco asumió una actitud ideológica con respecto al uso de los términos y las grafías del español, ya como rechazo, ya como apuesta subversiva a la manera de González Prada. Rojas y Cañas se limitó a cometer errores por premura mientras inventaba nuevas palabras con cierta fortuna. Elidir una vocal, acumular dos consonantes imposibles, utilizar una letra en vez de otra, atropellar las reglas sintácticas, tildar al desmadre como lluvia de tinta en las expresiones y puntuar los párrafos sin organización estructural, es el condimento reprochable de su labor como prosista. Unas veces, grave responsabilidad del cajista del periódico, quien transcribe con negligencia de analfabeto sus cuartillas; las otras, las que importan y se patentizan en muchas de las citas de este capítulo, producto de su dejadez. Es paradójico que una persona resuelta a vivir de la escritura asalariada en el regocijo habitual de su destreza, se entregue al descuido cotidiano en su obra.

Con talante defensivo, Rojas y Cañas explicaba que la motivación de sus textos residía en transmitir al lector el torrente de sus pensamientos necesarios y, como torrente, la intensidad era un precio que pagaba el idioma, su instrumento. Encadenarse a las pautas de la Real Academia Española implicaba tiempo perdido, postergar escritos, malgastar la ocasión de situar mensajes en los diarios; en suma, defraudar la impaciencia del lector

cuando lo imperativo siempre ha sido comunicar. Así, Ramón Rojas y Cañas no es cabalmente un prosista, es un narrador de incidencias; cumple entonces con la obligación más elemental y a la vez perdurable del oficio literario: el atrevimiento recóndito e irreprimible de compartir un universo refractado por las palabras a uno, a dos, a miles de personas que habitan un presente que en contadas ocasiones alcanza el mañana.

¿Qué nos queda de Ramón Rojas y Cañas al margen de las catorce líneas en enciclopedias nacionales? Su discurso está plagado de borrones contra la lengua castellana, sus ideas contrahechas permanecerán inmersas en preferencias personales, sus personajes bailan a los sonos de un tiempo cancelado hace más de una centuria, sus desvelos económicos no son más asunto que intimidad publicitada, sus nobles preocupaciones se hundieron en la derrota de la muerte. Sin embargo, frente a las delicias penosas de su biografía de aventurero farsante, de libertario con gratificación, están las pulsiones que emanan de sus páginas, el mundo complejo de un hombre cabalmente asentado en su tiempo, un escritor que supo observarlo con el arbitrario —cómo de otra forma— juicio despierto. En buena cuenta, la producción literaria y no literaria de Rojas y Cañas con su unánime subjetividad a cuestas, amplía en sus alcances temáticos, es amplia también porque lo que siente o vive un hombre, es también lo que padecen y proyectan todos los demás. Sus años y sus frases, a menudo decepcionantes como son los trabajos y los días de los antihéroes, sintetizan la imperfección de lo humano, la complejidad ripiosa de lo humano, la resistencia deichosa de los proyectos humanos. Rojas y Cañas fue una vocación sin virtudes sobresalientes, pero una vocación que palpita en sus páginas desempolvadas.

* * *

i.

ELIZA BISCANCHANTTI

Lluevan aplausos, lluevan elogios y poesías sobre la artista; ellos son en verdad muy justos; pero ella es muy superior a ellos.

Rob Roy

El Comercio, 29 de marzo de 1853

ii.

EPIGRAMAS

I.

Con elocuencia y alteza
Sin freno disparataba
Un literato que andaba
Llevando á cima una empresa
Midiendo su inspiracion,
Que un sordo que estaba al lado
Gritó: “Ponganle un candado
Que este es otro San *Ramon*”

II.

A visitar un museo
fué convidado un viajero,
Y al entrar dijo al portero:
Nada de curioso veo,
Por lo que me dicen creo

Que mas museo es el autor
Que quiere hacer sus coscojas.
Un museo: diga al Señor
Que debe volverlas *Rojas*

III.

Dije ayer sin ironía
A un gañan trabajador:
Entre las plantas del día
¿Cuál te parece la peor?
El me respondió, Señor,
Hay muchas en las montañas;
Pero hablemos sin disfráz,
Son pésimas por demás
Las cortas y huecas *Cañas*

Un viviente torpe

El Comercio, 21 de Noviembre de 1853

iii.

Sobre su filiación a *El Correo de Lima*, nada se conoce desde las mismas páginas del diario, pues su nombre no figura en ningún artículo de los meses cruciales de febrero y marzo de 1854 (únicos ejemplares que se pudo cotejar). Sin embargo, un enredo de precios llevó a Rojas y Cañas a ventilar en *El Heraldo* de esas fechas, que «sería capaz de poner el “Correo” á real y medio»; y más, *El Comercio* despejó dudas sobre su labor de escritor, ciertos efectos y un desenlace parcial:

- Febrero-Marzo, 1854: Firmados en colectivo bajo el remoquete de Caña Roja y titulados siempre «El Correo de Lima», se publican textos que dan cuenta del trabajo del costumbrista, acidez y terquedad.
- 13 de Marzo, 1854: Firmado por el mismo Rojas y Cañas bajo el título de «Suspensión del Correo de Lima», se denuncia que «El Sr. Intendente de la Policía, constituido en la imprenta el Sábado, sin mas orden escrita que la salida de sus labios, ordenó que la publicacion de el “Correo” quedaba suspendida».

- 14 de Marzo, 1854, se canta a «la valentía y juicio del joven escritor», de parte de un «asiduo de su periódico».

iv.

En *El Comercio* del lunes 23 de marzo de 1857, se publica una noticia muy entusiasta a favor del ilusionista inglés Berkeley Lennox, quien en juegos de cubiletes y barajas, había impresionado a la misma Reina Victoria y ahora, lograría más con los espectadores de Lima, según sostenía el firmante en colectivo: Unos que los vieron en Londres. Al cabo de una semana, aparece el texto «Rojas y Cañas al público», con las sinceridades del costumbrista, difundiendo como propio el disfraz que utilizó en su nombre siete días atrás y, sobre todo, ensayando disculpas a sus lectores: «A pesar de toda mi preocupacion no puedo dejar de arrepentirme, de haber sorprendido el bolsillo del público, aconsejándole á asistir á una funcion mala, anunciándosele como buena; pero como yo no sabia que el brujo no era brujo, el público será indulgente en perdonar ese inocente é indirecto *salteo* que le hice la noche del martes pasado; y debe perdonar en mérito de que mas adelante tendré mas cautela y tomaré mas precauciones al celebrar tratos con jente que de jente solo tengan la apariencia»

v.

Al margen de la envergadura que entrañan los comentarios de Segura y Palma, también merece atención la carta publicada el 1 de diciembre de 1855 en *El Comercio* por el Club Aristocrático del Hotel Universo: «siempre está al cabo de lo notable que ocurre en el mundo», dirán luego de tratarlo de «apreciado amigo» en un trato de cordial usted. Por supuesto, las defensas que algunos lectores de *El Correo de Lima* esgrimieron ante el cierre judicial del diario, hablan del valor que personas anónimas otorgaron a la vena periodística de Rojas y Cañas.

vi.

«G G G G G G G G»

Tócales hoy su turno a estas guturales que si tipográficas, parecen unas cées con herradura, caligráficas se trans-forman en una ratas con tamaño cola. Ya que me he propuesto jugar hasta con los caracteres gráficos y ponerles apodos, juguemos pues (...) Esa primera, como si fuera originaria de Mozambique es trompuda como un jabalí, se llama la

G-ta

La segunda es plañidera a la par que profética, se llama la

G-remías

La tercera es hermana de nuestros primeros padres, los hijos del Sol, y por eso se llama la

G-ntil

El leguito del Convento

El Correo del Perú, 16 de Agosto de 1873

vii.

OFICIOS DE UNA CARTERA

...Repáren bien en mi cuñado Diego: primero le falta la corbata que la cartera. Ciertamente es que no tiene deudores a quienes apuntar, ninguna entrada o partida que sentar; ninguna niña que le dé las señas de su domicilio (es bien feo y bien extraño); nadie le dice el nombre de tal preciosa niña del palco número tantos, ni tiene cartas que guardar en su cartera si no son las del naípe, ni tiene versos que apuntar, por-que no es poeta, ni de poesía entiende.

Tampoco tiene ideas ocurridas de súbito que consignar en su cartera, porque parece no tener ni una lejana idea de lo que son las ideas; y sin embargo de todo esto, es para él su cartera de tanta utilidad, como pudiera ser para otro cualquiera. ¿Qué hace pues con ella? ¿Padece de algún mal que se llama *carterismo* crónico?...

Museo de Limeñadas

viii.

TAMBIEN ROJAS Y CAÑAS
(COMO CANDIDATO)
A SUS CONCIUDADANOS

No impugnen UU. mi loca temeridad al dar cabida en su respetable diario, á esto que quiero llamar mi programa. No me había acordado que tambien yo á fuer de ciudadano, tengo derecho para aspirar al puesto número uno, á ese dorado y suntuoso suplicio al que subiendo por la escala de la ambicion, con el ausilio del pensamiento de la *vanidad* deslumbra á los mortales.

El Comercio, 3 de junio de 1858

ix.

CONTRA-MURCIELADAS —
CAÑA-ROJADAS

Me alegro infinito de que el público, por sus propios ojos y oídos, se vaya persuadiendo de lo que es el Murciélago. -¿Ya lo ven ustedes? Con arrogancia suma, escribió en el diario: -*Ni le denuncio ni le contesto* - Y ya van dos veces que me denuncia artículos (una por su cuenta y otra por la de Corpan- cho que honra con su asesorado) y van dos veces que me contesta. (...) A propósito de su sobrenombre -¡Qué bien ha sabido calificar su persona identificándola con un animal tan repugnante, tan asqueroso, tan fétido, y sobre todo, tan aficionado á chupar como es el Murciélago!

El Comercio, 16 de febrero de 1859

La Idea de Nación en
La Guerra del Pacífico (Lima, 1880) de Ramón Rojas y Cañas

S e g u n d o C a p í t u l o

1. LIMINAR

A menudo me he preguntado en el transcurso de la investigación para esta tesis, si la frase de Paul Ricœur «La historia muestra su pertenencia a la literatura» no será solo una frase feliz, desprovista de verdades. Ya la palabra verdad entraña una peculiar problemática. Hace dos años, un prosista tan virtuoso como Juan Villoro me confesaba que los veredictos admirables, incluso luminosos, distan mucho de ser ciertos. Y entonces, ¿cuáles serían las fronteras o inclusiones entre literatura e historia? ¿Es el concepto de lo verídico más importante que los objetivos o la ambición de realidad que ambas persiguen? ¿Existe una aporía de la verdad entre memoria e imaginación? ¿Es la huella documental un muro tangible que divide la ficción de la crónica, por ejemplo?

Este capítulo, analizando *La Guerra del Pacífico* de Ramón Rojas y Cañas tanto en su estructura, la estrategia de la cual se vale el autor y la intencionalidad del proyecto, persigue asediar la hibridez¹⁴ del discurso a lo largo de su treintena de páginas, discurso que a su momento vincularé con la Conmutación, siguiendo a mi manera el método lingüístico de la glosemática danesa. Así, *La Guerra del Pacífico* es a una vez el fin y el medio.

Dudo entre Jorge Basadre o Gonzalo Bulnes a la hora de adjudicar la autoría de la desnuda –además, categórica– sentencia en torno al conflicto con Chile, en tanto fue un «suceso que redefinió nuestras identidades desde algo tan sencillo como tener una frontera común». Al margen del autor, es importante resaltar que los hechos de 1879 hacia delante, no pueden leerse simplemente como un conjunto de acciones bélicas y la ruinosa estadística de pérdidas, implica sobre todo una consecuencia en el orden de las mentalidades. Somos un país muy diferente luego de la derrota –habríamos sido también distintos en la victoria– y por tanto, la idea de nación que subyace a los discursos de ese periodo es ejemplar por lo

¹⁴ Silvia Molloy sostiene la categoría de textos híbridos para las autobiografías hispanoamericanas donde conviven lo íntimo, lo público y lo histórico. Parafraseada por Cecilia Esparza, son textos híbridos también porque «aparecen dotadas de una multiplicidad de propósitos» (2006: 42)

inusitado de la situación nacional. Examinar *La Guerra del Pacífico* es dar con una luz más, como un cirio complementario dentro de una Catedral en fiestas navideñas, en torno a la comprensión del siglo XIX donde tantos proyectos naufragaron en su ambición patria entre la inoperancia de sus teorías o de sus prácticas. El texto es un fin en sí mismo; pero también un medio, ya que su filiación ensayística lo dota de la multiplicidad suficiente para evaluar conceptos como la ética, la manipulación de la información, la veracidad y la conjetura.

2. ANÁLISIS Y SIGNIFICACIONES DEL TEXTO

La Guerra del Pacífico de Ramón Rojas y Cañas está segmentado en diez bloques numerados en romanos, fechado el texto en Lima, 1 de enero de 1880, y firmado por el mismo autor, lejos de seudónimos o anónimos. El conjunto de treinta y un páginas se cierra con una advertencia que resta autoridad sobre las ideas vertidas («Los pensamientos que constituyen el asunto del presente escrito, me han sido sugeridos por un caballero, muy particular amigo mío»), además de dejar sentados los valores que han motivado el trabajo: «de justicia, de verdad y amor á la Patria» (31). En suma, honorabilidad letrada en tiempo de beligerancias.

* * *

El primer bloque es un recuento sincrónico aunque no estricto ni exhaustivo de los hechos de armas entre Chile y Bolivia, fundamentalmente; así como de los tratados o acuerdos que firmaron desde la Independencia hasta fechas previas a la Guerra del Pacífico. La frontera entre ambos países «se extiende 3 ó 4 minutos hacia el Sur del grado 26» (3)¹⁵ en 1826, como reza en la «La primitiva constitución de la República de Chile» (3), lo cual

¹⁵ Todas las citas son extraídas de la edición príncipe de *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880), sin modificación en su ortografía ni sintaxis. Además, para comprender a cabalidad la alteración de los límites fronterizos de las tres naciones en conflicto, Chile, Perú y Bolivia, remitirse al gráfico del Anexo 3A.

no es obstáculo para que el 14 de febrero de 1879 cuatro buques de ese país ingresen a la bahía de Antofagasta («entre los paralelos 23° y 24°» 7) a título de reivindicación.

Por supuesto, durante un puñado de décadas, una tensa calma palpita entre ambas naciones. La Confederación Perú-Boliviana establecida en octubre de 1836 por el General Santa Cruz, será derrotada dos años después en Yungay por un ejército con importante dotación chilena, entre los «enemigos de ese nuevo régimen» (4). Aunque en este primer bloque del texto no se mencione más que una vez el concepto de soberanía, se lo alude en cada párrafo al pasar revista a las posiciones del país del Sur con respecto a Bolivia «cuando la casualidad reveló las riquezas que [su] desierto contenía» (4).

Bolivia se empeña en misiones de reivindicación de territorios para cada ocasión en que Chile traspasa sus fronteras; éste «arteramente» (4) muda el problema inicial a una «cuestión de límites» (4), avanzando, quinquenio tras quinquenio, avanzando. La frontera se traslada paulatinamente, revelando la ambición del que llegaría a ser el invasor. La diplomacia boliviana es incompetente, perdiendo Atacama en la práctica primero y luego bajo un tratado firmado por el mismo Presidente Melgarejo («sacando provecho de las circunstancias y las condiciones personales del jefe boliviano» 6) al cabo de la guerra con España de 1866. Rojas y Cañas resalta que en esta conflagración que para el Perú significó la victoria definitiva en el Combate del 2 de Mayo, «Bolivia mas americana que rencorosa con las republicas hermanas» (6) ofreció su alianza en la defensa. La euforia de fraternidad continental –se infiere de Rojas y Cañas– lleva al mandatario altoandino a ceder sus territorios, permitiendo a Chile «afirmar por primera vez *su derecho*»

El propósito del autor en este primer bloque es patentizar mediante la cita de documentos probatorios de carácter histórico –incluso la Memoria que entregó el conquistador Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, que viene a llamarse con sugestiva imprecisión «antiguas tradiciones» (3)–, el apetito geopolítico del pueblo chileno y sus

autoridades. Chile es un todo reducido a un fin: generaciones de personas que ambicionan lo que no tienen, la usurpación como política de Estado y anhelo popular. La ironía y la hipérbole –sobre las cuales me detendré luego– apuntalan la estrategia demostrativa. Narrativo por un lado y enumerativo por otro, la historia que cuenta Rojas y Cañas, en ocasiones de carácter testimonial como un rumor, tiene la subjetividad de sus intenciones.

En lengua inglesa existe diferenciación para un término que en castellano explota por su polisemia: Historia. *History* es la relación de los hechos del pasado con aspiración de veracidad. Las *stories* son narraciones que refractan lo real o se anclan en la imaginación tras un pacto de credibilidad, persuadiendo al lector. El primer bloque de *La Guerra del Pacífico* termina complementando ambos niveles de manera cabal y lúcida, emocionante incluso. Luego de una recapitulación selectiva con afanes de fidelidad documental, donde las citas de fragmentos dejan entrever a una vez los propósitos todavía suspendidos del autor y su conocimiento del tema o, cuanto menos, la responsabilidad que asume en su condición de escritor público como una plataforma de confianza para sus juicios ulteriores y las transcripciones de compromisos bilaterales que rematarán el texto en las páginas siguientes; luego de los detalles que implican a Bolivia, nación de ingenua indefensión a partir de sus frases; luego de reseñar un acápite del tratado firmado en Sucre el 6 de agosto de 1874, según el cual «las personas, las industrias y los capitales chilenos no quedarían sujetos a mas contribuciones que las que existian entonces, durante 25 años» (7) por los derechos de exportación para la zona comprendida entre los paralelos 23° y 24°; luego de precisar que al cabo de cuatro años, Bolivia promulga «una ley que impone diez centavos por cada quintal de salitre exportado y así, para Chile, cosa cierta, se viola un acuerdo binacional; Rojas y Cañas transmitirá en palabras la hostilidad entre las dos partes.

A entender del autor, los tratados de 1866 y 1874 son una celada preparada a Bolivia: «Se la hizo abdicar su sobdranía y su libertad, para que no pudiera ni aún costear su administracion» (7) Paternalista con el país altoandino, de infantilidad republicana en cada

decisión, Rojas y Cañas entiende que gobierno tras gobierno ha sido arrinconado hasta un punto muerto, donde la protección de sus intereses significaría también la agresión a intereses ajenos. La emboscada ha tomado décadas, pero se consuma por diez centavos el quintal:

Chile, fundándose en la violacion de los tratados, sin haber sometido la cuestion al arbitraje, ántes de recurrir á las armas y sin previa declaracion de guerra, mandó cuatro buques á la bahía de Antofagasta, en cuyo territorio trabajaban quince mil chilenos y trescientos bolivianos, desembarcaron mil quinientos soldados, apoderandose el 14 de Febrero de 1879 del litoral boliviano á título de reivindicacion. (7)

No solo hay fechas y datos en este breve párrafo, está el palpito del narrador ante la incursión bélica, habla el “cronista de oídas”. Rojas y Cañas no se ocupa solamente de la *history*, sino de la *story* más allá de lo documentos, relatando el principio de un proceso de sangre como si fueran los tambores de una guerra anunciada. Es el final del capítulo en una novela dieciochesca de aventuras.

El primer bloque de *La Guerra del Pacífico*, farragoso en su discurso y acumulativo en sus informaciones, es la puerta de entrada a una contienda inconclusa donde la incomprensión tiene el tamaño de la desmesura. En el universo del texto existe un agresor; pero no es este agresor el único responsable de las discrepancias, ya que la vacilación o la inseguridad se presentan como caldo de cultivo de los problemas en el Sur del continente. Tres países no se pondrán de acuerdo y por lo tanto, mal solucionarán por la fuerza todo lo que la diplomacia ha dejado pendiente. *La Guerra del Pacífico* en sus primeras páginas registra la impotencia de la palabra escrita –documentaria, histórica– frente a la presunción, la ambición y la necesidad, orden tan oral como colectivo de los anhelos nacionales.

* * *

El segundo bloque de *La Guerra del Pacífico* se aleja del tono narrativo que intentó el anterior, para centrarse en objeciones a la Circular que el 18 de febrero de 1879 –cuatro días

después del desembarco en Antofagasta– girara el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile don Alejandro Fierro al Cuerpo Diplomático Extranjero, pretendiendo bajo ese documento justificar la reivindicación de territorios.

Siguiendo el decurso sincrónico en su texto, Rojas y Cañas ataca los testimonios del Gobierno chileno en dos puntos capitales, pues este pretende «disfrazar una usurpación en un derecho» (7) cuando no asoman las pruebas, cuanto menos «no ha podido presentarlas nunca» (7).

En primer lugar, al autor le escandaliza hasta la ironía el despropósito de la Circular, destiempado como absurdo a su entender, donde se reorganizan las soberanías con las sinrazones de la omisión, pues «[durante los años de la Confederación Perú-Boliviana el General] “Santa Cruz declaró en varios documentos oficiales que Bolivia no tenía más que un puerto, Cobija”» (8). Es decir, el olvido del prohombre en diversa papelería pretende tomarse como un fundamento: «No cabe duda, entonces, que todo el litoral boliviano, excepto Cobija, pertenece a Chile» (8), sentencia Rojas y Cañas entre la humorada y la indignación.

En segundo lugar, citando al Ministro Fierro, transcribe: «“Las 113 licencias otorgadas en Valparaíso desde el 31 de Octubre de 1842 hasta 1857 á diversos buques para cargar huano en Mejillones”» (8); en síntesis, se anima a sugerir que se está utilizando una superchería como criterio de autoridad para los territorios en disputa. Rojas y Cañas considera un abuso en el plano político y comercial la defraudación que por quince años se sostiene sobre Bolivia, abuso con el cual el Gobierno chileno aspira a justificar su incursión bélica, como el ladrón que asume propio el objeto que robó y mercadeó en el pasado. Entonces, si el país altoandino «no ha podido impedirlo ni castigar a los defraudadores, el huano, el salitre, y todo el litoral boliviano son y tienen que ser legítima propiedad de quien expidió esas 113 licencias» (8), aunque en décadas atrás, en 1848, una Memoria también

ministerial anotase en un párrafo en torno al desierto de Atacama: «nuestra frontera Norte en la línea media que lo divide en dos partes iguales» (8), zona más austral que la Antofagasta invadida a sangre y fuego.

El mejor Rojas y Cañas, como en los tiempos de su costumbrismo de periódico y más, el de fraseos de libelista, se eleva sobre el común cuando usa o abusa de la ironía. Rutinario para la hipérbole («por el cúmulo de inexactitudes de que está plagado, y en el cual, los diplomáticos y *todos los demas*¹⁶ hombres serios...» 7, hablando de la Circular), su exclamación al final del bloque segundo condensa la acumulación de agravios y la prodigalidad de falsedades que el pueblo chileno y sus sucesivos gobiernos han dirigido contra Bolivia; como también, el borreguil artificio de las maneras e intenciones de la nación sureña:

«¡Perfecto título de propiedad!» (8)

Seguro de la verdad de sus acusaciones, seguro también de la justicia de su causa, Rojas y Cañas ejercita la ironía con el estruendo de quien se siente potente en dignidad. En esta línea final del bloque, el autor toma la voz sin contrapesos históricos de afán probatorio ni narraciones de lances en costas lejanas, es solo un hombre y su punto de vista.

Documentario y sucinto, este segundo bloque destaca por la particularísima selección que el autor ensaya al atacar dos partes del documento oficial –y desde el detalle el conjunto–, descontextualizando la información hacia su rígida subjetividad, asumiendo un enfoque que personaliza el discurso y así, individualiza su postura. *La Guerra del Pacífico* no será entonces un texto de reflexión historicista, es la posición de un escritor ante los hechos de armas que lo involucran como ciudadano –¿conciencia social?–, enardeciendo su ardor patriótico, patriótico y no chovinista ni patriotero. Antiguo representante del Perú en

¹⁶ El énfasis es mío

Bolivia y Chile, capitán en retiro del ejército nacional, la pluma de Rojas y Cañas es su bayoneta para el conflicto armado.

* * *

El tercer bloque de *La Guerra del Pacífico* desarrolla cuatro informaciones de capital importancia: El Perú se ofrece como mediador en la disputa; el representante de Chile en nuestro país exige mediante una «comunicación tan desusada como provocativa, henchida de pueriles quejas» (p), explicaciones por el Pacto de Alianza que han mantenido oculto Perú y Bolivia; Chile retarda las conversaciones diplomáticas mientras reúne información sobre el poderío bélico de las otras dos naciones; y, finalmente, la declaratoria de guerra el 2 de abril de 1879, consumada con el bloqueo al puerto de Iquique.

En primer lugar, este bloque hace hincapié en que Bolivia luego de las mediaciones peruanas, derogó el «gravamen sobre el salitre, circunstancia que motivo el desacuerdo» (9); y aún así, Chile continúa en la ofensiva. Por ende, conjetura el autor que las intenciones tienen una profunda explicación histórica en la ambición, no en un puñado de pesos que violan un tratado. En segundo lugar, el bloque establece la neutralidad de nuestro país, incluso con el Pacto de Alianza de por medio —en razón de tener un carácter defensivo según sostiene y cita—; sin embargo, el acuerdo bilateral es discutible para la transparencia de una negociación y la argumentación que ensaya Rojas y Cañas a este respecto, endeble. Endeble al punto de afirmar como impulso para la firma que «si no se aliaba con Bolivia, esta tenía que aliarse con Chile contra él», dejando sentado que el país altoandino habría acomodado sus intereses con una u otra nación, lejos de lances pasados o problemas financieros.

A la luz de lo expresado, es importante traer a colación una inexactitud de Rojas y Cañas en el bloque inicial de *La Guerra del Pacífico*: En cuanto al tratado de 1866, donde se estipulaba que la frontera entre Bolivia y Chile estaría en el paralelo 24 de latitud

meridional, agrega «que los derechos de exportación del territorio entre los grados 23° y 24°, se dividirán a medias con Chile» (6), con lo cual sustenta no solo la conquista geográfica del país del Sur convirtiendo en legalidad el atropello, sino la victoria comercial en tanto podrá disponer de una parte de los frutos soberanos que Bolivia extraiga de su suelo. Mas lo cierto es que el tratado firmado en Chile por Álvaro Covarrubias y Juan Ramón Muñoz en su artículo II especifica algo distinto y, por supuesto, más razonable y equitativo, en aras «de poner un término amigable y recíprocamente satisfactorio a la antigua cuestión»¹⁷ limítrofe, donde además se asevera que las dos naciones «han determinado renunciar a una parte de los derechos territoriales que cada una de ellas, fundada en buenos títulos, cree poseer»:

No obstante la división territorial [paralelo 24 de latitud meridional] estipulada en el artículo anterior, la República de Bolivia y la República de Chile se repartirán por mitad los productos provenientes de la explotación de sus depósitos de guano descubiertos en Mejillones y de los demás depósitos del mismo abono que se descubriesen en el territorio comprendido entre los grados 23 y 25 de latitud meridional, como también los derechos de exportación que se perciban sobre los minerales extraídos del mismo espacio de territorio que acaba de designarse.

Es decir, el reparto se haría en favor de una comunidad de equidades, donde la frontera con hitos y marcas de soberanía cede a las discrepancias históricas y documentales –Bolivia retrocede por la duda, Chile avanza con su dudosa certeza–; al punto que la hermandad continental les impone compartir en la bonanza o la carestía los productos de un centenar de kilómetros costeros: Para cada una, la mitad de la suma total sin importar el caudal del aporte de uno u otro lado, en un ejemplo de desprendimiento mercantil.

Existe una notoria diferencia entre la información de Rojas y Cañas sobre el tratado y la condición que en su segundo artículo estipula el original. ¿Error, olvido, negligencia,

¹⁷ Los fragmentos del Tratado de Límites (1866) y también del Tratado de Alianza Defensiva entre Perú y Bolivia (1873) son extraídos de *Una difícil vecindad* (Lima, 1997) de Benavides Correa.

manipulación? En la versión de Rojas y Cañas, el gobierno boliviano es iluso y timorato, el chileno taimado e, incluso, insaciable. Atendiendo fielmente al documento, estamos ante un reparto que parece desigual al correr de los años, pero no abusivo: Dos naciones solucionan para el futuro, el pasado. Sencillamente un acuerdo donde algo se pierde, algo se gana. Dos temas asoman sobre este aspecto: La credibilidad del autor y la furia de sus intenciones.

En 1880, el 1 de enero de 1880, ya se ha perdido el monitor Huáscar¹⁸ y se resolvió la batalla de Tarapacá. Se rumorea que el ejército chileno marchará hacia la capital del Perú, anexándose el litoral boliviano. Por tanto, para Rojas y Cañas, Chile no solo es el invasor que despoja de lo suyo a una nación pobre y hermana, es terror que puede introducirse en su casa, en la casa de los suyos: Taimado, insaciable.

La Guerra del Pacífico, obra de Rojas y Cañas, arrastra las taras de toda su producción escrita: La verdad informativa, documental, testimonial, tiene la prioridad de la oportunidad, pues solo se respeta cuando se ajusta a los fines perseguidos por el texto. Hace un par de años, cuando escribía una novela, el historiador José Antonio del Busto indicó al detectar mi emoción sobre los cronistas de la conquista en la pluma del gran Raúl Porras Barrenechea, que éste prefería lo bello a lo cierto. Sin ánimos de discutir tan sospechosa opinión, la frase puede tergiversarse para Rojas y Cañas, quien elige lo necesario sobre lo veraz.

¿Error, olvido, negligencia, manipulación?, lo importante es que la versión del autor sobre el Tratado de Límites del gobierno de Melgarejo con Chile es la que mejor se ajusta a su urgencia argumentativa. Es la verdad mediada que requiere contra el invasor. *La Guerra del Pacífico* no es un texto histórico, sino que se vale de los medios de la historicidad para construirse desde dentro como un género discursivo diferente.

¹⁸ Para Peter Klaren en *Nación y sociedad en la historia del Perú*, la derrota marítima tiene visos de tragedia por el dominio del litoral del Pacífico que habría de adquirir Chile: «Después de la pérdida del Huáscar, el final de los aliados parecía ser sólo una cuestión de tiempo» (p. 238)

Jorge Lozano sostiene en *El discurso histórico* (Madrid, 1987) que existen marcas de historicidad; así, hasta el siglo XVI un estudioso se valía de la cartografía y los manuscritos, dos centurias después la confianza también se depositó en los cuadros y columnas con cifras. El siglo XIX es para los documentos y los gráficos. Por supuesto, el trabajo histórico requiere sobre todo de usos textuales, un discurso particular que lo hace confiable por encima de la comprobación de los registros que sirven de base. Rojas y Cañas no es ajeno a estos parámetros, pues recoge su información de memorias, tratados o acuerdos y pinta sucesos para avivar la imaginación, mas no hace historia con su ironía, su aprensiva subjetividad, su precipitación demostrativa, su patriotismo entre guerra.

El error o la manipulación del dato sobre los paralelos meridionales es irrelevante sí y solo sí se comprende que Rojas y Cañas trata de probar algo que está por encima de una fecha, un grado territorial, una opinión oficial: El peligro de la guerra para el Perú no está en sostenerla, sino en perderla por abandono o debilidad frente a un indigno rival; además, el peligro que corre el continente en el presente y lo que venga del futuro.

Líneas arriba sostuve que el acuerdo bilateral de 1873 tenía un carácter discutible para la transparencia de una negociación de paz, en tanto nuestro país como mediador está ligado con el agredido por un escrito de carácter histórico; pero sobre todo, vedado. El Gobierno de Chile «lo califica de desconfianza, de hostilidad y ofensivo» (9), pues no lo consideran impersonal, sino amurallado contra sus intereses. La argumentación de Rojas y Cañas a favor de la neutralidad nacional olvida —¿ignora?— que un representante peruano en Buenos Aires invitó de manera oficial a la República Argentina a suscribirse con una firma. La respuesta fue negativa, pero la intención quedó patente como si en una fiesta de cuatro vecinos, uno se excusara y al austral nadie invitara. Chile exigió explicaciones desde la conjetura, presumiendo la existencia del documento que en su artículo adicional luego de las firmas y a manera de addenda, revela: «El presente Tratado de Alianza defensiva, entre

Bolivia y el Perú, se conservará secreto mientras las dos Altas Partes Contratantes, de común acuerdo, no estimen necesaria su publicación»¹⁹.

Rojas y Cañas irrita su prosa en la defensa de una idea: Nuestro país es neutral, el buen vecino. La estrategia al cabo de tres bloques de *La Guerra del Pacífico* tiene como norte sentar la malignidad del invasor («la resolución irrevocable de Chile de adueñarse del litoral boliviano» 9) y la benevolencia del mediador, a tal punto que con tratado o sin él, auxiliar a Bolivia era un imperativo fraternal por los riesgos que nacen de su ubicación geográfica: De perder, piensa con acierto el autor, quedaría «bloqueado dentro del continente» (10) La participación peruana es de justicia, hermandad, y también, previsión – ¿Es que el fin último de Chile puede ser el Perú?– De tal forma que el empeño puesto por Rojas y Cañas en sustentar la transparencia peruana, no es el empeño por su imparcialidad, sino una forma de sostener la necesidad de su intervención.

Develado el pacto y seguro el país del Sur que nuestra nación está «desarmado en el mar y desprovisto en tierra» (10), según asegura el autor, Chile nos declara la guerra. Cuatro días después, el 6 de abril de 1879, la alianza ya es un hecho. El Perú, a partir de la tercera parte del texto, se ubica en el centro del discurso escrito.

* * *

En el cuarto y quinto bloque de *La Guerra del Pacífico*, se recorren los caminos del develamiento, la aparente contradicción, la opinión y la información. El autor establece dos correcciones a su posición; mejor aún, las complementa: Los desacuerdos económicos no son el motivo del enfrentamiento ni Bolivia es el fin último de las ambiciones chilenas.

La reivindicación de Chile sobre el desierto de Atacama no es mas que el pretexto de la guerra; las miras reales son otras y las causas tienen que buscarse y hallarse en razones de otro orden; es un golpe meditado y preparado desde muy retrospectiva data, para

¹⁹ Desde el congreso, el entonces diputado Billinghurst se opuso a la firma del tratado. «Caerá como una maldición sobre el Perú», sostuvo en el pleno nacional según la versión de Luís Durand (Madrid, 1998)

cuya ejecución Chile no ha tenido que hacer mas que utilizar la ocasión que el evento le ha proporcionado como la mas propicia. (10-11)

La ocasión. La oportunidad. En el Norte, avanza el «proyecto de la canalización del Istmo de Panamá» (11) y, por consiguiente, la centenaria importancia del puerto de Valparaíso penderá del exclusivo cordel de la trascendencia continental de la obra. A juicio de Rojas y Cañas, «ya no abastecería las marinas de guerra ni de comercio, recibiría solo una que otra visita de algún ballenero» (11) Por otro lado, «el estanco del salitre primero y la expropiación de las salitreras después (...) uniéndose al abatimiento de sus industrias» (12), sumergen al Chile de 1873 en una profunda crisis «financiera y monetaria» (12) Decepción es la palabra que se infiere del autor; desasosiego, desaliento. El gobierno de Chile monta una «guerra extranjera, para entretener a la opinión pública» ante sus propios fracasos a la cabeza de la nación. (12)

Las hostilidades al otro lado de la frontera insuflan patriotismo en los ánimos ciudadanos y postergan las diferencias internas, los problemas caseros. Una conflagración bélica aspira a unificar un país. Para Rojas y Cañas, Chile nunca dejó de mirar fuera de su territorio la posibilidad de ampliar el suyo (con Argentina, por apetitos geográficos y políticos, se «había casi engendrado un serio conflicto» 11, años antes de los enfrentamientos en el Pacífico). Mirada que va más allá del régimen de turno o la generación al mando, pues la condición austral y desértica del país incubó desde 1842 con el Decreto del 31 de octubre en que «se declaran de propiedad nacional las guaneras que existen en el departamento de Atacama y las islas o islotes adyacentes», incubó el anhelo sobre lo ajeno. Así, incorporado a la avidez histórica, en 1879 se da a un «negocio mercantil y personalísimo todos los caracteres de una cuestión política y nacional en extremo» (13) Los esfuerzos en personal, navíos, pertrechos y diplomacia que se movilizó por décadas, encuentran su coyuntura el 2 de abril de ese año con la declaratoria de guerra. Y es que, «el objetivo era la riqueza del Perú» (13)

La industria de Chile se vio afectada por «12 a 15 millones de pesos de retorno» (12) al año durante la década del setenta por decisiones políticas de Bolivia, mas decidió entrar en conflicto por «diez centavos de impuesto sobre cada quintal de salitre, que apenas monta á 108,000 pesos anuales» (12) El dinero no es el problema, fue el pretexto; según Rojas y Cañas, el pretexto que lo acercaría al Perú.

El Perú no podía tener mayor enemigo que su riqueza territorial, su clima y su situación geográfica, para haber despertado la codicia mas voraz, la ambicion mas sórdida de su perpetuo envidioso. (13).

En primer lugar, el fragmento destaca por su manejo de la prosa con la eficiencia acumulativa, la calidad en la adjetivación y el *creccendo* de las expresiones hacia un punto climático. Es destacable porque también abundan en el texto los párrafos ininteligibles, enmarañados; sobre todo cuando el autor explica movimientos económicos o razones de orden financiero para una u otra decisión política. El Perú entendido además, como una circunstancia natural: ubicación y, en consecuencia, prodigalidad de su suelo y temperatura. Ajustes del azar al fin, es del azar peruano que nace la envidia chilena.

Asoma una contradicción: Si Chile está en crisis en 1873, ¿cómo tiene la fuerza para entrar en una guerra que el primer día de 1880 está ganando contra dos naciones? Pues la respuesta es de catadura administrativa: Habrá déficit económico, pero el incremento de la escuadra marina y suministros bélicos no se ha descuidado; asimismo, el apetito de cincuenta años no se mengua por desajustes en la balanza financiera. Para Rojas y Cañas es importante establecer hasta la redundancia que la declaratoria de 1879 era un suceso inevitable, decidido desde el pasado y que, solo esperaba una fecha oportuna. Como el pasaje comprado con antelación, Chile decidió el viaje de las armas en el momento que le hacía falta una ocupación colectivista por razones de orden interno. La nación chilena es pintada otra vez, en la pluma del autor, como taimada, y pronto dirá, fraticida.

Estos dos bloques también ponen el acento en calificar las cualidades de cada nación; así, de Chile se reconoce la «calidad y patriotismo» (11) de la mayoría de sus gobernantes; también se le llama «pueblo vigoroso» (12), «educado en el trabajo» (12), «reducido, pobre, pero bien administrado» (13), donde sus «habitantes son laboriosos.» (13). Es decir, el oscurantismo de la envidia tiene la contraparte en sus virtudes para el progreso. Chile es una nación peligrosa, tan respetable como temible. La postura paternalista de Rojas y Cañas con respecto a Bolivia, se adjetiva hacia la negatividad: «incultos y desérticos.» Además, «los peruanos y los bolivianos son algo menos activos para el trabajo que los chilenos.» En los linderos del eufemismo, el autor registra la holgazanería nacional como una marca de distingo. En el orden del individuo, el enemigo nos lleva la ventaja que pierde en extensión territorial y población («casi el triple» a favor de las dos naciones unidas por el Pacto de Alianza, 13). Una lucha de hombres por un conjunto de franjas costeras, es el escenario perfecto para el agresor e invasor del sur.

La pobreza de Chile a la cual alude el autor está en el orden de los bienes naturales. Ni la tierra ni el mar ni el cielo le proveen de suficientes productos comerciables. Anclada la visión en el siglo XIX, la riqueza se mide por la fecundidad del suelo; aunque desde su ideología positivista, Rojas y Cañas detecta en la cualidad proactiva del poblador del sur, el medio para salir de la estrechez económica: “por la razón o por la fuerza”²⁰. En el enfoque de Rojas y Cañas, el apetito de Chile es territorial pues necesita la fertilidad del vecino para ejecutar sus virtudes de esfuerzo y competencia en el trabajo. El Perú tiene la geografía que se ajusta a sus aptitudes.

Bolivia, por el contrario, océano de holgazanería e incultura, «carece en lo absoluto de marina» (13) Su aporte en la defensa tiene la nulidad del error: El Perú está virtualmente solo en una guerra donde su fuerza naval no es mayor que la del enemigo y las características de su territorio, inconveniente para el rápido desplazamiento de su ejército

de «6 á 7 mil hombres» La victoria necesita de heroicidades, de individuos y decisiones extraordinarias: «Tales eran las condiciones militares de los beligerantes al principio de la guerra» (14).

* * *

En el bloque seis y siete de *La Guerra del Pacífico* se relatan los hechos de mar y tierra del conflicto, se alude a las repercusiones continentales de tanta beligerancia y se completa la imagen de la República de Chile: Taimado e insaciable, es también intrigante.

¿Qué es el conflicto armado? Para Chile «no es mas que cuestion de codicia y de estencion de territorios; mientras que para los aliados es un noble asunto de guerra defensiva, un deber sagrado de conservar la integridad nacional» (14). Ambición frente a justicia. Y así, mientras Perú y Bolivia preservan su soberanía, contestando el ataque enemigo; el invasor construye desde dentro una imagen diferente para ganar «las simpatías de la prensa extranjera»: Es el pueblo pequeño que lucha contra dos más grandes por un litoral mal demarcado. Rojas y Cañas hace notar en un par de ocasiones que la diplomacia del país sureño, informando con inexactitud, tendencioso en sus notas periodísticas, ha logrado pintar a la nación como agredida y en desventaja. Rojas y Cañas, escritor público, comprende la magnitud de esta conquista: Chile podría acaparar el apoyo de gobiernos neutrales, mientras transmite ánimo a su ciudadanía y ejército. La prensa juega un rol complementario en el conflicto, construyendo versiones patrióticas de los hechos: La verdad necesaria.

En ese orden, las verdades de Chile también son las de la intriga. Rojas y Cañas denuncia tres ejemplos de maquiavelismo, donde la redistribución del continente es producto del capricho y el apetito. Durante la defensa contra España de 1866, de lazos estrechos entre Chile y Bolivia, se propuso al gobierno de Melgarejo «un asalto inusitado

²⁰ Pienso en la máxima de las monedas chilenas.

(un malon)» para que el Perú «quedase despojado de Moquegua, Tacna y Tarapacá.» (14) Apunta también el autor que han sido «publicadas oficialmente, las insinuaciones» que formulara el gobierno chileno al plenipotenciario peruano, mediante el cual se haría de «Bolivia una Polonia americana, dividiéndola entre Chile y el Perú, las provincias argentinas y el Brasil» (14), donde alguna pérdida nacional se vería compensada con la incorporación de Guayaquil a nuestro mapa. Finalmente, trascendió a la prensa que Chile se propone comprarle Antofagasta a Bolivia, bajo la condición de una «estricta neutralidad en la guerra.» (15)

¿Son exageraciones del autor? ¿Es confiable y veraz la información que brinda? ¿No reside en sus intenciones, la razón de tan hiperbólicos ejemplos de maquinación? Para Rojas y Cañas, «el temor que abriga Chile de no poder vencer a las dos Repúblicas aliadas», por un lado; y la incertidumbre «no infundada, de que la guerra pueda prolongarse indefinidamente» (15) por otro; sirven de explicación para la actitud del invasor: intrigante, alevoso, astuto. Mas tales deducciones no resuelven el asunto de la credibilidad de sus citas. Lejos del cotejo documental de sus informaciones, sobresale la importancia que Rojas y Cañas otorga al acopio probatorio para esta idea: El propósito es desacreditar en el honor, a la nación del sur. Desarticulando el continente en el papel y la propuesta, su conducta es la del intrigante, la del alevoso, la del astuto; no de la víctima como ha llegado a proclamar la «prensa extranjera». La Guerra del Pacífico se libra con balas y en algunas esferas, con tinta. Rojas y Cañas lucha en la órbita local desde su escritorio.

Junto a la denuncia, Rojas y Cañas ejercita el calificativo: «En conformidad con las tradiciones de su origen; es decir, de una raza de hombres de grillete cruzada con los araucanos» (14), sentencia en una ocasión. Más adelante: «chilenos fieles á las doctrinas usurpadoras de sus generadores.» (15) Una impronta histórica organiza la personalidad de una nación, herederos de la mácula germinal. Si el chileno es espejo de su pasado, ¿lo será también el boliviano? ¿Cómo es el peruano? *La Guerra del Pacífico* aborda de manera

tangencial la idea del temperamento colectivo, estrechando en buena cuenta las posibilidades temáticas en un corsé: Los países serán lo que fueron. El positivismo de Rojas y Cañas, confiado en el aprendizaje y la laboriosidad como vías para el progreso —Chile está educado en el trabajo—, se supedita a las condiciones naturales de los individuos. La ignominia chilena nació con la chilenidad del coloniaje y, por ende, no hay más destino que la perpetuación de la postura ruin en sus conductas. La ociosidad del peruano entonces, será una extravagancia que prosigue en el presente y se eterniza para el futuro. Las condiciones personales —patrimonio generalizable a una casta— como una plataforma para el hacer, donde el empeño o el esfuerzo se ajustan a las capacidades particulares puestas en juego. Y esta medida, a escala nacional.

En torno a la repercusión continental, Rojas y Cañas sostiene que «para la América española es una guerra de principios, en la cual se halla empeñado el equilibrio Sudamericano, cuya perturbación puede afectar muchos intereses» (14). El conflicto tiene su epicentro en el litoral del Pacífico, pero con su onda expansiva supera las fronteras ambiguas de los tres países en disputa. La visión del autor deja entrever una preocupación mayor y a la vez, moderna: Las naciones dependen indisolublemente de las otras, no solo en el plano de la imagen mediática o la intervención diplomática en el reparto de uno u otro territorio, la dependencia es de orden geopolítico y social. La tranquilidad es una aspiración supranacional y supranacional debe ser la preocupación frente a la alteración de la paz. Por supuesto, «los intereses» de catadura económica o territorial deben medirse en un orden internacional, para asumir las ramificaciones del enfrentamiento bélico. Piensa —si cabe, tendenciosamente—, preocupado por el avance chileno sobre las costas peruanas; piensa, imagina al continente como una aldea global donde el todo precisa de la parte y la parte explica la totalidad.

Los sucesos de la guerra son narrados por Rojas y Cañas con la emoción del novelista, virtuoso en la pintura de los lances marítimos, tan virtuoso como orgulloso

incluso en la derrota. Sobre los sucesos en tierra, su posición es la del reproche: los altos mandos no estuvieron a la altura de sus soldados, vencidos por sus propias carencias antes que por el enemigo.

La Guerra del Pacífico inicia el relato de los hechos de armas con una opinión inusitada: «meditados desde tiempo atrás, [Chile] se lanzó á ciegas sin curarse de su poco militarizada y reducida poblacion, ni tomar en cuenta la limitacion de sus recursos» (14) Inusitada, en tanto las carestías económicas y de pertrechos bélicos eran más patentes del lado peruano como no dejaría de resaltar al definir el heroísmo nacional de batallar a pesar de las grandes necesidades. Contradiciéndose así mismo, aspira a puntualizar la imprudencia del agresor junto a los riesgos que entraña su ligereza. La contradicción de Rojas y Cañas, notoria en varias ocasiones, no es estrategia discursiva ni táctica de persuasión textual, es el simple lastre de un pensamiento que enreda las razones en el camino de su argumentación. Una reincidencia que robustece su característica de escritor.

La conflagración marítima para Rojas y Cañas se sintetiza en la gesta del monitor Huáscar y la figura del héroe Miguel Grau. Las naves chilenas atacan puertos desarmados, destrozan trenes donde viajan madres y niños, se ceban en aniquilar a los náufragos nacionales en altamar; mientras tanto el Almirante peruano y sus subordinados «se esforzaban por salvar á la tripulacion chilena de la sumergida “Esmeralda”» (17) La riqueza del anecdotario en torno al prohombre del Combate de Angamos, que ha nutrido la historiografía con la carta a la viuda de Pratt y sus gestos de caballeridad en el conflicto, también asoma en *La Guerra del Pacífico*. Un puñado de meses después de los sucesos, el rumor feliz en torno al ser humano con humanidad entre pólvora y sangre, hincha el pecho de orgullo en el autor. Rojas y Cañas deja el documento para ser el cronista de su tiempo. Ha escuchado, le han relatado los detalles. Escribe, con la emoción del honor. Si la guerra es por justicia y dignidad, Miguel Grau es su metáfora.

La retórica del discurso bélico y la expansión en el halago, condimentan la narración de hechos que realiza Rojas y Cañas:

Grau bombardeó, con su débil nave de dos cañones, los fuertes de Antofagasta, hostilizó los puertos chilenos sin dirigir disparos sobre la propiedad privada, respetó á los paisanos y gente inerme, echó á pique buques y anchas, se batió impertérrito sin contar con la fuerza enemiga, capturó el transporte «Rimac» que llevaba un regimiento completo de caballería, acto que causó la desesperacion de Almirante Rebolledo, haciéndole descender entre los mismos suyos, hasta las regiones de la ineptitud y de la nulidad; puso en crisis á todo un Ministerio, sublevó la indignación del pueblo de Santiago contra el Gobierno que la calmó á balazos; infundió el pánico en toda la costa chilena y últimamente, este insigne marino peruano, hizo enmudecer á la prensa chilena, poco ántes la mas belicosa y enconada, puesto que ya se ejercitaba en formular terribles cargos contra su propio Gobierno, acusándole de haber promovido una guerra injusta, no por defender el honor chileno, sino por ceder á especulaciones y cálculos mercantiles, despues de haber creado un pretexto fútil para aquella. (17)

Es decir, el héroe en sumo grado: Respetado a ambos lados de la frontera, es el hombre que sintetiza la ecuanimidad de las causas, el que abre los ojos del intransigente con sus acciones de excepción, el individuo que necesita cualquier patria.

El destino del héroe suele ser la muerte, pues el deceso lo convierte en leyenda; empero, las marcas de heroicidad están en la cordura de sus decisiones junto a la obediencia de las órdenes superiores, es decir, en su calidad de ejemplo. El final toca a Miguel Grau porque es forzado a ir más allá de las limitaciones materiales de su embarcación: Directiva equivocada del gobierno para la gloria del recuerdo («incapacidad de un ignorante é infatuado mandatario del Perú» 17). Además, mediante una «celada páfida» (17) del enemigo. La hazaña en los mares del Sur que la historia llamará Combate de Angamos, colocando nombre a lo que ya existe, individualizando el acontecimiento, es «hazaña que irradia tan esplendente aureola de gloria sobre esos paladines peruanos que ni el espíritu de antagonismo, ni la envidia, ni la calumnia misma podrán amenguar ni dejarla en opacidad,

porque el mundo protestaría contra tan flagrante injusticia». Gloria, paladines, mundo protestando, adjetivación estrafalaria al oído contemporáneo: La escritura en honor a la memoria

Rojas y Cañas es un escritor, no un historiador con veracidades de cotejo; un escritor en tanto prefiere decir que probar, emocionarse a razonar con prudencia, conmover en vez de establecer. Cuando escribe: «cuatro comandantes que prefirieron volar en átomos por la metralla enemiga antes que ver profanado el puente de su buque por la planta de sus múltiples enemigos» (18), no está contando solamente que cuatro hombres murieron en la defensa antes de contemplar la invasión de su navío; su lenguaje connotativo dota de una carga divina a la acción como si fuera un gesto de las Alturas tamaña entrega por la patria; focaliza la escena en los pasos del invasor sobre la cubierta de la embarcación; e, incluso, me animo a sostener que elige la ambigüedad numérica en la investida chilena para estimular la imaginación libertaria del lector. Rojas y Cañas en algunos pasajes de *La Guerra del Pacífico*, en especial los narrativos, es un literato de oficio con la plena intención de demostrarlo.

Así como en el relato de los enfrentamientos marítimos, Rojas y Cañas resalta al individuo sobre la descripción de las batallas que no ha visto y que, por la cercanía temporal a los hechos, estarían pobremente documentadas; para los conflictos en tierra centra la mirada en dos personajes y la soldadesca, estableciendo antagonismos de valor.

La resistencia de Pisagua, que duró siete horas y enfrentó a mil aliados contra un ejército de diez mil chilenos según el texto, no habría sido tan perjudicial como para terminar en retirada, si la dirección hubiera recaído en «un general menos atolondrado y pueril que Buendía; porque, con toda seguridad, un patriota algo inteligente, y aun sin el rango de general, al avistar veinte bajeles enemigos, habría llamado al punto todas las divisiones de su jurisdicción, las mismas que iban llegando sucesivamente para rechazar el

asalto» (20) Por su parte, el presidente boliviano Daza regresó con los suyos desde Camarones cuando estaba en posibilidad de hacerle frente al invasor, regresó desde Camarones y no volvió a salir de Tacna. Rojas y Cañas se pregunta si es «cobardía, ruindad o incompetencia», pues el mandatario del país altoandino estampaba con su acción una «página bochornosa en la vida militar» (20) de su patria. A juicio del autor, Daza eligió conservar intacta su tropa a arriesgarla en el campo de batalla porque ese contingente lo mantenía en el poder. Entonces, en *La Guerra del Pacífico* se plantea el tema de la responsabilidad al encabezar hechos de armas. Los dos personajes cargan sobre sus hombros la deuda nacional con la gesta y, sobre todo, el peso de los muertos por sus decisiones erradas, conjuradas desde la óptica de la conveniencia personal, muy probablemente. Un enfrentamiento bélico, descubre para con el lector Ramón Rojas y Cañas, aglutina héroes, cobardes y calculadores. Los primeros enaltecen el espíritu, los otros pueden aniquilar las esperanzas. En su discurso, el reproche y la crítica parecen un alegato: Se precisa que los altos mandos practiquen la misma bizarría de los subordinados y demuestren la entereza solidaria del ciudadano. El reproche y la crítica del autor, si bien se hace desde dentro en una contienda que se acerca a la derrota, toma el tono impersonal de la evaluación desfavorable. Por estrategia, Rojas y Cañas se distancia de su nacionalidad para exigir una entereza completa a la hora de enfrentar la tragedia de la guerra. No amonesta desde la herida, sino sobre la plataforma de la contemplación rumoreada de los hechos.

En la retirada, «muchos soldados se batieron casi desnudos, y muchísimos con un ayuno de dos días» (21), protegiendo los territorios a pesar de la orden que los conminaba a huir. La desventajosa posición para la lucha fue resultado de las decisiones de personajes como Daza y Buendía. Así, Rojas y Cañas, acuña «la famosa frase histórica *nuestros soldados fueron leones mandados por siervos*» (21); pues si el ejército chileno atacó con artillería, caballería e infantería; los aliados, desorganizados en sus filas, patriotas y

valientes, eran un conjunto «derrotado, desnudo, descalzo, desasistido, en todo sentido, y mal dirigido» (21) que honró el pacto de alianza con su entrega. A medio camino entre la victoria moral en Tarapacá y la derrota bélica en la mayoría de enfrentamientos, el destino parece aciago.

El Perú y Bolivia están hoy, mas que nunca á merced del vencedor (21)

* * *

La Guerra del Pacífico de Ramón Rojas y Cañas es un texto que narra, informa, documenta, recuenta, infiere, falsea, proyecta, describe; pero ante todo, tiene como mira establecer la idea fuerza: El conflicto debe continuar hasta la victoria o la ruina, donde no cabe la firma de paz ni la retirada. El autor lo expone en el octavo bloque con los siguientes términos: «conseguir la destrucción del enemigo ó la propia» (25) Entre la dignidad y la necesidad, la sangre de los peruanos muertos sigue irrigando las costas sometidas por el enemigo, la sombra de la derrota se aloja en los ánimos de la ciudadanía. «Se bloquean puertos, se pierden batallas y escuadras, se hunden buques, se pierden escuadrones, divisiones y hasta ejércitos, provincias, ciudades y si es preciso aun la capital misma»; pero el gobierno seguirá luchado «donde quiera que le quede una hectárea de territorio desde el cual pueda continuar» (24)²¹.

La defensa de los territorios peruanos debe «quedar irrevocable»; pues son «el legado de su independencia, cuanto porque representan una necesidad vital de su existencia

²¹ En setiembre de 1880, desembarcó en la costa norte del Perú el general chileno Patricio Lynch con tres mil hombres a su mando y con el encargo de saquear las plantaciones azucareras. Con esto, para Peter Klaren «su objetivo era conseguir fondos, privar al Perú de divisas extranjeras y *obligarle a pedir la paz*» (p.239. El énfasis es mío) El debate en torno a la firma de paz que Rojas y Cañas hace suyo inclinándose hacia la negativa, parece una preocupación constante entre los países en disputa, ya desde un orden comercial como político y con el gobierno chileno decidido en pactarla para anexarse territorios. De esta forma, la disyuntiva se extiende hasta el gobierno fantoche de Francisco García Calderón en 1881, quien fue instituido en el cargo por los invasores a falta de un gobernante en Lima, pues el dictador Nicolás de Piérola había marchado al ande central para organizar la defensa (poco tiempo después se retiraría a Europa). García Calderón fue ratificado por el Congreso, pero no así sus potestades para negociar un acuerdo de paz al prohibírsele la

política y el *sine qua non* de su soberanía» (26). Es una nueva lucha por la emancipación, se anima a postular el texto. Así, la guerra se justifica en el decurso histórico y la propiedad. Sin embargo, para Rojas y Cañas tiene mayores implicancias: «es de donde el Universo entero ha sacado sus maestras enseñanzas; ella es la escuela de los supremos sufrimientos, de las mas patrióticas virtudes. Solo de la guerra puede brotar, cual de santa semilla, la moralidad, la economía y levantarse majestuoso un porvenir próspero» (27). Por el contrario, la paz «produce opulencia, generadora del egoismo y del orgullo» (26), origen de lo negativo. De formulación tendenciosa y fraudulenta en su carácter conjetural, el autor insiste en asegurar que las armas levantadas dan no solo el camino honroso, sino también el único sensato en el orden práctico. El pacto de alianza entre Perú y Bolivia hace imposible cualquier abdicación, ya que una parte de los territorios quedarían para el invasor, otros pasarían a formar parte del país abandonado, a manera de compensación: los «despojos quedarían repartidos» (26). Al margen del talante de las razones, de su endeble fortaleza o vigorosa postura, la conclusión categórica es pelear. Entonces, la idea liquida sus pruebas, contraviniendo el precepto lógico de una argumentación, impregnándole al discurso el dogmatismo de la subjetividad.

Existe una Épica del tremendismo en la posición de Rojas y Cañas, una estrategia de virtud suicida, pues la guerra es un juego de exterminio que se inicia hasta terminar.

Se conoce como Tremendismo a una corriente estética que desarrollaron escritores y artistas plásticos en España durante el siglo XX. Siguiendo la lógica semántica del vocablo, esta corriente se caracterizó por un realismo exagerado. Por otro lado, entiendo la épica como la narración de sucesos heroicos que muchas veces son próximos en el tiempo al público que los escucha o lee, recibiendo a partir del relato formas de vida y creencias que debieran serles afines. Extrapolando los términos y antes, superando anacronismos

cesión del sur peruano en una postura nacionalista que coincide con los intereses financieros de la elite mercantil sobre Tarapacá.

conceptuales, la Épica del tremendismo implica una narrativa que, al relatar hechos civiles y de armas contemporáneos para sus lectores, exagera las situaciones, ya positivas, ya negativas, hasta postular la tragedia como vía natural para la nación.

Y así, la paz es un contrasentido luego de las naves hundidas y los territorios invadidos, una aspiración inadmisible. Chile puede considerarla por debilidad o prevención, por torpeza si cabe; nunca los aliados. Para ellos no hay otro rol que luchar por la defensa. El discurso del autor hace hincapié en la clase política y el nuevo gobierno en especial²², en tanto los apetitos de poder o el resguardo del capital podría llevarlos a pactar el cese de las hostilidades. Entre las monarquías, el pretexto está en «economizar mayores perjuicios á sus súbditos; pero esencialmente por temor de perder su corona ó sus estados» (24); para el caso peruano, la vacilación se reserva para el desenlace a favor o en contra, de ninguna manera para el recorrido: el pueblo en la voz del autor, reclama el compromiso con el patriotismo. La paz entonces, no es solo un contrasentido, es un acto indigno.

Cada individuo no es un soldado aunque Rojas y Cañas precise con insistencia que la población peruana excede por mucho a la chilena; sin embargo, cada individuo es una ambición. *La Guerra del Pacífico* cree sintonizar con esa ambición al proponer primero y exigir después, un enfrentamiento sin final. Existe una Épica del tremendismo cuando el autor considera que la dignidad reside de pareja forma en el triunfo –con un saldo de sangre, de muerte– y en el desastre. Al país hay que «conducirlo á la victoria ó precipitarlo entre los escombros de una ruina tan gloriosa como la de Numancia.» (24) Extremo, su patriotismo es un ideal. Por tanto, de idealidades se nutre su convicción. Y la idealidad, no es la realidad.

²² Nicolás de Piérola se proclamó dictador del Perú luego del golpe de Estado al gobierno de Prado, quien se encontraba en el extranjero con la intención de comprar armamento. Según Klaren es «la inexplicable decisión de abandonar el país en secreto el 18 de diciembre de 1879» (p.239). Fue derrocado en ausencia.

Al margen de la hipérbole que desacredita y del fervor nacional por generar un entusiasmo elevado sobre la postración ciudadana ante las batallas perdidas, que Rojas y Cañas sostenga que «el Perú es el país del patriotismo por excelencia» (22), explicita un deseo, no es una comprobación. El autor llega a producir las conclusiones sin elaborar el procedimiento ni acumular todas las pruebas. Lo hizo así en su etapa costumbrista, se cebó en el método cuando se improvisó de libelista, continúa en las maneras como si fuera la tinta de su pluma. Falsificando las cualidades nobles del peruano, construye para sus lectores una imagen positiva del país. Si la guerra ha de continuar con resultados infaustos, dolor y pérdidas, mejor será acometerla con una exageración que unifica a librarla con una verdad que inmoviliza.

Rojas y Cañas exagera y miente en su texto al explayarse sobre las riquezas «que parecen inagotables» (22), «las sumas fabulosas» (22), «los vastos recursos de Perú y Bolivia» (24), indicando cifras inexactas y préstamos potenciales. Como el jovenzuelo que falsea no para engañar a los otros sino para creer en sus propias patrañas, inventándose a fuerza una versión alternativa de la vida, el autor anhela. Los sucesos pueden desbarrancarse hacia la derrota y tal vez, la capital caiga en manos enemigas, la muerte seguiría galopando sobre el litoral, las fronteras han de mudarse y el universo de lo peruano —¿de lo limeño?— se trastocará para siempre. El temor palpita, humano al fin, en los tramos finales de *La Guerra del Pacífico*. El autor se aleja del documento y la narración, para escribir desde el corazón.

Quiero creer que no hay huachafería en Ernesto Sabato al sostener que una gran ficción “no se construye únicamente con las razones de la cabeza, sino también con las incomprensibles y contradictorias verdades del corazón”²³. De igual modo, el palpito del testigo inunda al autor en la hibridez verista de su texto. Ya con emoción había reportado la colecta pública de la ciudadanía con miras a comprar un nuevo blindado para el cual se

reserva «el nombre venerable del ALMIRANTE GRAU» (18); con entusiasmo precisa las donaciones que hacen al gobierno los vecinos de Lima para sostener los gastos de la guerra; frenesí, conmoción, cuando escribe sobre la duración que podría tener el conflicto «y las consecuencias que podrán desprenderse.» *La Guerra del Pacífico* congrega las páginas de un hombre, mayor del ejército y diplomático de ocasión, que reclama una lucha en la nobleza aunque el costo de las pérdidas tenga el tamaño de la desgracia; un hombre que en su pasión también toma responsabilidad contrariada sobre la terrible situación que propugna. Exige el sendero de la sangre y por lo tanto, es de la misma sangre que recela. En *La Guerra del Pacífico* no hay más ficción que algunas inexactitudes, mentiras funcionales; el conjunto tiene la veracidad de lo trágico, lo trágico e ineludible. Y desde ese foso, Rojas y Cañas se contradice en su propuesta beligerante y su ilusión por la victoria o el cese de las hostilidades sin acuerdo de paz, se contradice porque su palabra nace de la incertidumbre que teme. Sin afanes de profeta, entiende que el mañana puede tardar demasiado en llegar.

Si en el conflicto «el dilema es de hierro» (27), Rojas y Cañas lo explica a menudo como un asunto casero. En *La Guerra del Pacífico* se trabaja una estrategia de analogías en el plano del discurso: La nación invadida es un individuo que se defiende. Acercando al lector una imagen de mayor comprensibilidad, el texto entrelaza lo global con lo personal. Por ejemplo, habla del «instinto de conservación» (27) como si el Perú fuera un ser vivo, y de ese instinto nacerá la resistencia. Que un país se evalúe en el plano de lo familiar o lo individual, como si una incursión al jardín privado fuera lo mismo que una usurpación fronteriza, es errado pero no por eso, desdeñable. Rojas y Cañas escribe para un lector sin pergaminos al cual ha de exaltar, motivando su fervor por la patria. Y bajo ese objetivo, la presentación de situaciones análogas cumple el rol de la persuasión. Al final, de la identificación. Un público que se identifica con la causa privada, puede hacerlo por la gesta colectiva si las palabras convergen en el diapason de su interés. *La Guerra del Pacífico*

²³ En *El escritor y sus fantasmas*. Madrid: Aguilar.

tiene del panfleto su afán propagandístico, promoviendo la unidad de fuerza contra el enemigo.

* * *

Si Chile es un fraticida, «el fraticidio es un crimen tal que no puede quedar impune» (27). Si Bolivia cae en lo medroso al retroceder, al no atacar, si renuncia al pacto de alianza defensiva, cometería una «aberracion de la moral, seria un acto de tan repugnante linaje» (25) contra su «noble y valiente aliado que vierte con profusion su sangre y sus caudales» (25). El conflicto bélico es un tránsito complejo de opciones y opiniones. En los bloques noveno y décimo de *La Guerra del Pacífico* se anuncia que durará «cinco, diez ó mas años. Acaso tambien se hará secular» (28) porque de un «modo pacífico, legal» no flameará la bandera enemiga en los territorios invadidos. Fraticida es el país del Sur al resquebrajar la hermandad continental con sus apetencias; es vacilante la nación altoandina cada vez que su Presidente avanza y retrocede en los campos de batalla; pero el Perú, en su nobleza y valentía, ¿qué responsabilidades tiene en el conflicto?

Durante todo el texto se ha delineado al Perú como un país honrado, que cumple sus compromisos, que defiende con justicia sus posesiones, que apuesta por la razón en las contiendas antes de intervenir con la fuerza, que tiene una historia de transparente decencia aunque dirigentes inoperantes, que está poblado por individuos a menudo holgazanes pero sobre todo dignos y valerosos; una nación que se entrega hasta la muerte por la libertad y la soberanía. Inmaculado, el Perú de Rojas y Cañas tutelado por el «Gobierno de Lima» (20) es ejemplar; ejemplar hasta ser «el país del patriotismo por excelencia» (22) Así, la imagen que el autor construye de su patria podría debilitar la postura que subyace a *La Guerra del Pacífico*. Sin mácula, sin defectos, víctima de la envidia foránea, el conflicto armado expone sus virtudes a la ruindad de lo extranjero; y, por tanto, el halago sin ecuanimidad y la exuberancia en la hipérbole laudatoria, trafican con la objetividad que la argumentación

ya contrahecha, necesita. La alabanza que exagera es insulto, señala un viejo refrán español; sin embargo, el autor no extrema el encomio por burla sino por indigencia. La moral, debilitada por las derrotas de 1879, precisa incluso de falsías a medias para reconfigurar el espíritu para lo que resta del conflicto. La amplificación cumple una función global por encima de su error, adornando el discurso con oportunos fallos de juicio y memoria. Si hay quienes luchan con las armas a miles de kilómetros de la capital, su función es hacerlo con las palabras para inducir al compatriota a pelear desde la confianza en el pasado glorioso y el presente intachable. La victoria habría de ser una consecuencia histórica. De tal forma que, si bien en un balance de calificativos sobre las tres naciones, la postura sobre el Perú llevaría a no tomar en serio tanta probidad; la ficción tiene en su escala totalizante las magnitudes de su fuerza: Desproporcionada, se impone como el telón de fondo teatral para la orquestación de lo demás. Las resultantes inmediatas, las consecuencias del conflicto, las implicancias continentales, se justiprecian a partir de la magnanimidad del agredido.

¿Entonces, qué gana Chile con la guerra? O, en palabras de Rojas y Cañas «¿Cuáles serán *á posteriori*, las ventajas que á Chile habrá de reportarle su triunfo?» (28) En resumidas cuentas, el «ódio inveterado» (29) de los vencidos y «ante el continente una gravísima responsabilidad» (28)

La guerra es para las tres naciones la «mayor desgracia» (28), la «calamidad mas espantosa!» (31) de sus vidas republicanas. Y Rojas y Cañas lo lamenta; íntimamente, lo lamenta. Si bien impulsó durante muchas páginas la lucha sin descanso como también la negativa a cualquier firma de paz, su posición en el último bloque del texto es inspirada por la conciencia de la ruina colectiva. Sobre el temor, la certeza de lo infausto. No solo es un hombre que se alarma, es un individuo que comprende en voz alta las hondas implicancias de cada discrepancia, cada batalla, cada combate, cada gloria y derrota, cada incursión e

invasión, cada una de las muertes y, ante todo, las enmarañadas secuelas del final de la guerra para el destino de la región.

En ese orden de cosas y vislumbrando el potencial triunfo chileno, especifica las consecuencias. Para Rojas y Cañas, el invasor podrá anexarse nuevos territorios, acumular la riqueza del nuevo suelo, ampliar su geografía y liderar la zona austral del continente; pero cada una de estas resultantes no son el último escaño de su reflexión, cada una es solo un umbral de pensamiento. Su visión va más allá y es por entero negativa sobre lo favorable, una «¡decepción amarga!» (28): La victoria como un absurdo. Así, Chile ha de padecer:

- a. «La pérdida de la tranquilidad».
- b. «El demonio de la anarquía», luego de habituar a su pueblo en la beligerancia.
- c. Que la derrota sobre los aliados, reestablecerá «lo que derrumbó en 1838, dejando así constituida la Confederación Perú-Boliviana».
- d. La desaparición en el plano bilateral de «relaciones sinceras».
- e. Las improvisadas fortunas a raíz de los territorios conquistados, que «desnivelan las sociedades, despiertan la ambición, escitan la envidia y corrompen a las clases medias que llegan a avergonzarse del trabajo».
- f. «El sacrificio de vidas que tanto influyen sobre la población de los países nuevos, sin tomar en cuenta las demás causas de ruina que deja tras de sí la guerra y que solo los años pueden conseguir reparar».

Además, el planteamiento se complementa con la visión que proyecta Rojas y Cañas para el futuro de América Latina:

- a. Las naciones «tendrán que erigir fortalezas, formar arsenales bien provistos de elementos de guerra.»

- b. «Mantener escuadras en pie de guerra, las cuales deberán reformarse y armarse conforme á las modificaciones y descubrimientos que el progreso introduzca en las grandes potencias»
- c. «Añadir ejércitos que exigirán, como conveniencia, el servicio obligatorio»
- d. «Aumentar considerablemente los presupuestos» para el armamentismo.
- e. El perjuicio de la industria, pues el trabajo se centrará en el «manejo de las armas»

Es decir, un universo continental militarizado. En *La Guerra del Pacífico*, el destino de América del Sur es muy diferente a su germen. Si con la independencia y luego de ella, las repúblicas se han mantenido alejadas de las «tempestuosas pasiones que han agitado y ensangrentado á las naciones del viejo continente» (30), el conflicto con Chile estaría derrumbando la solidaridad de los «países hermanos» (29). A raíz del texto se puede entrever que el resto de naciones espectan con simpatía alguna posición y pronto la rechazan o se inclinan hacia la neutralidad, según los vaivenes de la diplomacia y las noticias; involucrándose con tanto interés como estupefacción. Excediendo las fronteras en disputa, la preocupación por el transcurrir de los hechos toca a los gobiernos de la región. Sin embargo, la especulación de Rojas y Cañas alcanza el otro lado del Atlántico con miras a establecer una analogía de lo lamentable. Advierte que se está cayendo «en las mismas luchas que en Europa, donde se absorben la sangre y la riqueza con el único designio de disputarse la preponderancia; manteniendo para tan siniestro objeto, numerosos ejércitos, cuyos gastos dispendiosos, contribuyen a la ruina» (30).

Veinte años después, el uruguayo José Enrique Rodó llamaría la atención sobre las virtudes de Estados Unidos; pero sobre todo, alzaría su voz por la voracidad imperialista que guía su capitalismo enfermo. Es el Calibán para una América Latina todavía pura como Ariel. Rojas y Cañas encuentra pareja disyuntiva frente a Europa. El conflicto fraticida (países «de un origen comun, de una misma historia, religion, costumbres y lenguaje» 29-

30) relaciona al nuevo continente con el viejo en sus cualidades más nefastas, en el camino del terror, la desconfianza y la aflicción.

Entonces, de *La Guerra del Pacífico* se infiere un perfil fraterno de América Latina antes del conflicto; ejemplar. A diferencia de otras latitudes, era el territorio del apoyo colectivo sobre la pobreza mediana, un lugar oportunidades humanizadas. El riesgo que instalan las beligerancias entre los aliados y Chile es de un orden también espiritual: Podría perderse la moral inclusiva de su origen. Sin embargo, la historia con su autoridad y los propios juicios del autor en diversos textos que hablan con recelo del Perú que late fuera de la capital, imponen una revisión de su postura. En el pasado, escribía sobre el «país Lima». Su prosa se detiene a narrar los hechos del litoral donde el enemigo acomete con sus apetitos; pero la pintura no abarca la totalidad del territorio. No parecen existir en su raciocinio más ciudades que las tiranizadas y la de residencia. La lucha la emprenden por años, por centurias los peruanos, sean quienes sean. Los peruanos de Rojas y Cañas son un nombre sobre una procedencia regional. Un término que incluye de manera tan general a pobladores de credos, idiomas y niveles distintos, que deviene en confusa su capacidad de abarcamiento. Más preciso, para Rojas y Cañas la hermandad entre las naciones se sostiene en la comunidad lingüística, religiosa y adámica; además de los hábitos que comparten. Su enfoque no sobrepasa la cordillera ni la montaña pues la lengua es española, la fe católica y las costumbres de la urbe. El umbral civilizado se circunscribe fundamentalmente a lo heredad hispánica.

Nuestra América, como le llamaría José Martí²⁴, es el conglomerado de lo homogéneo que se une con puentes culturales de ciudad en ciudad capital. Los gobiernos, como «el gobierno de Lima» aunque debiera precisar que el régimen es de alcance

²⁴ A propósito, «La Conferencia de Washington» del 18 de abril de 1890 recogido en *Nuestra América* (La Habana, 1963), es un famoso artículo de José Martí donde el patriarca desliza opiniones sobre las tres naciones que se enfrentaron en la Guerra del Pacífico un quinquenio atrás: Chile es «pueblo de la guerra»,

nacional, laboran para países que en la práctica son más restringidos que el área constitucional. Sus fronteras legales no son las mismas que las fronteras de la oportunidad ciudadana. Rojas y Cañas establece su universo sobre lo que le es próximo; así, su discurso armoniza el continente de lo similar, dejando fuera, excluyendo la diferencia, y en oposición a una Europa de conflictiva heterogeneidad. Su idealidad para el hemisferio tiene el contrariado poder de establecer un contraste que enaltece la miopía sobre lo nacional.

* * *

En *La Guerra del Pacífico* no solo se describe e interpreta a las tres naciones en conflicto y se realiza un cotejo con el continente europeo; además se alude a la presencia china en el Perú y se censura la ingerencia inglesa en el conflicto. Los primeros como prueba de una particularidad, pues «la copiosa importación de asiáticos» (18) para la labor agrícola denuncia la holgazanería del costeño. La mano de obra con trato de esclavo, deshumanizadora, es negativamente modélica dentro del discurso de Rojas y Cañas en contraste con otras naciones que apuestan por el trabajo como vehículo fundamental del desarrollo. Que la contratación de empleados al otro lado del mundo, una línea en el texto, sea el prototipo de una característica generalizada con inexactitud²⁵, revela otra vez un razonamiento socavado: Frente a hipótesis y tesis, el autor se inclina por opinar. El peruano como una persona floja corresponde a un imaginario colectivo, al igual que los atributos nocivos del indio y el negro durante el coloniaje. La impuntualidad extendida o la “criollada” capitalina tiene en el imaginario un soporte y una perpetuación, caldo de cultivo para el estereotipo que indetermina al individuo. El peruano holgazán es una percepción

«codicioso, impetuoso, arrogante», que no ha padecido el conflicto sino que se lo ha «impuesto a otros»; Bolivia es «temeroso y silente»; el Perú es un país «digno.»

²⁵ Para Manuel González Prada, que no se limitó a referir una colecta para continuar con la guerra sino que brindó el Discurso en el Politeama de 1888 a fin de iniciar la recaudación nacional para la recuperación de Tacna y de Arica; el indígena peruano es ebrio y disipado («Si el indio aprovechara en rifles y cápsulas todo el dinero que desperdicia en alcohol y fiestas» Lima, 1986. Vol. 3; p. 209.) El grueso de sus compatriotas, generalizado.

que si bien fundada, plausible incluso, se encuentra fallidamente alimentada por un ejemplo de concomitancias comerciales. Corolario de su reflexión, justifica el proceso y no al revés.

La llegada de los asiáticos al Perú tiene su motivación en el agro. Los chinos no son traídos a costas tan lejanas para trabajos mineros o salitreros; sino para ocuparse de recursos renovables. A criterio de Rojas y Cañas, la lucha que inicia Chile tiene su más grande despropósito en que, si bien precisa de mayores territorios para fortalecer su señorío, los territorios que ambiciona son valiosos por sus frutos extinguidos. Cuando el estudioso Roberto Querejazu Calvo titula a su libro —quizá el más sobrio y respetado sobre la Guerra del Pacífico de autor boliviano— *Guano, salitre, sangre*, deja constancia de las voracidades internacionales y la secuela. Un conflicto sobre la sinrazón, pues el fertilizante natural pronto será desplazado por el producto industrial, los minerales condicionan sus precios al rigor del mercado; pero los muertos son los muertos, el dolor. En la visión de Rojas y Cañas, la conflagración deja una evidencia palmaria sobre una concepción moderna de la economía frente a los cánones antiguos. La primera sostenida en la fe por el trabajo y la segunda, en los bienes naturales. Por eso, a su juicio, el país del Sur emprende una conflagración contradictoria, cuando es del empleo que nace su riqueza. Observa la actitud del invasor como un retroceso en su desarrollo y por tanto, la victoria potencial como el umbral de su ruina.

Si bien en ocasiones el autor se ha ufano en decir que el Perú es poderoso por tal o cual recurso de su suelo, apuntando el número de habitantes y lo dilatado de su territorio además de las ventajas climáticas e incluso de ubicación; *La Guerra del Pacífico* concluye —ya sea por necesidad argumentativa o desesperación asertiva— calificando al esfuerzo personal como el atributo de calidad para una nación. La voluntad como la llave del progreso. De esta forma, atropellando sus pendulares posturas al correr de las páginas, Rojas y Cañas que generaliza, que falsea, que es costumbrista en su mirada colectivista, a veces conservador en su ideología y positivista en sus observaciones; también es moderno.

Contradictorio, múltiple, el escritor cumple con su época, reportando para el presente y proyectando el organigrama del futuro. La palabra sin anclaje de tiempo para un texto que escapa del suyo a pesar de la urgente referencialidad que lo motiva.

En cuanto a los ingleses, Rojas y Cañas no se anda con ambages:

¿Cuándo pues, ni a quien se le ha oído pronunciar una palabra de paz ni en el Perú ni en Bolivia? Una sola voz, exótica, anti-peruana, se levantó temblorosa y fue sofocada ántes de ser oída distintamente. Fue el acento de un periódico inglés en el Callao, fundado por los ingleses, inspirado por los ingleses que transmiten sus órdenes al redactor, subvencionado por los ingleses y el mismo que, como los ingleses sus patrones, no conocen el país, ni la índole de sus habitantes, ni sus recursos, ni su política; pero que es el órgano de los espías y de los auxiliares de los chilenos sus asociados en el salitre, etc..... Y esto solo es bastante para evitarse comentarios.

(25)

La voz inglesa, «anti-peruana», tiene en 1879 la nitidez de lo desnudo. Asociados comercialmente a Chile en los quinquenios pasados, la corona británica parece brindar durante la guerra su respaldo para la invasión. Rojas y Cañas no conjetura en este párrafo, syndica lo intuido por la población. Da por sentado que su lector, su compatriota, comprende la violenta implicancia de este patrocinio belicista. Sin embargo, no exagera el tono ya que elude afirmar que los aliados se enfrentan contra un enemigo y el poder tras las sombras que lo financia o que el conflicto tiene tentáculos al otro lado del Atlántico, sencillamente se indigna por la ignorancia lenguaraz del cómplice en su publicación inadmisible. La estrategia aquí es callar para proclamar. A diferencia de otros fragmentos donde el autor redunda en opiniones o explicita con reiteración su postura e, incluso, detalla con profusión un hecho; cuando se ocupa de los ingleses ejerce un discernimiento efectivo por la economía informativa en molde retórico. Activando el gentilicio en un ritmo anafórico que abona nociones hacia una finalidad, su mira está en propiciar la afirmación concluyente fuera del texto: El tasación de Inglaterra la establece el guiado lector; en su

discernimiento y conocimiento a una vez, reside la significación. *La Guerra del Pacífico* también se lee entre líneas, y sin ellas.

* * *

En el último bloque del texto cobran importancia las consecuencias que Chile habrá de sortear si gana el conflicto. Fuera de ser un listado de proyecciones negativas, la enumeración de Rojas y Cañas es sobre todo el testamento de sus antagonismos. Versado en el contraste de pinturas costumbristas, donde lo íntimo se enfrenta a lo público y lo capitalino a lo provinciano como lo peruano a lo extranjero, vislumbrando en las conductas lo malo sobre lo bueno sin crisoles grises en su observación; al evaluar al país del sur, instituye una disyuntiva entre el destino dentro de sus fronteras y fuera del territorio. La guerra incubaría en la nación la desigualdad económica y la desconfianza entre compatriotas, desgarrando el tejido social con individuos poderosos frente a ciudadanos desvalidos; un pueblo dividido por las ventajas del salitre y el guano. Por otro lado, con la victoria se cocinaría la unión de los vencidos y su rencor. Franja austral, sus límites lo separan –no lo unen– de Argentina, Bolivia y Perú, y con ninguno mantendrá relaciones de cordialidad gubernamental en el futuro. Correría el riesgo de ser el paria en un continente fraterno, un paria con desangradas diferencias en su seno.

Ramón Rojas y Cañas, peruano, escribe *La Guerra del Pacífico* en fechas aciagas para el país porque la discordia tiene el color de la muerte y la expropiación. Sin embargo, el texto no es un pastiche patriotero ante la desgracia de los hechos; es más, su voz suele esconder el origen nacional para establecer las críticas al propio gobierno como a los regímenes foráneos desde una mediada neutralidad expositiva. Cuando el autor apunta los problemas que someterán al pueblo chileno si vence, enumera razonables situaciones en el plano de lo extremo. No miente, exagera la potencialidad de lo nocivo. Así, como no es un profeta ni un agorero al proyectar el futuro, parece un hombre desesperado en el intento por

persuadir al enemigo en las páginas de cierre, convencerlo del equívoco de su ambición. La victoria que trae la ruina no es un canto de ánimo a los compatriotas que siguen en la brega y los conciudadanos que se sumarán pronto a la lucha, invitándoles por inferencia a una derrota sin derrumbes, es una advertencia para el invasor mediante un trazo de imaginación en torno a lo perjudicial de la dicha. Habla para los suyos del otro, como quien establece una supremacía en la decencia para opinar sobre lo ventajoso y lo ruin.

Un niño que no sabe nadar es arrojado a una piscina: Las más de las veces con impotencia, chapoteará, braseará, agitará el cuerpo en contoneos que le permitan flotar, gritará con el agua en la boca, sentirá la irritación del cloro y el llanto en los ojos; con algo de calma elevará su figura hasta la superficie, vencido por el pánico se hundirá a palmos como una piedra se pierde en un río. Rojas y Cañas es el pequeño ante una situación límite que lo desborda y *La Guerra del Pacífico* el cúmulo de intentos desesperados y tranquilos por solucionar en el discurso las circunstancias. Como la agitación del ahogado, sus palabras son confusas y contradictorias porque el presente ya complejo prefigura un futuro terrible. No obstante, su mensaje está impregnado de la hegemonía espiritual del agredido: Por encima del usurpador, levanta su voz de damnificado.

La filosofía suele precisar los distinguos de tres conceptos vinculados: La ética, la moral y la deontología. El primero son los «principios genéricos y universales que deben normar la conducta humana»; incluso es la proyección al plano racional del instinto de supervivencia: «la única forma posible de conservación y protección de la estabilidad de nuestra especie» (Silva Santisteban 2004: 12). El segundo son formas o criterios de comportamiento específicas. En cuanto a la deontología, ésta se encuentra en el orden de lo apropiado, lo conveniente, es el «conjunto de pautas establecidas dentro de una comunidad determinada para resolver los conflictos de intereses entre sus miembros o entre algunos de sus miembros y los intereses colectivos» (Savater 1997: 147), donde lo que se persigue es la armonía de la sociedad o cuanto menos su orden.

En el capítulo «Yo, el blanco» de *Ébano* (Barcelona, 2000), el gran reportero polaco Ryszard Kapuscinski al precisar la paradójica tragedia del *apartheid* en el continente africano, se aproxima a estos conceptos para situaciones de conflicto e invasión:

A una ciudad así llegué por varios años como corresponsal de la agencia de Prensa Polaca. Al circular por sus calles pronto me di cuenta de que estaba atrapado en las redes del *apartheid*. Sobre todo, revivió en mí el problema del color de la piel. Era blanco. En Polonia, en Europa, jamás me había parado a pensar en ello. Allí, en África, se convertía en un indicador muy importante, y para gentes sencillas, único. Blanco. El blanco, o sea colonialista, saqueador e invasor. He conquistado África, he conquistado Tanganica, pasé a cuchillo la tribu del que ahora está delante de mí, me cargué a todos sus antepasados. Lo convertí en huérfano. Un huérfano, además, humillado e impotente. Enfermo y eternamente hambriento; si, cuando ahora me está mirando debe de pensar: El blanco, el que me lo arrebató todo, el que descargó latigazos en la espalda de mi abuelo, el que violó a mi madre. Ahora lo tienes delante, ¡míralo bien!

No supe solucionar dentro de mi conciencia el problema de la culpa. A sus ojos, como blanco, yo era culpable. La esclavitud, el colonialismo, los quinientos años de sufrimiento no dejan de ser un turbio asunto de los blancos. (47-48)

Y entonces, ¿cuál es la fractura que imprime la guerra entre los contendientes? Incluso, ¿se instaura con el conflicto un sentimiento de inferioridad en los vencidos? Cuando se refiere al Perú, Rojas y Cañas no parece disertar sobre una nación compleja en su diversidad e historia, sino sobre un organismo vivo²⁶. Homogéneo en su reducida condición, el organismo resiste los embates externos y proyecta su defensa mientras padece o se reanima. Este organismo es atacado luego de brindar apoyo a un vecino más débil e ignorante, atacado por un agresor de poderes encaminados hacia la finalidad del triunfo. En la solidaridad de su conducta reside la nobleza de sus actos y en la carestía de sus recursos, la heroicidad de su combate; por ende, la superioridad ética se sostiene en que, si bien mancha de sangre sus manos y toma lo ajeno con alguna victoria parcial, lo hace solo en

respuesta al hostigamiento, pagando el precio en la mutilación o la muerte. Su altura está en la caída. Así, es deontológicamente correcto que se honre el tratado de Alianza con Bolivia a riesgo de la derrota, pues no es un asunto de dignidad sino de concordia bilateral; pensado como organismo, el Perú cumple un pacto inapropiado en aras de lo consecuente. La fractura se asienta cuando la resolución de intervenir no es conveniente para sí mismo y el orden continental a la luz de las consecuencias. En tal sentido, el organismo se encuentra ante la encrucijada de proseguir o claudicar. Prosiguiendo, tan frágil como valeroso, el fracaso militar enaltece la entrega de los soldados y civiles; esta entrega en el suelo o mar patrio por mantener la soberanía, sublima la pólvora como se limpia de horrores el fuego con la función del sacrificio. El Perú sacrifica su integridad por ayudar y salvaguardarse. Está por encima, éticamente por encima de su ocupante. Para Rojas y Cañas, nunca motivó el conflicto, no dio el primer disparo ni aniquila hasta la tortura al enemigo, tampoco invade territorios o apetece los recursos ajenos; empero, se niega a claudicar. En la tragedia de su situación palpita su supremacía, pues una historia de inquinas lo convierte en la víctima contra el verdugo. ¿Anida el sentimiento de inferioridad en este organismo que pierde luego de perder? Para el autor, no; ya que el enfrentamiento con Chile se inició con desventajas en cuanto a cifras de armamento y preparación bélica. Al margen del resultado, cada batalla ya es una epopeya por el simple hecho de librarla. Es la historia de la motivación adversa: Reconforta el esfuerzo puesto en la labor y no su saldo después de llevarla a cabo.

Sin imaginar que un mes después de publicado el texto se invadiría la capital por varios años, Rojas y Cañas no es capaz de entrever que la derrota en la Guerra del Pacífico afectaría hondamente la construcción mental del ciudadano, originando una desesperanza colectiva como producto de los saqueos, violaciones, asesinatos: Pertenecer a un lugar con

²⁶ El escritor Edmundo Paz Soldán detectó similar situación en el libro *Pueblo enfermo* (1909) de su compatriota Alcides Arguedas, donde la nación es un organismo aquejado por un mal que el autor-médico diagnóstica y, sobre todo, se propone curar.

dueño ajeno. Al cabo de algunos meses en la contienda, el potencial fracaso no pasa de ser un ardid argumentativo en el texto. Para el autor, la miseria de la conflagración es un asunto de palabras. Lucha con las palabras por su patria como el recluta con el fusil, pero al hacerlo también reduce la desventura a perorata discordante, otra construcción desdichada donde lo adverso es pasto de lo bueno y la victoria germen del mal. La superioridad ética desde la cual enuncia su discurso es tan justa como terrible.

3. LAS ESTRATEGIAS DE ENUNCIACIÓN

En *La Guerra del Pacífico*, Ramón Rojas y Cañas se vale de un conjunto de estrategias a fin de persuadir al lector hacia su perspectiva, mientras le expone sus puntos de vista y le hace conocer los sucesos más importantes del conflicto en el orden civil, militar y diplomático, delineando el futuro, refiriendo el presente y ahondando en el pasado. Así, se vale de un conjunto de *metáboles*, articula una particular forma de tildación como marca volitiva de las *características gramaticales* de su escrito y pone en práctica *modos de argumentación, pruebas documentales, marcas de historicidad y mecanismos de enunciación* a lo largo del texto; también, muy oportunamente, cae en *olvidos e inexactitudes*.

3.1. LAS FIGURAS RETÓRICAS

Entendiendo la Retórica como el arte de la persuasión y a sus figuras como herramientas para tamaño cometido, sigo al Grupo μ de la Universidad de Lieja en que el valor concedido a un texto no es una pura entelequia, sino una respuesta del lector o del oyente (1987); de tal forma que existe una intencionalidad en el emisor, estimulando, incitando, donde «la *metábole* es una trasgresión de la norma» (Fernández Cozman 1996: 96). Así, a fin de asentar su idea fuerza, en *La Guerra del Pacífico* se ejecuta una estrategia discursiva que depende de un conjunto de unidades de significación, aunque cada una de importancia variable: *metataxis* como el hipérbaton, la enumeración, la repetición, la elipsis, el

polisíndeton y los paréntesis; *metasememas* como metáforas y metonimias; finalmente, *metalogismos* como la hipérbole, la ironía y la paradoja.

En torno a las *metataxis* y los *metasememas*, estos están desperdigados en toda la obra, evidenciando las cualidades literarias del texto. Así, la presencia de repeticiones, paréntesis o metáforas, acreditan el vuelo artístico que en muchos pasajes, *La Guerra del Pacífico* aspira a tener o alcanza a lograr. Sin embargo, estas figuras no conllevan mayores implicancias distintivas en el plano interpretativo, limitándose a las condiciones expositivas de redundar y aclarar; además de construir analogías en favor de la compresibilidad de los enunciados y funcionar como prueba de la destreza discursiva del autor. Así, no facultan la multiplicidad de significaciones que un trabajo de esta naturaleza puede exponer. Ese rol es cumplido por los *metalogismos* y algunas otras estrategias.

Las *metáboles* más substanciales, tanto reiteradas como relevantes en la prosa de Rojas y Cañas, son la hipérbole y la ironía; también la elipsis.

Si en la elipsis se omiten fragmentos de variada amplitud del tiempo de la historia en el plano discursivo, una de sus aspiraciones está en configurar un lector implícito que complete la información prescindida. En los pasajes narrativos de *La Guerra del Pacífico*, no se describen los sucesos infaustos de la flota peruana en altamar ni se detallan los descalabros militares del ejército en los territorios del Sur. Y aunque no dejan de mencionarse, a fin de aspirar a una objetividad expositiva, las referencias extensas se circunscriben a los triunfos de armas o a las victorias morales a pesar de la caída bélica; también a las conquistas de la solidaridad ciudadana. Por ende, Ramón Rojas y Cañas va conformando un universo que se inclina hacia lo positivo en torno al país, donde lo hondamente negativo o el revés calamitoso no pasan de ser especulaciones realizadas por el lector. Así, lo nacional es delimitado en el texto como la plataforma para la expectativa

venturosa, donde la esperanza del éxito tiene un asidero o, cuanto menos, la defensa de la soberanía y la dignidad cuentan con una justificación colectivista.

Metalogismos que alteran el valor lógico de la frase, atentando contra el orden cognitivo habitual²⁷, la hipérbole supone exagerar o disminuir en extremo lo que se expresa («conste un ejemplo que no se había visto desde la antigua Roma» 23). Integrando su estrategia, Rojas y Cañas dramatiza los triunfos como decora bajo los ropajes de la entrega o la bizarria a las derrotas, exacerbando de manera paulatina una imagen del Perú que aspira al patriotismo a ultranza. Así, la lucha nacional por la soberanía es una lucha ejemplar para todas las naciones, donde los oficiales del monitor Huáscar o el soldado anónimo en el frente de batalla tienen su análogo en el ciudadano que dona capitales para proseguir la defensa. Las acciones peruanas son paradigmáticas y por ende, excepcionales. Y está en la excepción de sus caracteres la razón para no claudicar en el conflicto: siendo superlativos en la victoria como en la caída, superlativos han de ser los resultados al final de la guerra.

La ironía es, sencillamente, dar a entender lo contrario de lo que se dice. Por lo tanto, no solo implica un uso calculado y astuto del lenguaje, es sobre todo una toma de posesión que a partir de la mofa, denuncia situaciones de controversia. La ironía proclama una verdad negada en el plano de la expresión, a fin de generar mayor impacto en el interlocutor. Jugando con los contrastes, hostiliza y polemiza. La ironía, por su mensaje indirecto, invita a reflexionar en un campo abierto de significaciones, camino a la interpretación. Cuando Rojas y Cañas menciona *pruebas documentales* como decretos, leyes y memorias («*uti possidetis* de 1810» 3, «Decreto del 31 de Octubre de 1843» 4, «el Ministro de Chile Urmeneta, en su Memoria» 5, «Por el artículo III quedó derogado el tratado de 1866» 7, «El Gobierno peruano declaró el 6 de abril el casus Faederis previsto en

²⁷ Parafraseo conceptos de Camilo Fernández Cozman de su trabajo retórico en torno a la obra poética de Jorge Eduardo Eielson *Las huellas del aura*.

el tratado de 6 de febrero de 1873» 10, etcétera) durante los primeros capítulos de *La Guerra del Pacífico*, así como establece *marcas de historicidad* (citas: documentales «“Art. 1º Se declaran de propiedad nacional...”» 4, personales «“Parece por su indeterminación misma colocar nuestra frontera...”» 8, o de prensa «“Cuando se dice que los buques enemigos entran impunemente...”» 17; cifras: «en cuyo territorio trabajaban quince mil chilenos y trescientos bolivianos» 7, «esa industria rendía de 12 á 15 millones de pesos al año» 12, «armada terrestre permanente fluctúa entre 3 y 4 mil soldados» 13; en ausencia de mapas), pretende acreditar la aspiración veritativa de su postura para la afirmación concreta o para la ironía.

Por su carácter directo, la afirmación concreta incuba el problema de la confiabilidad, pues las disidentes versiones de los hechos pueden contrariar la autenticidad que se enfatiza sin ambages; mientras que la ironía tiene su poder en la duda que siembra: «Esto es irrefutable y perentorio, pero sobre todo, de una lógica contundente» (8), se sostiene en torno a las pruebas de soberanía chilena sobre el territorio boliviano, pensando lo contrario de lo que afirma. La indignación lúdica del autor no discute sobre una verdad histórica que niega cuando alega, es una propuesta alternativa de acusación. El juego indignado es astuto, demoledor, y Rojas y Cañas lo utiliza para patentizar su irritación contra el atropello. Así, su irritación ha superado la cima de la cólera y bordea por fin el de la incredulidad que discierne: el despropósito foráneo es tan grande que toca aplaudirlo con grandilocuencia para condenarlo. Concluye líneas más abajo:

¡Los miembros del Cuerpo Diplomático que conozcan la cuestión y el litoral boliviano, aunque no sea mas que por geografía, quedarán bien convencidos del derecho y de la justicia del Gobierno chileno! (8)

En el primer tercio de *La Guerra del Pacífico*, la ironía cumple una función ética y estética. Ética porque la barbaridad del conflicto sobre un espíritu intelectualmente pasmado, desemboca en el reclamo por una justicia de causas que se ha quebrado. Estética

porque el arte habita donde la pauta de lo cotidiano capitula ante la originalidad que transgrede desde la tradición o no. Por una vez, la ironía hace de Rojas y Cañas un artista que además, se aferra al compromiso con su tiempo y su objeto.

3.2. EL PLANO GRAMATICAL

En cuanto a la prosa, Ramón Rojas y Cañas no destaca por su manejo impecable. Las más de las veces, como en casi toda su producción, sus frases son descuidadas, cumplidas en su rol informativo («ofreció á Chile su alianza, que aceptó reconocida á ese acto generoso y confiando el generalato al presidente de Bolivia, Melgarejo, sacando provecho de la circunstancia y de las condiciones personales del jefe boliviano, ajustó Chile el tratado de 1866» 6). Sin embargo, *La Guerra del Pacífico* exhibe una variante particular con respecto a sus páginas del pasado²⁸: Tienen la impronta del derecho, donde los términos en latín («*uti possidetis*» 3, «*verba volant, scripta manent*» 10, «*casus Faerderis*» 10, entre otros) y los formulismos legales dotan al conjunto de seguridad y categoría. Simulan en el escritor a un especialista, perito en acuerdos y tratados, hermeneuta de las leyes y sus implicancias en el ciudadano. La estrategia prevalece hasta que el lector descubre el equivoco voluntario o no en el manejo de la documentación, en la incongruente veracidad de su discurso. Otra peculiaridad en la prosa del autor es la puntuación y, muy especialmente, la tildación de sus palabras. Incluso en párrafos virtuosos, las tergiversaciones de la regla son flagrantes:

En ese documento extraño, por el cúmulo de inexactitudes de que está plagado, y en el cual, los diplomáticos y todos los demas hombres sérios, no podrán ménos que encontrar la superchería y el ardid propios del que falto de conciencia se empeña en disfrazar una usurpacion en un derecho, se lee, entre otras falsedades, que el triple testimonio de la historia, el pensamiento escrito de los soberanos españoles y los actos jurisdiccionales de la manifestacion suprema, demuestran que el limite boreal de Chile, era al menos el paralelo del grado 23 de la latitud Sur. (7)

²⁸ En el diario *El Comercio* del 4 de junio de 1858, escribió: «Otras erratas lijeras las dejo pasar porque la inteligencia del lector las habrá salvado.» Habitudo a estas excusas en varios de sus textos, para Rojas y Cañas el descuido es un asunto menor, incluso da para la broma.

Por encima de los yerros ortográficos y los equívocos de puntuación, el razonamiento avanza con agudeza y embrujo discursivo. Hay conciencia al redactar, conciencia del objeto artístico además de la denuncia y la exposición; mas los yerros y equívocos son máculas en el papel, extravagancia trasgresora que no es privativa de Rojas y Cañas, al punto que se detecta en escritores que le fueron contemporáneos. En *La Guerra del Pacífico* se tilda con error las palabras agudas, tiene problemas al consignar los hiatos y diptongos hasta trastornarlos, comete faltas medianas con los términos graves o llanos, y suele respetar la norma para las esdrújulas. La tilde en Rojas y Cañas tiene por ley el énfasis sonoro y sirve además para anular la anfibología semántica de los vocablos de acentuación múltiple, sintetizando a un solo sentido los varios posibles: tomo es tómo o tomó, según el caso. Frecuentemente, el autor tilda monosílabos y rara vez usa la “x”, confunde el uso de la “j” con la “g”, comete tantos deslices gramaticales como erratas de publicación («Mallanes» por Magallanes, «ierritorio» por territorio) y coloca demasiadas comas en donde debiera situar un punto seguido. Su redacción, incluso para la época y los rasgos prosísticos en uso, cae en el descuido. Sencillamente, deficiente.

3.3. EL MECANISMO HISTORICISTA Y EL ALCANCE DE LA INEXACTITUD

Ramón Rojas y Cañas no solo se vale de tratados y se ocupa de citas o cifras en un afán acumulativo sin consecuencias; ante todo es consecuente con la importancia del mecanismo historicista para los objetivos primarios de su texto. Así, escribirá sobre las aseveraciones chilenas de propiedad territorial, «refutadas por sus propios documentos oficiales de los cuales quedan citados algunos» (7). Si el propósito es contrariar los pretextos chilenos para el conflicto, las pruebas están de su lado. Si el propósito es incitar la conflagración desde el lado peruano, habrá de relatar las heroicidades nacionales y censurar las injusticias del invasor.

La Guerra del Pacífico presenta en algunos pasajes una clara enunciación histórica y en el resto, mayoritarios dentro del conjunto, una enunciación discursiva²⁹. La enunciación histórica se revela no solo por las pruebas documentales y el marcaje de citas o cifras, sino además por la escogencia de los términos; así, el aoristo (pretérito indefinido) como reveló, protestó, tomó, promulgó, alcanzó, olvidó, organiza el texto en un plano temporal que remite la narrativa al pasado. Apoyado el recurso verbal en los anafóricos, se logra relacionar unos hechos con otros dentro de un sistema léxico de referencias: «antes en...» (9), «antes de...» (11), «Despues que...» (16), «despues de» (23), «entonces» (24), entre muchos ejemplos. En tal sentido, el discurso histórico cobra fiabilidad porque el locutor no está implicado; o, a decir de Jorge Lozano: «los hechos como si fueran ellos mismos los que hablaran» (1987: 188). En consecuencia, los deícticos quedan fuera con su carga de pronombres, demostrativos y adverbios; lejos el yo, el tú y el ahora. Sin embargo, Rojas y Cañas sí toma posición frente a las causas y el desarrollo del conflicto, aunque sin explicitar de manera generalizada la primera persona en su voz. Subjetiva y detractora, su crítica emerge de una oscuridad mediada («en tal caso la guerra solo podrá concluir con el triunfo de los aliados ó con la total conquista que Chile realice sobre el Perú y sobre Bolivia y que con el alfanje á la garganta les imponga su voluntad» 28, «Decididamente el genio horrible de la discordia, en sus mas fatales horas, no ha podido haber enviado sobre tres naciones, dignas de mejor suerte» 31), asentando su individualidad en el terreno de lo tácito. La estrategia es transparente: Ocultándose incluso para aseverar, apunta a instituir la sinceridad de sus aserciones.

No obstante, el autor no persigue exclusivamente la credibilidad; sobre todo se empeña en la persuasión. Por tanto, el carácter narrativo, descriptivo, argumentativo y conjetural de *La Guerra del Pacífico* apunta por encima de otra preocupación, a instigar al lector antes que convencerlo desde la evidencia.

²⁹ Sigo el planteamiento de Jorge Lozano (Madrid, 1987) para estas categorías.

El encanto de un texto híbrido puede radicar en la capacidad narrativa del mismo, acumulando peripecias al lado de las reflexiones y las referencias; además, el relato de acontecimientos testimonia la habilidad o no de un escritor por lo menos en dos niveles: por un lado, el genio para discriminar su información, plasmando lo relevante y lo coherente; por otro lado, desnuda la pericia para la elipsis discursiva, haciendo del silencio y la omisión una virtud. Entonces, no se agota en el encanto la capacidad narrativa, también es prueba de las facultades para la prosa que exhibe un individuo. Narrados, los hechos de palabras encarnan y palpitan. En *La Guerra del Pacífico* las gestas de armas, luego de los recuentos historicistas de los países en disputa, pertenecen al universo narrativo: la disyuntiva en torno a una frontera y las secuelas de luchar por ella, son representancia antes que la presencia actualizada de lo acaecido. En una ruta similar, el efecto de realidad se logra gracias a la descripción que, simuladamente, “pone ante los ojos” sucesos y situaciones. Rojas y Cañas describe desde un navío como el Huáscar hasta una geografía nacional:

El litoral boliviano se encuentra encerrado entre la frontera de Chile por el Sur y la del Perú por el Norte, del cual esta separado por el río Loa y entre las provincias Argentinas y el Pacífico. Una lengua de tierra que arranca del Loa hasta Tacna, entre el océano y la cordillera que la separa de Bolivia, forma la provincia de Tarapacá cuyo suelo esta enriquecido por el huano, el salitre y minas de plata. (10)

Entonces, el discurso histórico del texto, capital en un principio, viene a funcionar como cimiento para un conjunto de alegatos de subjetiva provisionalidad: Surge la enunciación discursiva, contando y comentando, insertando modalizaciones que develan una actitud. Por ejemplo, un tratado no es solo un tratado: «Este tratado es el mas leonino que hayan registrado jamás lo archivos internacionales» (6), calificando hasta la hipérbole desde una parcialidad irritada. En los dos últimos tercios de *La Guerra del Pacífico*, en especial el de cierre, el valor de verdad al cual se aspiraba cede ante la gravedad de la idea fuerza: No claudicar en la guerra. Esta posición no se puede sostener ni proyectar desde la

plataforma de lo falso o lo veraz, anida en el universo de lo pertinente y, sobre todo, el lector ha de juzgarla como sensata u oportuna frente a descabellada o improbable. Por lo tanto, las páginas finales del texto se mueven en las arenas ambiguas de la ilusión, la duda y la conjetura («una modalidad patológica de la incrustación del pasado en el corazón del presente» Paul Ricœur 2004: 78). Revocado el historiador³⁰, pervive el cronista (proceder como si se fuera un testigo) y el escritor con dotes para la narrativa; pues el afán de Rojas y Cañas no está en probar con la verdad como escudera, está en estimular conductas frente a la derrota.

Por ende, los *olvidos e inexactitudes*, junto a la argumentación incluso, son licencias de la intencionalidad discursiva que están supeditadas a la necesidad y no a la veracidad. Asimismo la conjetura, aparentemente clave en la segunda mitad del texto, proyecta destinos nacionales y resultados aciagos para un bando u otro. Naturalmente, también reside en el ámbito de la funcionalidad del enunciado discursivo. Se presume no con la experiencia del pasado para ejemplificar el futuro mirando en derredor el presente, se presume bajo el imperio de lo urgente: Si ha de lucharse hasta la muerte, será el vencedor chileno quien caerá en la ruina. La conjetura no es tal, es una artimaña de maquiavelismo del autor para insinuar sus ideas. No surge del antes, sino que se explica por el después. La verdad en su sentido más elemental, no es el germen ni el norte ni el fin de *La Guerra del Pacífico*, es solo una quimera entre palabras. La finalidad es la persuasión: Un designio. Rojas y Cañas construye su texto híbrido, lejos de la homogeneidad. En el universo de los géneros literarios, su trabajo es una herramienta y no una categoría. Y como herramienta es poderosa, estimulante, humana e imperfecta.

³⁰ Para Tzvetan Todorov en *Los abusos de la memoria* (Barcelona, 2000) «el trabajo del historiador, como todo trabajo sobre el pasado, no consiste nunca solamente en establecer hechos sino también en recoger los más destacados y significativos de entre ellos, y en relacionarlos luego entre sí; pero ese trabajo de selección y de combinación está orientado necesariamente por la búsqueda no de la verdad, sino del bien» (p.50) Rojas y Cañas al final del texto no persigue ni lo uno ni lo otro, va tras lo oportuno e imperioso.

4. LA MEMORIA, LA IMAGINACIÓN Y EL ARGUMENTO

Una pregunta capital de la fenomenología husserliana es ¿de quién es la memoria? Descontado está que la memoria no es de Rojas y Cañas, exclusivamente; porque si la guerra es un acontecimiento límite en la memoria individual y colectiva, capaz de instaurar una memoria histórica como sentencia Paul Ricœur, la disyuntiva sobrepasa al individuo que compone el texto.

En *El discurso histórico*, Jorge Lozano afirma que en el siglo XIX se creía que «en la autenticidad documental estaba contenida la verdad» (83); un siglo después, el norte está puesto en elaborar los datos desde el original para una configuración de visos literarios. Por lo tanto, la historia (*history*) con su ambición de veracidad y representación del pasado, al relatar acontecimientos luego de analizar sus causas, unas veces narrando, explicando o conjeturando, brindando un conocimiento ulterior de un pueblo, una región, un país, tan indirecta, tan indiciaria, tan conjetural en la opinión de Carlo Ginzburg, es una disciplina que concretiza su aspiración no con el archivo y la fidelidad sino en el deseo. Pacto alrededor de la persuasión, tiene en la inteligibilidad su escenario. *La Guerra del Pacífico*, por el contrario, es una pugna entre memoria, imaginación y argumento.

La Guerra del Pacífico, rememorando e imaginando, le da presencia a lo ausente bajo el recuento de acuerdos, tratados y conflictos. Y la redacción fija esta ausencia desde el punto de vista del autor. Por ende, existe una manipulación inconciente, y luego, otra hecha a conciencia propiciando el olvido y la inexactitud. De tal forma que la verdad como aspiración original tiene en el recuerdo de carácter colectivista y el espejismo que se impone sobre el mismo, una imposibilidad dogmática. La verdad en el texto es atributo de una intersubjetividad consensuada, una cuestión de sentido común.

Si el discurso histórico da significación al hecho real como supone Lozano, las estrategias de enunciación que desarrolla Rojas y Cañas apuntan a dar trascendencia a su idea fuerza, amparado en el sentido común de anclaje patriótico y la justicia de sus causas.

Quien hurga en el pasado, pretende no olvidar. Así, es interesante resaltar que en *La Guerra del Pacífico* cuando se cita la Memoria que el conquistador Pedro de Valdivia envió al Rey de España, aludiendo además en esas líneas a otras del mismo tenor, se las llama «antiguas tradiciones» (3) Pretéritas, para Rojas y Cañas tienen la solvencia del rumor, tan rituales como corales. No son informaciones en exclusivo irrefutables sino considerables. En tal sentido, la documentalidad historiográfica del autor se elige por lo respetable sobre lo veraz; “cronista de oídas” en torno a los sucesos del conflicto, se vale de una retórica que hace confiable su discurso por encima de la autenticidad de sus contenidos. La retórica funciona por estrategia y su postura en los párrafos de cierre parece la del testigo con su mirada unilateral, inflamada y sospechosa. De tal forma que el olvido e inexactitud de Rojas y Cañas, flagrante en un caso, no borra las huellas escriturales o espirituales de los hechos de armas, es un impedimento provisional en el plano de lo fidedigno que, a su vez, proyecta el compromiso contra la paz de su ideología belicista. Omitir o errar se convierten en requerimientos de su pasión por la idea fuerza, donde mentir es asunto vano al lado de la soberanía y la dignidad nacional.

Según Roland Barthes, «la escritura es un acto de solidaridad histórica» (2004: 22). Protección y respaldo, la redacción de *La Guerra del Pacífico* pudo significar para Rojas y Cañas el monumental estremecimiento de ser la conciencia social de su nación (siquiera de su ciudad o comuna) en los momentos más terribles del periodo republicano. La responsabilidad puesta en el trabajo de composición no se pone en duda ni tampoco el patriotismo que guía sus líneas, menos aún la honestidad de sus ideas en pos de una salida honorable para el Perú; pero en su posición de voz colectiva, Rojas y Cañas es más sombra que efigie. La memoria y la crónica que se practica en el texto son de un individuo que

habla por algunos para todos, fondeado en las visiones de su tiempo histórico y el medio social del cual procede. Su memoria no es plenamente inclusiva y su crónica se realiza a gran distancia de los acontecimientos, con lo cual termina siendo el miope con palabra dentro del mundo de los ciegos que luchan. Conciencia social sí, pues hay vanidad, honra y providencia en su alegato; mas las limitaciones de sus recursos profesionales como la ubicación territorial que circunscribe su testimonio, confinan el colectivismo de su reflexión y empantan la memoria y crónica coral de sus intenciones.

5. EL DISCURSO CONMUTADO

Durante casi un centenar de páginas, me he referido a *La Guerra del Pacífico* como “el texto”, en general, y como “texto híbrido”, en particular. Lejos de la tentación por demás peligrosa hacia el error, de enclaustrarlo en un género literario como el ensayo o de ubicarlo con mayor negligencia en los predios de la historia, mantengo la postura de consignar su carácter sincrético e inacabado como marca sustantiva de jerarquización. Es híbrido en tanto su treintena de páginas son el proceso de heterogeneidades discursivas que no llegaron armónicamente a ensamblarse. Contradictorio, provisional, apremiante, sentimental, tajante, es una amalgama de intenciones e intentos.

Sin embargo, el concepto de hibridez se queda en el umbral de las significaciones, pues si bien da cuenta de la complejidad del texto, esta complejidad en el plano de la expresión tiene efectos en el plano del contenido que atañen a la veracidad e ideología del conjunto. Entendiendo los dos planos como fértiles categorías más allá de la lingüística, la cuestión radica en fijar las condiciones de su complejidad y las características de sus efectos para el esclarecimiento del texto.

La glosemática danesa que considera a la lengua como un fenómeno autónomo de dependencias internas, contempla a la conmutación como un método lingüístico donde el cambio de un elemento de cualquier nivel en el plano de la expresión conlleva un cambio

en el plano del contenido. En el *Diccionario de Terminología Lingüística actual*, se sostiene además que «por medio de la conmutación se fijan las combinaciones posibles en cada caso de un signo lingüístico con los otros signos lingüísticos, cada signo lingüístico se coloca sistemáticamente en un contexto determinado para averiguar qué signos pueden o no aparecer allí» (1981); de tal manera que los fonemas de un idioma no funcionan de manera aislada, conforman un sistema fonológico en el cual el valor de cada elemento se define por la relación que guarda con el resto. Por ejemplo:

/p/ por /s/ en [mapa] por [masa]

Entonces, la conmutación funciona como un procedimiento que opera a dos niveles: en el primero como un acto volitivo y en el segundo como su consecuencia. Ampliando esta mirada a *La Guerra del Pacífico*, el plano de la expresión corresponde con las estrategias de enunciación, cambiantes como un fonema para una palabra, como una palabra para un sintagma, cambiantes según los objetivos y pericia del autor. Así, la retahíla de documentos implicó una forma discursiva con formulismo legal, luego se practicó el tono narrativo junto al descriptivo, también una retórica con figuras de pensamiento para fines persuasivos y alegatos conjeturales al final del texto.

La Guerra del Pacífico congrega diversas maneras discursivas bajo el imperio de su idea fuerza; y estas maneras presentan cualidades que las diferencian y vinculan entre sí. En primer lugar el discurso de lo fidedigno con marcas de historicidad, en segundo término el discurso fabulario³¹ y finalmente, el argumentativo. Así, se proyectan desde el texto la autenticidad, la conmoción del lector y su incitación, respectivamente. Abarcando en su aspiración los espectros de lo real, lo verosímil y lo razonable, el plano de la expresión no solo es complejo sino además, completo en sus potencialidades expresivas. Asunto distinto es la calidad de estos ejercicios discursivos, la calidad o su trascendencia en el orden formal

de lo escrito. Cuestión de interpretación y valoraciones, la conquista estética es gris pero la intencionalidad múltiple de la prosa está en el nivel de lo significativo.

Las consecuencias en el plano del contenido giran en torno a la veracidad del texto y la ideología que se desprende del mismo. En cada cambio de tono dentro de *La Guerra del Pacífico*, donde se argumentaba sobre los apetitos del invasor y al poco se narraba una gesta de mar, donde se citaba el Tratado de 1873 y al instante se describe una región, donde se proyectaba el destino continental y a la vez se impulsaba el conflicto sin claudicación, había una implicancia en el orden de las significaciones. Modificar el discurso ha supuesto para el trabajo de Rojas y Cañas alterar vacilantemente la semántica de su propuesta. Creíble y no, teorizada y no.

La Guerra del Pacífico presenta un *Discurso Conmutado* ya que las variantes en el plano de la expresión con cada elemento discursivo, conllevan cambios en el plano del contenido en cuanto a lo veritativo e ideológico. El Rojas y Cañas historicista parece irrefutable y un adalid de la legitimidad, el fabulista es caprichoso hasta la duda sobre los hechos que relata y persuasivo en su coherencia patriótica, el argumentativo es falaz en la mayoría de los casos y pasional con sus ideas al punto de imponerlas con las sinrazones del corazón antes de lograr convencer. La significación del texto es un todo sin homogeneidad donde los discursos abogan a favor, y también, en contra de sus propios intereses. La riqueza de *La Guerra del Pacífico* estriba en la inconsistencia de sus pretensiones, inconsistencia desgarrada y desesperada frente a un conflicto de muerte. El texto es atravesado por la tragedia fratricida de la conflagración y, por ende, esa tragedia impulsa sus yerros, despropósitos y alturas. Documento humano en toda la extensión de la palabra, su documentalidad no es fiable en el universo del archivo historiográfico; pero es impostergable como huella de una época de temores e ilusiones. Las huellas escritas

³¹ Fuerzo la consideración de Voltaire en su distinción entre historia y fábula, capital por la intención de cada relato y la manera como se presentan los hechos.

permanecen en el soporte material, existen también las impresiones en el alma y la impronta que los sucesos dejan en el cuerpo. *La Guerra del Pacífico* es el testimonio en prosa que como impronta, impresión y huella, emana de la visión de un hombre en especial, para ser en su incertidumbre todos los demás.

Cuando Paul Ricœur sentencia *Memoria, historia, olvido* que la ideología es «guardián de la identidad» (112) y, sobre todo, que la memoria como criterio de identidad es incorporada a su constitución «a través de la función narrativa» (115), deja clara la importancia del pasado en su decurso para la naturaleza del individuo e implicada la fatalidad de sus considerandos más íntimos para construirse a sí mismo. Pero la identidad involucra también un concepto más amplio que tiene que ver con el otro y el universo de otros al satisfacer una pertenencia territorial. Identidad llama a identificación, llama a consonancia, llama a similaridad o analogía; identidad llama a nación. Y la nación entonces, no solo es imaginada, soberana y política³², es memoria y razones.

* * *

³² Parafraseo a Benedict Anderson, a quien el profesor Thomas Ward llama no sin cierta ironía “el gurú de la especulación neocolonial de la nación”. Especialista en la materia, su definición es inquietante por la visión de lo volitivo e histórico que supone, donde el carácter artificial de la nación cotiza desde su origen la importancia de la lengua y los medios de comunicación junto al resquebrajamiento del poder católico sobre los imperios.

La Idea de Nación en
La Guerra del Pacífico (Lima, 1880) de Ramón Rojas y Cañas

T e r c e r C a p í t u l o

1. LIMINAR

En una fotografía anónima del archivo del Congreso de la República³³, se muestra a un soldado peruano y su esposa. De 1880 aproximadamente, la imagen revela dos rostros cetrinos de una tristeza espantada. Él, con un birrete de lado y el uniforme abotonado hasta el cuello, tiene las manos colgando sobre los muslos y sus dedos rozándose entre sí con la duda natural de quien no sabe donde colocar una extremidad ante el tiempo muerto de una exposición. Con dos dedos de la derecha, roza la palma de la izquierda como quien coge un objeto caliente, a medias, titubeando. Hombros caídos y zapatos sucios, el cuerpo descansa sobre una silla de madera en un estudio de negritud agobiante. La luz se enfoca al centro de los personajes; pero su brillo no los destaca sino que los ensombrece. Ella se ha quitado el sombrero, lleva trenzas y un rictus de ruda congoja. Debe ser una mujer fuerte en cualquier condición; cuanto menos en las tareas de su comunidad. La vestimenta típica que porta es abultada en cada tramo de la tela, haciendo de su cuerpo un globo sinuoso de bayeta y algodón. Menudos y de gruesa corporeidad, espectan la cámara con la sorpresa de formar parte de algo que debiera ser ajeno: Se saben postizos en la habitación, tan postizos como provisionales en la guerra.

La guerra y el desconcierto de participar en ella con o sin razones de por medio, se sintetiza en el ceniciento encanto que emana de los protagonistas. Si bien la conflagración tiene incluso ribetes continentales en sus inicios, no pasa de ser una lucha de ajenos contra ajenos para la gran mayoría de la población del Perú. Las orillas del Pacífico con las riquezas del salitre o el guano, un contrasentido para la economía comunal del ande; para el antiguo esclavo que reinventa su identidad es una situación ambivalente; y, por supuesto, una oportunidad paradójica para el siervo oriental de los ingenios costeños. El gobierno

³³ Hace algunos años vi por vez primera esta foto en el libro de Peter Klaren *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Me inquietó, como ahora, el abanico de significaciones que se desprende de sus tonos grises. La imagen está reproducida en el Anexo 3B

peruano decidió enfrentarse a Chile sin haber alcanzado un grado razonable de nacionalidad entre sus ciudadanos, conformando una nación de teórica integralidad.

Pero existía dentro de nuestras fronteras un territorio de mediana soberanía en 1879, también un concepto de Perú entre la elite letrada y un proyecto nacional de origen criollo. Existía el universo de lo parcial entre la exclusión, la discriminación y el racismo. Este tercer capítulo aborda *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880) con miras a ubicar la idea de nación que subyace al texto. Para tal cometido, se brindará un conjunto de definiciones, demarcando el concepto y diferenciándolo de términos como patria o Estado. Por otro lado, se contrastará el texto con otras publicaciones humanistas del periodo. Finalmente, a fin de contextualizar tanto el discurso como la ideología de Rojas y Cañas, se hará un recuento histórico de la aspiración gubernamental del partido civilista y, a su vez, la postura de los sujetos subalternos frente a las directrices de la capital.

En el plano de las significaciones, *La Guerra del Pacífico* puede ser el simple reflejo de una mentalidad colectiva en Lima o, en el universo de la tragedia bélica, el canto aislado por una sociedad inclusiva y liberal en el sendero práctico de las oportunidades ciudadanas. Y sobre el conflicto, el documento que intentó unificar a un país en la derrota o el testamento segregacionista de un individuo miope a la complejidad multiétnica de su patria. Tal vez solo es un texto muy anclado en su tiempo, sin riesgos ni apuestas. Acaso inscribe su relato en un punto medio, entre la incorporación democratizante y el prejuicio de casta, conceptualizando la nación en función del Estado y la soberanía, delineando una historia que deja fuera al conglomerado de sus individuos.

2. LA GUERRA DEL PACÍFICO Y EL CONTEXTO DE PUBLICACIONES HUMANISTAS

En 1853, cuando Ramón Rojas y Cañas publicó su *Museo de Limeñadas*, los anuncios de venta así como las escasas críticas en torno a sus características, aparecieron por lo menos en un diario nacional. Durante varios días, en *El Comercio* se propalaron las intenciones del

autor para su «amasijo de costumbres». Sin embargo, no ocurrió lo mismo a la salida de *La Guerra del Pacífico*, en enero del año 1880.

Relata Juan Gargurevich en *Historia de la prensa peruana (1594-1990)* que, «ya desatada la Guerra del Pacífico el gobierno de Prado prohibió a los diarios comentar la política nacional. El Comercio solamente informó que “ha cesado la libertad de prensa”» (102). Por ende, a partir de noviembre de 1879, los periódicos se habrían de ocupar de temas afines al manejo estatal sobre la conflagración y, en buena cuenta, procurarían mucha reserva a la hora de deslizar comentarios u opiniones. La situación se agrava cuando Nicolás de Piérola, ya al mando del país antes de cerrar el año, expide un Estatuto Provisorio. Jorge Basadre en el volumen séptimo de *Historia de la República del Perú*, da entender que el Estatuto Provisorio era un documento que aspiraba a normar la lealtad con el gobierno de los diversos entes de poder en el Perú, desde civiles hasta militares, desde privados a públicos. Esta lealtad suponía un conjunto de garantías. A saber, «la libertad de imprenta con proscripción para el anónimo, juzgándose los delitos de prensa por tribunales comunes» (190).

En cualquier sentido, informar y noticiar era una práctica limitada, acorralada por cortapisas alrededor del año 1880. Tanto que, los directores de *El Comercio*, *El Nacional*, *La Opinión Nacional*, *La Patria*, *El Independiente*, *La Sociedad* y *La Tribuna* fueron encarcelados durante varios días hasta la liberación del 5 de enero. La razón, como relata Juan Gargurevich, se desprendía del Estatuto Provisorio. Se les acusó de incumplimiento; es decir, dudosa lealtad. Y es que, «el documento exigía que todos los artículos periodísticos debían aparecer firmados: a ninguno se le ocurrió que esto incluía la editorial» (98).

Al cabo de unos días, el régimen de Nicolás de Piérola cerraría definitivamente el diario *El Comercio* en virtud de unas supuestas cartas falsas publicadas en oposición al

cuestionado contrato Dreyfus. En 1881, cuando los destacamentos chilenos ocuparon Lima, cada uno de los periódicos vio interrumpida su circulación.

Por tanto, el 1 de enero de 1880, cuando Ramón Rojas y Cañas publicó *La Guerra del Pacífico* en la Imprenta Universo, los diarios que solían noticiar los lanzamientos recientes, que eran el territorio para el debate de las virtudes y defectos librescos, estaban enfrascados en luchas propias por su libertad de acción.

El trabajo de Rojas y Cañas pasó desapercibido en la prensa nacional; pero los motivos que explican esta situación no deben sopesarse –solamente– por las condiciones del propio texto, sino que se expanden desde un contexto tumultuoso en la vida social del Perú en guerra.

El contexto puede vislumbrarse con detallada intensidad al revisar varios de los volúmenes de la mencionada *Historia de la República del Perú* de Jorge Basadre, en especial el intitulado «La Guerra con Chile». No obstante, se adolece en ese periodo del recurrente capítulo de aspectos culturales que el autor ha listado para fechas previas y posteriores en sus miles de páginas. No se consignan publicaciones y sucesos teatrales u operísticos entre 1879 y 1883 en el volumen sexto de la edición corregida y aumentada. Se puede inferir que la escasez de libros y espectáculos en la capital fue tan honda en contraste con el dramatismo de los sucesos bélicos, que no se justifica dar cuenta de una nimiedad ante la tragedia nacional.

Sin embargo, en retrospectiva es oportuno rescatar un conjunto de textos que dan luz sobre las mentalidades subyacentes luego de la caída del civilismo, durante la lucha continental y el enfrentamiento por el poder entre los caudillos del Perú.

Fundamentalmente son las figuras del romanticismo literario las que toman la pluma para cantar algunas heroicidades y referir la condición del ciudadano peruano en el conflicto. Por ejemplo, Luís Benjamín Cisneros dedicó un par de páginas a Alfonso Ugarte

en un texto reunido en el tomo tercero de *Obras completas*. Para el autor, Alfonso Ugarte es el paradigma de la valentía y su gesta, un ejemplo nacional, manipulando una versión dudosamente esclarecida sobre los hechos de armas en Arica. Más interesantes son los trabajos de Abelardo Gamarra reunidos en *Rasgos de pluma* de 1899, a mitad de camino entre el costumbrismo y la idealización de cualidades colectivas.

Ficcionando sucesos, Abelardo Gamarra sostiene como planteara Rojas y Cañas, que la Guerra del Pacífico es una «segunda independencia» (65). Más aún, las coincidencias con Rojas y Cañas no se agotan en una sola frase, pues ambos comparten el entusiasmo por el soldado de tropa que se mantiene en el frente cuando los jefes ya han huido o arruinan la estrategia por timoratos, el hombre anónimo que defiende un país que incluso no entiende: «esa gente infeliz, que formada hoy en batallones iría hasta el fin del mundo resignada, si al fin del mundo se hallára el campo de batalla» (199). Sin embargo, para Abelardo Gamarra ese soldado de tropa es quien «ha abandonado su pobre rincón, su humilde choza, donde nada le hacia falta» (196). Los pequeños héroes de Gamarra son los habitantes del ande. En Rojas y Cañas son personajes sin nombre ni procedencia territorial, mayoritariamente jóvenes que defienden una nación. En las antípodas de la visión extendida en el discurso letrado de 1879, Gamarra reclama que el «pobre indio, es el esclavo de una civilización que en nada ha cuidado de tenerle presente» (65). Por supuesto, se ubica en la vera opuesta de Rojas y Cañas cuando adopta la perspectiva de la equidad ciudadana.

En artículos como «El montonero», «El indefinido» ambientado el 5 de abril de 1879 y «Las dos revistas» de diciembre de 1879, Abelardo Gamarra no solo se ocupa de la Guerra del Pacífico, sino que advierte sobre la emoción nacional por ingresar en el conflicto. Por ejemplo, un personaje se dirige a otro con euforia: «Que se acaba de declarar la guerra, vida mia. La Patria llama á todos sus hijos, le gente está que se vuelve loca de gusto, se acaba de improvisar un batallón y me voy aunque sea de soldado raso» (85). Próximo a Rojas y Cañas, la tragedia del conflicto vincula el corazón de los peruanos en

torno a la defensa; a tal punto que la muerte es un deber que honra como en los sucesos de mar que protagoniza el monitor Huáscar.

Entre las páginas más emocionantes de Abelardo Gamarra, están las que conforman el artículo «Después de Angamos», que subtitula “La herencia sagrada”. Para el autor, el Huáscar sintetiza el corazón de tantos valientes, como para Rojas y Cañas su gesta supone una hazaña épica sin precedentes, donde el heroísmo se conjuga con la caballerosidad y la generosidad. Pero Gamarra va más allá, pues desaparecido el Monitor con su calidad signica, «ha quedado flotando el guante» (666) de la defensa soberana. Una invitación de amplitud nacional. En buena cuenta, la imagen de Miguel Grau y la resistencia del Huáscar, proyectadas contra el espíritu desvalido de la ciudadanía. Para Gamarra como para Rojas y Cañas, los hechos de Angamos son el universo para la alabanza selectiva y una plataforma para sostener la dignidad de nuestras causas y la fortaleza siempre posible en los momentos de lucha.

Por último, en el juguete cómico en actos «Ya vienen los chilenos», Gamarra aborda la lucha que entablaron los montoneros de Andrés Avelino Cáceres contra el ejército invasor. Si Rojas y Cañas tuvo en Ramón Castilla un mandatario para admirar, Gamarra lo encuentra en “El demonio de los Andes” –Ricardo Palma no será ajeno a la idealización y, por su parte, la figura emblemática será Nicolás de Piérola–. Del texto cabe resaltar el sueño de la victoria. Acaso ya inasible, acaso absurda y vana como fantasía; pero que en boca de los personajes es la más viva muestra de un país que todavía palpita: «como hojas que arrastra el viento / rodarán de peña en peña / cuesta abajo los chilenos» (630).

Rojas y Cañas, realista en sus especulaciones sobre la guerra, también sujetó su prosa a la ilusión cuando en el sur se debatía la soberanía nacional. Así como ocurre en los textos de Abelardo Gamarra, en la vera de “El tunante”, para Rojas y Cañas la guerra no ha terminado y la victoria no estará perdida nunca.

Otro grupo de textos del periodo es la correspondencia privada que sostuvo Ricardo Palma con el “Jefe Supremo” entre 1881 y 1882, reunidas para una segunda edición de 1979 bajo el título de *Cartas a Piérola sobre la ocupación de Lima*.

Las cartas entre familiares y amigos, sostiene Carmen Mc Evoy, no solo pueden evaluarse como literatura personal a una vez íntima, a una vez franca; sino además analizarse como «síntoma de una sociedad regulada por formas de ver y de pensar» (2004: 58). Sugiere una “micro-historia”; y así, considerando que Ricardo Palma ya no era solamente el autor de las *Tradiciones Peruanas*, sino además un escritor de relevancia continental, publicando quincenalmente en la prensa extranjera de Montevideo, New York y México; y siendo el destinatario de su correspondencia quien fuera y sería otra vez Presidente del Perú; la sinceridad de las líneas en cada misiva y la puntualidad con el tema del conflicto, hacen de los documentos un registro subjetivo que es fruto de información privilegiada e influencias ramificadas en el poder y la cultura. Como “micro-historia”, las cartas a manera de crónicas entre Palma y Piérola, dan una lectura del país que, perteneciendo en exclusivo a dos individuos, funciona como un prisma de la visión colectiva de su tiempo.

A diferencia de Abelardo Gamarra y en consonancia –aunque con mayor virulencia– con la perspectiva de los artículos costumbristas de Rojas y Cañas, para Ricardo Palma en la carta del 8 de febrero de 1881, el indio conforma una «raza adyecta y degradada» (1979: 20), ya que no cuenta siquiera con un «sentimiento de la patria; es enemigo nato del blanco y del hombre de la costa y, señor por señor, tanto le da ser chileno como turco» (20). Desnudada su postura sobre el hombre del ande, Palma se anima a sostener que ni la educación alcanzará para inspirarle patriotismo, «será obra no de las instituciones sino de los tiempos» (20). Esta visión extrema tiene su contraparte al ocuparse del araucano como nativo chileno, a quien considera vigoroso y supo resistir a la invasión hispana.

Cercano a la postura de Rojas y Cañas, Palma afirma en la misma carta que «el Perú tiene la desgracia de estar geográficamente enclavado entre enemigos que se holgarían de hacer de él mangas y capirotos» (21). Se extiende en torno de la codicia de Chile; pero también de Bolivia, Ecuador y Brasil. Privadas como son las misivas, el escritor continental revela sus temores y suspicacias sobre las posiciones de frontera con la honestidad de la habladoría. Las cartas exteriorizan a piel, sus temores y exigencias.

Una posición que comparten Ricardo Palma y Ramón Rojas y Cañas, es la referente a la negativa de paz. Si en *La Guerra del Pacífico* continuar con el conflicto es la única manera digna de perpetuarnos como nación; para el tradicionalista, la paz «nos infamaría para siempre, sin esperanza de rehabilitación ante el juicio universal y ante la historia» (22). Incluso, vuelve sobre el tema en una misiva del 9 de abril de 1881: «Para nosotros el deber no es el Dios éxito: el deber es la lucha. No me halago con la idea de paz» (43). Y es que, como entiende también Rojas y Cañas, el invasor ha hecho imposible cualquier acuerdo, desde sus ambiciones políticas hasta la misma usurpación de territorio que no ha considerado abandonar.

De las cartas que Ricardo Palma envió a Nicolás de Piérola, se desprende una imagen que uniformiza lo peruano mediante caracteres negativos y, en escasas ocasiones, al limeño. A este último, Palma no duda en ligarlo al concepto de corrupción y desvergüenza. Narra con espanto que a los pocos días de la invasión, ya se celebraban bodas en la capital cuando el luto nacional era la conducta digna. «Del pueblo y sociedad limeña poco espero. Hay aquí poca virilidad y mucho egoísmo» (44). En buena cuenta, «la policía secreta de los chilenos está servida por hombres y mujeres peruanos» (33), relata en la carta del 5 de abril de 1881.

Palma se filia a Rojas y Cañas por el desencanto; pero si en *La Guerra del Pacífico* se despliega el tono cauteloso del escrito público, en las misivas a Nicolás de Piérola ese

desencanto ostenta la franqueza del texto privado. La resignación ignominiosa enfada al tradicionista, al punto de aseverar que no hay «país tan escaso de hombres como el nuestro» (33). Por supuesto, el más noble a contarse es el “Jefe Supremo”. Desconcertante, Ricardo Palma llega a sostener en una carta del 29 de mayo de 1881 que «el pecado muy gordo» de Nicolás de Piérola es «no haber sido dictador» (47). Podría inferirse una posición altamente tiránica en el tradicionista, una defensa de la forma de poder más nefasta en nuestra historia republicana, una alabanza al ejercicio abusivo contra la democracia. Se podría, mas no se debe juzgar con mirada pública el gracejo privado del autor. En cierto sentido, de expresiones así merece rescatarse la ilusión de un individuo ilustre por un individuo de cualidades excepcionales, uno solo siquiera que proteja al Perú de la «anarquía que nos gangrena» (51). Como en Rojas y Cañas, Palma también puede poner sus ojos en un prohombre para el conflicto con Chile. La prelación del tradicionista es que el suyo está todavía vivo y en espera de refuerzos al otro lado de la cordillera; para Rojas y Cañas el único personaje capaz de elevarse sobre el común no es un presidente ni un general, es un uniformado que murió en Angamos a nombre de un Perú que lo iba a seguir llorando. Miguel Grau es más un paradigma que una persona en la memoria nacional.

Las cartas de Palma no manifiestan grandes ilusiones sobre el colectivo peruano. Es de suponer que, por estar dirigidas a una persona en especial y a esa persona lisonjean mientras se le notician acontecimientos. Por su parte, *La Guerra del Pacífico* es un documento que todavía aspira a creer que en el habitante, en cada uno, late un soldado en pos de recuperar una justa soberanía. Y si bien el tradicionista como Rojas y Cañas consideran que antes de entrar en conflicto ya el Perú era un país empobrecido y arruinado en las finanzas, las perspectivas de futuro son distintas. Ya sea porque *La Guerra del Pacífico* se publicó un año antes de la invasión de Lima, ya sea porque la salud quebrantada de Rojas y Cañas no le permitió participar de las batallas y así cotejar el espíritu colectivo en la defensa de la ciudad, ya sea por un motivo u otro en error o acierto, el caso es que no

es Rojas y Cañas sino Palma quien desconfía en la gente del mañana: «la corrupción está infiltrada no solo en los hombres de nuestra generación sino en la venas de la generación llamada a reemplazar la nuestra» (51). Entre la decepción y el desprecio, en la ruta de la autocrítica, la correspondencia abre el abanico de un porvenir aciago para un territorio enfangando en sus propias miserias.

Resignado, Ricardo Palma en la carta del 27 de junio de 1881 le escribe a Nicolás de Piérola como dirigiéndose a una nación adormecida, asumiendo la envergadura signica de su imagen en el siglo XIX: «No son armas ni municiones lo que más necesitamos para escarmentar al enemigo chileno y vengar los pasados desastres. Es patriotismo y unión» (52). Venganza es una palabra que no se puede rastrear fácilmente en *La Guerra del Pacífico*, publicada un año antes de las misivas cronísticas del tradicionista. Un año y un universo que se trastoca. Siendo cada documento un testigo de su tiempo, las cartas a Piérola –al otro lado del mismo espejo que ocupa el escrito de Rojas y Cañas– sirven también para revelar con toda su franqueza, la velocidad de los cambios que experimentaba el país día a día, el cúmulo de acelerados sucesos que marcaban a la sociedad limeña. Siendo veloces, no dejaron de ser hondos, y su hondura se instaló como trinchera que fractura el devenir de la república peruana.

La Guerra del Pacífico es un texto particularmente híbrido que finalmente ofrece un discurso conmutado en sus estrategias de enunciación. Confrontarlo solamente con publicaciones literarias es empobrecer su multiplicidad de significaciones, encapsulando sus aristas. Así, hacerlo dialogar con las cartas de Ricardo Palma es una primera operación que se complementa con las perspectivas que se trazan en el *Diccionario de Legislación Peruana* y del *Diccionario de Peruanismos*, publicaciones también del periodo de guerra.

En 1879, de la Librería de Laroque salió la «segunda edición corregida y aumentada» –considerablemente ampliada según Carlos Ramos Núñez, también definitiva– del

Diccionario de Legislación Peruana de Francisco García Calderón. En dos volúmenes, el trabajo contiene terminología legal, decretos, definiciones de conceptos como ciudadano, soberanía, entre otros; además de la íntegra transcripción de la Constitución Política de 1860.

Según la Constitución en su Título I, artículo 1, «La nación peruana es la asociación política de todos los peruanos» (537). La definición aforística del documento, que resalta más adelante cualidades de libertad e independencia, se complementa con la entrada a “Nación” que respectivamente se dispone en el *Diccionario*, donde se plantea que la nación también supone el bienestar de sus miembros en el orden de lo espiritual y la existencia de un territorio delimitado en el plano de la soberanía.

Carlos Ramos Núñez en su estudio «*Diccionario de Legislación Peruana* de Francisco García Calderón o la obra de un jurista burgués», sostiene que una «auténtica convicción liberal» (150) guió a su autor en la redacción del monumental trabajo, donde se plantean «el positivismo legal, el nacionalismo jurídico, la secularización, la desvinculación de la propiedad, el conocimiento y el desarrollo del país, la administración pública» (107). Por ende, a partir de miles de páginas de carácter enciclopédico, García Calderón establece una perspectiva para concebir el Perú en el marco del derecho internacional. Establecida la perspectiva en los albores de la guerra, su influencia en la visión de lo nacional delinearía las publicaciones humanistas posteriores.

En ese sentido, *La Guerra del Pacífico* podría ser tributaria de la visión globalizante de nación que, en el plano teórico, hilvana el *Diccionario de Legislación Peruana*. Siendo un clásico de las letras peruanas dentro de una larga tradición romana, medieval y moderna, como asevera Ramos Núñez, el Perú asoma como un constructo organizado y normado por reglamentaciones consensuadas. La imagen de orden aglutina además, a cada elemento de lo nacional. En ese sentido, el *Diccionario* no se aleja del aporte de otro clásico: *Historia de*

la civilización peruana (Lima, 1879) de Sebastián Lorente, con su configuración identitaria y diacrónica de la nación, reivindicando el pasado prehispánico de nuestra cultura.

En ese marco, también cobra relevancia la pionera labor del *Diccionario de Peruanismos* que publicara Juan de Arona en 1883, en las postrimerías de la guerra. Conformado por un listado de palabras de origen criollo –o “corrompidas del español” como sostiene el mismo autor en el texto preliminar de 1882–, por variantes semánticas sin alteración de la escritura con respecto a la norma castellana, por derivaciones del quechua ya en uso popular, e incluso nombres indígenas de lugares y personas, el *Diccionario de Peruanismos* es más que un libro, es un síntoma.

Con carácter prologal, Juan de Arona antecede sus peruanismos con información bibliográfica relevante, dando cuenta de publicaciones similares en otras latitudes del continente. Advierte que el mayor antecedente se encuentra en Cuba con el *Diccionario de provincialismos* de Esteban Pichardo, cuya primera edición es de 1836. En otro orbe, destaca la aparición en Estados Unidos del *Diccionario de Americanismos* de 1848, donde se estudian en ochocientas páginas incluso dialectos ingleses. Lo importante es que Juan de Arona no solo lista libros, bosqueja una postura capital: «emanciparnos ya del impropio calificativo de *provincialismos* con que seguían designando los modismos o idiotismos de pueblos que habían dejado de ser provincias o colonias de España» (12). Y es que, al alejarse del uso común de “provincialismo” para el vocablo local, se alcanza una relativa independencia léxica y se instituye una genuina disparidad cultural con la antigua metrópoli. Pero la operación va más allá, ya que al dejar el concepto “provincialismo”, al no optar por el amplio “americanismo”, sino plantear la ruta del “peruanismo”, se fortalecen las raíces de una viable condición identitaria con el país. Cuenta con entusiasmo Juan de Arona que, por ejemplo en Chile se acepta su defendido concepto, al punto que «Don Zorobabel Rodríguez, que título de *chilenismos* el Diccionario que publicó después del nuestro» (13), se atiene a citarlo constantemente.

Las nacionalidades se afirman con elementos distintivos como la lengua y, en casos como el continente sudamericano donde se comparte el español en forma mayoritaria, esta afirmación se supedita a las variantes dialectales de cada pueblo. Por eso es significativo que en los días aciagos de la Guerra del Pacífico, Chile y Bolivia –según el anuncio en la prensa peruana que está «un Diccionario de bolivianismos próximo a publicarse» (14)– sean los otros dos países preocupados en atestiguar una identidad también léxica. Escrupuloso en fechas y datos, Juan de Arona revela que no ocurre lo mismo en Venezuela o Colombia, en Argentina o Ecuador, Uruguay o Paraguay. Solo en las tres naciones que enfrentaron sus fronteras y sufren invasiones, se componen asimismo documentos que los separan del otro. En la segunda independencia que es la Guerra del Pacífico, los “peruanismos” cumplen el sueño imaginado de la libertad soberana desde el territorio imaginado de la palabra.

El *Diccionario* de García Calderón con su perspectiva del derecho y el *Diccionario* de Juan de Arona con su filiación lingüística –también el trabajo de Lorente en el plano de la historia–, evidencian que durante los años de guerra se practicaron solventes esfuerzos por robustecer una imagen nacional orgánica, anclada en el tiempo y proyectada hacia el futuro. Sistemática y multidisciplinaria, esa imagen se complementa también con *La Guerra del Pacífico* de Ramón Rojas y Cañas.

3. EL DEVENIR DE LA REPÚBLICA FRAGMENTADA

La ruina peruana luego de la Guerra del Pacífico, *grosso modo* puede ser la consecuencia natural de la incapacidad de su clase dirigente durante el conflicto y de la nulidad de las grandes masas para hacerle frente al invasor. En ese sentido, la victoria chilena no solo podría explicarse por su alta capacidad de organización y cualidades belicistas sino, sobre todo, por razones que tuvieron su asiento en Lima y desde la capital se extendieron a otras regiones de la costa, el ande y la Amazonía. Sin embargo, para afianzar una perspectiva

más amplia, es importante abordar las características de cada una de las tres naciones en disputa, estableciendo las representaciones imaginadas de los sujetos que las conformaban en los umbrales del año 1879 y delimitando las características de pertenencia o exclusión de los mismos.

3.1. LA NACIÓN PERUANA Y LOS SUJETOS QUE LA REPRESENTAN

Un año después de proclamada la independencia del Perú, el 16 de diciembre de 1822 se promulgó la Constitución para lo que se ha venido a llamar la «Primera República»³⁴. La Carta Magna señalaba en su título I: «Todas las provincias del Perú reunidas en un solo cuerpo forman la Nación peruana, cuyo gobierno es popular representativo»; mientras que el II precisaba: «La soberanía reside esencialmente en la nación». Es decir, la pretensión originaria luego de la emancipación era de un carácter inclusivo, abierto y homogenizador, «un régimen de autenticidad» (MC EVOY 1999: 238) donde el país sería de todos los peruanos y la territorialidad un dominio intransferible. Sin embargo, las décadas siguientes demostraron la fragilidad práctica del anhelo.

Preguntas como las que plantean Carlota Casalino y Rafael Sagredo en «Representaciones y nociones de Perú y Chile en el siglo XIX» (2006) sobre ¿quién era ciudadano? y ¿quien estaba incluido en la República?, se tornan capitales a la hora de evaluar nuestro devenir independiente.

Las ciencias sociales y una corriente de la disciplina histórica han planteado desde hace décadas que la crisis financiera, la fractura social, la decadencia moral y las guerras internas que soportó el Perú durante su primer medio siglo de vida republicana, se explican en parte porque en su nacimiento fueron «las fuerzas económicas internacionales, y no el fervor nacionalista, las que empujaron a la elite peruana a una situación que nunca buscó de

³⁴ Para los párrafos en torno al civilismo, me valdré de los aportes documentales y algunas categorías establecidas por Carmen Mc Evoy en su libro *Forjando la nación. Ensayos sobre historia republicana* (Lima-Sewanee, 1999)

manera intencional» (Mc Evoy: 192). Así, los caudillajes, el militarismo y la incursión en costas americanas de una España con afanes monárquicos, incitan en un grupo de peruanos una relectura de los planteamientos originales. Si el proyecto que palpitaba en la Constitución había muerto con la sangre derramada en la persecución individual del poder y a los pies del capitalismo guanero que circunscribió el progreso a las urbes, la oportunidad de rectificar el destino colectivo tendría que forjarse desde un sillón presidencial de ancha base.

Con esos fines, en 1871 se inicia la campaña presidencial del partido civilista –que es considerado el primer partido político formal del Perú– bajo una experiencia globalizante que proyecta fundar la «República práctica». El 24 de abril de ese año se reúnen en casa del abogado José Antonio García y García «un grupo heterogéneo de peruanos: comerciantes, banqueros, artesanos, agricultores, maestros escolares y catedráticos universitarios». La intención que los convoca es «cristalizar el ideal republicano de la independencia» (228); el candidato es Manuel Pardo, hijo del escritor costumbrista Felipe Pardo y Aliaga, antiguo Ministro de Hacienda, Alcalde de la ciudad de Lima; y la agrupación que conforman, la “Sociedad Independencia Electoral”. Otra vez, un anhelo.

El movimiento nace en la capital del Perú, pero sus redes se tejen hacia otras ciudades del territorio nacional, involucrando también a mujeres e indígenas propietarios de las zonas rurales; además, inscribe sus rasgos utopistas dentro de una corriente de movimientos latinoamericanos impulsados por intelectuales tan influyentes como el ensayista Eugenio María de Hostos. Para el caso peruano, el discurso del candidato Manuel Pardo convoca «a los sectores “decentes” nacionales. Éstos, debieron de ser convencidos mediante una activa propaganda de que su participación política era fundamental en la construcción de la

república» (232), y al convocarlos, propone un modelo ciudadano que impulsa el desarrollo a partir de la laboriosidad³⁵.

Para Mc Evoy se plantea una “República del Trabajo” que sigue el régimen de autenticidad de la independencia con una propuesta política, económica y cultural; aunque entre sectores tradicionalmente antagónicos. Esta «comunidad imaginaria» (234) enfilaba sus miras hacia una modernización racional del Perú con una utopía miope frente a la descomposición social y las fracturas de la nación. Homogenizadora e idealista, sus aspiraciones de altura tuvieron en la misma altura sus obstáculos, sus riesgos, sus complicaciones.

Manuel Pardo fue el primer presidente civil luego de medio siglo de militares, y el civilismo con su tesis “desarrollista” comandó el Perú durante dos regímenes entre 1872 y 1878, fundamentalmente³⁶. El saldo fue el acrecentamiento de la crisis económica heredada del mandatario José Balta y atacada con desacierto mediante la emisión estatal de millones de soles; inestabilidad ministerial durante algunos años; montoneros en el ande, levantamientos e incursiones subversivas por mar y tierra; la amenaza de una guerra continental para la cual se construían ferrocarriles cuando lo que se precisaba era la compra de armamento ante un enemigo expansionista; acreedores tras el gobierno y un gobierno conformado por “desertores y tráfugas” (según Jorge Basadre) en un país dividido entre dos corrientes políticas de rivalidad irreconciliable. Peter Klaren en *Nación y sociedad en la historia del Perú* (2004) sintetiza la decepción así:

³⁵ Es importante resaltar que en menos de una década, Ramón Rojas y Cañas en *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1880) precisaría que la característica negativa del peruano era su poco afecto al trabajo. Destaca la dignidad, el patriotismo; pero denuncia la holgazanería como marca distintiva nacional. El discurso civilista puso el acento en un aspecto que no había tenido cabida en proyectos anteriores, como un lastre para el progreso. En eso orden, Rojas y Cañas da cuenta de lo irresuelto del tema y su prioridad en la agenda del país.

³⁶ Manuel Pardo fue asesinado por el soldado Melchor Montoya de un disparo en la espalda. De vuelta de Chile el 2 de setiembre de 1878 y como ex mandatario de la República, había sido elegido presidente del Senado a pesar de la oposición de importantes sectores políticos. Muerto una hora después del atentado, los funerales tuvieron la pompa y honores de un gobernante, declarándose duelo nacional y propiciándose una romería para multitudes en la capital.

Puede decirse con certeza que fuerzas mucho más grandes, como el impacto de la depresión mundial de 1873; junto con el agotamiento de los depósitos de guano y el estallido de la Guerra del Pacífico, pusieron fin a toda posibilidad que el Perú tuvo, a mediados del siglo XIX, de dar el gran salto desarrollista. (231)

A pesar de la primera Constitución en su aspiración abarcadora con todos los grupos humanos del país y mucho más tarde el proyecto civilista con la concertación de pluralismos, lo cierto es que durante la emancipación y luego de ésta, la fractura social hacía inviable la nacionalidad sobre la nación. Karen Sanders en *Nación y Tradición*, sostiene: «Criollo luchó contra criollo. Indio contra indio pero una vez que la causa independentista había ganado, todos se convirtieron en patriotas y el derrocamiento de la tutela española vino a ser identificado con el verdadero patriotismo criollo» (190)³⁷. Una patria que se organizaba desde la capital a pesar de no contar con suficientes caminos, vías de acceso interregional, conexiones de correo o derecho ciudadano para cada individuo dentro de las fronteras; así, la identidad de los indígenas surgía en torno a la referencia local, sin vínculo fuera de sus lindes. Su patriotismo se enclaustraba en el orbe reducido y cerrado de la comunidad³⁸. Por lo tanto, sostiene Juan Ossio en *Los indios del Perú*: «un Estado Republicano que debía contar con el sustento de una nación. Es decir, con una base humana supuestamente unida por valores comunes. No obstante, si bien éste era un ideal, la realidad era otra» (1992: 209).

Completando el marco social del período, Thomas Ward en *La resistencia cultural* (2004) plantea además una paradoja: El hecho que existiera un tributo indígena durante las primeras décadas de la República, articulaba el vínculo con el Estado, las responsabilidades

³⁷ Cabe recordar que Daniel del Castillo acuñó el concepto de proyecto nacional limeño-criollo para los esfuerzos de la elite capitalina por imaginar las características, soberanía e, incluso, la identidad de lo nacional durante el auge guanero entre 1845 y los albores de la Guerra del Pacífico.

³⁸ Esta visión localista no se ha extinguido. En *Gregorio Condori Mamani. Autobiografía* (Cusco, 1977), trabajo testimonial que los etnógrafos Valderrama y Escalante realizaron con el protagonista que da título al libro, el discurso en quechua se inicia con una referencia personal: «Aqopiyamanta kani, ñan tawa chunka wataña llaqtaymanta chayamusqay, Gregorio Condori Mamani suty» (Soy de Acopia, hace cuarenta años que

frente al mismo y el imaginario de pertenencia que subyacía a esa responsabilidad. Abolida la carga por el presidente Ramón Castilla en la mitad del siglo XIX, se conseguía libertades más plenas sobre una penalidad de carácter colonialista; pero también, «sin el dominio miserable de los impuestos, los diversos pueblos dejaban de pensar nacionalmente, reduciendo su interés a las relaciones locales» (156). La conciencia de lo peruano, dispersos, sin comunicación, desinteresados ya del gravamen periódico con Lima, restringía los horizontes de la identidad en la vasta población del ande y la montaña.

Los indígenas que habían sido declarados peruanos por don José de San Martín, no elegían con plena libertad a sus autoridades —salvo si eran propietarios— ni podían movilizarse socialmente en la urbe con el señorío de un ciudadano. En ese universo, se levantaron con letras y armas para protestar frente a lo peruanidad de lo costeño³⁹. Entre tanto, los esclavos negros fueron liberados por fin, iniciando un proceso migratorio de pequeña escala en el país; mientras que, pobladores chinos eran importados al Perú como peones con trato de siervos endeudados, en reemplazo de los manumitidos. «La segunda mitad del siglo XIX forjó una sociedad más compleja que la del coloniaje, y desde luego más que la del Tahuantinsuyo» (Ward: 157)

Con claridad, Karen Sanders sustenta que, cuando se hablaba de los peruanos, la referencia era a los habitantes criollos de un territorio vasto y no bien definido; en divergencia con la relativa participación indígena en la vida política del Perú, donde incluso

llegue de mi pueblo, me llamo...) De tal forma que la identidad se debe esencialmente a la comunidad originaria, luego al tiempo de permanencia con la colectividad y, por último, a la individualidad del sujeto.

³⁹ En torno a este aspecto, existe la voz disidente de Carlos A. Forment en un artículo de *Ciudadanía política y formación de las naciones*: «El estudio del escenario público peruano durante la segunda mitad del siglo XIX me ha persuadido de que la democracia, entendida en los términos de Tocqueville, como forma de vida arraigada en la igualdad y la libertad, estaba ya generalizada en este periodo, contra lo que sostiene la mayoría de interpretaciones.» Focalizando su análisis en los grupos dominantes, concluye que «la elite cultural no desempeñó un papel importante en la creación de poder social, pero sí en imaginar la democracia» (2002: 228-229). Ahí radica el mérito de una minoría y la razón de su postura.

los indios analfabetos con ser adultos y varones tenían acceso nominal al voto popular⁴⁰. En ese contexto, el coronel y comerciante andino Juan Bustamante y Dueñas en 1867 reclama la puesta en práctica de la liberalidad de la Constitución originaria, donde todos los miembros de la nación debían ser tratados por igual. Fundando la “Sociedad amiga de los Indios”, encabezó la Rebelión de Huanacauré (Puno) en respuesta a medidas tributarias contra el campesinado durante el régimen de Mariano Ignacio Prado.

Para el historiador Nelson Manrique, el Perú con los dos tercios de su población indígena y la inversión gubernamental concentrada en la industrialización que no favorecía a esas inmensas mayorías, demostró la visión profundamente racista de su elite dirigente, impidiendo los esfuerzos de integración. Por lo tanto, la década del setenta será el decenio de las revueltas en el territorio peruano en los umbrales de la conflagración del Pacífico. Esa elite dirigente estuvo conformada por la burguesía nacional. Entendiendo la burguesía como una manera de pensar y de actuar, una cultura con su propia cosmovisión, ésta logró elevarse claramente sobre los otros grupos sociales del país. Con poder político y económico, además de la alta formación educativa y su influjo en la sociedad desde los principales cargos del aparato estatal y privado, la burguesía tuvo las riendas del Perú en 1879. Por tanto, como sostiene Margarita Guerra en «La burguesía y la guerra con Chile» (2004), a ellos correspondía asumir un rol directivo durante el conflicto. En opinión de Guerra, la burguesía «no rehuyó desempeñar ese papel» (264), haciéndolo en la «medida de sus posibilidades» (262). A la luz del tiempo, cabe suponer con algo de ironía, que las posibilidades fueron muy escasas para resultados tan nefastos, frisando con la ruina nacional y conllevando una invasión extranjera de tres años.

⁴⁰ Durante la llamada República Aristocrática (1895-1919) se promulga una nueva ley electoral de 1896 que cierra la oportunidad de participación democrática al grueso de la población indígena, centralizándose así el de decisión en las ciudades.

En conclusión, se tiene con la Guerra del Pacífico el «acontecimiento traumático que reveló la bancarrota del Estado peruano y la inexistencia de la cohesión nacional» (Sanders: 190). Tomas Ward, lo explica en términos sencillos y descarnados:

Cuando estalló, lo que debía ser un conflicto enconado entre Estados, se convirtió rápidamente en una lucha social. Varios hacendados peruanos, “atrapados” entre indígenas, negros y coolíes, advertían un peligro social y se alían con los chilenos. Los chinos percibían la guerra como una apertura para liberarse de las cadenas en que se encontraban. Los indígenas la veían como cosa de blancos. (157).

En síntesis, el Perú estaba conformado por grupos claramente diferenciados, a veces opuestos entre sí, donde los contrastes étnicos, económicos y sociales, se ampliaban a partir de un conjunto de imaginarios históricos que perpetuaban los conceptos del dominador y dominado, de oportunidades y exclusión. La Guerra del Pacífico intensificó las fracturas ya evidentes de la sociedad nacional, donde la inserción de todos los sujetos que debían representarla incluso en el plano constitucional, eran letra muerta para el accionar político. La multiculturalidad no fue una oportunidad de desarrollo armónico en los diversos planos de la ciudadanía, sino el caldo de cultivo para la incomprensión y la indiferencia sectorizada.

3.2. LA NACIÓN BOLIVIANA Y LOS SUJETOS QUE LA REPRESENTAN

Roberto Querejazu en la clásica publicación boliviana sobre la Guerra del Pacífico *Guano, salitre, sangre* (1979), sostiene que tanto su país como el Perú, nacieron y continuaron durante el siglo XIX como países fracturados socialmente:

La vastedad de los territorios y la gran separación de las áreas aptas para la agricultura y la minería, tuvo el efecto de que los centros poblados estuviesen muy alejados entre sí, separados por cadenas de montañas, selvas o ríos. Los regionalismos tuvieron más fuerza que el concepto de patria única. Los gobiernos nacionales se vieron combatidos por caudillos locales. Las revoluciones y guerras civiles se convirtieron en un mal endémico. (224).

Por otro lado, es oportuno recordar que Antofagasta, entonces territorio costero de Bolivia, estaba mayoritariamente poblado por chilenos y otros extranjeros. Provincia rica en recursos naturales como el guano, el salitre y los minerales, fue convulsionándose poco a poco a medida que se descubrían sus riquezas. En torno a esas circunstancias, relata Querejazu que en un afán de apertura y atendiendo a la realidad poblacional de la región, el gobierno boliviano dispuso que, para las elecciones de la Junta Municipal, no solo podrían competir candidatos nacionales, sino también foráneos con un año de residencia en el puerto.

Cuando en 1875 los candidatos bolivianos parecían llevarse la victoria, el postulante chileno Ramón Segundo Arancibia publicó una hoja infamante como transcribe el autor de *Guano, salitre, sangre*: «¿Qué clase de hombres sois vosotros? Miserables intrigantes, mendigos del saber, de fortuna, de civilización (...) Al llegar al litoral dejasteis el tocuyo y os vestís como hombres decentes, pero por entre el sombrero de copa asoman vuestras orejas y por entre las bragas se os ve el rabo. ¡Atrás, hijos espurios de la noble tierra!» (193).

La perspectiva chilena en calidad de extranjeros laborando el suelo boliviano, no se limitó a un escrito aislado; fue la postura generalizada que mantuvieron durante años en virtud del crecimiento comercial que alcanzaban y la escasa población oriunda en las costas. El escrito animaliza al otro, plagando sus características de defectos, usurpando sus territorios –“hijos espurios”– en el plano del discurso. Fuera de ser una visión sesgada sobre los habitantes de un país ajeno que se usufructúa, las condiciones de vida en el altiplano se hacían históricamente infaustas como lo plantea sin dudas Roberto Querejazu: «en Bolivia, la permanente intranquilidad política perjudicó el desarrollo económico y frenó el progreso material y cultural» (227); más adelante agrega, «tampoco hubo en política competencia doctrinaria» (230).

En este escenario se suma que, poco antes de la guerra, Bolivia fue azotada por la peste, las sequías acabaron con los cultivos y «la tradicional miseria de la clase indígena» (255) se acrecentó, a decir de Querejazu. En 1878 no se cosechó trigo ni maíz ni tubérculos. Se originó un monumental éxodo del campo a la ciudad. «El agricultor se convirtió en mendigo» (255). Querejazu transcribe los periódicos de noviembre y diciembre donde las palabras pordiosero, hambre y muerte, se citan constantemente. El cuadro es desolador, con procesiones sin término de escuálidos indios esperando la caridad. Recorren las calles con la enfermedad del paludismo en el cuerpo y el infortunio en el rostro. Primero fueron objeto de la piedad y luego, agudizándose el problema, del rechazo. El gobierno sacó a los militares de sus cuarteles para resguardar la estabilidad del régimen ante la desesperación de los habitantes; pero ya los saqueos y el pandillaje se habían iniciado. Incluso, llegaron a cerrarse las minas de Potosí, conllevando desempleo, conllevando desesperación. Los diarios de las ciudades, como *El Comercio* de la Paz, no cejan en la noticia: «la clase indígena aumenta de manera extraordinaria» (257).

Los indígenas en el país sin “progreso material y cultural” eran una clase distinta que se percibía tan distante como ajena al invadir las urbes con sus suplicas y necesidades.

En ese contexto social estalló la Guerra con Chile. Durante los días siguientes, de euforia entre los señores de las ciudades, las banderas y estandartes de Bolivia, Perú y Argentina —aunque no participaría en el conflicto—, flamearon entre discursos y comunicados de respaldo a la decisión del gobierno.

Querejazu pinta la situación nacional de manera muy clara, delimitando el rol y competencias de los actantes: «Las poblaciones blanca y mestiza se conmovieron, pues, en todos los centros urbanos al enterarse de la lanzada chilena en un costado de la república» (280). Por el contrario, «los indios, marginados de la vida política, diezmados, hambrientos y enfermos de paludismo, ignoraron el drama internacional. Se dedicaron a alistar sus

arcaicos arados, acompañando con lágrimas de alegría las lluvias que ese verano iban regando sus diminutas parcelas» (281).

Bolivia llegó a la Guerra del Pacífico no solamente empobrecida y diezmada por la ruina de la peste, sino también desunida, donde los sujetos que conformaban la república tenían perspectivas muy diferentes sobre el destino colectivo o el individual. Como Querejazu, el historiador Carlos Meza y la ensayista Elizabeth Burgos, refieren que los indígenas no participaron activamente en el inicio de las conflagraciones, en muchos de ellos ni siquiera el concepto de la pertenencia a la nación estaba desarrollado.

La misma Elizabeth Burgos en «Bolivia o la pasión nacional» (2005) afirma que la Guerra del Pacífico es el mayor trauma que ha sufrido su país, perdiendo el litoral, enclaustrándose en el continente y generando una dependencia con Chile que nunca termina; a pesar de esto, el trauma no unió en la defensa a todos los sujetos de la nación. Sería recién con la lucha por la región del Chaco en 1932, que se logró la participación «de todos los estamentos étnicos y de clase del país; por lo que significó también un elemento de encuentro y de cohesión nacional: pues los bolivianos, en esa guerra, “se reconocen entre sí”». Según Burgos, las masas obreras y campesinas luego de la derrota, tuvieron oportunidad de protagonizar la vida política boliviana. Así, a pesar de una nueva ruina, se pudo «conquistar el país histórico».

Siguiendo sus ideas, se puede presumir que solo medio siglo después de la Guerra del Pacífico, Bolivia encontró el sendero de la idea nacional con un carácter plenamente inclusivo, siquiera en el plano del imaginario y algunas conquistas prácticas.

3.3. LA NACIÓN CHILENA Y LOS SUJETOS QUE LA REPRESENTAN

Relata el historiador boliviano Roberto Querejazu en *Guano, salitre, sangre* (1979), que Diego Portales en carta al General Blanco Encalada –quien iba a combatir a Santa Cruz,

quien iba a enfrentarse a la Confederación Perú Boliviana—, le recordó que «su misión era “conquistar la segunda independencia de Chile”» (226).

Si la “segunda independencia del Perú” se libró en la Guerra del Pacífico como sostienen Palma o Rojas y Canas, ese proyecto terminó en ruina, ya que el conflicto dejó el saldo de la derrota moral, militar y territorial. Por el contrario, si la “segunda independencia de Chile” estaba en la victoria de 1839 ante la Confederación, el país del sur renació vigorizado por un resultado acorde con sus objetivos. En cierto sentido, la separación definitiva de Perú y Bolivia homogenizó definitivamente las fuerzas en el Pacífico, facilitándole a Chile el crecer sin la sombra de un inmanejable poder soberano al norte de sus límites. Derrotado Santa Cruz, los regímenes chilenos con su equilibrio y perspectivas colectivistas, no tuvieron más que enfocarse hacia dentro de sus fronteras para desarrollar el proyecto nacional que habían delineado.

Cristóbal Aljovín y Eduardo Araya en «Prácticas políticas y formación ciudadana» (2006), refieren que entre «1823 y a lo largo de todo el siglo XIX, con la sola excepción de 1891, los electores fueron convocados regularmente a votar por elecciones de presidente de la República y en comicios parlamentarios y municipales» (203). La estabilidad política ha sido una constante en el devenir chileno, y con esta estabilidad, también el crecimiento económico y las formas inclusivas de ciudadanía.

Sin alejarse de estas reflexiones, Carlota Casalino y Rafael Sagredo en «Representaciones y nociones de Perú y Chile en el siglo XIX» (2006), destacan la «asociación entre geografía y sociedad que resulta esencial para comprender la evolución de Chile en el siglo XIX» (132). En ese sentido, «el primer intento sistemático de ofrecer una imagen geográfica del país es el que Vicente Pérez Rosales realizó en 1857 al dar a la imprenta su *Ensayo sobre Chile*» (134). El texto, publicado originalmente en francés, se tradujo al español dos años después, alcanzando una «amplia acogida» (141) al punto de

establecerse su uso en bibliotecas populares como reza en la propia portada. Su carácter no solo fue fundacional sino además, sus planteamientos llegaron a ser paradigmáticos.

En lo referente al país y la población que lo conforma, Pérez Rosales entrega cifras censales de las ciudades y las provincias, agregando un número aproximado de extranjeros para todo el territorio. Por otra parte, en cuanto al pueblo araucano no ofrece un dígito sino una estimación: «no debían exceder los diez mil sujetos» (139). Lo significativo está en que, los araucanos son objeto de comentarios y observaciones del autor; nunca de la indiferencia como población indígena y menos, desprecio. Comprende que la supervivencia agrícola del país depende de ellos y, sobre todo, «relativiza la virulencia y aislamiento que, tradicionalmente, se atribuía a los araucanos y, por ello también las dificultades para incorporarlos al desenvolvimiento nacional» (139).

Ensayo sobre Chile toma una postura inclusiva con cada uno de los grupos constitutivos de la república. En el orden de los imaginarios, Chile se convierte en prueba de las armónicas relaciones interpersonales entre los individuos, al punto de sostenerse que es «en el plano de la organización social “el único asilo de la paz, del orden y del progreso en la antigua América española”» (140).

Siguiendo la ruta trazada por *Ensayo sobre Chile* de 1857, en 1871 se publica *Elementos de geografía física* de Diego Barros Arana. Explican Casalino y Sagredo que, delimitado el país entre los «24 y 33 grados de latitud sur» (148) –y dejando fuera solamente a la Patagonia por ser un territorio ignoto aún y en disputa con Argentina–, el texto de enorme éxito nacional e internacional generó una «optimista caracterización del territorio nacional y sus habitantes» (148).

Se puede inferir que, con estas publicaciones y otras como la *Sinopsis estadística y geográfica de Chile* de 1879 en adelante, se logró obtener una continuidad en la imagen que del país se venía construyendo. Inclusivo, Chile se presenta también como una nación

moderna que sustenta en las nuevas formas científicas una manera de leerse así misma. Esa lectura no se restringe a las características territoriales y, por consecuencia, a sus recursos naturales además de la fauna o flora; sino, sobre todo, la lectura registra las cualidades del país por la totalidad de sus habitantes y la proyección al futuro del colectivo. Sin atascarse en el engrandecimiento algún pasado histórico, Chile se proyecta al mañana, donde el conocimiento es el instrumento para reconocerse y ese reconocerse involucra a cada uno de los sujetos que representan la nacionalidad.

Ejemplarmente, como sintetizando y complementando lo afirmado líneas arriba, Francisco A. Encina en el tomo XXXI de *Historia de Chile* (1984), obra clásica y monumental –también nacionalista⁴¹–, sostiene que iniciado el conflicto «actuaba una fuerza que en la guerra representa más que las armas, la organización y el comando: la reacción de la vitalidad de un pueblo enérgico y viril, convertida en la voluntad guerrera de un Estado en forma» (63).

El Chile de Encina no se reduce a una elite de poder ni a los ejércitos adiestrados, es el pueblo ya constituido y militarizado que asume la lucha que ha firmado su gobierno.

4. LA IDEA DE NACIÓN EN *LA GUERRA DEL PACÍFICO*

En muchos sentidos, la Guerra del Pacífico demandó del colectivo peruano –de manera explícita o implícita–, una reflexión en torno a la noción de su propia identidad. De tal forma que, conceptos como soberanía, ciudadanía, patria y nación, se tornan imprescindibles para evaluar el impacto en el plano de las mentalidades de un conflicto que desarticuló la conciencia de la dignidad en el pueblo peruano. Si Rojas y Cañas consideraba que la paz era un imposible en el conflicto fraticida, reclamando una lucha

⁴¹ Para Francisco A. Encina, el avance de Chile sobre territorio boliviano se explica por un «espíritu de empresa» que nada tiene que ver con el afán de «conquista o de predominio». Incluso, sostiene que se «exploró el desierto, descubrió y explotó sus riquezas y encendió la vida en sus entrañas». De tal forma que «el impulso expansivo político tenía que surgir, por la fuerza misma de las cosas, en las regiones donde no

inagotable a pesar de cualquier consecuencia, es ahora oportuno determinar el marco de referencia y, sobre todo, establecer finalmente la idea de nación que delimitó el autor en su texto, a mitad de camino entre las razones de la justicia y el apasionamiento patriótico.

4.1. LA NACIÓN: MARCOS DE REFERENCIA CONCEPTUAL.

La palabra nación, con un imaginario análogo al utilizado en nuestros días, se registra en los documentos de las Cortes de Cadiz a principios del siglo XIX e, incluso, en sucesos más precoces como la Revolución Francesa⁴². Tzvetan Todorov en *Nosotros y los otros*, narra que en vísperas de la toma de la Bastilla se creó un espacio de legitimación e igualdad en oposición al derecho real o divino mediante el grito de “¡Viva la nación!”, en vez de “¡Viva el Rey!” Empero, fue Pasquale Stanislao Mancini quien aporta una definición humanista que sistematiza el conjunto de factores identitarios. En la lección de apertura del Curso de Derecho Internacional y Marítimo pronunciada en la Universidad de Turín en 1851, sostiene que existen «dos formas perpetuas de asociación humana, la familia y la nación» (1985: 25), donde esta última viene a ser una «sociedad natural de hombres conformados en comunidad de vida y de conciencia social por la unidad de territorio, de origen, de costumbres y de lengua» (37).

Atendiendo a la etimología, la palabra viene del latín *natio*, que a su vez deriva de *nascor* (“nazco”) y se usaba en la Roma clásica para hacer referencia a un pueblo lejano y extranjero como plantea Karen Sanders en *Nación y Tradición*. Sin embargo, «en la Edad Media, *natio* –o las palabras equivalentes en lenguas vernáculas de Europa– seguía siendo usado para describir pueblos lejanos, pero también se comenzó a usar para grupos humanos

había población autóctona» (44). Sin caer en la ironía, se puede inferir de Encina que la responsabilidad por la invasión chilena en Bolivia está en la propia nación boliviana.

⁴² Tomas Ward plantea en *La resistencia cultural* que el término nación ya se utilizaba en escritos del Renacimiento; por ejemplo en *Comentarios Reales de los Incas* (Lisboa, 1609), donde Garcilaso de la Vega llama “grandes naciones” a las civilizaciones del Nuevo Mundo. Apunta Ward que la peculiaridad estriba en que la condición nacional se encuentra supeditada a la “república cristiana”, lejos de toda autonomía.

distinguidos por su origen o lengua comunes» (Sanders: 38) Entonces, el término adquiere un contenido político en el siglo XVIII, además de la impronta cultural y sociológica.

Pero no será hasta 1879 con la publicación corregida y aumentada del *Diccionario de Legislación Peruana* de Francisco García Calderón, que se defina finalmente para el país el concepto de nación: «sociedad que tiene por objeto la conservación y felicidad de asociados, que se gobierna por leyes positivas emanadas de ella misma, y es dueña de una porción de territorio» (1407). Correspondiendo a esta perspectiva, en los manuales de enseñanza escolar de 1876, la nación «era la reunión de todos los individuos de todo sexo, edad, condición y estado que viven bajo un mismo gobierno»⁴³.

Llegado a este punto, es importante precisar que Todorov establece dos especies de grupo desde su perspectiva: las entidades étnicas que sintetiza en la cultura y las entidades políticas que sintetiza en el Estado. Colige entonces que, «por lo que toca a la nación, ésta es una entidad *a la vez*, política y cultural» (203) Este enfoque lo lleva a sostener que existe un nacionalismo cultural que conduce al individuo hacia lo universal y un nacionalismo cívico, de catadura egoísta y sustentado en una elección preferencial. Por lo tanto, para Todorov la «verdadera escuela de solidaridad se encuentra en los grupos inferiores a la nación en cuanto a tamaño: la familia o el clan, luego el poblado o el barrio» (205). Esta posición explicaría la idea de Carmen Mc Evoy en las conclusiones de su artículo para el libro *Ciudadanía política y formación de las naciones*, donde afirma que el proceso de individualización es el atributo básico del ciudadano, en tanto sujeto a deberes y derechos. Sentencia que en el Perú, este proceso fue «lento y dificultoso» (268). Volviendo a Todorov, la nación con su desmesura territorial parece infinita para cualquier persona, impidiendo que «se puedan tener muchos intereses comunes» (206). Finalmente, «si bien la implicación entre cultura y Estado no es rigurosa en el plano de la simple lógica», pues se

⁴³ Manuel Atanasio Fuentes. *Principios de Derecho Político peruano para el uso en los colegios de instrucción media*. Lima: Imprenta del Estado, 3.

vincula en los conceptos la tradición, la lengua, la religión, el arte, el folclore, etcétera, con las leyes, los límites soberanos, los poderes, etcétera, «puede volverse imperativa bajo ciertas circunstancias históricas» (207).

Una definición sintética y polémica es la de Benedict Anderson con un espíritu antropológico en *Comunidades imaginadas*. La nación es «una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana»⁴⁴ (23), donde las comunidades deben ser distinguidas por el estilo en que fueron imaginadas en la narración.

En el orden de lo práctico, es importante adelantar distinciones entre los conceptos de Estado y patria frente a la complejidad de un término como nación. Karen Sanders hace hincapié en la errónea visión de creer que donde existe una nación existe un Estado y viceversa. Por ejemplo, con la independencia nace el Estado peruano, fundamentalmente en 1822 con la Constitución y la consolidación del Parlamento, mas la existencia de la nación peruana y, sobre todo, su nacionalidad, se revolvían en el escenario de lo incipiente. Por otro lado, la patria «en su sentido primordial, se refiere a la tierra de los padres recibida como herencia (...) es una herencia preeminentemente espiritual» (Sanders: 128), donde su referente primario es el pasado.

4.2. LA PATRIA, LA IDENTIDAD Y LA IDEA DE NACIÓN

En 1611, Sebastián de Covarrubias en el primer diccionario del castellano, en su *Tesoro de la Lengua*, definió al Perú en los siguientes términos:

Provincia famosísima en la India Occidental, conquistada y señoreada de los Católicos Reyes de España, de donde se han traído tantos millones de oro y plata. Y en cambio desto se les ha comunicado a la santa fe católica, tan asentada en aquellas partes, como en las demás donde se há predicado el Evangelio.

⁴⁴ Tomas Ward objeta el planteamiento de Anderson en la medida que éste obvia «el impacto de la cultura en general» y «las individuales culturas autóctonas» (2004: 30)

El dogma es el beneficio de un canje mercantil y las vetas mineras, la razón para la notoriedad del territorio. “Provincia famosísima... conquistada y señoreada”; es decir, la grandeza subordinada al huracán de los negocios cuantiosos. Y entonces, en las entrañas del continente, late la patria de las quimeras. El Perú sintetizado en un trato.

Andando el tiempo, se implantó el Virreinato y sobrevino la independencia del país. Antes, las perspectivas del «Mercurio Peruano» a fines del siglo XVIII, propulsando un discurso genésico de incorporación –por lo menos tolerante– del elemento indígena en el entretejido nacional de preeminencia criolla. De manera incongruente, con veinte presidentes y trece revoluciones triunfantes entre 1831 y 1879 al inicio de la Guerra del Pacífico, el Estado era una entelequia que lideraba el trasfondo de una fractura social irresuelta. Dentro de este universo, inscribe Rojas y Cañas su postura.

En el *Museo de Limeñadas* de 1853, Ramón Rojas y Cajas consideraba a las serranías del Perú como los «pueblos de embrutecimiento y de material y espiritual debilidad» (140), dejando sentada en muchos pasajes su especulación de lo peruano como lo limeño y la analogía del país con una casa. En *Serenata al Murciélago* de 1867, apunta: «Tenemos en fin, todos los aparatos para aparentar una civilización y una cultura europea, pero estamos un poquito mucho distantes de alcanzar ese legítimo grado de civilización con que nos ufamamos» (21), vinculándose con una postura de xenofilia cultural que tanto había criticado en sus escritos costumbristas. En *Vicios y virtudes* de 1873, pinta el trato del presidente del Perú, Mariscal Ramón Castilla, con sus subordinados como un miramiento de lo superior hacia el piélago de la subalternidad⁴⁵.

La idea de nación que Rojas y Cañas ha dejado entrever en sus obras previas a *La Guerra del Pacífico* (Lima, 1881), está signada por tres factores:

⁴⁵ En calidad de anexo 2, se consigna al final de esta tesis un conjunto de fragmentos de publicaciones periodísticas en donde Ramón Rojas y Cañas esboza algunas ideas en torno al Perú y su perspectiva de lo nacional.

- a. Lima es el Perú, componiendo la imagen del país bajo los presupuestos de lo criollo, donde el ciudadano es la ficción de lo blanco y letrado como elemento homogéneo en el orden étnico-cultural frente a los otros agentes que habitan el territorio.
- b. El Perú es un país atrasado desde una perspectiva que privilegia el progreso capitalista como una virtud y la hegemonía cultural de Occidente por encima de otras manifestaciones nativas. Así, correspondiendo con la postura que Fidel Tubino devela en torno a la identidad nacional, se configura una identidad *idem* que pregunta por el “¿qué soy?”, en desmedro de una ipseidad que indaga sobre el “¿quién soy?”⁴⁶.
- c. Finalmente, la incivilidad que plaga el país con sujetos actantes de una carencia centenaria; pues los agentes “otros” que conforman el Perú, tanto el elemento indígena como el antiguo esclavo y el inédito oriental, conforman castas que el autor percibe diferentes y, sobre todo, inferiores a la percepción de su propia identidad. Así, Rojas y Cañas elabora el discurso a partir de la conformación de un universo cultural delimitado, excluyente. Por tanto, articula la analogía con lo doméstico, donde un presidente pasa a ser el padre, sus hijos son lo mayoría de los habitantes del territorio y el tono paternalista es el medio para adoctrinar, educar o convencer.

Sin embargo, con el transcurso de los años y la tragedia del conflicto bélico, en la postura de Rojas y Cañas se operan una serie de variantes. La más relevante es la distinción que se establece entre el concepto nación frente a conceptos como estado y patria. En cierto sentido, también se delinea la cohesión de lo nacional, exacerbando el nacionalismo.

⁴⁶ En «La recuperación de las memorias colectivas en la construcción de las identidades», Fidel Tubino sostiene que la identidad narrativa es la respuesta al “¿Quién soy?” En tal sentido, «la ipseidad de una comunidad o de un pueblo es elaborada en el espacio de los relatos en los que la comunidad objetiva sus vivencias» (92).

Entonces, la perspectiva aciaga frente a los avances chilenos, refuerza valores por oposición como la templada proximidad a una ipseidad, pues el autor comienza a dar cuenta de lo patrio fuera de los márgenes capitalinos, indagando de manera implícita sobre quiénes serán los peruanos que han de defender la soberanía y la dignidad del país⁴⁷, narrando sus maniobras en el campo de batalla y detallando sus actividades en las ciudades. En *La Guerra del Pacífico* se articulan frases que abandonan la ironía y el tono despreciativo en favor de una perspectiva inclusiva que, ya sea por necesidad de soldados rasos para el frente o por convicción de tenor ideológico, compone una representación más equitativa de la comunidad imaginada. En el plano del discurso, se reconstituye la mentalidad en torno a lo criollo, pues su cualidad de dominante y superior viene diluyéndose ante la realidad de la derrota en la conflagración internacional.

Rojas y Cañas distingue, en general, al Estado de la nación, dotando al segundo vocablo de una naturaleza totalizante con respecto al primero, como un conjunto semántico que incluye a uno más pequeño. Por ejemplo, refiriéndose a los presidentes del país del Sur, dice: «los hombres de estado de Chile, cuya capacidad y patriotismo en gran parte de ellos, sería injusticia desconocer», para más adelante agregar en torno a la construcción del Canal de Panamá, «aportando inmensas ventajas á ciertas naciones del Pacífico» (11). Así, Rojas y Cañas se refiere al Estado cuando habla de tratados, decretos, límites, tribunales o acciones diplomáticas. Reconoce su existencia robusta en el enemigo como su relevancia en Bolivia o Perú. La idea del Estado se asienta en el plano político. En ese orden, sostiene que el Estado «garantiza la integridad de sus respectivos territorios» (9). Y es que, también nutre a la palabra de gravitación espacial, pues destaca la extensión de los países como un rasgo constitutivo inalienable. Bulle en la significación, el concepto de propiedad. Un país

⁴⁷ Marcel Velázquez en *Novela y nación en el Perú Republicano (1845-1879)*, tesis para optar al Grado Académico de Magister en Literatura, sostiene con suma pertinencia que «en términos generales, los proyectos nacionales decimonónicos fracasaron política y narrativamente porque fueron incapaces de construir una ipseidad y se limitaron a una identidad idem» (21).

no se encuentra ubicado en un lugar, es el Estado quien es propietario de un territorio soberano.

Cabe agregar que, para 1879, la soberanía ya no compete esencialmente al concepto nación como postulaba la Constitución de 1822. Lo plantea muy bien Mauricio Novoa en «La *civitas* inconclusa...» (2004) al sostener que el cambio en el lenguaje político a partir de 1860 no fue superficial, sino que supuso la ruptura de la asociación entre los conceptos de soberanía y nación. En tal sentido, la nación debía ser «entendida en términos étnico-culturales; es decir, como una colección de habitantes de una provincia o reino». Dentro de un orden práctico, se percibía «a los indígenas del Perú como una nación distinta» (279). Y esa nación, tan ajena y lejana de la elite dirigente asentada en las ciudades, quedaba relegada «para el ejercicio de los derechos políticos de la ciudadanía» (283).

Sigo a Mauricio Novoa cuando sentencia que los indígenas eran incluso conceptualizados como un obstáculo para el orden republicano, liberal y burgués. Eliminándolos de la vida política, se cuestionaron «los derechos fundamentales, representación nacional y soberanía de la nación» (284). Y es que, siendo la ciudad el espacio natural para las pugnas por el poder como lo expone Aljovín de Losada en *Caudillos y constituciones: Perú 1821-1845* (2000), la comunidad imaginada devino en subgrupos de recelo, desconfianza y marginación frente al otro.

Compartiendo la opinión de que este fue el modelo hegemónico del Perú durante la segunda mitad del siglo XIX y, como modelo, el producto de los discursos de sus líderes y escritores, cabe preguntarse qué posición, si cuestionadora o legitimadora del mismo, asume *La Guerra del Pacífico* de 1880.

A grandes rasgos, se podría asegurar que Ramón Rojas y Cañas enclava su perspectiva en el imaginario de lo criollo, donde lo capitalino existe por encima de una nulidad provinciana, legitimando un modelo decimonónico de exclusión y subalternización

que concuerda con el enfoque de sus publicaciones anteriores. Por ende, elementos tan importantes para la nacionalidad como el indígena o el afroperuano, están omitidos en su trabajo; cuando menos, son omitidos como agentes individualizados en la narración de los acontecimientos y contiendas. Sin embargo, en *La Guerra del Pacífico* asoman frases que disienten de esa postura hegemónica, atisbos que amplían someramente la visión de lo nacional: «esta guerra es así mismo cuestión de *ser ó no ser*, cuyo eco rimbomba atronador desde la márgenes del Tumbes hasta el Sur del grado 26° y por toda la Andina cordillera, desde la cima de los nevado hasta los arrecifes de sus costas» (27).

Siquiera como territorio, el Perú es un país que se extiende sobre el nivel del mar y amplía sus fronteras hasta las cumbres, delimitando una geografía que, bajo las condiciones de su propia existencia, ha de ser defendida. Si se defiende, se está aceptando la naturalidad de su pertenencia a un corpus soberano mayor que la capital desde donde se gobierna. Y más aún relevante, se postula en todo el texto el valor, también la intrepidez y la entrega, del soldado anónimo peruano. Si, como plantea Marcel Velázquez en su tesis *Novela y nación en el Perú Republicano (1845-1879)*, el paradigma social de ese modelo hegemónico prefigura un «sujeto varón, blanco, occidental e ilustrado» (22), Rojas y Cañas se aparta de la perspectiva decimonónica tradicional cuando rinde múltiples elogios a la entrega de un individuo sin nombre que, en el frente de batalla, marcha delante mientras el oficial da las órdenes desde el final del regimiento.

El soldado que emociona al autor de *La Guerra del Pacífico*, se bate desnudo, con ayuno de dos días, limitado en recursos militares y en número inferior al del enemigo. No obstante, continúa luchando contra los errores tácticos de los generales, la inoperancia del gobierno y la imposibilidad de la victoria.

Entonces, si a grandes rasgos en *La Guerra del Pacífico* se perpetúa el modelo hegemónico del siglo XIX, es también justo afirmar que en el texto subyace una

perspectiva más amplia y equitativa de la nación, donde si bien los subgrupos o las castas no asoman especificados frente al elemento criollo de la capital, su participación se puede inferir por un conjunto de caracteres que lo delimitan en su accionar dentro de las fuerzas armadas. Y su participación, a cada momento, es motivo de alabanza por el autor. Y es que, subalternizados aún como soldados hambrientos, su condición de inferiores en rango no corresponde a una inferioridad en el plano de la gallardía y menos aún, de valores como el compromiso y la autoestima. Conformando el universo mayoritario del individuo sin nombre, los subalternos del país se ubican por encima de los grupos dominantes, en razón a cada una de sus virtudes en la batalla. El conflicto bélico entonces, le permite a Rojas y Cañas descubrir que los postergados del Perú conforman el núcleo de un Perú que defiende su soberanía nacional; situación que autores tan reputados como Ricardo Palma, no llegaron a ver.

En *La Guerra del Pacífico*, así como se entreve a los elementos que conforman la ciudadanía peruana en la capital e incluso fuera de ella, o se delinean las características del Estado y se atisba su cualidad soberana, también se esboza una perspectiva en torno a lo que se considera propio u oriundo frente a lo extranjero.

Si la nación chilena se consolidó como un país conservador en la primera mitad del siglo XIX, con el transcurso de las décadas esta situación devino en una estabilidad sostenible dentro del aparato del Estado, la sociedad en su conjunto y con una economía creciente. Para Aljovín de Losada en *Caudillos y constituciones*, las razones que explican la estabilidad, son tres: «el ser un país pequeño sin muchas ciudades que compitieran entre sí por el poder político; la decisión personal de sus dirigentes de aceptar gobiernos limitados; y los triunfos militares» (314). Así, la estabilidad no se consolidó bajo los caudales monetarios del *boom* exportador como en el Perú e, inclusive, Bolivia, con las consecuencias de un desarrollo disparado, corruptela generalizada y fractura ciudadana; sino a partir de una geopolítica organizada, actitudes democráticas de la clase dirigente y una

perspectiva belicista que encontraba en las victorias la razón tanto para el patriotismo como para la autoestima nacional.

Chile, un país incompatible con el Perú –por supuesto, también con Bolivia– en el inicio y durante la Guerra del Pacífico.

Rojas y Cañas no es ciego a esta realidad, percibiéndola con perspicacia. Así, su trabajo de 1880 da cuenta de las diferencias entre los tres países, diferencias que se patentizan en el conflicto. Si bien ha reseñado la actitud expansionista de Chile en el primer tercio del libro, pronto se habrá de incidir en dos aspectos fundamentales que separan al invasor de los aliados: El rol del Estado y las decisiones gubernamentales. Por un lado, basta mencionar que fue política del Estado chileno desde antes del conflicto, generar mediante la prensa escrita una imagen internacional de víctima, inicialmente, y de pueblo intrépido, después. La estrategia, que debía de conllevar la neutralidad o el respaldo de países vecinos, es una prueba de la visión global que desde el Sur se asumía para la guerra, donde no solamente cabía luchar, sino persuadir hacia las causas nacionales o disuadir la participación ajena de otras fuerzas extranjeras. Por otro lado, si para Rojas y Cañas el General Daza, mandatario de Bolivia, es cobarde, ruin e incompetente por su contramarcha de Camarones abandonando al regimiento peruano para conservar su poder político en La Paz («una página bochornosa en la vida militar del Presidente», 20); y el gobernante nacional Manuel Prado como la mayoría de sus oficiales en el frente –el Almirante Miguel Grau y los suyos se erigen como notable excepción–, es débil e incapaz; los altos mandos chilenos desde generales hasta el Presidente de la República, pasando por ministros y embajadores, demuestran de manera permanente una coalición de objetivos durante la conflagración. Así, la clase dirigente chilena destaca por su capacidad para implantar medidas atinadas y consistentes tanto en los meses de discusiones diplomáticas como en los días de enfrentamientos. En *La Guerra del Pacífico*, estos suelen actuar con acierto y suelen acertar con triunfos.

Llegado a este punto, cabe señalar que cuando Rojas y Cañas opina circunstancialmente sobre la presencia inglesa en el Perú a partir de manifestaciones en prensa escrita que reclaman la paz, tacha estas voces de exóticas y antipatrióticas. Para el autor, aquel periódico inglés en el Callao es un «órgano de los espías», «de los auxiliares de los chilenos», «sus asociados en el salitre, etc.» (25); y, por tanto, un enfoque enemigo de la noticia. Fuera ya de la denuncia implícita de Rojas y Cañas en torno al aporte británico en contra de los intereses aliados a favor del invasor; está la incidencia en el manejo de medios para la difusión de ideas. Así entonces, la propaganda chilena no solamente se circunscribe a una perspectiva internacional con miras a la neutralidad o la persuasión extranjera, sino también se propalarían informaciones en el suelo peruano con miras a desestabilizar la moral e, incluso, inclinar los objetivos de la ciudadanía en plena contienda militar. La ofensiva de las palabras se libra fuera y dentro de nuestras fronteras.

En cuanto a similitudes –salvo por la disciplina y actitud para el trabajo, ya descritas como características privativas del pueblo chileno–, están se encuentran en las cualidades y el accionar de los soldados rasos en uno y otro bando. Son los subalternos, tanto del invasor como de los aliados, quienes hacen de su entrega una virtud superior que los hermana, fraterniza a pesar de la muerte encarnizada. En los grupos social y económicamente inferiores, los que poco o nada tienen que ver en la toma de decisiones o las políticas gubernamentales, anidan las analogías actitudinales que rivalizan por su identidad durante el conflicto.

Así, en *La Guerra del Pacífico* se esbozan las particularidades constitutivas de las naciones en contienda. Pero además, se va allá de esta perspectiva al ponderar los alcances continentales del enfrentamiento como también, al especificar las raíces históricas que conforman el Perú. De esta manera, se da una visión que se propaga por el horizonte de América y, también, profundiza en vertical por el pasado de nuestro país.

Manifestándose en torno a los países, puntualiza el sintagma “guerra extranjera” para ocuparse de la disputa limítrofe y el de “guerras civiles” cuando se está refiriendo a la anarquía revolucionaria de alcance provincial. Entonces, Rojas y Cañas comprende el continente americano como una región de fraternidades, pero fraternidades tamizadas por la diferencia de los Estados, fundamentalmente. Vislumbrando repercusión de un hecho de armas sobre las demás naciones, no olvida que la repercusión es un eco muy distinto de la huella vívida del conflicto. De idéntica forma valora el pasado hereditario, evocando para el Perú la gesta de los conquistadores y el orden virreinal consecuente, junto al logro de la independencia; pues si bien son hechos homogenizadores para el grueso de América al haber acaecido en periodos similares en todo el territorio, sus resultantes y secuelas toman los caminos particulares de la singularidad de cada pueblo. Para Rojas y Cañas, el pasado esencial es lo peninsular con su carga positiva y negativa a la luz del tiempo; el pasado esencial también son las luchas por la emancipación. Por ende, no cabe en su visión del patrimonio cultural, el remoto universo de lo precolombino o las resistencias indígenas de tantos siglos. En todo caso, no llega siquiera a sublimar lo nativo a través de la figura del Inca como ocurre con otros autores hasta el modernismo de Chocano y García Calderón.

En *La Guerra del Pacífico*, la palabra pueblo es un formulismo cordial a la hora de nominar un país, aludiendo a sus habitantes y, tangencialmente, su cosmovisión. En ese sentido, para hablar de Chile, redacta “el pueblo de Chile”; para hablar del Perú, “el pueblo del Perú”. Existe una dotación afectiva, obsequiosa en el término. No obstante, la emotividad cobra visos de elocuencia cada vez que el autor utiliza la palabra patria. El uso está impregnado de una expresividad connotativa: “amor a la patria”, “honor patrio”, “se profesa a la patria”, “traidores a la patria”, «en aras de la patria» (23). La patria se exalta, se enardece; y, sobre todo, es algo que se ostenta como posesión. Ligada al nacimiento, la patria anida en el individuo, es una marca que lo filia a un conjunto y lo separa de otro;

supone lealtad y orgullo. Como diría Víctor Andrés Belaunde, “Patria es espíritu, y el espíritu es memoria y es destino”. Así, la patria identifica al sujeto y lo remite a su origen.

En tal sentido, cobra relevancia esclarecer el sentido del patriotismo en *La Guerra del Pacífico*, y, sobre todo, si mediante sus páginas se exagera el nacionalismo. El nacionalismo puede ser percibido tanto como una familia de doctrinas o como una doctrina muy particular; asimismo, es una actitud sostenida y también, la prueba de un exceso individual que tiende a lo colectivo. Excesiva al punto que algunos pensadores como Georges Bernanos lo consideran una corrupción ideológica del patriotismo. Pierra-André Taguieff apunta en «El nacionalismo de los “nacionalistas”», que una de las perspectivas más moderadas en torno al nacionalismo sostiene que éste implica la transformación de «una adhesión natural o legítima en una pasión exclusiva, hasta hacer de esa pasión la única fuente de los valores y de las normas» (74). Entonces, «la demanda nacionalista es la demanda ideológica que permanece cuando todas las demás son descalificadas» (70).

Bajo esos presupuestos, Rojas y Cañas demuestra una postura patriótica en su texto, dado que defiende la legitimidad del sentimiento nacional e impulsa una conciencia en torno a la nación durante el conflicto. Para Rojas y Cañas, relatar los hechos de armas tanto de victorias como de derrotas, no se reduce a una estrategia narrativa y descriptiva para su libro; sino que, aspira a enardecer los valores de identidad, pertenencia, cohesión y autoestima. Establece un “nosotros” sobre un yo egoísta y timorato. Sin embargo, este patriotismo está ejemplarizado preferentemente por el universo bélico, donde lo militar sirve de paradigma y resorte actitudinal para el mayoritario grupo civil. De tal forma que el patriotismo del soldado se da en el campo de batalla con su arrojo en condiciones adversas, lindando con la muerte; mientras que el del ciudadano se circunscribe a su aporte económico al Estado para solventar la guerra con la compra de pertrechos e, incluso, un nuevo buque insignia que habría de llamarse Almirante Miguel Grau, lindando con el

desprendiendo económico. El militar da la vida por el país, el civil brinda su dinero para mantener la vida imaginada del país.

El patriotismo del que da cuenta Rojas y Cañas, no es privativo de la nación peruana, ya que es atributo del enemigo chileno y exigua cualidad del aliado boliviano. Así, en *La Guerra del Pacífico* se exhibe en varios párrafos un temor latente, en la medida que el aliado nos ha de abandonar definitivamente y el invasor no cegara en su empeño hasta las últimas consecuencias. Por tanto, para el autor es fundamental frente a la perspectiva de un conflicto largo y encarnizado, interpretar de manera positiva los triunfos; pero antes aún, las derrotas. Por eso, en *La Guerra del Pacífico* los reveses militares son demostraciones permanentes de honor y entrega; la bancarrota del país se proyecta como un acicate para la grandeza del espíritu ciudadano e, incluso, la sustitución del Presidente Manuel Pardo, «que agravia el honor patrio» (23) con su debilidad e incapacidad, es prueba de madurez cívica y conciencia de la dignidad nacional. En tal sentido, el patriotismo que articula Rojas y Cañas es persuasivo y pronto, una plataforma que, vinculando a múltiples elementos del país, impulsa la fuerza de ánimo para proseguir en la conflagración, construyendo la identificación de un “nosotros” con el territorio y en oposición de un “otros” foráneo que amenaza mientras actúa desde el Sur.

Para Rojas y Cañas, no hay razones para abandonar el conflicto; menos aún para firmar la paz, ni siquiera perdiendo la capital del Perú. La lucha se prosigue contra todas las consecuencias, elevando por encima de otros valores a la dignidad nacional. Se establece una supremacía axiológica que se impone sobre conceptos como soberanía o resguardo de la vida. Bajo esas rutas se configura la categoría ya planteada en el capítulo anterior como Épica del tremendismo, donde la narración de los hechos exagera la realidad hasta los planos de la tragedia. Al amparo de esta categoría, debe medirse la irrupción del nacionalismo en el texto, cerrando las puertas a cualquier perspectiva que difiera de la verdad que se propone línea tras línea.

En *La Guerra del Pacífico* se enardece el nacionalismo en la medida que la supervivencia de los soldados y civiles como la ruina financiera y la fractura social, son aspectos subordinados a la necesidad de continuar en el enfrentamiento. La ruta que propone el texto es la del honor, del orgullo, de la dignidad nacional. Para el autor, la dignidad nacional supone no claudicar en la defensa, sin importar el costo humano, económico y territorial. Por ende, el nacionalismo que delinea Ramón Rojas y Cañas, brotado de un conflicto fraticida y a todas luces nefasto, es un proyecto extremo; pero su exceso ambiciona ser consecuente con el patriotismo que exige un contexto tan adverso como el de 1880. Si extrema es la guerra con cada una de sus desdichas, extrema es la ideología que hace frente a la sombra tanática que cubre al Perú.

Así, la Épica del tremendismo de Rojas y Cañas debe percibirse no como la representación exclusivamente trastornada e insensata de valores patrióticos que un individuo perfila para su colectividad, sino como un enfoque realista en un conflicto que tiene de la realidad su rostro más fiero en la invasión extranjera y la derrota paulatina. Nacionalista en las páginas postreras de una carrera literaria que durante décadas vapuleó al país por su impostura y su decadencia, por su frivolidad, la ideología que ultima la vida literaria del autor es, ante todo, la respuesta discursiva a un contexto fatídico. Y como tal, la solución de un hombre de letras y armas a un acontecimiento que azota sus esperanzas; pero un suceso que implica al universo ignoto de cada uno de sus compatriotas.

Por lo tanto, en *La Guerra del Pacífico* se avizora una ipseidad en la conformación de la identidad desde una perspectiva narrativa que delimita quiénes somos los peruanos. Si la identidad *idem* supone una categoría comparativa de unicidad; la ipseidad está dotada de sentido, ya que apela a la memoria y delinea sublimada o implícitamente un proyecto a partir de las historias que la comunidad relata sobre sí misma. Ese rol es cumplido meridianamente por Ramón Rojas y Cañas en su texto cuando narra los pasajes militares o refiere incluso con nombre y apellido («el doctor Porras hace un balance mensual de sus

rentas y despues de deducir sus gastos alimenticios, cede al Estado todo el remaniente para los gastos de la guerra» 23), el compromiso ciudadano frente al conflicto. Toda vez que el autor da cuenta de una victoria o describe durante cuatro páginas la hazaña del Huáscar, está insuflando patriotismo; pero además, edificando una identidad nacional de autoreconocimiento que registra sus caracteres y virtudes. Una identidad que se define y delimita a partir de rasgos constitutivos que, en el plano de lo positivo, serían el honor, la dignidad, el compromiso, la nobleza o la bizarría, cohesionando a los elementos del país y propiciando la impresión de pertenencia. Contando los hechos de armas y antes, destacando los sucesos diplomáticos, Rojas y Cañas compone una memoria del Perú contemporáneo para sus lectores. La memoria, siendo parcial y subjetiva ya que corresponde a la perspectiva de un autor con motivaciones particulares o intereses individuales dentro de sus genuinos propósitos colectivistas, abriga una tendencia inclusiva y heterogénea a pesar de sus propias paradojas e insuficiencias como designio renovador en el siglo XIX.

En *La Guerra del Pacífico*, los términos tienen una vigencia particular: En el primer tercio del texto, cuando se cita documentos y se refieren memorias de ministros, la palabra Estado predomina por encima de otras de lindante significación como nación o patria. Es más, la idea de nación va adquiriendo un abanico semántico de mayor amplitud con el transcurrir de las páginas, así como aumentando su frecuencia de aparición. Si bien se utiliza en once ocasiones, seis corresponden a las tres últimas carillas del trabajo.

En ocasiones, la nación involucra las nociones de Estado y de cultura, a una vez, como plantea Todorov. Por ejemplo: «aportando inmensas ventajas á ciertas naciones del Pacífico, favorecidas por su situacion geografica» (11), donde lo económico, lo político, lo territorial y el componente humano, se tienden lazos. También Rojas y Cañas utiliza la palabra nación como sinónimo de país: «Chile se vería reducido á la nacion incomunicada, destinada á fuerza de trabajo á dar abasto á sus propias necesidades y á exportar los productos de su industria» (11) o «la conflagracion de esta gran porcion de la America del

Sur, es la mayor desgracia que pudiera afligir á las tres naciones que están empeñadas en ella» (28). Valga anotar que el autor se vale del término país en una decena de circunstancias, siempre bajo un parejo tenor: «Los gobiernos de ese pais» (11), aludiendo al invasor; «El Perú es el país del patriotismo» (22); «en cualquier otro pais se habria preferido la paz á toda costa» (22), aludiendo a naciones que nada tienen que ver con el conflicto; «en estos paises se profesa» (24), al pensar en Perú y Bolivia; con una identidad sin connotaciones afectivas, solo un remoquete que funciona de la misma manera que funciona un pronombre en reemplazo del sustantivo

En definitiva, los usos más significativos del término nación están en las páginas finales, hacia y en el último tercio del texto. Por ejemplo, luego de narrar la caída del Huáscar, Rojas y Cañas escribe que «ciertamente Chile necesitaba para continuar en su calidad de nacion» (18-19), un suceso de tal naturaleza. Es decir, la nación no se agota en el Estado y la cultura, amplia su significación a partir de nociones como tradición, herencia, proyecto y futuro, orquestando la palabra en el diapason de lo diacrónico. La nación es una comunidad imaginada trascendente, de ribete espiritual en su conformación. El ingrediente temporal también cobra fuerza en otro fragmento que discute la victoria naval del invasor: «como si los triunfos de todas las naciones en todas las épocas, hubieran quedado eclipsados» (19); de lo cual se rescata el hecho de que las naciones nacen y mueren, tan distintas como similares entre sí. Asoma entonces el enfoque del organismo para la nación, con características ligadas a lo personal en su carga adjetivante: «una nacion laboriosa» (29). Estos usos están adscritos a una perspectiva moderna del vocablo. Máxime aún cuando se involucra el concepto de ciudadanía:

El antagonismo dominante entre los ciudadanos de esas naciones, los mantendrá en hostilidad incesante, cuyo odio inveterado no llegará á ser extinguido en muchas generaciones, efecto que será muy funesto entre pueblos hermanos, de un origen comun, de una misma historia, religion, costumbres y lenguaje y que deberian ser solidarios en su existencia política. (29-30)

Sostienen Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein en *Raza, nación y clase* que «una formación social sólo se produce como nación en la medida en que se instituye al individuo como *homo nationalis*, desde su nacimiento hasta su muerte, a través de una red de mecanismos y de prácticas cotidianas» (1991: 144-145) Entonces, cuando Rojas y Cañas entrevé que el individuo de una nación es un ciudadano, y además se apropia discursivamente de elementos constitutivos tan profundos como amplios al asediar su exposición desde la idea de pueblo, consagra al término nación dentro de una categoría inclusiva. Junto al nacimiento, también es relevante la pertenencia cultural y legal en el marco de una colectividad. Es decir, para Rojas y Cañas existe de generación en generación una sustancia que permanece inalterada, que se trasmite entre lo coterráneos de forma un tanto estable, forjando una consonancia medianamente unívoca, como sugieren para situaciones europeas Balibar y Wallerstein. Los habitantes de una nación están filiados por una inmanencia que crece, se nutre; aunque puede afectarse, disminuir. Esa inmanencia es el rasgo constitutivo de su nacionalidad. De componente espiritual, la nacionalidad es una experiencia que trasciende a un individuo entre genes, sangre, tierra y tradiciones. Como un palpito, se aloja en el ser desde el inicio hasta el fin. Ineludible, fatal, su impronta es capaz de estimular tanto devoción como sufrimiento.

Para el autor, entonces, la nación supone indudablemente una permanencia en el tiempo, que para el Perú se reduce a la fundación hispánica y el universo tanto virreinal como republicano de lo criollo en la perspectiva del pasado; mientras que el presente del discurso prefigura la idea nación como un universo múltiple y, si bien fracturado, de reconocimientos colectivos en el futuro. Pero además, implica la ocupación de una geografía determinada que, si alcanza el territorio en su totalidad desde las costas pasando por los Andes hasta las montañas y la Amazonía, supondría la identificación también de un espacio nacional.

Rojas y Cañas utiliza el término “nacional” como un adjetivo que califica valores en la gran mayoría de los casos. El carácter axiológico que le asigna, corresponde con un uso positivo a cada momento, donde se habla de “integridad nacional”, “entusiasmo verdaderamente nacional”, “amor propio nacional”, honor nacional”, “dignidad nacional”. De este modo, se generaliza una virtud y se promueve su manifestación.

Entonces, la idea de nación y de lo nacional que se desprende de *La Guerra del Pacífico* se alinea con lo político y lo espiritual en idéntica forma. Enlaza, hermana incluso ambos enfoques. Son además, ideas enaltecidas. La nación de Rojas y Cañas es una comunidad imaginada como inherentemente soberana y limitada, sostenida en un pasado, aunque no en todos sus pasados, y proyectada hacia el futuro con la intensidad de su presente («decididamente el genio horrible de la discordia, en sus mas fatales horas, no ha podido haber enviado sobre tres naciones, dignas de mejor suerte, una calamidad mas espantosa!», como se deja ver en el párrafo final del texto). El problema radica en que Rojas y Cañas imagina poco, muy poco a veces. Su fabulación no tramonta la cordillera en el plano geográfico ni rebasa el perfil de lo urbano en su comprensión humana.

Balibar y Wallerstein afirman que para «la formación nacional, no basta con referirse al umbral inicial de su aparición. Hay que preguntarse cómo se superaron prácticamente el desarrollo desigual de las ciudades y del campo» (144). Rojas y Cañas no ha superado en el orden de la imaginación estas distancias. Por ejemplo, cuando más abarcador se torna su discurso, el Perú no tiene siquiera Amazonía. El país se delimita por los márgenes de Tumbes hasta el Sur del grado 26° y por toda la Andina cordillera hasta las fronteras que nos impone el mar. En la mayoría de las ocasiones, cuando en su discurso se aborda un enfoque territorial, la comunidad de Rojas y Cañas se reduce a las costas: «La guerra durará cinco, diez ó mas años. Acaso tambien se hará secular; pero no espere Chile, no, que su bandera flamée de un modo pacífico, legal en los litorales del Perú y Bolivia» (28)

La nación de Rojas y Cañas, marcada por la soberanía, batalladora por los límites inalienables, expansiva en el tono laudatorio del honor y del orgullo, no es el Perú de todos. Existe el Estado peruano, pero no así la nación que cobija a cada uno de los habitantes del suelo que también es fragmentadamente percibido.

La independencia no garantizó la nacionalidad de las grandes mayorías y el discurso de *La Guerra del Pacífico* comprueba la miopía de la cual adolece la postura de su autor en varios pasajes. Miopía en tanto se ve con claridad lo que está al frente, se vislumbra con dificultad lo lejano y ni siquiera se percibe lo remoto. En ese sentido, la historia indígena no ha tenido cabida en su construcción de lo patrio y su herencia junto a la herencia negra, son veladas cuando cabía la oportunidad de individualizarlas, darles un nombre o destacarlas. Su rol se no se acalla plenamente, pero cae en el anónimo para conformar el territorio de la inferencia dentro de su texto. Si algunos personajes reciben una nominación, la reciben por ser héroes, diplomáticos, presidentes, notables o vecinos de Lima. Entonces, creyendo en el ciudadano, el ciudadano cabal es el habitante de la capital y, meridianamente, de alguna ciudad más.

Si en su juventud, las serranías podían ser la brutalidad; para los años de la guerra, parecen un territorio de exotismo sin habitantes performativamente delimitados. A pesar de las virtudes y los aciertos enumerados en este capítulo en torno a sus enfoques, la nación de Rojas y Cañas está fracturada en cada página, en cada intento por no fracturarla, de unirla para la contienda. En un contrasentido, Rojas y Cañas canta por una defensa general, ignorando a la totalidad de sus compatriotas. La comunidad imaginada de Rojas y Cañas es un caserío estrecho, pequeño y cerrado. Como tal, tergiversado y empobrecido. El horizonte valioso que delinea, se queda en horizonte y entonces, es un horizonte de expectativas que no se realizan en su obra, que naufragan en ella.

La Guerra del Pacífico, urgente y valiente en muchos pasajes, apasionada y estimulante en ocasiones, honrada las más de las veces, falla en el más trascendente de sus cometidos; porque si funciona como documento que promueve la identidad por un territorio invadido para continuar en la lucha, si instituye un patriotismo del honor y reclama un nacionalismo de la dignidad, su proclama se niega a reconocerle oportunidad al grueso de los marginados de siempre, masa incógnita en su trabajo. Cegato, el universo de Rojas y Cañas es el universo que, en el plano de las mentalidades, se está enfrentando a diario con el enemigo. Así, se defiende a la nación desde su palabra. En la vorágine del conflicto fratricida que enfrenta a tres naciones dignas de mejor suerte, la suerte del Perú está echada porque la hermandad ciudadana es más hipotética que el armamento o la voluntad de continuar.

En los últimos estertores del siglo XIX, entre la muerte y el terror, el Perú es concebido por Rojas y Cañas como una parte de sí mismo, cumpliendo con muchos de los aspectos constitutivos y modernos de lo nacional; pero como algo radicalmente parcial.

El Perú de Rojas y Cañas es el país que no ha nacido en su totalidad; y su nación, un conjunto de fracciones humanas y territoriales dentro de la frontera legal que se resquebraja a cada avance del invasor. La idea de nación que se desprende de *La Guerra del Pacífico* esta signada por la arbitrariedad, el cambio, el reajuste y la ilusión; siendo más un proyecto sin escritura ni estructura, que una verdad conceptual. Como proyecto entonces, tiene del proyecto el tenor esperanzado en muchas de sus configuraciones, donde la heterogeneidad y la vastedad del territorio nunca se volverán a reducir a lo citadino o lo criollo: Es una plataforma desde la cual comienza a entreverse el “nosotros” de lo peruano como una realidad unánime.

CONCLUSIONES

1. Ramón Rojas y Cañas fue militar de carrera, cumplió funciones diplomáticas y, sobre todo, fue escritor. Apasionado, su existencia estuvo marcada por las ambiciones inconquistables, las penurias económicas y las rivalidades permanentes; como autor, por el descuido al componer, la incoherencia ideológica en sus publicaciones de juventud y la destreza para el humor. Entre sus virtudes como individuo, Rojas y Cañas no cejó en el anhelo por un país mejor, donde sus textos reprochan los vicios del atraso y la podredumbre, aunque sin explicitar los caminos para la enmienda. Aunque a menudo el país no es más que Lima, ésta es objeto de sus emociones y también de su repudio; contrariada, su perspectiva de la capital es tan voluble como honesta.
2. Los textos de Ramón Rojas y Cañas en la prensa local, se supeditan a dos órdenes: intereses personales y alquiler de sus oficios a terceras personas. La mayoría de las veces, éstos carecen de trascendencia y se ciñen a un conjunto de sucesos coyunturales. Rojas y Cañas esgrimió como razones para su labor de escritor público, la verdad, la justicia y la utilidad. Empero, solamente la última cumplió su rol en las páginas de prensa, pues la verdad naufragaba en el capricho y la justicia solía amoldarse a sus incumbencias. Así, durante una treintena de años colaborando en diarios locales como *El Comercio*, *El Heraldo* o *El Correo del Perú*, Rojas y Cañas mantuvo el estilo, se valió del seudónimo en varias ocasiones y adecuó su ingenio a los motivos del texto. Su temática giró en torno a las costumbres del individuo, las oportunidades que traen los progresos técnicos, el comentario en torno al arte, el anuncio publicitario y la discusión sobre el concepto de lo nacional; también se ocupa de la crítica literaria que injuria y difama, aunque muy solícito a entrever el yerro ajeno antes que el disparate propio.
3. *Vicios y virtudes de Ramón Castilla* es un opúsculo que narra anécdotas antes que frescos bélicos, su tono es laudatorio y éste frisa a la vez con el divertimento.

Misceláneo, disperso, inconexo y contradictorio, su mérito radica en la construcción acumulativa de los sucesos personales junto al compás de oralidad que adopta su discurso, como rumor de plaza o calle. El esbozo del Mariscal es memorable.

4. *Museo de Limeñadas* reúne artículos costumbristas que, al parecer, proceden de diversos periodos de composición; de tal forma que no guardan íntima unidad entre sí, tan solo un tenue sentido de conjunto. Sobre lo dicho, destaca su carácter inaugural como libro, el tono socarrón de sus páginas cuando reprocha hábitos extendidos y la franqueza para fiscalizar las peculiaridades del oficio literario; mientras que los deméritos están en la deficiente redacción de los artículos y la desorganización textual. Por otro lado, la crítica en *Museo de Limeñadas* se realiza a costumbres e individuos, mas no a instituciones como la iglesia, el Estado y el ejército, respetados en sus páginas a pesar de desaprobarse a varios de los miembros que las conforman. Se amonesta y reprende, mas no se propone soluciones.
5. *Serenata al Murciélagu* es un libelo donde Rojas y Cañas, con la excusa de defender el texto en prosa de un oficial del ejército, hace escarnio de la honra personal, desdeña la obra literaria, amonesta la conducta pública, se burla de las características físicas y menosprecia el carácter íntimo de su antagonista Manuel Atanasio Fuentes. Como libelo, *Serenata al Murciélagu* es soberbio por el sarcasmo de cada página; además, destacan la distribución de sus contenidos bajo capitulillos operísticos, la denuncia sin pruebas, el juicio sin razones y el insulto sin miramientos. Del mismo modo, como prologuista, Rojas y Cañas fue cáustico; incluso, implacable. Sobre las razones de su posición, no se puede arriesgar más que la conjetura. Así, habríase guiado por la inquina y el cálculo.
6. *La Guerra del Pacífico* es un texto de congruente hibridez que en sus treinta y un páginas aborda el discurso histórico, se noticia el conflicto como un cronista, se asevera

y conjetura como en un ensayo, se narra y describe las hostilidades como en una novela dieciochesca. Opinante, el texto también es una plataforma ideológica de su autor, donde el primer objetivo es dejar sentado que el Perú es víctima de la envidia, amén de noble mediador. El conflicto entonces, no es resultado de la incomprensión de tres naciones, es fruto del apetito del invasor. En tal sentido, el objetivo central de *La Guerra del Pacífico*, es rechazar cualquier firma de paz con Chile, pues el riesgo que entraña claudicar en el conflicto es del orden de la dignidad y la soberanía. Propone una lucha hasta el fin, incluso conllevando la derrota. Por ende, se estimula conductas de honor y beligerancia en los connacionales, persuadiendo mediante la palabra.

7. En el plano del discurso, sobresale el uso de la ironía en *La Guerra del Pacífico*, donde su autor parece escribir desde la altura moral del usurpado, alcanzando un nivel ético en su texto. Así también, se vale de figuras retóricas como la hipérbole y la elipsis, la adjetivación y el relato de escenas en párrafos largos, climáticos. Además, prevalecen al igual que en toda su producción, los descuidos gramaticales, ortográficos y sintácticos. En general, su redacción es deslucida. Por otro lado, en el plano de las significaciones, es incierta la autenticidad con la cual se cita documentos o personas, pues el afán de verdad está por debajo de la inclinación hacia el objetivo al punto de propiciarse olvidos e inexactitudes. Intersubjetividad consensuada, la verdad cumple con la urgencia argumentativa. De tal forma que el discurso histórico del texto funciona como cimiento para un conjunto de alegatos de afán colectivista.
8. La guerra que emprende el Perú, a decir de Rojas y Cañas, es por justicia, hermandad y previsión. Por lo demás, el Perú es entendido como una circunstancia natural: ubicación, prodigalidad de su suelo y temperatura. Finalmente, su destino en el conflicto dependerá de heroicidades individuales y decisiones extraordinarias de sus gobernantes. De mirada costumbrista, muchas veces conservador en cuanto a la ideología, positivista en los aspectos esenciales, Rojas y Cañas también es moderno por

su confianza en el hombre y, sobre todo, por su expectativa en cada uno de los logros que conlleva el trabajo. Por encima de los recursos naturales, se inclina a apostar por la tecnificación y el estudio como vías de desarrollo sostenible.

9. En *La Guerra del Pacífico* se describen los temperamentos nacionales de los tres países en disputa, donde a la ambición chilena se suma la virtud para el trabajo, ausente como rasgo en peruanos y bolivianos. En base a esos lineamientos junto a razones de carácter social y político, se bosqueja el destino tanto del Perú y el continente como un destino aciago, pues la fractura del conflicto será sempiterna. Ramón Rojas y Cañas exhibe una conciencia continental en torno a la guerra, donde las incidencias de tres países tienen ingerencia en el conjunto. Particularmente, el autor avizora la victoria chilena sobre los aliados; pero la justiprecia como el germen de su decadencia, ya que la dicha puede ser perjudicial al relajar las cualidades de su colectividad y nublar las miras hacia el progreso; otras razones están en la vida militarizada que se impone en el vencedor y el odio que se engendra en los países sometidos. En su visión global, América Latina tenía en la fraternidad su virtud sobre el continente europeo, desangrado por siglos; ahora, anuncia que su norte es la desconfianza, el recelo y los apetitos de venganza.
10. Para Rojas y Cañas, los hechos de armas patentizan la calidad de los soldados y otros subordinados, por encima de las altas jerarquías castrenses, instituyendo una perspectiva positiva de los grupos subalternos que nunca llega a individualizar, sintetizándolos en el anonimato permanentemente halagado. No obstante, frente a todos los combatientes se eleva la figura del héroe Miguel Grau, epítome de responsabilidad, dignidad, respeto, justicia y valor; metáfora de la peruanidad que el autor delinea con más espejismos que evidencias. En tal sentido, se construye una imagen del Perú que corresponde al paradigma del Almirante del Huáscar, aunando valores como la solidaridad, el patriotismo y la bizarría, a pesar ser una nación atrasada y con pocas

oportunidades en el ámbito militar. Así, Rojas y Cañas desarrolla la analogía del Perú como un organismo, conectando así una abstracción colectivista con lo personal.

11. En primera instancia, *La Guerra del Pacífico* es un texto híbrido por la variedad genérica de su composición tanto narrativa como ensayística e historicista, donde la retórica funciona a manera de estrategia persuasiva que insufla confiabilidad a las citas y honradez a las posturas del autor. Sin embargo, en el plano de la expresión, cuando el texto abarca en forma mixta y en ocasiones, yuxtapuesta, el discurso histórico que autentifica, el discurso argumentativo que incita y el discurso fabulario que conmociona, organizando niveles de lo real, lo razonable y lo verosímil, respectivamente, prefigura una categoría de mayor precisión. *La Guerra del Pacífico* corresponde a un Discurso conmutado, en donde las variantes en el plano de la expresión afectan al plano del contenido. Así, cuando Rojas y Cañas varía sus estrategias de enunciación, afecta hondamente la significación de su texto en el orden de la credibilidad y la coherencia de su ideología como sustrato argumentativo.
12. Rojas y Cañas destaca al ciudadano como componente esencial de una nación, vinculando los conceptos de pueblo y comunidad, donde la pertenencia individual se establece en la raíz del nacimiento y se sostiene en las esferas de lo legal y cultural. Sin embargo, los peruanos que nombra y destaca son todas aquellas personas que comparten el credo, idioma, cultura y sociedad del autor. De tal forma que su visión es excluyente y limitada, circunscrita esencialmente al microcosmos de lo capitalino letrado. Así, el ande existe como geografía y la Amazonía ni siquiera es mencionada en los alegatos en torno a la soberanía nacional y la defensa del territorio. Por tanto, el universo rural y nativo del Perú, como también ocurre con los sujetos afroperuanos, no es detallado ni reseñado en el discurso de *La Guerra del Pacífico*, cabiendo solamente la opción de inferir sus presencias en los regimientos militares que luchan en el Sur. El

Perú de Rojas y Cañas es un país tergiversado, donde la ciudadanía es hipotética y la nación, una parte de sí misma.

13. La idea del Estado en *La Guerra del Pacífico* se asienta en el plano político, además de una gravitación espacial donde la extensión de los países es un rasgo constitutivo inalienable y el territorio, una propiedad soberana. Por otra parte, Rojas y Cañas utiliza el término nacional como un adjetivo que transmite valores; su carácter axiológico es positivo, generalizando virtudes y promoviendo la identidad. Así, a pesar de sus defectos, el texto construye una identidad de la ipseidad a partir de las narraciones de las acciones bélicas con la entrega del soldado enaltecida en la victoria y en la derrota; del mismo modo, se narra el desprendimiento económico y el compromiso social de los civiles como un rasgo distintivo muy encomiástico. Bajo la pregunta implícita de “quiénes somos”, se instaura una imagen identitaria al amparo de la memoria de los hechos que le son contemporáneos. Por lo tanto, en el contexto de publicaciones humanistas de la época, *La Guerra del Pacífico* destaca porque si bien a grandes rasgos perpetua el discurso hegemónico de su tiempo, concibiendo la ficción de lo criollo y la legalidad solamente nominal de los grupos subalternos, también es capaz de imaginar al Perú como un espacio de costas y cordilleras conformado por una sociedad múltiple de dirigentes inoperantes y dirigidos de subrayada nobleza.
14. En *La Guerra del Pacífico* no solamente se enaltece el patriotismo sino también, se exalta el nacionalismo, proponiendo a la dignidad nacional como máximo valor. Así, se postula una Épica del tremendismo, ya que esta dignidad se eleva sobre otros valores como la defensa de la vida, la preocupación por la muerte de ciudadanos, la ruina de la derrota o las consecuencias sociales y económicas de continuar en el conflicto. Épica del tremendismo en tanto el consejo es luchar sin firmar la paz; aunque devastados, seguir luchando.

15. La nación en *La Guerra del Pacífico* está nutrida por el pasado hereditario, que supone la gesta conquistadora y el virreinato, como también, el logro independentista; aunque el mundo precolombino y los aportes afroperuanos e indígenas están excluidos de la reflexión identitaria. Así, la idea de nación en *La Guerra del Pacífico* supera los conceptos de Estado y cultura, ampliando su significación con nociones como tradición, legado, proyecto y futuro. La nación de Rojas y Cañas es una comunidad imaginada trascendente, espiritual y política, inherentemente limitada y soberana, capaz de batallar sin término por el suelo invadido; pero incapaz de vislumbrar a plenitud al total de sus miembros como ciudadanos con derechos y deberes.
16. Ante la tragedia del conflicto fratricida, *La Guerra del Pacífico* instituye una idea de nación que está representada por sujetos letrados que son individualizados o nominados y una masa sin nombre ni características que lucha en el conflicto. Su nación es incongruente y contradictoria, pues no agota el territorio soberano ni incluye a todos los elementos que podrían constituir la. En el plano de las mentalidades, la perspectiva de Rojas y Cañas está escindida, sin capacidad de abarcar al componente multicultural del país. Ante la invasión, sus estrategias enunciativas de postura patriótica llegan a ser incompatibles con la ideología que subyace en sus palabras. El texto es un contrasentido de la intención frente a sus íntimas convicciones. La fractura de Rojas y Cañas en la meditación sobre el país, es la manifestación prosística en tanto prueba y consecuencia, de la fractura que existe en el accionar de la colectividad nacional.

BIBLIOGRAFÍA

I. BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

ROJAS Y CAÑAS, Ramón

- 1853 *Museo de limeñadas. Colección de artículos de costumbres*. Lima. Imprenta de Justo Montoya.
- 1867a «Dos Palabras». Prólogo a *El Aguinaldo* de Francisco Lazo. Lima, Imprenta El Liberal.
- 1867b *Serenata al Murciélago con motivo de su Corona fúnebre. Réplica escrita por Ño Pajuelita, spartite literario con acompañamiento de verdades, coro de razones y orquesta de argumentos innegables*. Lima. Imprenta de Aurelio Alfaro y Co.
- 1874 *Vicios y virtudes del Gran Mariscal Ramón Castilla. Compilación de hechos, dichos, aventuras, ocurrencias y demás rasgos histórico-anecdóticos de este ilustre guerrero*. Lima. Tipografía de “La Patria”
- 1880 *La guerra del Pacífico*. Lima. Imprenta del Universo, de Prince y Buxó.

Además, artículos de Ramón Rojas y Cañas en:

- El Comercio* (1851-1861)
El Herald (1854)
El Correo del Perú (1872-1873)

II. BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

ABRAHAM, Werner

- 1981 *Diccionario de lingüística actual*. Madrid. Editorial Gredos.

ALJOVÍN DE LOSADA, Cristóbal y Eduardo ARAYA L.

- 2006 “Prácticas políticas y formación de ciudadanía”. En: Cavieres F., Eduardo y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.) *Perú-Chile / Chile-Perú: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. 3° ed. Lima. Editado por Convenio Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Fondo Editorial de la UNMSM, Pp. 167-228.

ALONSO, Paula

- 2003 *Construcciones impresas. Panfletos, diarios, revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina*. Argentina. Fondo de Cultura Económica.

ANDERSON, Benedict

- 2000 *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. 3° ed. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

ÁNGELES CABALLERO, César

- 1962 “Diccionario de seudónimos peruanos”. En: *Boletín Bibliográfico* (Biblioteca Central Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Lima. Año XXXV, Vol. XXXII, N° 1-2, Pp. 37-90.
- 1963 “Diccionario de sobrenombres literarios peruanos”. En: *Boletín Bibliográfico* (Biblioteca Central Universidad Nacional Mayor de San Marcos). Lima. Año XXXVI, Vol. XXXV, N° 1-2, Pp. 140-142.

ARISPE, Laura y Ludka de GORTARI

1990 *Repensar la nación: fronteras, etnias y soberanía*. México. Ediciones de la Casa Chata.

ARONA, Juan (seudónimo de Pedro Paz Soldán y Unanue)

1974 “Bibliografía de americanismos”. En: *Diccionario de peruanismos*. Presentación y notas de Estuardo Núñez. Lima. Editorial PEISA.

ARRIOLA GRANDE, Maurilio

1996 *Diccionario literario del Perú. (Nomenclatura por autores)*. 3° Ed. Lima. Editorial Brasa.

BALIBAR, Etienne e Immanuel WALLERSTEIN

1991 *Raza, nación y clase*. Madrid. IEPALA Textos.

BARZUN, Jacques

2001 *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultura en Occidente*. Madrid. Taurus.

BASADRE, Jorge

1983 *Historia de la República del Perú*. 7° ed. XI volúmenes. Lima. Editorial universitaria.

2002 *La iniciación de la República*. 2° ed. II tomos. Lima. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

BENAVIDES CORREA, Alfonso

1997 *Una difícil vecindad*. 2° ed. Lima. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

BEVERLEY, John

1996 “Sobre la situación actual de los estudios culturales”. En: Mazzotti, José Antonio y Juan Zevallos (coords.) *Asedios a la Heterogeneidad Cultural. Libro de Homenaje a Antonio Cornejo Polar*. Pittsburg. United States of America. Editado por la Asociación Internacional de Peruanistas, Pp. 455-474.

BONILLA, Heraclio

2001 *Metáfora y realidad en la Independencia del Perú*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.

BURGOS, Elizabeth

“Bolivia o la pasión nacional” «Nuevo Mundo Mundos Nuevos». Número 5. 2005, mis en ligne le 31 janvier 2005, référence du 31 août 2007.

En: <http://nuevomundo.revues.org/document35.html>.

CARRERA RIVERA, Duilio Enrique

1981 *Sociedad e ideología en Enrique Congrains*. Lima. Tesis para obtener el grado de Licenciado en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

CASALINO SEN, Carlota y Rafael SAGREDO BAEZA

2006 “Representaciones y nociones de Perú y Chile en el siglo XIX”. En: Cavieres F., Eduardo y Cristóbal Aljovín de Losada (eds.) *Perú-Chile / Chile-Perú: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales*. 3° ed. Lima. Editado por Convenio

Andrés Bello, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Fondo Editorial de la UNMSM, Pp. 97-165.

CERQUEIRA, George de

1996 *Etnia y nación en América Latina*. Buenos Aires. OEA. Interamérica. Serie Cultural.

CLÉMENT, Jean Pierre

1997 *El Mercurio Peruano, 1790-1795*. Madrid. Editorial Iberoamericana.

CERRUTI, Horacio

1993 *El ensayo en nuestra América. Para una reconceptualización*. México. Universidad Autónoma de México.

CISNEROS, Luis Benjamín

1937 *Obras completas*. Vol. 3°. Lima. Librería e Imprenta Gil. S. A.

CONTRERAS, Carlos y Marcos CUETO

2004 *Historia del Perú contemporáneo*. 3° ed. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.

CORNEJO POLAR, Antonio

1980 "Historia de la literatura del Perú republicano". En: *Historia del Perú*. Volumen VIII. Lima. Editorial Mejía Baca.

1989 *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de estudios y publicaciones.

1994 *Escribir en el aire*. Lima. Editorial Horizonte.

CORNEJO POLAR, Jorge

1998 "Costumbrismo y periodismo en el Perú del siglo XIX". En: *Estudios de Literatura Peruana*. Lima. Universidad de Lima – Banco Central de Reserva, Pp. 75-106.

2001 *El costumbrismo en el Perú. Estudio y antología de cuadros de costumbres*. Lima. Ediciones COPÉ.

2002 "Ramón Rojas y Cañas, un cronista olvidado". En: *Homenaje. Luis Jaime Cisneros. Tomo I*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Pp. 725-744.

2005 "Noticia biográfica" y "Estudio preliminar". En: *Museo de Limeñadas*. Lima. Universidad del Pacífico – Grupo Apoyo, Pp. 17-43.

COTLER, Julio

1992 *Clases, estado y nación en el Perú*. 6° ed. Lima. Instituto de Estudios Peruanos. Perú Problema 17.

CHABOD, Federico

1987 *La idea de nación*. México. Fondo de Cultura Económica.

CHAVEZ, Juan Manuel

2004 "Las cañas rojas de la literatura". En: *Encuentro de Escritores Nuevos*. Lima. Universidad Científica del Sur, Pp. 328-338.

CHIRIAMONTE, José Carlos

2004 *Nación y estado en Iberoamérica: el lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

DEL CASTILLO, Daniel

- 2000 “Un deseo de historia. Nota sobre intelectuales y nacionalismo criollo en el siglo XIX a partir de *La Revista de Lima* (1859-1863)”. En: Narda Henríquez (comp.) *El hechizo de las imágenes. Estatus social, género y etnicidad en la historia peruana*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Pp. 99-195.

DELGADO, Washington

- 1980 *Historia de la literatura republicana. Nuevo carácter de la literatura en el Perú independiente*. Lima. Rickchay Perú.

DEGREGORI, Carlos Iván (ed.)

- 2000 *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.

DEMÉLAS, Marie Daniéle

- 2003 *La invención política. Bolivia, Ecuador y Perú en el siglo XIX*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.

DENEGRI, Francesca

- 2004 *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. 2° ed. Lima. Flora Tristán. Centro de la Mujer Peruana – Instituto de Estudios Peruanos.

DURAND FLORES, Luis

- 1998 *La Independencia y la República (S. XIX)*. En *Compendio Histórico del Perú*. Tomo V. 2° ed. Madrid. Editorial Milla Batres.

ENCINA, Francisco A.

- 1984 *Historia de Chile*. Tomo XXXI. Santiago. Editorial Ercilla.

ESPARZA, Cecilia

- 2006 *El Perú en la memoria. Sujeto y nación en la escritura autobiográfica*. Lima. Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.

FALLA BARREDA, Ricardo César

- 1998 *Lo peruano en la literatura virreinal: el caso de «Lima Fundada» Pedro de Peralta y Barnuevo*. Lima. Tesis para obtener el grado de Magíster en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

FERNÁNDEZ, Teodosio

- 1990 *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*. Madrid. Taurus.

FERNÁNDEZ COZMÁN, Camilo

- 1996 *Las huellas del aura. La poética de J. E. Eielson*. Lima-Berkeley. Latinoamericana Editores.

FLORES GALINDO, Alberto (comp.)

- 1987 *Independencia y revolución*. 2 Tomos. Lima. Instituto Nacional de Cultura, Colección el Libro Popular.

FORMENT, Carlos A.

- 2002 “La sociedad civil en el Perú del siglo XIX: democrática o disciplinaria”. En: Hilda Sabato (coord.) *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas*

históricas de América Latina. México. El Colegio de México (Fideicomiso Historia de las Américas) – Fondo de Cultura Económica Pp. 202-230.

FUENTES, Carlos

1997 *El espejo enterrado*. México. Aguilar Taurus ediciones.

FUENTES, Manuel Atanasio

1876 *Principios de Derecho Político peruano para el uso en los colegios de instrucción media*. Lima. Imprenta del Estado.

GAMARRA, Abelardo

1899 *Rasgos de pluma*. Lima. Víctor A. Torres.

GARCÍA – BEDOYA, Carlos

2004 *Para una periodización de la literatura peruana*. 2° ed. Lima. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

GARCÍA CALDERÓN, Francisco

1879 *Diccionario de Legislación Peruana*. 2° ed. París. Librería de Laroque.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura

1938 *Costumbristas y satíricos*. (Biblioteca de Cultura Peruana Tomo 9.) París. Desclee de Brouwer.

GLAVE, Luis Miguel

2004 *La república instalada. Formación nacional y prensa en el Cuzco 1825-1839*. Lima. Instituto Francés de Estudios Peruanos – Instituto de Estudios Peruanos.

GONZALES, Osmar

2001 «Las dificultades para construir el Estado Nacional en el Perú: desde la independencia hasta la república aristocrática, 1821-1900». En: «Revista de Historia y Ciencias Sociales» Lima. N° 49, Ene-Abr, Pp. 106-129.

GONZÁLEZ PRADA, Manuel

1985 *Páginas Libres* (1894) En: *Obras Completas. Tomo I. Volumen 1*. Lima. Ediciones COPE.

1986 *Horas de Lucha* (1908) En: *Obras Completas. Tomo I. Volumen 3*. Lima. Ediciones COPE.

GONZÁLEZ VIGIL, RICARDO

2004 *Enciclopedia Temática del Perú. Literatura*. Lima. Editorial Milla Batres.

GRUPO MI

1987 *Retórica general*. Barcelona. Editorial Paidós.

GUERRA MARTINIERE, Margarita

2004 “La burguesía y la guerra con Chile”. En: Mc Evoy, Carmen (ed.) *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Madrid / Frankfurt. Editado por Iberoamérica y Vervuert. Pp. 245-264.

HAMILTON, A., J. MADISON y J. JAY

2001 *El Federalista*. 2° ed. México. Fondo de Cultura Económica.

HOLGUÍN CALLO, Oswaldo

1994 *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833–1860)*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

HUSSON, Jean-Philippe

2001 “La idea de nación en la crónica de Felipe Guamán Poma de Ayala: Sugerencias para una interpretación global de *Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno*”. En: «Histórica». Lima. N° 2, Dic., Pp. 99-134.

JELIN, Elizabeth

2002 *Los trabajos de la memoria*. Madrid. Siglo XXI.

KAPUSCINSKI, Ryszard

2000 *Ébano. Barcelona*. Anagrama.

KLAREN, Peter F.

2004 *Nación y sociedad en la historia del Perú*. Lima. Instituto de Estudios Peruanos.

LOAYZA, Luís

1974 *El sol de Lima*. Lima. Mosca Azul editores.

LÓPEZ MAGUIÑA, Santiago

2001 “La cultura en los estudios literarios en el Perú”. En: López Maguiña, Santiago y otros (eds.) *Estudios culturales: discursos, poderes, pulsiones*. Lima. Editado por la Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Pp. 43-63.

LORENTE, Sebastián

2005 *Historia de la civilización peruana (1879)*. En: *Escritos fundacionales de Historia*. Compilación y estudio preliminar de Mark Thurner. Lima. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos – COFIDE.

LOZANO, Jorge

1987 *El discurso histórico*. Madrid. Alianza Editorial.

MANCINI, Pasquale Stanislao

1985 *Sobre la Nacionalidad*. Antonio Pérez Luño (Ed.) Madrid. Editorial Tecnos.

MANRIQUE, Nelson

2000 “Cultura y sociedad en el siglo XIX”. En: Lohmann, Burger, Onuki y otros. *Historia de la Cultura Peruana*. Lima. Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, Pp. 371-383.

MARIÁTEGUI, José Carlos

1968 “El proceso de la literatura”. En: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 13° ed. Lima. Biblioteca Amauta, Pp. 181-277.

MARTÍ, José

1963 *Nuestra América. Obras Completas. Volumen VI*. La Habana. Editorial Nacional de Cuba.

Mc EVOY, Carmen

1999 *Forjando la nación: Ensayos sobre historia republicana*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú – The University of the South-Sewanee.

2002 “La experiencia republicana: política peruana, 1871-1878”. En: Hilda Sabato (coord.) *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas*

de América Latina. México. El Colegio de México (Fideicomiso Historia de las Américas) – Fondo de Cultura Económica Pp. 253-269.

MILLA BATRES, Carlos (ed.)

1994 *Enciclopedia Biográfica e Histórica del Perú*. Lima. Milla Batres.

MIRO QUESADA SOSA, Aurelio

1982 “La vida intelectual en Lima en 1879”. En: *Nuevos temas peruanos*. Lima. Talleres Gráficos P. L. Villanueva, Pp. 159-178

MOLLOY, Sylvia

1984 “At Face Value: Autobiographical writing in Spanish America” En: «Dispositio». IX: 24-26, Pp. 1-18.

MONSIVAIS, Carlos

2000 *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona. Editorial Anagrama.

NOVOA, Mauricio

2004 “La *civitas* inconclusa: ideas sobre la soberanía de la nación en 1860-1900”. En: Mc Evoy, Carmen (ed.) *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Madrid / Frankfurt. Editado por Iberoamérica y Vervuert. Pp. 267-284.

OSSIO, J. M.

1992 *Los indios del Perú*. Madrid. Editorial Mapfre.

OVIEDO, José Miguel

1991 *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid. Alianza Editorial

2001 *Historia de la literatura hispanoamericana 2. Del romanticismo al modernismo*. 2º ed. Madrid. Alianza Editorial.

PALMA, Ricardo

1899 *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo*. Lima. Imprenta La Industria.

1945 *Tradiciones Peruanas*. 6 tomos. Madrid. Editorial Espasa Calpe

1979 *Cartas a Piérola (sobre la ocupación chilena de Lima)*. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte, S.J. 2º ed. Lima. Editorial Milla Batres.

PAZ SOLDÁN, Edmundo.

2003 *Alcides Arguedas y la narrativa de la nación enferma*. La Paz. Plural

PAZ SOLDAN, Mariano Felipe

1979 *Narración histórica de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*. 1º ed. Conmemorativa. 3 Volúmenes. Lima. Editorial Milla Batres.

PEREZ SERRANO, Nicolás

2003 “La población del Estado. La Nación”. En: Raúl Ferrero Costa (comp.) *Teoría del Estado. Materiales de Enseñanza*. Lima. Universidad Nacional Mayor de San Marcos – Universidad de Lima, Pp.257-264.

PINTO VARGAS, Ismael

2003 *Sin perdón y sin olvido. Mercedes Cabello de Carbonera y su mundo*. Lima. Instituto de Investigaciones. Universidad de San Martín de Porres.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

1921 “El periodismo en el Perú. Ciento treinta años de periódicos”. En: «Mundial» Lima. Año II, número extraordinario, Pp. 157-168.

QUEREJAZU CALVO, Roberto

1979 *Guano, salitre, sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*. La Paz. Editorial Los Amigos del Libro.

RENAN, Ernest

2002 *¿Qué es la nación? Cartas a Strauss*. Madrid. Alianza Editorial

RICŒUR, Paul

2004 *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

RIVA AGÜERO, José de la

1962 *Carácter de la Literatura del Perú independiente*. (1905) Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú.

RODRÍGUEZ REA, Miguel Ángel

1992 *El Perú y su literatura. Guía bibliográfica*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ROMERO DEL VALLE, Emilia

1966 *Diccionario manual de literatura peruana y materias afines*. Lima. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

SABATO, Ernesto

1956 *El escritor y sus fantasmas*. Madrid. Editorial Aguilar.

SABINE, George H.

2000 *Historia de la teoría política*. (Revisada por Thomas Landon Thorson) 3° Reimp. México. Fondo de Cultura Económica.

SÁNCHEZ, Luis Alberto

1989 *La literatura peruana. Derrotero para una historia cultural del Perú*. 5° ed. Lima. EMISA.

SANDERS, Karen

1997 *Nación y Tradición: Cinco discursos en torno a la nación peruana (1985-1930)*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú – Fondo de Cultura Económica.

SARMIENTO, Domingo F.

2000 *Facundo. Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. México. Editorial Porrúa.

SAVATER, Fernando

1997 *Diccionario filosófico*. 4 ed. Barcelona. Editorial Planeta.

SILVA SANTISTEBAN, Fernando

2004 *El primate responsable. Antropobiología de la conducta*. Lima. Fondo Editorial del Congreso del Perú.

SKIRIUS, John (comp.)

1997 *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*. México. Fondo de Cultura Económica.

SOMMER, Doris

2004 *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Bogotá. Fondo de Cultura Económica.

TAGUIEFF, Pierre-André

1993 “El nacionalismo de los «nacionalistas». Un problema para la historia de las ideas políticas de Francia”. En: Delannoi, Gil y Pierre-André Taguieff (comp.) *Teorías del nacionalismo*. Barcelona. Ediciones Paidós, Pp. 63-180.

TAMAYO VARGAS, Augusto

1937 *Perú en trance de novela: Mercedes Cabello de Carbonera*. Lima. Tesis para obtener el grado de Doctor en la Facultad de Letras. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

1993 *Literatura Peruana*. 5° ed. 3 volúmenes. Lima. PEISA.

TANNER, Roy

2000 “*Museo de Limeñadas: libro de costumbres y prefiguración de las Tradiciones peruanas*”. En: «Revista de la Casa Museo Ricardo Palma» Lima. Año 1, N° 1, Pp. 35-81.

TODOROV, Tzvetan

1991 *Nosotros y los otros*. México. Siglo Veintiuno editores.

2000 *Los abusos de la memoria*. Barcelona. Editorial Paidós.

TORD, Luis Enrique

1978 *El indio en los ensayistas peruanos, 1848-1948*. Lima. Editoriales Unidas.

TRAZEGNIES, Fernando de

2000 “El proceso de modernización en el Perú del siglo XIX”. En: Lohmann, Burger, Onuki y otros. *Historia de la Cultura Peruana*. Lima. Fondo Editorial del Congreso de la República del Perú, Pp. 371-383.

TUBINO, Fidel

2003 “La recuperación de las memorias colectivas en la construcción de las identidades”. En: Hamann, Marita y otros (eds.) *Batallas por la memoria: Antagonismos de la promesa peruana*. Lima. Editado por la Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Pp. 77-105.

VARGAS LLOSA, Mario

2006 “Raza, botas y nacionalismo”. En: diario *El Comercio*. Lima. 15 de enero de 2006.

VARILLAS MONTENEGRO, Alberto

1979 “Diarios y revistas y la ocupación de Lima”. En: «Revista de la Universidad Católica» Lima. Nueva Serie N° 6, Dic., Pp. 107-119.

1992 *La literatura peruana del siglo XIX*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

VELÁZQUEZ CASTRO, Marcel

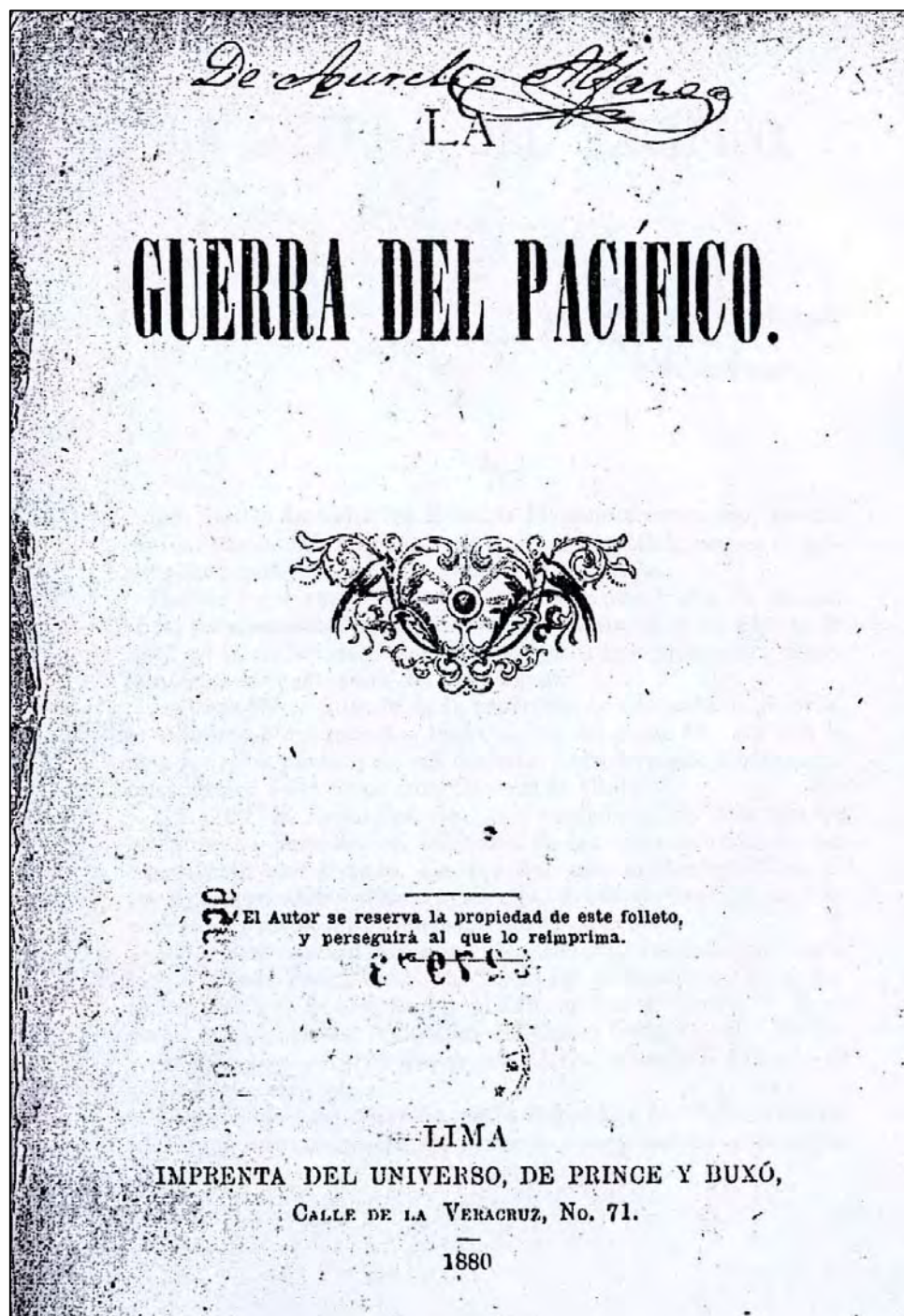
2002 *El revés del marfil. Nacionalidad, etnicidad, modernidad y género en la literatura peruana*. Lima. Universidad Nacional Federico Villareal.

2003 “Novela romántica y nación: Memorias f(r)iccionales y subjetividades protésicas”. En: Hamann, Marita y otros (eds.) *Batallas por la memoria: Antagonismos de la*

- promesa peruana*. Lima. Editado por la Red para el desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Pp. 77-105.
- 2004a “Los orígenes de la novela en el Perú: folletín, prensa y romanticismo”. En: «Ajos & Zafiros». Lima, N° 6, Pp. 15-36.
- 2004b *Novela y nación en el Perú Republicano (1845-1879)*. Lima. Tesis para optar al Grado Académico de Magister en Literatura Peruana y Latinoamericana en la Facultad de Letras. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 2005 *Las máscaras de la representación. El sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú*. Lima. Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos – Banco Central de Reserva del Perú.
- WARD, Thomas
- 2004 *La resistencia cultural. La nación en el ensayo de las Américas*. Lima. Editorial Universitaria. Universidad Ricardo Palma.
- WATSON ESPENER, Maida
- 1980 *El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico*. Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- WERNER, Abraham
- 1974 *Diccionario de Terminología Lingüística actual*. Madrid. Editorial Gredos.
- ZANUTELLI ROSAS, Manuel
- 2005 *Periodistas peruanos del Siglo XIX. Itinerario Biográfico*. Lima. Universidad de San Martín de Porres.
- ZEAL, Leopoldo (comp.)
- 1993 *Fuentes de la cultura latinoamericana*. México. Fondo de Cultura Económica.

La Idea de Nación en
La Guerra del Pacífico (Lima, 1880) de Ramón Rojas y Cañas

A N E X O S



(Trascripción fiel al original)

LA GUERRA DEL PACÍFICO⁴⁸

La guerre tient lien de principe á
Ceux qui n'en ont plus

J. B. Proudhon.

I

Los límites de todos los Estados hispano-americanos, quedaron determinados sobre el *uti possidetis* de 1810, según la monarquía española los había fijado á sus colonias.

Bolivia logró emanciparse después de una lucha de quince años, proclamando la acta de su autonomía, el 6 de Agosto de 1825 en la ciudad de Sucre, con arreglo á la demarcación determinada á las provincias del Alto Perú.

La línea Sur, límite de la provincia de Atacama de Bolivia, se extiende 3 o 4 minutos hacia el Sur del grado 26, sin que la más porción de ese desierto, haya formado jamás parte constitutiva de la Capitanía General de Chile.

En 1826, la República de Chile estableció, de una manera solemne, su jurisdicción territorial de las ocho provincias que constituían ese Estado. La ley del caso lo declaraba en estos términos: «La primera provincia, desde el desierto de Atacama, hasta la orilla norte del río Chapoa etc.»

Esta demarcación tenía por fundamento las antiguas tradiciones, desde Pedro Valdivia, fundador de Santiago, quien datando su parte de este lugar, al dar cuenta á Carlos V de su viaje, le escribía así: “Camino del Cuzco hasta el valle de Copiapó *que es el principio de esta tierra*, pasado el desierto de Atacama, etc., etc.”

La primitiva constitución de la República de Chile establece jurídicamente ese hecho, en perfecta concordancia con las exp[3/4]oraciones de Pedro Valdivia y con los límites trazados por las Audiencias, todas conformes con la legislación colonial.

⁴⁸ Para dar una idea más exacta del texto original de 1880, esta transcripción incluye mediante corchetes la paginación de la edición príncipe. Así, cuando se anota “[3/4]”, se busca indicar que la redacción precedente corresponde a la página tres del original y la consecuente, a la página cuatro.

El mes de Octubre de 1836, el General Santa-Cruz, estableció la Confederacion Perú-Boliviana; Chile entonces, aliándose con los peruanos, enemigos de ese nuevo régimen, declaró la guerra á Santa-Cruz, obligando á entrar en la campaña de 1838, que dió por resultado la derrota de Yungay, la cual le puso término á la enunciada Confederacion Perú-Boliviana.

Hasta esa época, el desierto árido del litoral boliviano, no habia despertado la atencion de extraños ni de propios. Mas cuando la casualidad reveló las riquezas que ese desierto contenia, Chile preponderante por su triunfo, utilizando el estado de postracion en que veia al Perú y á Bolivia, hubo de apoderarse de litoral boliviano, promulgando el decreto de 31 de Octubre de 1842, en la forma siguiente:

«Por cuanto el Congreso Nacional, etc., etc.

Art. 1.º Se declaran de propiedad nacional las guaneras que existen en el departamento de Atacama y las islas é islotes adyacentes, etc.»

Un año despues, el 31 de Octubre de 1843, el Gobierno de Chile creó la nueva provincia de Copiapó, bajo la denominacion de Provincia de Atacama.

Desde esa fecha, se vió figurar, por primera vez, la provincia de este nombre en la geografía de Chile; fácil es hacer constar que en las constituciones, hasta entonces promulgadas, no se habia mencionado ese territorio sino como límite divisorio de Bolivia.

A consecuencia de los decretos á que se acaba de aludir, el doctor Olañeta fué investido por el Gobierno boliviano con la mision de reivindicar esos territorios, y el Gobierno de Chile, despues de muchas dilaciones, contesto que habia mandado practicar un exámen minucioso de los archivos de Copiapó, bajo la administracion española.

El Gobierno de Bolivia, de despues de Olañeta, nombró á don Joaquin Aguirre, para una mision igual, y no pudo, gestionando desde 1843 hasta 1847, alcanzar ningun resultado de la cancillería Chile.

El doctor Salinas, enviado en seguida con el mismo objeto, aún tuvo ménos suerte que sus predecesores, pues el Gobierno chileno tuvo el cuidado de apartar la reivindicacion, para sustituirla arteramente con la cuestion límites, que Bolivia rechazó para conservar sus derechos de jurisdiccion sobre su litoral.

Infructuosos quedaron todos los esfuerzos ensayados por Bolivia sobre la restitucion de sus territorios; porque el Gobierno de Chile se parapetó en la cuestion límites, siendo así, no obs[4/5]tante, que no podia exhibir títulos fehacientes, y resultando, que saliera invocando la posesion de ellos, como quien pide amparo en posesion de bienes mostrencos ó sin dueño.

En 1845, en Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, comenzó á fundar los pretendidos derechos de posesion, acogándose al *uti possidetis*, muy especial, de haber proporcionado auxilios espirituales á los habitanses y ejercido autoridad en el Paposo,

En esta memoria se lee: «...Según aparece de documentos auténticos, no solo pertenece á Chile la bahía de Nuestra Señora, sino tambien la de Mejillones y Cobija y en una palabra, toda la costa hasta la desembocadura del Loa.»

Daba á entender, que Bolivia era un Estado mediterráneo exclusivamente, y que el litoral que se denominaba boliviano, Chile por magnanimidad ó por distraccion, se lo habia dejado gozar nominalmente.

En 1859, el Ministro de Chile Urmeneta, en su Memoria, desmintió á su predecesor, y no obstante que las invasiones territoriales no habian ultrapasado aún el grado 24, dijo:

«De varios documentos oficiales, deduce el Gobierno, que el territorio de la República se extiende hasta el grado 23 latitud Sur y que sobre esa posesion se ha ejercido jurisdiccion por las autoridades chilenas desde la epoca del coloniaje.»

Tan inexacta es esa aseveracion, que todos los contratos, concesiones y privilegios, los otorgaba el Gobierno de Bolivia y las expoliaciones y posesiones arbitrarias de los emigrantes chilenos eran reprimidos por la autoridad boliviana de Cobija sin la menor intervencion de Chile.

Ese mismo año de 1859, el Gobierno de Bolivia dio en arrendamiento sus guaneras á un brasilero Pedro Lopez Gana, quien las traspasó en 1862 á un chileno Matias Torres, contra en cual fallaron los tribunales bolivianos, en momentos en que se descubrieron valiosas riquezas en Mejillones. Los debates se acalararon; hubo protestas por parte de ambos Gobiernos, y en 1863, el Congreso de Bolivia, facultó al Ejecutivo para que declarase la guerra á Chile, que supo eludirla diplomáticamente.

Apesar de todo esto, en 1864 el comandante de la «Esmeralda,» ocupó el territorio y las minas de Chacaya, al norte de Mejillones, bajo el pretexto de hallarse dentro del grado 23, es decir, en territorio chileno.

Inmediatamente el Gobierno boliviano, apoyado por la justicia de su causa, protestó contra esa nueva invasion, alegando que la cuestion límites no habia versado jamás sobre el grado 23, sino sobre la dominacion de la costa meridional del desierto de Atacama. [5/6]

El célebre Dr. Bustillos, Ministo de Relaciones Exteriores de Bolivia en 1864, oficiando al de Chile, Señor Cobarrubias, le decia: “Conseguido ya el apoderamiento de la bahía, se pretende pasar por una simple evolucion de la cuestion, el punto disputado, al grado geográfico, con la mira de fundar en él nuevos y progresivos avances sobre las costas bolivianas.” Y concluía: “Por estas consideraciones, me veo en la necesidad de declarar como declaro, de orden de mi Gobierno, que no acepto ni estimo como suficientes las explicaciones dadas por S.E. respecto á la ocupacion de Chacaya, y que protesto una y mil veces mas, contra los actos expoliatorios que bajo diversos pretextos siguen ejecutándose en el litoral boliviano por orden y autorización del Gobierno de Chile.”

El Gabinete de Chile tuvo el desenfado de contestar: “que la medida tomada en el mineral de Chacaya, no habia inferido ofensa alguna al territorio y jurisdiccion de Bolivia, que solo era *una medida de orden interno* conducente á hacer respetar la autoridad de la república en un territorio de que estaba en posesion.”

Cuando la guerra con España, Bolivia mas americana que rencorosa con las repúblicas hermanas, ofreció á Chile su alianza, que aceptó reconocida á ese acto generoso y confiando el generalato al presidente de Bolivia, Melgarejo, sacando provecho de la circunstancia y de las condiciones personales del jefe boliviano, ajustó Chile el tratado de 1866, que estipulaba, no solo que en adelante, las fronteras legitimas entre las dos repúblicas, seria el grado 24°, sino que los derechos de exportacion del territorio entre los grados 23° y 24°, se dividirían á medias con Chile.

Este tratado es el mas leonino que hayan registrado jamás lo archivos internacionales. Por él, alcanzó Chile á afirmar por la primera vez *su derecho* sobre los territorios bolivianos, territorios que habia empezado á usurpar desde 1842, tornando discutibles los

derechos de Bolivia. Chile afectando espíritu conciliador, planteó en resumen, las bases de un derecho de propiedad que jamás había tenido.

No fue esto todo; Chile, no solamente adquirió territorio, sino que obtuvo (lo que jamás se había visto en un tratado internacional) que estipulando la soberanía de un Estado, sobre un territorio reconocido, pagase como tributo la mitad de los derechos de sus entradas.

Este tratado dio lugar á diferentes controversias, por la interpretacion que Chile había dádole á su favor, hasta que el 6 de Agosto de 1874, se firmó otro en Sucre, por cuyo tenor se anuló la participacion de Chile en los derechos de exportacion; pero en cambio, Chile obtuvo por el artículo IV que los derechos de exportacion de la zona comprendida entre los paralelos 23° y 24° no excederian la cuota que se cobraba en esa actualidad, y que las personas, industrias y capitales chilenos, no quedarían sujetos á mas contribuciones que las que existian entonces durante 25 años.

Por el articulo III quedó derogado el tratado de 1866, y todas las cuestiones á que diese lugar la inteligencia y ejecucion del tratado, debian someterse á un arbitraje.

Tal fue la celada que se había preparado á Bolivia. Se la hizo abdicar su soberanía y su libertad, para que no pudiera ni aún costear su administracion.

El 23 de Febrero de 1878, Bolivia promulgó una ley imponiendo diez centavos por cada quintal de salitre exportado. Chile, fundándose en la violacion de los tratados, sin haber sometido la cuestion al arbitraje, ántes de recurrir á las armas y sin previa declaracion de guerra, mandó cuatro buques á la bahía de Antofagasta, en cuyo territorio trabajaban quince mil chilenos y trescientos bolivianos, desembarcaron mil quinientos soldados, apoderándose el 14 de Febrero de 1879 del litoral boliviano á título de reivindicacion,

II

El 18 de Febrero de 1879 Don Alejandro Fierro, ministro de Relaciones Exteriores de Chile, puso una circular al cuerpo diplomático extranjero, con el objeto de justificar la reivindicacion chilena sobre el territorio boliviano comprendido entre los paralelos 23° y 24° de latitud Sur.

En ese documento extraño, por el cúmulo de inexactitudes de que está plagado, y en el cual, los diplomáticos y todos los demás hombres serios, no podrán menos que encontrar la superchería y el ardid propios del que falto de conciencia se empeña en disfrazar una usurpación en un derecho, se lee, entre otras falsedades, que el triple testimonio de la historia, el pensamiento escrito de los soberanos españoles y los actos jurisdiccionales de la manifestación suprema, demuestran que el límite boreal de Chile, era al menos el paralelo del grado 23 de la latitud Sur.

El Gobierno chileno dice, bajo su firma, que tiene pruebas; pero si las tiene ¿cómo es que no ha podido presentarlas nunca, ni aún siquiera un solo testimonio fehaciente que acredite esas aseveraciones, refutadas con sus propios documentos oficiales, de los cuales quedan citados algunos? A fin de corroborar nuestros asertos, reproducimos de la Memoria del Ministro de Relaciones Exteriores de Chile en 1843 un párrafo, cuyo solo contexto es la más victoriosa refutación de la circular aludida, digno de anotarse, por la originalísima doctrina que invoca. Refiriéndose al desierto de Atacama se expresa así: «Parece por su indeterminación misma colocar nuestra frontera del Norte en la línea media que lo divide en dos partes iguales, por analogía de lo que sucede cuando un río caudaloso separa dos Estados, *ninguno de los cuales puede alegar convenciones expresas ó actos posesorios que la confieran el dominio total de su anchura.*»

La memoria debe haberle sido pérfida al Ministro Dr. A Fierro.

¡Los miembros del Cuerpo Diplomático que conozcan la cuestión y el litoral boliviano, aunque no sea más que por geografía, quedarán bien convencidos del derecho y de la justicia del Gobierno chileno, al leer en la particularísima circular susodicha! que «Santa Cruz declaró en varios documentos oficiales que Bolivia no tenía más que un puerto, Cobija.»

No cabe duda, entonces, que todo el litoral boliviano, excepto Cobija, pertenece á Chile, sin otra razón ni otra ley, que porque Santa Cruz, olvidó consignar en todos sus documentos oficiales, que en el litoral boliviano existían otras caletas donde podrían formarse otros puertos.

Pero en donde el cuerpo diplomático se habrá quedado abismado de asombro, es al darse de manos á boca con la siguiente y última prueba que no deja lugar á objeción: —

“Las 113 licencias otorgadas en Valparaiso desde el 31 de Octubre de 1842 hasta 1857 á diversos buques para cargar huano en Mejillones.»

Esto es irrefutable y perentorio, pero sobre todo, de una lógica contundente. La prueba de que una porcion del litoral boliviano pertenece á Chile, es que existen 113 licencias, otros tantos comprobantes de que han sido defraudados á Bolivia, en el término de 15 años, 113 cargamentos de su propio huano; pero como Bolivia no ha podido impedirlo, ni castigar á los defraudadores, el huano, el salitre, y todo el litoral boliviano son y tienen que ser legítima propiedad de quien expidió esas 113 licencias.

¡Perfecto título de propiedad!

III

Desde que á principios de Enero de 1879, el Gobierno del Perú se apercibió de los primeros amagos de perturbacion internacional entre Chile y Bolivia, se apresuró á ofrecer sus buenos [8/9] oficios por medio de sus representantes en la Paz y en Santiago, tendiendo á evitar una ruptura y alcanzar un avenimiento pacifico en la cuestion pendiente.

El Gobierno del Perú aconsejó y obtuvo que el de Bolivia suspendiese el gravámen sobre el salitre, circunstancia que motivo el desacuerdo. Pero desgraciadamente, despues que el Presidente de Chile, en 24 de Enero, aceptó los buenos oficios que le fueron ofrecidos por el Gobierno del Perú, prometiendo á su representante no decidirse por ninguna medida violenta, sin ponerla antes en su conocimiento, el Ministro Fierro, rechazó la mediacion y ordenó la ocupacion de Antofagasta, á la vez que calificaba ese acto estrepitoso y violento de REIVINDICACION, título irrisorio que produjo fuerte alarma en todo el Continente americano.

A pesar de que un procedimiento asaz sorpresivo, estaba denunciado patentemente la resolucion irrevocable de Chile para adueñarse del litoral boliviano, el Gobierno del Perú no se desalentó; lejos de ello, acreditó *ipso facto* un plenipotenciario con la noble idea de proponer un arreglo. El Gobierno de Chile dejó entrever á este ministro la posibilidad de una conciliacion; era un medio de ganar tiempo para prepararse, y al fin persuadirse de si podia ó no obtener del mediador una neutralidad absoluta.

Mientras estos incidentes se desenvolvian en Chile, el representante de esta república en el Perú, dirijia al gabinete de Lima una comunicación tan desusada como provocativa, henchida de pueriles quejas, exijiendo explicaciones sobre la existencia de un pacto de alianza entre el Perú y Bolivia, y pidiendo también casi imperativamente una terminante declaratoria de neutralidad.

El tratado de alianza entre el Perú y Bolivia de 1878, que Chile califica de desconfianza, de hostilidad y ofensivo, con la diferencia de no ser mas que defensivo, es igual á los que hacen todos los gobiernos del mundo, sin que los demas se den por ofendidos, pues este hubo de ajustarse para garantizarse reciprocamente ambos estados la integridad de sus respectivos territorios, y la impersonalidad misma de ese pacto, no podia ser ofensivo á ningun gobierno, sino llegando al caso, al provocador ambicioso, y la casualidad recayó sobre Chile que asumió ese papel.

La cancilleria chilena no blasona de escrupulosa, pues el Ministro Fierro dice al cuerpo diplomático que el Gobierno del Perú habia ofrecido al representante de Chile en Lima, que seria neutral.

Aunque la existencia del pacto de alianza, desmienta al señor representante chileno en el Perú y al señor Fierro, es preciso [9/10] ante todo y como circunstancia previa para juzgar, tomar en consideracion la estructura geografica de las fronteras del Perú y de Bolivia.

El litoral boliviano se encuentra encerrado entre la frontera de Chile por el Sur y la del Perú por el Norte, del cual esta separado por el rio Loa y entre las provincias Argentinas y el Pacífico. Una lengua de tierra que arranca del Loa hasta Tacna, entre el oceano y la cordillera que la separa de Bolivia, forma la provincia de Tarapacá cuyo suelo esta enriquecido por el huano, el salitre y minas de plata.

Apoderandose Chile del litoral boliviano, queda Bolivia bloqueado dentro del continente, obligado por consiguiente á comunicarse con el resto del mundo, ó bien á traves del territorio peruano por el Pacífico, ó por los afluentes del Amazonas por el Atlántico. Lo que no es muy facil.

Pues el Gobierno de Chile debería saber que Bolivia no podría quedar sola, y que toda neutralidad con ó sin tratado de alianza, era imposible para el Perú, so pena de perder la porcion mas rica de su litoral.

Sin duda que el señor Ministro Fierro, al escribir su circular, no tuvo presente que la diplomacia ha inventado las notas en las cuales se archivan los ofrecimientos verbales, en prevision de los casos frecuentes de *verba volant, scripta manent*.

La situacion del Gobierno del Perú estaba perfectamente definida. Si no se aliaba con Bolivia, esta tenia que aliarse con Chile contra él.

Mientras que el Perú se esforzaba por evitar la guerra y dar una solucion razonable al incidente, el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile entretenia al Plenipotenciario peruano con esperanzas e ilusiones, confiando en recibir informes ciertos sobre las disposiciones definitivas del gabinete de Lima y sobre el estado bélico en que se hallaba el Perú.

Así que el Gobierno de Chile se persuadió de todo esto, considerandose en condiciones de suficiencia y sabiendo que el Perú estaba desarmado en el mar y desprovisto en tierra, Chile prepotente declaró la guerra al Perú el 2 de Abril de 1879, imponiendo inmediatamente bloqueo al puerto de Iquique.

El Gobierno peruano declaró el 6 de Abril el *casus Fæderis* previsto en el tratado de 6 de Febrero de 1873 entre el Perú y Bolivia, y entónces la alianza fue ya un hecho.

IV

La reivindicacion de Chile sobre el desierto de Atacama no es mas que el pretexto de la guerra; las miras reales son otras y las causas tienen que buscarse y hallarse en razones de otro [10/11] órden; es un golpe meditado y preparado desde muy retrospectiva data, para cuya ejecucion Chile no ha tenido que hacer mas que utilizar la ocasion que el evento le ha proporcionado como la mas propicia.

En la superficie del globo, cada pueblo ha tomado ó recibido la localidad que el destino le ha consignado—ora que fuese favorable á sus habitantes ó ya que las tribus ó generaciones se hubiesen ido apropiando á la naturaleza de los territorios.

Chile es un país alejado desventajosamente, apostado allá entre el Estrecho de Magallanes y los incultos y desiertos territorios de Bolivia, formando una cuchilla de tierra estrechada por la Araucania, las provincias Argentinas y su costa bañada por el Pacífico.

El trabajo que la necesidad imponía á sus habitantes; un largo período de paz y una buena administracion, contribuyeron á estrechar aun mas su territorio. Los gobiernos de ese país, penetrando de esa verdad, que se revelaba cada dia mas paladinamente, anhelaron tomar algo mas de dilatacion á su suelo, desde 1842, tanto hacia el norte sobre Bolivia, como hacia el sur, avanzando sobre la costa norte del Estrecho de Magallanes y las costas patagónicas, donde han encontrado vigorosas resistencias por parte de los argentinos; cuestion que antes de la actual guerra con el Perú, habia casi engendrado un serio conflicto entre esos dos pueblos.

El proyecto de la canalizacion del Ismo de Panamá, que estaba germinando en el cerebro humano, desde la conquista y que acaba de declararse en estado de madurez por el genio del hombre y por el espíritu de asociacion, ha debido preocupar mas de una vez á los hombres de estado de Chile, cuya capacidad y patriotismo en gran parte de ellos, seria injusticia desconocer.

Además, habria sido preciso que fuesen ciegos para que no hubiesen comprendido, que la realizacion inevitable de esa grande obra americana, aportando inmensas ventajas á ciertas naciones del Pacífico, favorecidas por su situacion geografica, tenia que transformar completamente, y de una manera funesta el modo de ser de algunos otros y particularmente de Chile.

Chile, en este caso para él siniestro, tenia que quedar mas empujado hacia el Polo; consecuencia de su aislamiento seria la privacion de esas comunicaciones que le proporciona el tránsito y escala de cuantas naves penetran en el Pacífico, de cuyo oceano es, para decirlo así, el portero. [11/12]

Chile habria dejado de ser el gran depósito de mercaderias que hace la importancia de Valparaiso; ya no abastecería las marinas de guerra ni de comercio; recibiria solo una que otra visita de algun ballenero.

Chile se vería reducido á la nacion incomunicada, destinada á fuerza de trabajo á dar abasto á sus propias necesidades y á exportar los productos de su industria, cargando los barcos de vuelta que satisficieran su importacion.

Esa nueva situacion, creada á Chile por el progreso de las vias de comunicaci3n, no podia, no debia satisfacer las aspiraciones de un pueblo vigoroso educado en el trabajo. Nada hay de estraño en que Chile, siguiendo el movimiento universal de engrandecimiento, intentara doblar el Cabo y aproximarse al Ecuador. ¡Es mas facil querer que poder! ¡Provocar un conflicto no era difil!

La mayor parte de los capitales invertidos en la explotacion de las salitreras de Tarapaca salian de Chile; esa industria rendia de 12 á 15 millones de pesos al ańo, de retornos, á la importacion del comercio de Chile.

El estanco del salitre primero y la expropiacion de las salitreras despues, obligaron á los capitales chilenos, desde 1873, á dirigirse hácia el litoral boliviano en pos de los reemplazos de los retornos perdidos; pero entretanto, esta disminucion produjo un grave trastorno en el comercio de Chile, el cual no tardó en degenerar en crisis y uniéndose al abatimiento de sus industrias pasó dicha crisis á ser financiera y monetaria.

Ese mal no podrá dejar de estenderse y de contaminar á las arterias sociales, entre las que tomo repentinamente un carater de gravedad tal, que el gobierno de Chile se vió obligado á comprometerse ante el pais á retirar de la circulacion en Agosto y convertir en plata una fuerte suma de billetes de Banco. Y como era imposible cumplir esa promesa, la necesidad en consorcio con los planes preconcebidos, pusieron al gobierno de Chile en el caso imperioso de precipitar las cosas y buscar un conflicto; es decir, la guerra extrangera, para entretener la opinion pública y á la vez, cohonestar la falta de cumplimiento del gobierno.

Era natural, ya que la usurpacion del litoral boliviano estaba iniciada con éxito; esa idea era inseparable de los ensueños del gobierno, é indispensable para completarla; y á mas de que, toda usurpacion caía simpáticamente en los gustos del pueblo chileno.

Chile no hizo la guerra al Perú, cuando el gobierno de éste estableció el estanco y expropió las salitreras; mas claro; no la hizo cuando se trataba de 12 ó 15 millones de pesos

de retornos y la ha emprendido contra Bolivia por diez centavos de impuesto sobre cada quintal de salitre, que apenas monta á 108,000 pesos anuales.

Esto significa que la reivindicacion del 14 de Febrero de 1879 [12/13] no es mas que la reivindicacion de los retornos; esto era simplemente el ocular; pues el objetivo era la riqueza del Perú.

El Perú no podia tener mayor enemigo que su riqueza territorial, su clima y su situacion geográfica, para haber despertado la codicia mas voraz, la ambicion mas sórdida de su perpetuo envidioso.

Esta guerra es una especulacion en la cual se hallan asociados los gobernantes de Chile, quienes reuniendo la inteligencia al estudio de las máximas del depravado político de Florencia, han tenido la habilidad de dar á un negocio mercantil y personalísimo todos los caracteres de una cuestion politica y nacional en extremo.

V

Chile es un país reducido, pobre, pero bien administrado; menos poblado aun, que Bolivia, sus habitantes son laboriosos, generalmente, dedicados á la minería y á la agricultura; las dos industrias esenciales que constituyen toda su riqueza nacional.

El Perú y Bolivia son estados de mucha mas estension que aquel, de tal suerte que entre ambos suman casi el triple de la poblacion de Chile. Los peruanos y los bolivianos son algo menos activos para el trabajo que los chilenos, y la prueba de este aserto es la copiosa importacion de asiáticos al Perú. En cambio, los hombres de estos paises estan de tal manera militarizados, que es punto menos que imposible encontrar en las ciudades y en los pueblos, hombres provecos que no hayan tomado parte en alguna funcion de armas.

Chile posee una escuadra compuesta de dos poderosos blindados, dos corbetas, dos cañoneras, dos avisos y varios trasportes; su armada terrestre permanente fluctúa entre 3 y 4 mil soldados.

El Perú tenia su escuadra desarmada y en muy mal estado; componíase de dos blindados notablemente inferiores á los de Chile, de una corbeta, una cañonera, cuatro trasportes y dos monitores apropiados únicamente á la defensa de los puertos. El 14 de Febrero de 1879 tenia un ejército de 6 a 7,000 hombres.

Bolivia, cuyo centro poblado, se encuentra separado de su litoral por una distancia de mas de doscientas leguas, carece en lo absoluto de marina; y en cuanto á su ejército solo constaba de cerca de 500 soldados cuando la invasion de Antofagasta por la fuerzas chilenas.

Chile no tenia fortificado otro puerto que el de Valparaíso; toda su costa fue fortificada despues de la declaracion de guerra al Perú. [13/14]

En cuanto al Perú, tenia fortificado el Callao; y solo desde el 2 de Abril de 1879 fue artillado el puerto de Arica.

Tales eran las condiciones militares de los beligerantes al principio de la guerra.

VI

La guerra promovida por el gobierno chileno contra Bolivia y el Perú, no es mas que cuestion de codicia y de estencion de territorios; mientras que para los aliados es un noble asunto de guerra defensiva, un deber sagrado de conservar la integridad nacional, asi como para la America española es una guerra de principios, en la cual se halla empeñado el equilibrio Sud-americano, cuya perturbacion puede afectar muchos intereses.

Desde 1842, la politica chilena, se ha dejado conocer, agitándose activamente; se han traslucido sus planes de acrecimiento, desarrollándose paso á paso, y sea que Chile se hubiese encontrado por las circunstancias precipitado, ó bien que hubiera creido llegado el momento de convertir en un hecho sus proyectos, meditados desde tiempo atrás, se lanzó á ciegas sin curarse de su poco militarizada y reducida poblacion, ni tomar en cuenta la limitacion de sus recursos.

Fué, pues, que por falta de elementos para una empresa de tal magnitud, los gobernantes de Chile se vieron precisados á recurrir á la astucia para que la felonía supliese á la fuerza, procediendo así en conformidad con las tradiciones de su origen; es decir, de una raza de hombres de grillete cruzada con los araucanos.

Chile ha comenzado por adueñarse, ignórase por qué medios, de las simpatias de la prensa extranjera, con el objeto de hacerse exhibir como la víctima que Bolivia y el Perú han provocado á la guerra, repitiéndolo el mismo gobierno chileno, bajo todos los tonos y en todos lo documentos oficiales.

Para dar una idea de la deslealtad de los chilenos, bastará recodar las proposiciones reiteradas que su gobierno hacia á Bolivia. Durante la última guerra con España, para que el Perú, mediante un ataque inusitado (un malon) quedase despojado de Moquegua, Tacna y Tarapacá.

Han sido tambien publicadas oficialmente, las insinuaciones que el gobierno de Pinto, por boca de un personage que hoy figura como miembro del gabinete de Santiago, mandó hacer al plenipotenciario del Perú, quien se esforzaba lealmente en evitar la guerra, para que se hiciese de Bolivia una Polonia americana, dividiéndola entre Chile y el Perú, las provincias argentinas y el Brasil; como asi mismo la idea de tomarse Chile el litoral boliviano, cediendo el Perú, Iquique y Arica á Bolivia, y recibiendo en compensacion, la provincia ecuatoriana de Guayaquil; [14/15] proposiciones que el señor Lavalle, que es un cumplido caballero, escuchó ruborizado y rechazó con indignacion.

Todas esas maquinaciones tenebrosas é increíbles, demuestran con toda evidencia, que el gobierno de Chile se ha creído bastante competente para reformar el mapa de Sud-américa, y en esto mismo descuella la revelacion del objeto que Chile se ha propuesto en esta guerra.

Hé aqui lo que decia el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Don José Alfonso, en una comunicacion oficial de 10 de Octubre de 1876 al representante de Chile en Buenos Ayres:

«Nuestra situacion geográfica y nuestro interés aconsejan, sin duda, que *no debemos extendernos por ese lado.*»

No siendo por ese lado ¿no se deja comprender tangiblemente que debería ser por el otro?

Y para conservarse los chilenos fieles á las doctrinas usurpadoras de sus generadores, el mismo Señor Alfonso decia al propio representante en 13 de Marzo de 1877:

«La posesion de hecho se afirma y se afianza mas y mas, y *en defecto de cualesquiera otros títulos, este es de los mejores.*»

En fin, para llegar al colmo de la cobardía, el Gobierno chileno há mandado proponer por medio de cartas, por la prensa y por todos los órganos imaginables la defeccion

boliviana; es decir que Bolivia traicionara al Peru ¡qué mucho, si algo peor todavia! que Bolivia se traicionase á sí propia, ofreciéndole como premio de su deshonra el Departamento de Moquegua.

Y ¿porqué no le ofreció Chile el de Tarapacá?

Ultimamente, el Gobierno chileno cambió sus baterias y propuso á Bolivia comprarle Antofagasta con la condicion de que Bolivia habia de observar estricta neutralidad en la guerra entre Chile y el Perú.

Todas estas intrigas provienen exclusivamente del temor que abriga Chile de no poder vencer á las dos Repúblicas aliadas, y tambien de la prevision, no infundada, de que la guerra puede prolongarse indefinidamente; pero las últimas manifestaciones que han tenido lugar en Bolivia, deben haber demostrado á Chile, que todas sus proposiciones, sobre cuyos resultados fundaba grandes esperanzas, no han producido el éxito deseado.

Chile se ha apoderado del litoral boliviano, porque suponía exhausto el tesoro de Bolivia, y porque sabias que por tierra era difícil desalojar de ese punto sus legiones, á causa de la enorme distancia, y del desierto que hay que atravesar, asi como por la certeza de que dicho litoral no puede ser alimentado ni acometido sino por mar; quiere decir, que ocupado militarmente por mar y tierra, es casi inexpugnable. [15/16]

El gobierno de Chile ha declarado guerra al Perú, porque posee una marina superior y porque el Perú, á mas de la inferioridad de su escuadra, ésta se halaba desarmada y en mal estado y Chile imaginaba que el Gobierno peruano se encontraba sin recursos y falta de crédito para procurárselos.

El litoral boliviano, á mas de todo esto, no es accesible y eso en ciertos puntos, mas que por la costa del Perú, y teniendo siempre desiertos agrestes que atravesar; á pesar de todas estas ventajas, Chile no supo por donde comenzar las hostilidades; bloqueó á Iquique, para impedir es desembarco de tropas y aprovisionamientos, á la vez que para privar á la poblacion de agua, con el propósito de hacer forzosa la evacuacion de ese puerto hallándose falta de los medios de subsistencia.

Los chilenos, por conservar su preponderancia maritima, no se atrevieron á exponer las naves que la constituyen, con el hecho de embestir el Callao ni aun siquiera al puerto de

Arica apenas artillado; prefirieron, cediendo á sus sistema de sobre-seguro, acometer los puertos desarmados como Pisagua, Huanillos, etc. Etc., disparando sobre trenes henchidos de pasajeros indefensos, mujeres y niños, con la particularidad de que tan cobardes bombardeos eran llevados á práctica con el pretexto capcioso de destruir lanchas.

Despues que la prensa de Chile prodigó los insultos mas candentes á la marina peruana, de que por no estar lista no podia hacerse á la mar; á pesar de que Iquique podia recibir de Arica y de Bolivia mantenimientos, los chilenos bien pronto tuvieron la prueba del arrojo y ardimiento de esa misma marina peruana que tan acremente habian vilipendiado, pues casi bajo la artillería de las naves bloqueadoras, los trasportes peruanos estuvieron listos, sin que el jefe de ellos supiese que los blindados chilenos estuviesen en viaje, rumbo al Callao, se encaminaron en demanda de Iquique con el intento fijo de sucumbir ó de romper el bloqueo.

Fue allí, en esas aguas, para siempre memorables, en donde se trabó un combate reñidísimo que dio por resultado el hundimiento de la corbeta chilena «Esmeralda» por el ariete del «Huáscar,» y perdiendo el Perú la blindada «Independencia,» á causa de un fracaso eventual, debido al ardor ciego del jefe de este buque quien ofuscado por un exceso de entusiasmo, olvidó que existiera el escollo invisible sobre el cual lanzó su buque.

En este primer de combate naval, el mundo civilizado tuvo ocasión de apreciar el valor y la hidalguia de los marinos peruanos, el cotejo con la conducta incua de los marinos chilenos; [16/17] pues es un hecho, por desgracia harto constante, que mientras el ilustre comandante Miguel Grau y los tripulantes del «Huáscar» se esforzaban por salvar á la tripulacion chilena de la sumergida «Esmeralda,» los marinos de la bien averiada «Covadonga» cebaban su saña y su ferocidad, asesinando á los náufragos peruanos de la «Independencia» baranda sobre el arrecife.

Un solo buque peruano, el «Huáscar,» relativamente pequeño, mandado por el bravo comandante Grau, bastó para hacer cambiar la opinion que los chilenos habian formado respecto de la marina peruana.

Grau bombardeó, con su débil nave de dos cañones, los fuertes de Antofagasta, hostilizó los puertos chilenos sin dirijir disparos sobre la propiedad privada, respetó á los paisanos y gente inerme, echó á pique buques y anchas, se batió impertérrito sin contar con

la fuerza enemiga, capturó el transporte «Rimac» que llevaba un regimiento completo de caballería, acto que causó la desesperación de Almirante Rebolledo, haciéndole descender entre los mismos suyos, hasta las regiones de la ineptitud y de la nulidad; puso en crisis á todo un Ministerio, sublevó la indignación del pueblo de Santiago contra el Gobierno que la calmó á balazos; infundió el pánico en toda la costa chilena y últimamente, este insigne marino peruano, hizo enmudecer á la prensa chilena, poco ántes la mas belicosa y enconada, puesto que ya se ejercitaba en formular terribles cargos contra su propio Gobierno, acusándole de haber promovido una guerra injusta, no por defender el honor chileno, sino por ceder á especulaciones y cálculos mercantiles, despues de haber creado un pretexto fútil para aquella.

Esa prensa, que tan acerbamente habia insultado al Perú y á su marina, quedo bien castigada; pues consta en los diarios chilenos que al principio de las proezas del «Huáscar,» no pudo impedirse de exclamar con la mas cómica infatuación; «Cuando se dice que los buques enemigos entran impunemente dentro de nuestros puertos, se no hace imposible creer que esas naves son comandadas por marinos peruanos!»

Desgraciadamente, los chilenos debian recibir una nueva y mas elocuente prueba de valor incontrastable de los marinos peruanos.

El «Huáscar» debia caer en manos de los chilenos, de la única manera posible; mediante una celada páfida que se logró tenderle, debida no tanto al almirantazgo de Chile cuanto á la..... incapacidad de un ignorante é infatuado mandatario del Perú. Se mandó al «Huáscar» en comision, á sabiendas de que la acumulacion conchifera de sus fondos, le habian disminuido un quinto de su velocidad; á pesar de tan grave inconveniente, [17/18] su denodado Jefe y sus intrépidos, no se resistieron á obedecer el imprudente y estúlto mandato y el «Huáscar,» circundado por toda una escuadra, en la que habia dos blindados triplemente mas fuertes que el, sostuvo un combate desigual, sucumbiendo en la demanda, á tiro de rifle, despues de haber perecido el comandante Grau y los tres que por sucesion habian asumido el mando; hecho sin ejemplo en los fastos navales del Universo; hazaña que irradio tan esplendente aureola de gloria sobre esos paladines peruanos que ni el espíritu de antagonismo, ni la envidia, ni la calumnia misma podrán amenguar ni dejarla en opacidad, porque el mundo protestaría contra tan flagrante injusticia.

Cuatro comandantes que prefirieron volar en átomos por la metralla enemiga antes que ver profanado el puente de su buque por la planta de sus múltiples enemigos. «*Dulce et decorum est pro pætriâ mori.*»

VII

La luctuosa nueva de la muerte gloriosa del comandante Grau y de sus compañeros, que dio por consecuencia la pérdida de esa, con razón dicha legendaria nave, causó en el Perú una sensación tan profunda, que se comunicó por simpatía á casi toda la América: pero los peruanos dotados de noble resignación y de virilidad, no se dejan abatir por un desastre, sea cualquiera su magnitud, y por el contrario; estas catástrofes, irreparables en efecto, por el momento, no hicieron mas que enardecer su valor, exaltar su patriotismo y centuplicar la fuerza de su voluntad.

No podrían dar mas irrecusable testimonio de ese noble sentimiento, que el entusiasmo verdaderamente nacional con que fue insinuada y consumada la erogación espontánea para la adquisición de un blindado que deberá llevar el nombre venerado del ALMIRANTE GRAU.

Tan solo entre el ámbito estrecho de Lima, y á penas en una quincena el monto de la patriótica suscripción había ascendido á *Dos millones de soles*, y desde esa fecha, Octubre de 1879, no pasa un día sin que converjan de toda la república al centro depositario, sumas cuantiosas.

Por otra parte, los poderes correspondientes, se han ocupado en procurar fondos, organizar legiones y adquirir todo el material y demás elementos que constituyen las mas fundadas probabilidades del triunfo.

La toma del «Huáscar,» que ha sido para Chile una victoria, como las necesita, sin riesgo y sin gloria, produjo como debía esperarse un efecto enteramente opuesto, una reacción salvadora, la cual, ciertamente Chile necesitaba para continuar en su [18/19] calidad de nación; pues ese suceso, bien flaco en cuanto á hecho de armas, era de la mayor importancia como consecuencias en el concepto de que el Perú quedaba sin ningún blindado para perseguir las corbetas chilenas que de antes estaban sujetas al convoy de los blindados, y además, que Chile aumentaba su escuadra con un tercer acorazado.

Los chilenos recobraron su primitiva arrogancia y dieron espansion á su orgullo. El regocijo ultrapso en sus ciudades los caracteres del paroxismo y del delirio. Chile, como una sola personalidad se entregó sin medida á los trasportes de un frenesí en la alegría; como si los triunfos de todas las naciones en todas las épocas, hubieran quedado eclipsados con el de dos divisiones navales al capturar á un solo buque puramente guerrillero.

La prensa tomó su antiguo tono de suficiencia y de alardeo; libre ya Chile de ese fantasma aterrador, pudo respirar. Así alentado, empezó á dirigir á los peruanos los sarcasmos y las provocaciones de peor género, sin excluir ataques alevosos. Entónces con su soberbia araucana, anunció á los dos mundos que los aliados, en lo absoluto privados de su único blindado y de su mas prestigioso Capitan, quedaban á discrecion y *generosidad* de Chile.

Pero despues que la celebracion del triunfo tocó á su fin, y que el éco del estampido de las salvas se extinguió, el Gobierno de Chile entrando en Cátedra de formalidad, hizo un examen de la situacion que no dio por resultado el participar de la opinion de la prensa ni de la voluntad del pueblo; pues tuvo que reconocer que la posicion de Chile era la misma que al principio de Abril, en que la escuadra del Perú se hallaba en desarme y aislada bajo las baterias del Callao, y teniendo que consultarse Chile á si propio que era lo que debia de hacer.

No le quedaba pues otro arbitrio que el de recurrir á los extremos peligrosos; por ejemplo, la invasion de territorio enemigo. Enfiló su mirada sobre Lima, despues sobre el Morro de Sama y últimamente hubo de optar, por hallarse mas cerca, por el territorio simpático de sus doradas ilusiones, por el emporio codiciado del huano y del salitre.

Veinte buques, entre naves de guerra y trasportes, penetraron el 2 de Noviembre de 1879 en la rada de Pisagua en cuya playa este flota, con diez mil hombres de desembarco, halló energica resistencia en mil hombres aliados, sosteniendose un fiero y mortal combate que duró siete horas; y á pesar de estar los asaltantes protegidos por los fuegos de los cañones de sus buques, perdieron mucha gente al efectuarse el desembarco; desembarco que hubiera fracasado, indudablemente, si los aliados [19/20] hubiesen sido dirigidos por un general menos atolondrado y pueril que Buendia; porque, con toda seguridad, un patriota algo inteligente, y aun sin el rango de general, al avistar veinte bajeles enemigos,

habria llamado al punto todas las divisiones de su jurisdiccion, las mismas que iban llegando sucesivamente para rechazar el asalto, hasta que obligados los invasores á reembarcarse hubiesen quedado reducidos á la cuarta ó quinta parte de su guarismo.

Buendia prefirio hacer una resistencia inútil y hasta perjudicial, para batir retirada despues, e ir luego á concentrar sus tropas, en tanto que los chilenos acampaban desde el punto nominado el Hospicio hasta Dolores.

Durante ese tiempo, el Gobierno de Lima, mandó tres buques cargados de tropa y pertrechos, los cuales llegaron perfectamente á Arica; allí se incurrió en otro desatino semejante á al de haber enviado al «Huáscar» en su última comision; pues en vez de que el Director de la Guerra hubiese mandado regresar los tres consabidos buques, tan luego como los hubiese descargado, los entretuvo algunos dias sin objeto real ni ostentible..... para que uno de los blindados chilenos, siempre por virtud de la triplicada fuerza, hubiese capturado á la «Pilcomayo,» dejando al Perú reducido á un solo buque de guerra, la corbeta «Union.» Este tercer descalabro fue seguido de otro peor y aún mas inexplicable hasta hoy, pero cuya responsabilidad recaerá primero sobre el Director de la Guerra y despues sobre el General en jefe, Buendia, que es el que ante el buen sentido resulta con circunstancias mas agravantes, atendidos sus muchos años de llevar la calidad de oficial general.

El 19 de Noviembre, el ejército chileno habia tomado posiciones en Dolores; Buendia mandaba en jefe el ejército aliado. He aquí la parte de responsabilidad que le corresponde al General Daza: sabido es que el General boliviano, Daza, salió de Arica para atacar á los chilenos y tratar de cerrarles el paso; pues este General prefiriendo conservar ilesa la tropa que le sostenia en el poder, á la honra de las armas bolivianas y al triunfo de los aliados, se regresó de Camarones, cuando con dos jornadas mas habria estado al frente del enemigo, y no volvió á salir de Tacna. Cobardia, ruindad ó incompetencia, la retirada de camarones, sera siempre una pagina bochornosa en la vida militar del Presidente de Bolivia.

Unas divisiones Perú-bolivianas arremetieron sobre las posiciones enemigas de una manera impetuosa y á pesar del denuedo que desplegaron, cuando ya dos compañías habian coronado la altiplanicie del cerro, Buendia en vez de reforzarlas destacando tropas de apoyo, las mandó descender á toques de [20/21] llamada, sin la intencion, probablemente,

de que en el descenso fuesen impiamente asesinadas por la espalda, con lo que á soldados tan valerosos les hizo sufrir la muerte de los cobardes fugitivos.

Los bolivianos dejaron penetrar la desorganizacion en sus filas, y continuando á la desbandada, el núcleo del ejército al ver tan inusitado desorden, hubo de adoptar la táctica de batir retirada sobre Tarapacá desprovisto de todo recurso; y si se ha de dar crédito á los relatos de los individuos que presenciaron el hecho de armas, muchos soldados se batieron casi desnudos, y muchísimos con un ayuno de dos días. Según el parte del jefe chileno, las columnas de asalto lo ejecutaron con tanta bizarría, que al encomiarla, encuadra bien la famosa frase histórica *nuestros soldados fueron leones mandados por siervos*.

Los chilenos al saber que ese ejército se hallaba desaprovechado y juzgándolo en plena desmoralizacion y fugitivo, fueron á acabarlo de destruir con artillería, caballería é infantería; pero los peruanos constituidos únicamente por infantería, derrotaron completamente á sus perseguidores, dejándoles el campo regado con cadáveres no sin haberles expoliado 4 cañones Krupp y 4 obuses.

Por los combates del «Huáscar,» por la resistencia de Pisagua y por la batalla de Tarapacá, los chilenos habrían podido apreciar el patriotismo y valentía de los peruanos, y sobre todo habrán podido cotejar la enorme diferencia que media entre los soldados de 1838 y de 1879.

Chile debe tomar nota de que el ejército peruano derrotado, desnudo, descalzo, desasistido, en todo sentido, y mal dirigido, ha realizado lo que rara vez se ha visto en ejércitos bien constituidos y abastecidos; esto es, qué los soldados peruanos en el lamentable estado en que se les fué á sorprender, vencieron y deshicieron las mejores tropas del ejército chileno. Este dato deja entreveer lo que se debe esperar en lo porvenir.

Lo restos del ejército peruano, no teniendo otro objetivo que Arica, dejando Tarapacá, emprendieron su marcha hacia ese centro de resistencia; y por lo tanto quedaron los chilenos adueñados de Tarapacá; conquista la mas fácil, por encontrarla abandonada, las nuevas fuerzas chilenas que venian de refuerzo.

El jefe del ejército chileno se apresuró á dar al Gobierno la plausible noticia de que Chile quedaba en absoluta posesion de la Provincia de Tarapacá. ¡Hemos vencido! El Perú y Bolivia están hoy, mas que nunca á merced del vencedor. [21/22]

VIII

Después del buen éxito obtenido por los chilenos, hasta el 19 de Noviembre en Dolores, cosa que alhaga el amor propio nacional, y que el Gobierno chileno debió utilizar explotando la ignorancia de su pueblo, para lo cual supo desnaturalizar la derrota del 27 en Tarapacá, á la que dio el carácter de la terminacion de la guerra; el mismo Gobierno de Chile en apropiacion del objeto de sus ensueños y de sus fijas aspiraciones, ha creído que en sus manos estaba la solucion definitiva del conflicto, lo que no es de extrañar, pues ordinariamente se acaba por llegar á creer aquello que continuamente se pretende hacer creer á otros.

Chile dilatando la esfera de sus operaciones militares, tiene forzosamente que acrecentar sus fuerzas y subdividir las, con lo cual tiende á la vez á debilitarse relativamente.

No basta con apoderarse de territorios, que lo esencial es conservarlos. La provincia de Tarapacá no es tan inaccesible á los ataques del ejército aliado como el litoral boliviano. El orgullo ofusca á Chile hasta el punto de no dejarle apreciar las verdaderas causas de sus triunfos y dar á esos sucesos el intrínseco valor que merecen, á fin de compulsar la empresa gigantesca que ha acometido, reconociendo que es muy superior á sus fuerzas, sin tener en cuenta las de los enemigos.

Cegados por la vanidad (¿si no se conoce á sí mismo, como podría conocer á sus contrarios?) Chile ha contado muchísimo con la deficiencia del Perú y de su crédito y especialmente con su desorden administrativo.

La pasión exalta y oscurece al entendimiento mas despejado. Hasta el 8 de Octubre, el Perú no habia, en realidad, echado mano de ninguno de sus recursos extraordinarios, á pesar de las sumas fabulosas que habia tenido que invertir en la reparacion de sus escuadra y en la formacion de sus ejércitos.

Habia recargado las patentes industriales en un 25 por ciento y los derechos de importacion de algunos efectos *específicos* y aumentando la emision fiduciaria en dos millones de soles, y nada mas:

Los recursos del Perú son tan grandes que parecen inagotables; su riqueza solo se puede comparar con el patriotismo de los peruanos, de lo que se puede aducir con testimonios irrecusables, que el Perú es el país del patriotismo por excelencia.

En cualquiera otro país se habría preferido la paz á toda costa para no contribuir á la guerra ó para no perder lo que se posee. La gente de negocios, al ver todo paralizado, habría temido que la guerra los absorbiera todo y que no quedara nada para [22/23] ella; pues es la doctrina de todos lo que no tienen mas patria que su fortuna.

El gobierno del Perú intentó un empréstito nacional de diez millones, del cual solo llegó á cubrirse una quinta parte. La prensa chilena, con una solicitud muy propia de si, - glorificó ese fracaso como una prueba de la pobreza del país y del descrédito del gobierno; solamente que se abstuvo de hacer conocer que todos as habitantes del Perú, impelidos por el mas noble entusiasmo patriótico, habían concurrido en masa con sus espontáneos y profusos donativos desde el instante mismo de la declaratoria de guerra, para subsidiar el erario con mas de *siete millones* anuales, en fracciones mensuales, prefiriendo llevar esa ofrenda en aras de la patria, al medio ordinario del empréstito nacional.

Dejando á parte gran número de ciudadanos que hacen oblaciones de mil y tambien de cinco mil soles mensuales, conste un ejemplo que no se había visto desde la antigua Roma: el doctor Porras hace un balance mensual de sus rentas y despues de deducir sus gastos alimenticios, cede al Estado todos el remaniente para los gastos de la guerra *interin* ésta dure.

Un pueblo como el peruano, que derrama su sangre y su dinero en aras de la patria, tiene que ser invencible; porque preferiria sucumbir á queda vencido.

Cuantos conozcan al Perú y á Bolivia, y sepan los elementos con que cuentan, el número de habitantes que tienen y la posicion geográfica de ambas naciones, deberán haberse formado un certero cálculo sobre su esta guerra está próxima á su fin.

Cuanto mas acentuado es el desórden administrativo, tanto mas costosa deberia ser la guerra; pero tambien cuanto seria ella tremenda y tenaz. A medida que un pueblo posee mas conciencia de su dignidad nacional, es menos humilde ó sumiso; esto es, practica menos esa obediencia ciega que se roca con el servilismo, en cuyo caso, si los gobernantes incurrn en negligencia ó en algun desaliento para las cuestiones de honor patrio, el pueblo

que atribuye ese efecto á debilidad ó á incapacidad, esta muy cerca de entrever la traicion y estalla en santa cólera, concentrando toda su accion, todos sus instintos y toda su energía en una salvadora sustitucion de gobernantes, como ya se ha visto en el mes de Diciembre de 1879.

Por este suceso, eminentemente heroico, la infame via de la paz y de las contemporizaciones desdorosas, queda cerrada para el nuevo mandatario; asi es pues, que tanto para satisfacer á los partidarios del gobierno excluido, como para el pueblo que exaltó al actual, se encuentra en el imprescindible compromiso [23/24] de conducirlo á la victoria ó precipitarlo entre los escombros de una ruina tan gloriosa como la de Numancia.

Por estas zonas no acontece como en los estados monárquicos, en donde por efecto de la pérdida de una batalla ó de una ciudadela; por la ocupacion de una ó mas provincias, el soberano ajusta la paz, so pretexto de economizar mayores perjuicios á sus súbditos; pero esencialmente por temor de perder su corona ó sus estados.

Aquí se efectúa algo muy diverso; se bloquean puertos, se pierden batallas y escuadras, se hunden buques, se pierden escuadrones, divisiones y hasta ejércitos, provincias, ciudades y si es preciso aun la capital misma, sin encontrar gobierno con quien tratar; porque éste se refugia donde quiera que le quede una hectárea de territorio desde el cual pueda continuar agitando la guerra.

Quienes se hubiesen forjado un juicio contrario á este respecto, tendrán por único motivo el de no conocer Chile ni su politica, y falta de un estudio exacto de los vastos recursos del Perú y de Bolivia, todo lo que, naturalmente los pone en la incapacidad de aquilatar el amor que en estos países se profesa á la patria, ni menos calcular lo que en ellos pueden intentar y consumir los hombres inspirados por ese sublime sentimiento, y muy especialmente cuando les asiste la seguridad de que tiene el derecho y la justicia de su parte.

En el Perú y en Bolivia, como en todos los pueblos, hay partidos, de principios ó banderías individuales, que aplazan sus querellas domésticas para combatir, fusionados temporalmente, al enemigo extranjero, al que naturalmente odian; lo que es suficiente para que sea imposible toda paz, porque los partidos se vijilan entre sí, los mitmo que el patriotismo no separa sus investigadoras miradas del gobernante, de tal manera que es algo

mas que difícil entrar en arreglos con el enemigo; y si hay un gobierno que lo intente, indefectiblemente tendrá que sobrevenir una revolucion destinada á anular el tratado, declarando traidores á la patria á los signatarios que han vendido el honor nacional.

Dado que pudiese presentarse un caso análogo, como podria tal vez acontecer, será entonces cuando los histriones de la prensa chilena, semejantes á los antiguos juglares, verán caer de sus ojos el velo de ilusion que los cubre; será entonces, tambien, cuando Chile comprenderá toda la magnitud de su caliginosa situacion presente, y lo que será mas cruel, que despues de tantos sacrificios de sangre y de dinero, tendria que experimentar la decepcion de que ese triunfo, que hoy crée inmediato y seguro, se va alejando cada vez mas, porque esa misma guerra [24/25] que parecía concluida, vendria á recomenzar en manos de hombres mas briosos y mas obstinados en conseguir la destruccion del enemigo ó la propia.

Admítase que el enemigo haga causa comun con el partido negociador á intento de sostener los tratados; en este caso, es mayor la complicacion, porque la itervencion extranjera traeria por consecuencia la guerra sin cuartel.

Para hacerse cargo de la situacion actual, bastará apreciar concienzudamente el efecto producido en el ánimo de los aliados por los últimos triunfos de Chile hasta el 19 de Noviembre en Dolores, mientras que el Gobierno de Chile, la prensa y el pueblo entero entretenian las mas bien fundadas esperanzas de una paz próxima.

¿Cuándo pues, ni á quien se le ha oido pronunciar una palabra de paz ni en el Perú ni en Bolivia? Una sola voz, exótica, anti-peruana, se levantó temblorosa y fue sofocada ántes de ser oida distintamente. Fue el acento de un periódico inglés en el Callao, fundado por los ingleses, inspirado por los ingleses que transmiten sus órdenes al redactor, subvencionado por los ingleses y el mismo que, como los ingleses sus patrones, no conocen el país, ni la índole de sus habitantes, ni sus recursos, ni su politica; pero que es el órgano de los espías y de los auxiliares de los chilenos sus asociados en el salitre, etc..... Y esto solo es bastante para evitarse comentarios.

¿Qué peruano ni boliviano habria osado imaginar la mas remota idea de paz? Solo Chile ha pensado en la paz; pero Chile, mal que le pese, tiene que vencer por completo á los aliados, reducirlos á la impotencia para imponerles la paz.

Bolivia no podría contratarla aisladamente, en primer lugar, porque lo impide la barrera que la perfidia chilena ha colocado entre las dos repúblicas, y luego, porque Bolivia quedaría deshonrada á la faz de ambos mundos y, sobre todo, á los ojos de la América, si perdiera ó vendiera su litoral, recibiendo por precio, de mano de los usurpadores, otro territorio de la pertenencia de su aliado el Perú, noble y valiente aliado que vierte con profusion su sangre y sus caudales por haber salido á la defensa del honor de Bolivia y de su integridad territorial.

Además de esta potentísima consideracion, tal aberracion de la moral, seria un acto de tan repugnante linaje, que la historia de la humanidad no ha tenido ocasión, todavia, de registrar en sus fastos; ni es admisible la idea de que el pueblo boliviano consintiese en que su honra fuese tan despiadadamente mancillada ¡no! Bolivia se erguiria airada para anonadar al mandatario que aceptase un pacto de tal infamia, ni habria caudillo [25/26] que, conociendo la indole de su pueblo, osase dar formas á esa ilusion de vilpendio y de insólito baldon.

El Perú se encuentra en una posicion aún mas excepcional, atento á que no puede hacer la paz ni aislado ni en conjunto con su aliado, porque sus despojos quedarian repartidos entre Chile y Bolivia, y nada seria entonces mas fatal, sin que la alianza fuera á degenerar en una guerra ulterior, sobre cuya factibilidad habrá calculado probablemente Chile.

El Gobierno de Chile ha debido estudiar esta enmarañada cuestion, ántes de haber sucitado la guerra, comprendiendo lo que comprenderá hoy, que este cúmulo de complicaciones dan á la cuestion un caracter de dificil solucion y no en ventaja de él ciertamente.

Las fronteras naturales del Loa y sus desiertos adyacentes son demasiado ventajosos para consentir en que sean removidas, por cuya razon el programa del Perú debe quedar irrevocable; tiene que defenderla y conservarlas tanto por ser el legado de su independencia, cuanto porque representan una necesidad vital de su existencia politica y el *sine qua non* de su soberania.

Por estas fundamentales consideraciones, es que la guerra del Perú y Bolivia contra su ambicioso invasor es natural y santa; es la guerra de la razon contra la fuerza, la del

derecho contra la usurpacion, una nueva lucha de la independencia, en la cual el Perú y Bolivia defienden cada una la parte respectiva de su modo orgánico de ser.

La historia con sus sábias enseñanzas nos demuestra que nunca la guerra, no obstante el horror que infunde, ha dejado de contribuir con algun contingente á la grande obra de la civilizacion.

Alguien ha dicho que la paz produce la opulencia, generadora del egoismo y del orgullo; ella enerva á los pueblos, les inspira pavor á las armas, y asi degradados los lleva paulatinamente á la esclavitud.

El Dr. Vara, actual Ministro de Chile; al hacerse cargo de la cartera, ha formulado ante las Cámaras la siguiente frase: «Esta guerra es para Chile ¡*Ser ó no ser!*!» Tales palabras encieran todo el programa de la politica chilena, confirmando la revelacion de sus proyectos y propósitos.

La paz, como se vé por las precedentes conclusiones, debe alejarse cada dia mas. Si Chile ignora ó finje desconocer que la guerra es interminable, el Perú y Bolivia conocen sus derechos y sus deberes; ese nobilísimo instinto del amor á la patria, sosten del mundo y fuerza misteriosa invencible de los pueblos constituye su pujanza y su fuerza. Conocer igualmente los elementos de que pueden disponer y con ellos y con su ventajosa [26/27] posicion geográfica, baluarte inaccesible establecido por la misma ley de la creacion, serán invencibles.

Para los aliados, esta guerra es así mismo cuestion de *ser ó no ser*, cuyo eco rimbomba atronador desde la márgenes del Tumbes hasta el Sur del grado 26° y por toda la Andina cordillera, desde la cima de los nevado hasta los arrecifes de sus costas.

¡Existir ó dejar de existir! El solo instinto de la conservacion es el mas formidable impulso para enardecer la sed de venganza, la fiebre de combatir sin tregua hasta hallar la victoria ó la muerte con honra y con gloria, como el la caida del «Huáscar.»

¡El dilema es de hierro!

La guerra es el elemento de ambos países aliados. Chile ha menester de una leccion que radicalmente le cure de toda tentacion de provocar otra guerra.

El fratricidio en un crimen tal que no puede, que no debe quedar impune; por consiguiente, la respectiva expiacion del fraticida no puede hacerse esperar!

Lo mismo el Perú que su aliado, necesitan ser purificados y regenerados; esta depuracion solo puede efectuarse por medio de la guerra; pues únicamente de la guerra es de donde el Universo entero ha sacado sus maestras enseñanzas; ella es la escuela de los supremos sufrimientos, de las mas patrióticas virtudes. Solo de la guerra puede brotar, cual de santa semilla, la moralidad, la economía y levantarse majestuoso un porvenir próspero, sobre los escombros de un presente valeroso y abnegado.

Si Chile pudiera relegar su voráz ambicion, iluminando su tenebrosa política con un destello de sensatez que le permitiera meditar á cerca de la duracion de la guerra que ha promovido, los resultados que de ella puede obtener y las consecuencias que podrán desprenderse, retrocederia aterrado, considerandose muy afortunado de no perder mas de lo que hasta hoy gastado lleva.

IX

Chile fue árbitro de dar comienzo á la guerra; pero no está en su voluntad el terminarla; pudo mandar la guerra, pero no mandará la paz.

Si algun acontecimiento de aquellos que no se pueden preveer, no viniese á complicar la cuestion y hacer inclinar la balanza del lado del derecho y de la justicia, fijándose en los antecedentes de la guerra, será interminable, porque ninguno de los belijerantes, es capaz de someter ó reducir al otro; en tal [27/28] caso la guerra solo podrá concluir con el triunfo de los aliados ó con la total conquista que Chile realice sobre el Perú y sobre Bolivia y que con el alfanje á la garganta les imponga su voluntad; sino, la guerra tiene que continuar hasta que uno de los beligerantes sucumba bajo el peso de su desgracia y de su impotencia.

La ocupacion de Tarapacá no es el camino de la paz; al contrario; es el principio de la guerra bajo una nueva faz ó por mejor decir, una de sus peripecias.

Chile podrá acaso defraudar el huano de los tenedores de Bonos peruanos como lo ha hecho con el huano de Bolivia; podrá depredar el salitre pertenecientes á los tenedores de certificados salitreros de Tarapacá, como ya lo hizo con el salitre boliviano; pero jamás

podrá autorizar ó legalizar esos fraudes, ni la propiedad de esos dos litorales con las firmas de un tratado.

La guerra durará cinco, diez ó mas años. Acaso tambien se hará secular; pero no espere Chile, no, que su bandera flamée de un modo pacífico, legal en los litorales del Perú y Bolivia.

X

Chile no ha sido fiel á su mote heráldico *Por la razon ó la Fuerza*. La razon se halla en el *Lema* delante de la fuerza; ha debido, pues, agotar la razon antes de haber recurrido á la fuerza.

El Gobierno de Chile, antes de dejarse gobernar por la violencia, antes de haberse precipitado en una charca de sangre, ha debido hacer uso de la apacible gravedad de una decorosa diplomacia.

Las bases de los pactos de 1866 y de 1874, de por si bastante onerosos para sus contratantes, le proporcionaban, para el caso de un arreglo, ventajas mas positivas que las que pudiera obtener por medio de la violencia. ¡Cuanto habriase ahorrado, si quiera sea en una guerra prolongada que tiene que consumirle cuantiosos gastos, pérdida de tiempo y millares de ciudadanos para un pais agrónomo y minero como ese, valen mas para su porvenir que lo que pudiera darle su triunfo! Habríase economizado, en resumen, para ante el continente, una gravísima responsabilidad.

La conflagracion de esta gran porcion de la America del Sur, es la mayor desgracia que pudiera afligir á las tres naciones que están empeñadas en ella.

¿Cuáles serán *á posteriori*, las ventajas que á Chile habrá de reportarle su triunfo?

¡Decepcion amarga! Despues de enormes sacrificios, Chile [28/29] habrá perdido su tranquilidad y habiendo habituado á su pueblo á los juegos bélicos, embriagándolo con los vapores de la gloria militar. Mañana, cuando recordando que en su largo período de paz disfrutó de perfecta felicidad, aspire á entronizarla como ántes, para recobrar el ya perdido

bienestar, en esas gentes militarizadas, no teniendo nuevos litorales que conquistar, serán constantemente tentados por el demonio de la anarquía.

Chile, por un contrasentido político, por una inconcebible aberración del criterio más comun. Habrá restablecido en 1879 lo que derrumbó en 1838, dejando así constituida la Confederación Perú-Boliviana y estrechando por una ley de necesidad apremiante, la alianza de dos estados en los cuales será punto ménos que imposible, pueda reanudar relaciones sinceras.

Chile, meditándolo bien, habrá prestado un invalorable servicio al Perú y á Bolivia, toda vez que estas gemelas, utilizando la lección, relegaran sus cuestiones domésticas para concentrar toda su inteligencia y energía en unificarse, marchar en pos de la fuerza y vivir siempre en guardia contra toda sorpresa.

Chile habrá descuidado su comercio y su industria para conquistar desiertos áridos, los cuales aunque contengan algunas riquezas, estas son transitorias, calidad que las torna en perjudicas mas bien que provechosas para una nación laboriosa y en la que los hábitos del trabajo estaban arraigados.

De otro lado: esas riquezas con las que se improvisan fortunas, desnivelan las sociedades, despiertan la ambición, escitan la envidia y corrompen á las clases medias que llegan á avergonzarse del trabajo.

Un territorio no puede calificarse realmente de rico, sino apreciándolo en sus condiciones de fertilidad y la aptitud para la labranza, porque así se presta á ser poblado y perpetúan la positiva riqueza agrícola que es la que constituye la opulencia de los pueblos.

Los millones invertidos en la guerra son pequeña entidad, comparados con el sacrificio de vidas que tanto influyen sobre la población de países nuevos, sin tomar en cuenta las demás causas de ruina que deja tras de sí la guerra y que solo los años pueden conseguir reparar.

La política que el porvenir reserva á los beligerantes deberá ser recelosa y de desconfianza, obstáculos que entorpecerán la marcha de su progreso y prosperidad.

El antagonismo dominante entre los ciudadanos de esas naciones, los mantendrá en hostilidad incesante, cuyo odio inveterado no llegará á ser extinguido en muchas

generaciones, efecto que será muy funesto entre pueblos hermanos, de un origen comun, de una misma historia, religion, costumbres y [29/30] lenguaje y que deberian ser solidarios en su existencia política.

Esas repúblicas que, desde su creacion han disfrutado de la buena suerte de vivir exentas de aquellas tempestuosas pasiones que han agitado y ensangrentado á las naciones del viejo continente, van á encontrarse complicadas en las mismas luchas que en Europa, donde se absorven las sangre y la riqueza con el único designio de disputarse la preponderancia; manteniendo para tan siniestro objeto, numerosos ejércitos, cuyos gastos dispendiosos, contribuyen á la ruina, aumentando los impuestos, afliccion tremenda de los pueblos, y recargan progresivamente las deudas de los Estados.

En adelante, estas repúblicas tendrán que eregir fortalezas, formar arsenales bien provistos de elementos de guerra, artilleros para servirlos y fuertes guarniciones.

Se hallarán en la imperiosa necesidad de mantener escuadras en pié de guerra, las cuales deberán reformarse y armárse conforme á las modificaciones y descubrimientos que el progreso introduzca en las grandes potencias, para no ser tomados desprevenidos por los vecinos.

A esas escuadras se verán obligados á añadir ejércitos que exigirán, como conveniencia, el servicio obligatorio: porque cada una querrá rivalizar en número con la otra; y esto con los armamentos mas modernos, los cuales tambien será indispensable ir modificando á medida que en Europa aparezcan modelos mas ventajosos.

Esas marinas y esos ejércitos para mantenerse, deberán aumentar considerablemente los presupuestos; esos mismos que á costa de mil dificultades se llegaban á cubrir ántes de la guerra en plenas épocas de paz.

Todo ese tren de guerra perjudicará notablemente á todas las industrias desde que los brazos destinados á sacar la eterna riqueza de la tierra, entónces bastante disminuidos, quedarán inútiles y paralizados para tan noble trabajo, siendo exclusivamente dedicados al manejo de las armas.

Despues de exhibir á la vista de los hombres sensatos este cuadro, fiel reflejo del estado ruinoso con que amenaza el porvenir, poco difícil será calcular la reduccion que

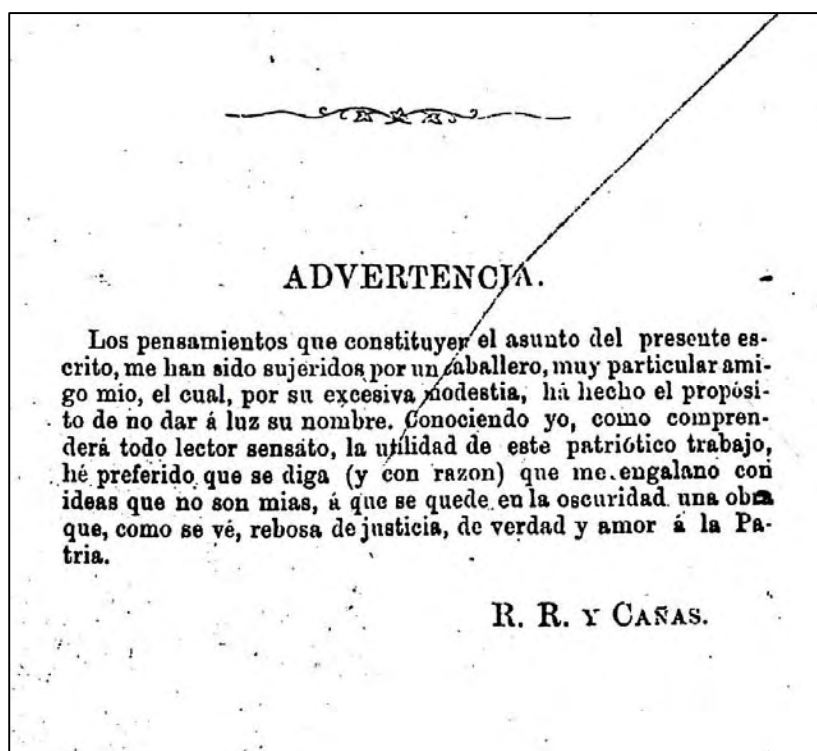
infaliblemente habrá de sufrir la produccion de las naciones empeñadas en esta desastrosa guerra, y que apenas estas producciones empezaban á dejar sentir su importacion en los mercados europeos.

Despues de esta guerra ¿á qué grado de postracion llegará la exportacion de los productos de estos paises? [30/31]

Decididamente el genio horrible de la discordia, en sus mas fatales horas, no ha podido haber enviado sobre tres naciones, dignas de mejor suerte, una calamidad mas espantosa!

Lima, 1° de enero de 1880

R. ROJAS Y CAÑAS



RAMÓN ROJAS Y CAÑAS EN LA PRENSA

Fragmentos escritos del autor en torno al Perú y la perspectiva de lo nacional

(¿1849?) 1852 - 1873

El Comercio

El Herald

El Correo del Perú

* * *

- *El Comercio*, viernes 2 de abril de 1852 / Pág.4: «Jeneral Bermudez»

Con la muerte del Sr. Bermudez, la nacion ha perdido unos de sus mas antiguos y leales servidores, la Independencia un timbre honroso, el Ejercito un caudillo prudente, valeroso y recto; la sociedad tambien ha perdido un modelo de honrado padre de familia, de amigo consecuente y pródigo; y el pueblo, un ciudadano íntegro, justo y humano.

R.R.

- *El Comercio*, miércoles 6 de abril de 1853 / Pág.3: «El Presidente y sus ministros»

El jeneral Echenique, digno gobernador de la Republica, no podrá leer en este párrafo una mera lisonja, sino precisamente un acto de justicia que todo hombre de buen sentido sabrá reconocer que lo merece. Asi pues no deberá valorizar como un poco del mal quemado incienso, cuando al dejar caer su mirada sobre el comercio encuentre estas palabras:

El jeneral Echenique conducirá por el mar de las revueltas políticas que no remotamente se vislumbran, el bajel del Estado, con la pericia de un piloto experimentado, si bien es verdad

que el arjentado surco de marcha que dejará en la historia el bien trazado rumbo de su administracion, no lo deberia exclusivamente á si mismo, si no tuviese los ministros que hoy le circundan. Este integro administrador de la nacion, dá muestras inequívocas del celo que tiene por la tranquilidad del pais, y es cosa manifiesta que sus tendencias no son otras que mantener la tranquilidad nacional. Empero, todo lo dispone el acaso y es la Providencia únicamente la que todo lo ordena: en prueba de ello fijese la consideracion un instante en los sucesos de Bolivia; y son de tal monta estos sucesos que á no mediar una amplia reparacion por parte de los díscolos y provocadores, será inevitable una ruptura internacional.

Si el jefe del Perú, por aversion á las corrientes de sangre, trata de zanjar la cuestion, sin tomar por ajentes los belicosos aparatos, que comienzan á presajirse, he aqui un vasto campo para que sus ministros hagan plena ostentacion de sus talentos y capacidad diplomática, vindicando el honor nacional sin abordar la nave del gobierno hacia los funestos escollos de una guerra feroz y sostenida. Para el caso de haberla, tenemos dichosamente un ministro de ella (la guerra) muy reconocidamente dotado de un celo tan ascendrado por la honra de la República, que es seguro no dejará de concebir planes que le honren mucho también.

Hoy mismo, para si llega ese caso, el Jeneral Torrico tiene adelantada una parte activa de ventaja en nuestros guerreros sobre los adversarios, *infieri*. La razon al canto. Sabido es que el honor es el estimulo del valor, y donde hay honor la traicion no tiene cabida: ahora bien; el Jeneral Torrico, antes de ahora, ha tenido la brillante táctica de injerir en las filas del ejército, oficiales caballeros; jóvenes llenos de lealtad y pundonor, que sabrán conservar á todo trance la moralidad militar. Y de esto puede deducirse como una consecuencia real é inmediata que un ejército de adalides, de esta naturaleza, aunque corto, equivale á la invencibilidad misma.

RR****

- *El Comercio*, martes 22 de noviembre de 1853 / Pág.4: «Los Padres Misioneros»

Yo afirmo y consolido con todos mis esfuerzos la santidad de nuestros padres misioneros de Ocopa; pero repito que no son adaptables á una poblacion ilustrada como la nuestra, é inmediatamente espongo los motivos. Ya comprendo que en medio de nuestra rustica

indiada de las provincias, influiría bastante y aun produciría un efecto muy activo, la elocuencia ruda y grosera de estos santos varones: porque para ese pueblo cerril, tan ignorante y estúpido en todo sentido, una injuria lanzada desde el pulpito por la voz del misionero, tiene un valor místico mas irresistible que los mas logicos y persuasivos argumentos...

Veamos hasta que punto es inadaptable á un pais como Lima, la predica de estos tan buenos como rústicos monjes. -Hay ocho ó diez de ellos. -Cada uno se ha circunscripto á un tema favorito é invariable. -Asi pues, el uno predica acerca del infierno...

Ramon Rojas y Cañas

- *El Comercio*, viernes 23 de diciembre de 1853 / Pág. 4: «La pena de azotes»

Ved aquí una cuestion digna de que los mejores escritores la sondeen con la mayor atencion, puesto que no es una cosa insignificante poner sobre un cristiano libre una marca de infamia que es imposible de borrar (...): la pena de azotes que se ha introducido en Lima, capital ilustrada de una República constitucional. Chile es una república que se lleva la palma entre las de america del Sur, por el grado de adelantamiento, cultura y engrandecimiento que ha desplegado en esta última *decada*. Chile goza de una reputacion muy favorable en Europa y toda la América y á Chile lo único que se le tacha como opuesto á los principios democráticos es la ominosa pena de azotes con que castiga á los ladrones.... El azote castigo esclusivo para los esclavos, puesto en practica en un pais de hombres libres, es decir á estos libres - ¡*Os trato como á esclavos*. ¡*Sois esclavos!* - Deveras y muy deveras. Solamente los amos tienen la facultad de azotar á sus esclavos, porque los han comprado; porque el infeliz esclavo, desde el momento en que un ser humano es trocado por un puñado de dinero, ya deja de ser hombre para convertirse en una propiedad, en su objeto del cual es arbitro el propietario.

R. Rojas y Cañas

- *El Herald*, lunes 20 de marzo de 1854 / Pág.4: «¡Lo que es el pueblo!»

¡Ciertamente! -El pueblo es la soberanía. -es el mundo. -es la opinion. -¡todo! -Pero pasemos á considerarlo bajo otro sentido, y sabremos quien es el pueblo y lo que de él podemos esperar, y lo que de él tenemos que decir.

II

El pueblo es la locura; es el delirio; es el capricho; el frenesí; la injusticia y la temeridad. A fuerza de creerse el soberano absoluto, y balancearse en su soberanía, ya trasmonta los límites abusando de esa misma soberanía, y en tal sentido, todo aquello, por razonable que sea, pero que no estimule sus deseos, esos deseos tan variados en un minuto mismo, ya es nefasto y detestable para este soberano de múltiple cabeza.

III

El pueblo, este rapaz consentido y mal criado, que solo ve lo material, y que solo obra por capricho, hoy hace un títere del que ayer hizo un gigante, y mas tarde no vacilará en hacer un ídolo del que hoy está mirando como a un siervo.

Rojas y Cañas

- *El Comercio*, sábado 3 de julio de 1858 / Pág. 4-5: «La política de muchos liberales»

Los que conspiran contra el orden creen tener una hermosa oportunidad en esta época de elecciones. Al abrigo de la libre emision del sufragio, encuentran preparado el lugar en donde se puedan combinar los planes transtornadores y anarquistas.

Es necesario que los poderes públicos encargados de la conservacion del orden, permanezcan sordos, ciegos y mudos; que la autoridad confiada por la nacion para procurar la paz y la tranquilidad interior de esta nacion misma, se conserve y se convierta en una maquina de idiotas, consentidores de todo género de manejos bárbaros, la subversion inclusive, para que los hombres que han hecho oficio de fomentar el desórden para medrar en él, no tengan ocasion de lanzar el rayo de sus dieterios y amenazas.

R. y C.

- *El Comercio*, viernes 11 de marzo de 1859 / Pág. 4: «Conato de asesinato a Rojas y Cañas»

El pais está lleno de malhechores y es necesario andar con cuidado. Si yo hubiera muerto á este hombre del balazo que le deserrajé, de seguro me habrian llamado asesino, y al que detiene á otro en la calle para herirlo á traicion á ese no se le llama de ningun modo. Si recurro á la Policia, esta me dirá que este asunto no le concierne, y si recurro a la

Municipalidad, tal vez este acto alevoso de que casi soy víctima, ha sido obra suya. - Y todavía será tolerada una autoridad que así se defiende de los ataques razonados que se le dirigen en beneficio del pueblo. Lo cierto del caso es, que en Lima no se puede vivir porque no hay garantías para la vida ni para los intereses de ningún ciudadano. - Réstame averiguar el nombre de mi alevoso agresor para iniciarle el juicio criminal.

Rojas y Cañas

- *El Correo del Perú*, sábado 24 de mayo de 1873 / Pág. 6-7: «Todo entra por los ojos»
¡La Capital de este mundo es la encantadora Lima!, en la cual todos los problemas sociales, políticos, económicos, departamentales y diplomáticos *prácticos*, se resuelven por la teoría de los perfumistas.

Roberto

- *El Correo del Perú*, sábado 19 de julio de 1873 / Pág. 6-7: «Carta Democrática V»

En contraposición, el extranjero procedente de un país que tiene conciencia de que es más fuerte y más culto que el nuestro, llega precedido por la idea de que es un ser superior a nosotros. Como tiene la fe y la conciencia de que vale más que nosotros, no se toma la pena de disimular su supremacía

Y en esta confianza el extranjero llega, pide, logra, deslumbra, atraganta con la prosa, empequeñece con su grandeza, vence con su perseverancia en el solicitar, compra con sus ofertas y después humilla y domina con su arrogancia. Otros extranjeros toman un camino más lento, más honroso para llegar a la fortuna.

No tienen vergüenza para trabajar y trabajan. Con aquel, el orden, la economía, la inteligencia y el pensamiento fijo en el porvenir, ganan y guardan.

El hijo del país gana diez y gasta ciento. El europeo gana diez y gasta cinco. No se avergüenza de llevar su maleta bajo el brazo. El limeño paga cuatro reales al esportillero porque le lleve una caja de habanos o toma un coche para tirar prosa y no llevar un paquete en la mano.

Roberto

- *El Correo del Perú*, sábado 2 de agosto de 1873 / Pág. 4-5: «Carta Democrática VII»

Yo no alcanzo a comprender por más que me devano los sesos, como es que el patriotismo que es un estímulo tan noble y tan elevado, no puede manifestarse espléndido asociándose a otras virtudes; sino que, como un mazo de tabaco, está ligado a la crápula del escándalo y a todo género de libertinaje.

...Entonces había patriotismo y el patriotismo iba ligado con virtudes tales como el valor, la honradez, la abnegación, la moral, la dignidad y otras muchas.

Hoy, ya lo ves; este que llamamos patriotismo no puede existir sino ha de ir asociado con el más repugnante vicio.

... Ayer iban las chiquillas de los colegios municipales con sus oriflamas rotuladas, cantando por las calles precedidas por el primer dictador de Roma, con más una T que ese dictador.

Como esas pobres y algunas de colorcito honesto, se abusa y se hace farsa con esas infelices criaturas, y ellas obedientes tienen que prestarse porque se les enseña por gracia.

¿Qué es lo que ha de resaltar de este sistema de educación pública?

Roberto

- *El Correo del Perú*, sábado 9 de agosto de 1873 / Págs. 6: «F F F F F F F F F»

Hagamos pues con estas feés o efes, lo que los tisaneros con los limones o lo que los gobernantes con la República.

El leguito del Convento

- *El Correo del Perú*, sábado 23 de agosto de 1873 / Págs. 3-4: «Medalla de Oro. Premio ofrecido por el Club Literario al mejor trabajo sobre el progreso»

El Comité del Club Literario hizo circular en casi todos los diarios de la capital, la plausible idea que tuvo de estimular el talento y el patriotismo de la juventud literaria del país, invitándola a escribir sobre un asunto dado.

El tema propuesto para este trabajo fue “El progreso que haya hecho el país en medio siglo de existencia política.

* *

Ante todo, los miembros del Club Literario deben tener presente que, el medio siglo de vida independiente que con su sangre nos dieron, en la más santa guerra nuestros abuelos, no ha sido invertido en consagrarnos a un progreso real, sino malversado en el sangriento ejercicio de nuestras luchas intestinas, en las que, no hay casi necesidad de decirlo, la ambición y la individualidad han llevado al estandarte del protagonismo, hasta las puertas del santuario de la ciencia. Evocando los hechos e invocando los recuerdos de los hombres instruidos, obtendremos la penosa convicción de que ninguna de estas guerras en las que media metrópoli se ha batido con la otra media, ha tenido por objeto el prevalecimiento de un principio ni el triunfo de una idea.

* *

La síntesis de ese progreso, que muchos habrán creído era el que debió consignarse en el escrito que debía haber sido premiado, hubiese sido fácil resumirlo en estas palabras: Seis o siete vías férreas, que no produciendo nada todavía al erario, le cuestan una parte considerable de la fortuna nacional, y algunos otros monumentos excesivamente pagados.

Una escuadra de lujo que se utiliza en paseos y embajadas y que absorbe gran parte del presupuesto; así como éste en el ramo de la guerra tan solo, invierte considerables millones al año, para sostener su ejército cuya consigna es estorbar que dos millones de ciudadanos, así titulados, se estén quietos, soportando resignados con el hierro al pecho, todo lo que se quiera hacer con ellos.

El cebo de nuestros antiguos reemplazado con el gas; la modesta calesa con la humilde mula, sustituida por la ostentosa carroza tirada por arrogante pareja de corceles.

El lujo por fuera y la miseria por dentro. El entronizamiento de la opulencia altiva, de la vanidad insultante; cien que acaudalan, triunfan y reinan, y miles de pobres que sufragán, sufren y mueren al peso de la miseria y al de la injusticia.

* *

Cualquier escrito académico de los que se hubiesen realizado, aspirando al premio honorífico ofrecido, y en el que se hubiese tratado de manifestar el progreso material porque no puede ser otro el que ha alcanzado el Perú en su medio siglo de emancipación, será muy útil, no lo dudamos, para enardecer el espíritu fantástico que hoy predomina, para

atizar la hoguera de la vanidad y la soberbia, puesto que lisonjeando las pasiones reinantes, las estimula

Roberto

- *El Correo del Perú*, sábado 7 de setiembre de 1873 / Pág. 5: «Carta democrática XV»

Querido Leandro:

Después de que te he copiado interesantes párrafos de un hombre verdaderamente sabio, como se deja conocer por sus obras, yo aunque con bochorno, quiero darte frutos de mi propia cosecha.

Una nación en donde no haya ciencia, no es más que una aglomeración de entes con forma humana. Si Alemania, Inglaterra y Francia, están a la cabeza de la civilización universal, no es por otra causa que por el especial cultivo que se hace de la ciencia en todos sus ramos.

Entre nosotros, pobres y humildes peruanos, por la misma razón que más que otros necesitamos de la ciencia, la tomamos como tomamos las modas y los artefactos de lujo, como para quien todo lo ignora, cualquiera puede pasar por sabio, he allí que hasta los más oscuros artesanos se nos infiltran con todo el aire de tuertos dignos de ser reyes en tierra de ciegos.

Este es el modo de cultivar la ciencia entre nosotros.

...Es necesario sentar como una verdad indiscutible, que si hay en el mundo un país privilegiado para el desarrollo del genio, ese es nuestro Perú. Sea la influencia de nuestro cielo, sea el capricho de la naturaleza a quien plugo otorgarnos este don, como nos hizo el presente de una riqueza inagotable -para nuestra ruina y decadencia visible- sea en fin, otra causa misteriosa, los que nacen aquí tienen como Salomón la ciencia infusa para tomarse en sabios sin aprender a serlo ni estudiar el modo: Hablo seriamente porque tengo las pruebas.

* *

Vete a pasear a la Cañada y hallarás entre las estatuas de los héroes chilenos, Carrera, O'Higgins y otros, la estatura del abate Molina.

¿Quién era este Molina? ¿Era un guerrero, un abate, un prócer?

No, era solamente un modesto, virtuoso y sabio ciudadano, un Rousseau de Chile; botánico y moralista que escribió grandes obras. Ese respeto que tienen los chilenos por sus hombres públicos, esa predilección por todo lo que sea chileno, emana de ese amor sincero que sienten por su patria, y es el primer elemento de la preponderancia progresiva de esa República.

Chile carece de guano, de esa riqueza sin trabajo que tiene el Perú, y Chile marcha a su máximo grado de florecencia. Chile no ha dado prenda pretoria a los mercados europeos y sus bonos se cotizan en los mercados de Europa y a la par.

Nosotros tenemos hipotecadas nuestras guaneras; es decir, un *Eldorado*; es decir, la realización de un sueño, de una fábula, y sin embargo, nuestros bonos en el extranjero se cotizan al sesenta.

* *

Digo y repito, y no me cansaré de decirlo, que en nuestro país el único modo de proteger al genio de los peruanos, es mandar a venir todo, todo de Europa. Contratistas, ingenieros, profesores, herreros, hasta policía norteamericana se dice va a llegar en lastre, así como se trajo un almirante.

* *

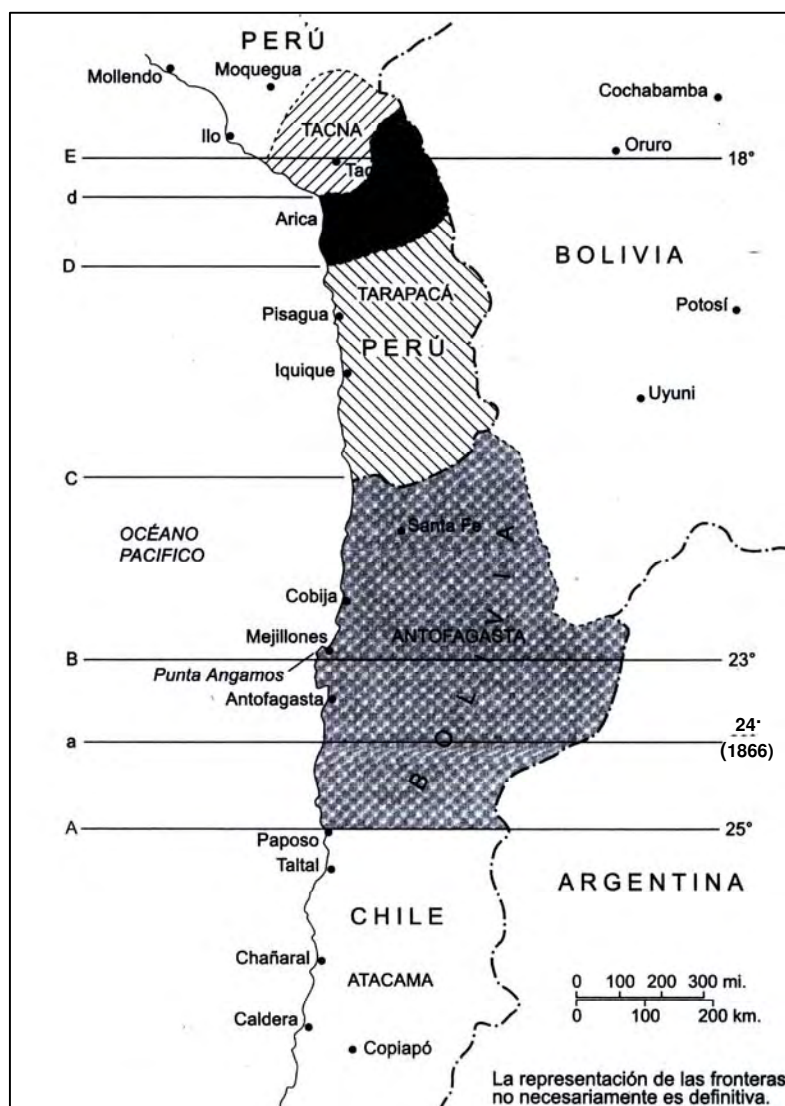
Hasta que no haya ciencia en el Perú no habrá progreso. En la ciencia te meto, la literatura y todos los ramos del saber humano: de ellos vendrá la moralidad que no se ha perdido, porque nadie puede perder un millón sin haberlo tenido.

Pero amigo, aquí no se lee. Verdad es también que no se escribe más que loas y coplas y cosas de pura fantasía. Dicen que cuesta cara el acíbar con que se hace la tinta para escribir la verdad, retratando la realidad de las cosas, y los escritores tienen miedo de arruinarse. Por esta parte yo como Juan sin tierra soy también Juan sin miedo, que es mejor este apellido, que el de Lanás, la Leva y la Coba.

Roberto

* * *

ANEXO 3A



GUÍA DE LA EXPANSIÓN CHILENA

- A Frontera original entre Chile y Bolivia.
- B Posición reclamada por Chile en 1842.
- a Límite establecido por el tratado de 1866.
- C Frontera original entre Perú y Bolivia.
- E Frontera de Chile al cabo de la Guerra del Pacífico.
- D-E Territorio ocupado por Chile durante diez años.
- d Frontera entre Chile y Perú a partir del acuerdo de 1929.

Fuente: William Jefferson Dennis en *Tacna and Arica* (New Haven, 1931). Adaptado de Peter Klaren en *Nación y sociedad en la historia del Perú*. (Lima, 2004)

ANEXO 3B



«SOLDADO Y SU ESPOSA»

(Fotografía anónima de 1880, aproximadamente)